
IVAN SHMELIOV
EL SOL DE
LOS MUERTOS

Novela escrita por el ruso Ivan Shmeliov en su exilio parisino en 1923, es una crónica alucinada de los efectos más oscuros de la Revolución de Octubre, de los que el autor fue testigo y víctima. Un documento imprescindible, a la vez testimonio y denuncia, para comprender una de las grandes tragedias colectivas del siglo XX.



Ivan Shmeliov

El Sol de los Muertos

ePub r1.0
Titivillus 07.12.17

Título original: *Solntse miórtvyj*
Ivan Shmeliov, 1923
Traducción: Marta Sánchez-Nieves Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LA MAÑANA

Tras el tabique de barro, en medio de un sueño inquieto, siento unos andares pesados y el crujido de agujas secas…

Ya está otra vez Tamarka empujando la cerca, es una bella Simmenthal blanca con manchas color alazán, el sostén de una familia que vive un poco más arriba, en la colina. ¡Todos los días tienen tres botellas de leche espumosa, cálida y con olor a vaca de verdad! Cuando la leche hierve, los destellos dorados de la grasa empiezan a jugar y aparece la nata…

No debo pensar en esas tonterías, ¡siempre las tengo en la cabeza!

Bueno, una mañana más…

Sí, he tenido un sueño… un sueño algo extraño, esas cosas que no te pasan en vida.

Todos estos meses he tenido sueños fastuosos, ¿a santo de qué? Mi realidad es tan miserable… Palacios, jardines… Miles de habitaciones que no eran habitaciones, sino una lujosa sala de los cuentos de Sherezade con arañas de fuegos azules, fuegos de otro mundo, con mesas de plata sobre las que hay miles de flores, de otro mundo. Yo camino y camino por las salas, voy buscando…

A quién voy buscando entre grandes suplicios, no lo sé. Acongojado, inquieto, me asomo por unas ventanas enormes: tras ellas hay jardines, prados y valles que reverdecen igual que en las pinturas antiguas. Parece que el sol brilla, pero ese no es nuestro sol… es una luz medio submarina, como de hojalata pálida. Y florecen plantas por doquier, de otro mundo: lilas altas, muy altas con pálidas campanillas, rosales que se marchitan… Veo gente extraña. Caminan con rostro inerte, caminan por las salas con ropas pálidas, como salidos de un icono, se asoman conmigo por las ventanas. Algo me dice —me lo anuncia un dolor abrumador— que les ha pasado algo horrible, que les han hecho algo y que no están

vivos. Ya son de otro mundo… Y una pena insoportable camina conmigo por esas salas excesivamente lujosas…

Me alegra haberme despertado.

Claro que es Tamarka. Cuando la leche hierve… No debes pensar en la leche. ¿El pan de cada día? Tenemos harina para unos cuantos días… Está bien escondida en las rendijas, ahora es peligroso dejarla al descubierto: vienen por las noches… En el huerto hay tomates, cierto es que todavía están verdes, pero enrojecerán enseguida… unas diez mazorcas de maíz, la calabaza ya empieza a echar fruto… Ya basta, ¡no debes pensarlo!

¡Qué pocas ganas de levantarme! Me duele todo el cuerpo pero debo recorrer las quebradas, talar los tocones, los rizomas de las encinas. ¡Otra vez lo mismo!…

¡Qué le vamos a hacer, Tamarka está en la cerca!… Un bufido, el chasquido de las ramas… ¡está royendo el almendro! Y ahora se acercará al portón y empezará a empujar la cancela. Creo que puse un palo… La semana pasada la empujó con palo y todo, la sacó de las bisagras mientras todos dormían y devoró medio huerto. El hambre, claro… Verba no tiene heno en la colina, la hierba hace tiempo que se secó, sólo tienen un carpe roído y piedras. Hasta bien entrada la noche Tamarka tiene que deambular, rebuscar por las quebradas profundas, por la espesura impenetrable. Y ella deambula, deambula…

Pero, de todas formas, tengo que levantarme. ¿Qué día será hoy? Estamos en agosto pero el día… Los días ahora no sirven para nada, tampoco son necesarios los calendarios. ¡Al que no tiene plazos todo le da igual! Ayer me llegó el sonido de las campanas de la ciudad llamando a misa… Arranqué una manzana verde y entonces me acordé: ¡La Transfiguración! Estaba con la manzana de pie en la quebrada… la traje y la dejé suavemente en la terraza. La Transfiguración… La manzana está en el mirador. Desde ahora puedo contar los días, las semanas…

Debo empezar la jornada, evitar pensar. Debo ocupar el día en tonterías para decirme sin reflexionar: ¡otro día pasado!

Como un presidiario sin plazo me pongo cansinamente mis harapos, mi querido pasado desgarrado en la espesura. Todos los días tengo que ir a las quebradas, arañarme hacha en mano por la pendiente: abastecerme de combustible para el invierno. Para qué,

no lo sé. Para matar el tiempo. En otros tiempos soñaba con convertirme en un Robinson, lo hice. Estoy peor que Robinson. Él tenía futuro, esperanza: ¡y, de pronto, un punto en el horizonte! Nosotros no tendremos ningún punto, no habrá eternidad. Pero aún así tengo que ir a por combustible. En la larga noche invernal nos quedaremos sentados junto a la estufa, contemplaremos el fuego. En el fuego suele haber visiones… El pasado se enciende y se apaga… El montón de chamarasca ha crecido en estas semanas, se está secando. Hace falta más, más. ¡Estaría bien poder cortarla en invierno! ¡Entonces se cae sola! Para varios días de trabajo. Hay que aprovechar el buen tiempo. Ahora se está bien, hace calor, hasta se puede ir descalzo o con zapatillas, pero cuando empiece a soplar en Chatirdag, ya no hará más que llover… Y entonces se anda mal por los barrancos.

Me pongo los harapos… Un trapero se reiría de ellos, los meterá en su saco. ¡Qué no sabrán los traperos! Si hasta prenderían con su gancho a un bicho viviente para canjearlo por cuatro perras. Con huesos humanos preparan cola, para el futuro, con sangre cocinan pastillas para caldo… ¡Libertad absoluta para los traperos, para los renovadores de la vida! Se desplazan por ella con sus ganchos de hierro.

Mis andrajos… Los últimos años de vida, los últimos días, la última caricia de su mirada… No les convienen a los traperos. Se derretirán bajo el sol, se convertirán en polvo con la lluvia y el viento, con los arbustos espinosos de las quebradas, de los nidos de pájaros…

Tengo que abrir los postigos. A ver, ¿qué tal día hace?…

¡¿Y qué día va a hacer en Crimea, junto al mar, a principios de agosto?! Soleado, claro. Tan deslumbrantemente soleado, tan espléndido, que duele mirar al mar: te golpea y te daña los ojos.

Nada más abrir la puerta se lanzará sobre tus ojos entornados, sobre tu rostro maltratado y marchito, el frescor nocturno calado por el sol de los bosques montañosos, de los valles montañosos, colmado de una amargura singular, de Crimea, que se maceró en las grietas de los bosques, que irrumpió violentamente desde las praderas, desde Yaila. Son las últimas olas del viento nocturno: muy pronto lo arrastrarán desde el mar.

¡Hola, dulce mañana!

La quebrada suave, como una palangana, la de las viñas, todavía estará en sombra, fresca y gris, pero la pendiente arcillosa de enfrente ya está rojiza, igual que la miel fresca, y las cimas de los perales jóvenes bajo las viñas inundadas de brillo carmesí. ¡Qué buenos son los perales jovencitos! Se arreglaron, se doraron un poco, se pusieron todos sus pesados collares-peras, las «Buena Luisa».

Paseo ansioso la mirada… ¡Están todas! Una noche más que han seguido felizmente colgadas. No es ansiedad: es nuestro pan madurando, el pan de cada día.

¡Buenos días también a vosotras, montañas!

Hacia el mar está la montaña chiquitita, Kastel, una fortaleza sobre los viñedos cuya gloria resuena a lo lejos. También está allí el dorado Sauterne, la sangre clara de la montaña, y el denso burdeos que huele a cordobán y ciruelas pasas ¡y al sol de Crimea!, su sangre oscura. Kastel vigila sus viñedos a causa de la helada, los abriga por las noches con calor. Ahora tiene un gorro de color rosa, oscuro por abajo y todo él silvestre.

Más a la derecha, más allá, está la muralla-pendiente de la fortaleza, la pelada Kush-Kaia, el anuncio de las montañas. Por la mañana rosado, al anochecer azul. Lo absorbe todo, lo ve todo. Una mano desconocida dibuja sobre él… Cuantas verstas hasta él y, sin embargo, está tan cerca. Estira la mano y podrás tocarlo: sólo hay que atravesar el valle por abajo y las lomas, todo entre jardines, viñedos, bosques, quebradas. Por encima resplandece un camino invisible por el polvo: es un coche camino de Yalta.

Aún más a la derecha está el gorrito de felpa del boscoso Babugán. Por las mañanas brilla como el oro; normalmente es de un negro frondoso. En él se ven las cerdas de los bosques de pinos cuando el sol se funde y tiembla tras él. De allí viene la lluvia. El sol se marcha por allí.

No sé por qué me parece que la noche cae desde el negro frondoso de Babugán…

No debo pensar en la noche, en los sueños engañosos donde todo es de otro mundo. Por la noche regresarán. La mañana se lleva los sueños: ahí está la verdad desnuda, bajo mis pies. ¡Recíbela con plegarias! La mañana descubre las distancias…

No hay que mirar a lo lejos: las distancias engañan, igual que los

sueños. Te seducen pero no luego no te dan nada. Tienen mucho de azul, de verde, de dorado. No necesitamos cuentos. Ahí está la verdad, bajo mis pies…

Yo sé que en los viñedos a los pies de Kastel no hay uvas, que las casitas blancas están vacías, pero por las boscosas lomas se desparraman vidas humanas… Sé que la tierra se ha empapado de sangre y el vino será áspero y no ofrecerá su alegre sopor. Algo horrible se ha inscrito en el muro gris de Kush-Kaia, se ve desde lejos. Habrá un día, se podrá leer…

Ya no contemplo las distancias.

Miro por encima de mi quebrada. Allí están mis almendros con sus campos abandonados detrás.

Un pedazo pedregoso de tierra hasta hace poco dispuesto para la vida y ahora muerto. Los cuernos negros de las viñas: las vacas las han destrozado. Los chaparrones del invierno cavan caminos en ellas, trazan pliegues. Se eriza el cardo corredor, ya está seco: empezará a brincar tan pronto sople el norte. El viejo peral tártaro, ahuecado y combado, cada año florece y se seca, todos los años proyecta a su alrededor un «buzdurhan» de miel amarillo, sigue aguardando su relevo. El relevo no viene. Y él, obstinado, espera y espera, se colma, florece y se seca. En él se ocultan los azores. A los cuervos les encanta balancearse durante la tempestad.

Y ahí está, como una mancha en el ojo, el inválido. En algún momento fue Yasnaia Gorka, la pequeña dacha de una maestra del distrito de Yekaterinoslav. Se mantiene en pie, se inclina. Hace mucho unos ladrones la desvalijaron, rompieron los cristales y la dacha quedó ciega. El enyesado se está cayendo, deja a la vista sus costillas. Pero aún ondean al viento los trapos puestos a secar hace mucho tiempo, están colgados en unos clavos junto a la cocina. ¿Dónde andará su atenta dueña? ¿Dónde? Junto al mirador ciego se multiplican las vinagreras malolientes.

La pequeña dacha es libre y no tiene amo, así que un pavo real se ha adueñado de ella.

LAS AVES

Un pavo real… Un pavo real vagabundo al que ya nadie necesita. Pasa las noches en la barandilla del balcón: así los perros no pueden alcanzarle.

Mío en una ocasión. Ahora de nadie, al igual que la dacha. También hay perros de nadie, incluso gente de nadie. Así que el pavo no es de nadie.

No puedo mantener tal lujo. Él lo comprendió y se instaló en la tierra abandonada. Somos vecinos. No sé cómo se las apaña para vivir. Ha sobrevivido al invierno y muestra su cola nueva, aunque no es exactamente como la anterior. De vez en cuando viene a visitarme. Se coloca bajo el cedro, donde en otros tiempos dormitaba cuando hacía calor, me mira y prueba fortuna:

—Dame algo…

—No te doy. Ya ves, no tengo nada, Pavka.

Alzará su cabeza coronada, a ratos abrirá la cola:

—¡¿No me das?!…

Se quedará un rato parado y luego se marchará. Pero en la cancela agitará la cola, se girará bailando:

—¡Mira qué bello soy! Y no me das… Y bajará de un salto al camino vacío, su cola verde dorada resplandecerá. Aquí y allá va llamando a gritos por las quebradas, ¡quizá una pava le responda! Si echas un vistazo, le verás otra vez deambulando junto a su dacha solitaria. Pero se irá a dar una vuelta tras la colina, a su Puerto Tranquilo, a casa de los Pribytki: allí hay críos, quizá le den algo. Es poco probable, allí también están mal. O a casa de Verba, en la colina, a veces los chavales le dan algo a cambio de plumas. O más arriba, justo en lo alto, a la casa del viejo doctor. Pero allí están realmente mal.

Hace nada que vivía en la abundancia, dormía en el tejado y pasaba los días bajo el cedro. Teníamos intención de buscarle una

amiga.

Me duele verle.

—… ¡U-aaaaaa!… —el pavo real suelta un grito desolado.

¿Un lamento? ¿Melancolía?

Lo ha despertado la mañana. Y ahora un día es una carga para él. Se ha levantado, ha estirado sus alas plateadas con un ribete rosado y pajizo, con arrogancia ha enderezado la cabeza, observa cual zarina de ojos negros. Observa un peral viejo y se acuerda de que el «buzdurhan» está desplumado. ¡Venga, grita ya! ¡Grita que a ti también te han saqueado! Irradiando bajo el sol un violeta azulado, camina meditabundo por el balcón, acarrea su cola sedosa, observa la mañana… Y como un rayo cae sobre las viñas.

—Chis… ¡infeliz!…

Ahora no le da miedo gritar: se enrosca con su cola-serpiente en las cepas, picotea los racimos que empiezan a madurar. Ayer había muchos picoteados. ¡Qué le vamos a hacer! Todos quieren comer y hace tiempo que el sol calcinó todo. Se convierte en un ladrón insolente, una belleza de andares majestuosos. Me saquea abiertamente, me quita el pan: ¡uno puede alimentarse de las viñas! Le lanzo piedras, lo comprende enseguida, como un rayo azul verdoso se mete rápidamente entre las cepas, serpentea por la tierra rosa erosionada y desaparece tras su casa de campo. Grita desolado:

—… ¡U-aaaaaa!…

Sí, ahora también a él le va mal. Este año las bellotas no han crecido; los escaramujos tampoco tienen nada y la zarza está del todo seca. Escarba y escarba el pavo real la tierra seca, arranca a picotazos un camedrio, un muscari que suelta un fuerte olor a ajo.

En verano solía ir a la hondonada donde los griegos sembraban trigo. Una pava y una gallina también solían ir al trigo que los griegos custodiaban. ¡El trigo era toda una fortuna! Los griegos hasta dormían en la hondonada, se quedaban sentados junto al fuego, prestaban atención a los ruidos de la noche. Al trigo le salen muchos enemigos cuando el hambre ataca.

¡Pobres pajaritos míos! Están tan flacos, se están consumiendo, pero… son nuestra unión con el pasado. Compartiremos con ellos hasta el último grano.

El sol ya está alto, es la hora de dejar salir a la familia gallinácea. ¡La infeliz pava! No tenía pareja pero se obstinaba en

esperar y no comer pienso. Y lo consiguió: empolló seis pollitos. Ofreció sus cuidados a unos extraños. Les enseñó a contemplar el cielo de una pasada, a moverse con andares ceremoniosos arrastrando las patas, e incluso a atravesar volando la quebrada. Nos trajo una agradable preocupación con la que matar el tiempo.

Así que a primera hora, apenas empieza a clarear, dejamos salir a la estirada pava.

—¡Vamos, largo de aquí!

Se queda un buen rato quieta, me observa primero con un ojo, luego con el otro: ¡debería darle de comer! Mientras, sus gallinitas dóciles, blanquitas, se lanzan volando una tras otra hasta mis brazos, se agarran a mis harapos y con mirada insistente piden, intentan picarme en los labios. Espléndidos, día tras día van quedándose deshabitados, se vuelven ligeros como sus alas. ¡¿Para qué les di la vida?! ¿Para engañar el vacío de la vida, para llenarlo de vocecitas de aves?…

—Perdonadme, pequeños. ¡Vale, llévatelos… pavita!

Ella sabe lo que hay que hacer. Ella sola descubrió la hondonada «de trigo» y tiene claro que los griegos la perseguirán. Al amanecer se colará por el carpe y el robledal, llevará a sus gallinitas a la pitanza, justo hasta el límite de la hondonada donde el trigo llega hasta los arbustos. Hará que su bandada se cuele rápidamente, los llevará hasta el mismísimo centro y empezarán a comer. Con pico firme arranca las espigas y las va desgranando. Aguanta todo el día muerta de sed y sólo cuando anochece las conduce a casa. ¡Agua! ¡Agua! Agua sí que tengo suficiente. Beben un buen rato, parece que estuvieran bombeando el agua, y yo tengo que llevarlas a su sitio: ya no ven.

Me remuerde un poco la conciencia pero no me atrevo a molestar a la pava. ¡No hemos sido nosotros los que hemos hecho la vida así! ¡A robar, pava!

El pavo real también se enteró del camino. Pero en cuanto abre la cola en medio del trigal los griegos le pillan. Rompen a gritar, expulsan a los ladrones y llegan a mi puerta:

—¡¿De qué los suiltas, dimonio?! ¡Ya a matar gallos!

Sus rostros delgados y de nariz aguileña están rabiosos, sus dientes famélicos están blancos hasta decir basta. Es cierto que podrían matar. Ahora todo es posible.

—¡Mátalo! ¡Tú matar ya a malditos ladrones!…

Es un momento doloroso. No me siento capaz de matarlos pero ellos tienen razón: el hambre. ¡Mira que tener aves en estos tiempos!

—No les soltaré más, amigos… Y, además, sólo son unos pocos granos…

—¡¿Tú plantarlos?!… ¡Arancaron última grano de un trago! ¡Tú tener que cortas cabeza! Todos vamos a murir…

Siguen gritando un buen rato, golpean sus palos contra la cancela, van a colarse de un momento a otro. Gritan con furia sin que se les entienda, forzando sus cuellos sudorosos, abriendo desmesuradamente los ojos, desprendiendo olor a ajo:

—¡Mata gallos! Ahora no hay jueces… ¡nosotros seremos!…

En sus gritos puedo oír los rugidos de la vida animal, de la antigua vida de las cavernas que conocieron estas montañas y que ahora ha regresado. Tienen miedo. El día a día es cada vez peor y ahora un puñado de trigo vale más que un hombre.

Hace tiempo que los griegos recolectaron su trigo: en pacas, en sacas lo llevaron a la ciudad. Se fueron y en la hondonada del trigo empezó a bullir la vida. Miles de palomas que se habían escondido de la gente a saber dónde se arrullaban ahora en ella, hallaban los granos caídos; los niños hurgaban todo el día la tierra sacando las espigas perdidas. También el pavo real y la pava se alimentaban allí. Perseguidos ahora por los niños. No quedó ni un grano y la hondonada se calmó.

EL DESIERTO

¿Y qué es de Tamarka?…

Ya ha terminado de roer los almendros, ya ha acabado con las ramas a las que alcanza desde la valla. Colgaban como estropajos. Ahora el sol acabará con ellas.

La cancela retumba. Es Tamarka embistiendo la puerta con los cuernos.

—¡¿A dón-nnndeee?!…

Veo un cuerno puntiagudo: al final ha hecho una grieta a la puerta, se colará en el huerto. Le atrae su maíz soleado, verde. Una grieta cada vez más ancha, se cuela la piel rosada de su nariz, un bufido húmedo y ansioso, se le cae la baba…

—¡Atrássss!…

Encierra los labios, retira el hocico. Se queda inmóvil tras la puerta. ¿A qué otro sitio podría ir? Todo está vacío.

Y míralo, ¡nuestro huertecito… lamentable! ¡Cuánto esfuerzo frenético habré gastado en esta arcilla movediza! Retiré miles de piedras, acarreé desde las quebradas sacos de tierra, me golpeé los pies con las piedras mientras trepaba por las pendientes…

¿Y todo para qué? Para matar mis pensamientos.

Te vas montaña arriba, arrojas un saco pesado de tierra, te cruzas de brazos… ¡El mar! Lo miras una y otra vez a pesar de las gotas de sudor, lo miras entre lágrimas… ¡Qué azul tan lejano! Y justo tras los cipreses negros, bajita, sencilla y callada, está mi casa con su tejado rojo. ¿Será verdad que vivo ahí? En el jardín no hay ni un alma y los alrededores están desiertos: en todo el día no pasará nadie. Pequeño como una paloma, el pavo real se pasea por el campo abandonado, golpea las piedras. ¡Qué silencio! Las tardes de primavera el mirlo canta en el serbal seco. Cantará un rato para las montañas, se volverá hacia el mar. Cantará para el mar y también para nosotros y para mis pequeños almendros en flor, y

para mi casita. ¡Nuestra casa solitaria!… Desde aquí se pueden ver sus defectos. La lluvia ha derrubiado el muro trasero, las piedras sobresalen entre el barro, hay que arreglarla antes de las lluvias de otoño. La lluvia llegará… No debo pensar en ello. ¡Debo perder la costumbre de pensar! Debo horadar la arcilla con una azada, retirar la tierra en sacos, repartir mis pensamientos.

Las tormentas levantaron el hierro, hubo que amontonar piedras en las esquinas. Necesitaría un techador… Es posible que ya no queden tampoco techadores. No, queda el viejo Kulesh: golpea con un mazo tras la colina, cerca de la quebrada, está recortando las estufas de hierro viejo del vecino. Lo llevarán a la estepa para cambiarlo por trigo, patatas… ¡Qué bueno es tener hierro viejo!

Te paras y miras, la brisa sopla desde el mar. ¡Cuánta belleza!

Abajo, a lo lejos, se ve una ciudad blanquita con una torre antigua, de los genoveses. Como un cañón negro ha fijado en el cielo su mirada furtiva. El embarcadero de juguete salió corriendo a la mar: un escabel con patitas y un bote-cascarón justo al lado. Detrás Chatyrdag se vuelve azul por su calvicie, Palat-Gora… Allí está la ensillada del puerto… más arriba aún ves el flequillo de Demerdzhi. Las águilas viven en sus desfiladeros. Más allá las hileras claras de las montañas peladas, vagamente soleadas, de Sudak…

Se ve bien la ciudad desde aquí, en los jardines, en los cipreses, en las viñas, en los álamos altos. Se ve bien pero es tan embustera. ¡Brillan como cristalitos! Las casitas blancas mansas y amables representan una vida apacible. Y la Casa de Dios, blanca como la nieve, premia con una cruz a su mansa parroquia. De un momento a otro se podrá oír el vespertino «Luz serena»… Reconozco esa sonrisa desde lejos. Acércate más aún y lo verás… Es el sol que se está riendo, ¡sólo el sol! Se ríe con ojos de muerto. No es un silencio agradable: es el silencio mortal de los cementerios. Debajo de cada techo un único pensamiento: ¡pan!

Y no es la casa del pastor la que está junto a la iglesia, sino un sótano carcelario… El guarda de la iglesia no está sentado a su puerta: el que está sentado es un muchacho de cara aplastada con una estrella roja en el gorro, vigila el sótano con voz ronca: —¡Eh!… ¡Largo de aquí!…

Y el sol juega en su bayoneta.

¡Se puede ver bien lejos desde las alturas! Tras la ciudad está el cementerio. En él brilla una capilla toda transparente, de cristal. Qué lujo… no se distingue qué hay dentro de la capilla: en sus cristales el sol se funde…

Jardines bonitos y embusteros, ¡viñas embusteras! Jardines abandonados, olvidados. Viñas desoladas. Dachas despobladas. Corrieron y murieron sus dueños, ¡entregadas a la tierra! y el dueño nuevo, perplejo, rompió todos los cristales, arrancó todas las vigas… vació todos los sótanos profundos, nadaba en sangre, pero ahora, con la resaca de la fiesta, se sienta taciturno junto al mar, contempla las piedras. Las montañas le miran a él…

Yo puedo ver su sonrisa disimulada, la sonrisa de la piedra…

Se vuelve gris el derrumbe bajo el Demerdzhi, una vez fue una aldea tártara. Durante siglos la montaña ha contemplado el establo humano. Mostraba su sonrisa, lanzaba piedras. ¡Que haya un silencio pétreo! Ahí viene.

¿Qué pasa, Tamarka? Tú también, pobrecita, has caído en un callejón sin salida… Y no quieres resignarte: das coces obstinadas, golpeas la cabeza contra la puerta. Has adelgazado tanto, pobrecita…

Inexpresiva mira mi mano levantada con ojos cristalinos, azules por el cielo y el voluble mar. ¿Pero a dónde vas a ir si no? Sus costados se han hundido, se distinguen los huesos de la pelvis, la columna se le ha acentuado y está roída por moscas y tábanos chupasangre. Las heridas rezuman icor: ya empiezan a picarle los descendientes de los gusanos, con el calor se forman llagas. Las ubres se le han alargado y oscurecido, se le han secado y arrugado los pezones: las manos de su dueño hoy no sacarán nada de ella.

—¡Largo… no hay nada!…

No me cree. ¡Pero si ella sabe de la gran fuerza de los hombres! No puede entender por qué su dueño no le da de comer…

Y yo tampoco puedo entenderlo, Tamarka… No puedo entender quién y para qué tuvo la necesidad de convertir todo esto en un desierto, ¡cubrirlo de sangre! Y, ¿te acuerdas?, no hace tanto que todos podíamos darte un trocito de pan oloroso con sal, todos queríamos acariciar tu hocico cálido, todos se alegraban al ver tus ubres que llenaban un cubo. ¿Quién se ha llevado también tus frutos? Cada primavera traías uno pero ahora andas vacía y no

añades anillos a tus astas…

En sus ojos cristalinos veo lágrimas. Lágrimas mudas, de vaca. Saliva hambrienta caía sobre la zarza espinosa que estaba masticando. Con esfuerzo aparta la vista del maíz, da la espalda a la puerta y… mira hacia el mar. Azul y vacío. Lo conoce bien: azul y vacío. Agua y piedras.

Yo también lo miro… Míralo como quieras, así es y así seguirá.

Mira en línea recta: no se ve Asia, Trapezunt. Allí Kemal Pasha combate a todos los pueblos del mundo; ha vencido a griegos y a ingleses, a franceses y a italianos, a todos los venció y los hundió en el célebre mar turco.

Susurran los tártaros silenciados:

—¡Chiss, chiss… Kemal Pasha! ¡Crimea avanza… desparan amitralladoras, balchiviques salió corriendo! Habrá pan y empanadillas… habrá corderro… ¡Un grande hombre Kemal Pasha! Nuestro…

A la derecha el lejano Bósforo, el Gran Estambul. Allí hay montones de pan y de azúcar, y también queso de oveja y café de Arabia y carneros…

A la izquierda, entre el vapor matinal, mi tierra natal regada con sangre sagrada…

No hay humo en el lejano azul, las corrientes se vuelven plateadas… Un brocado azul claro sobre el sol.

Aquí tenemos un mar muerto: los alegres barcos no lo quieren. No sacarán trigo, ni tabaco, ni vino, ni lana… Todo ha sido devorado, bebido, roto. Se ha secado.

¡Y mientras el sol va dibujando su propio lienzo!

La playa violeta se mantuvo rosa durante un tiempo, ahora se vuelve pálida. Se caldea: empieza a brillar. Al anochecer, con el frío, se volverá azul. Pero mírala ahora, es blanquiazul: hierve con el mar cuando juega. No hay ni un alma entre la grava, ni una mancha con vida. ¡Adiós, colores!

Ni tártaros de cornamenta cobriza con canastas preñadas en las caderas: ¡peras, melocotones, uvas! Ni armenios bribones y jaraneros de Kutaísi, hombres orientales con cinturones y paños caucásicos, con velos desteñidos de colores chillones, consuelo de las mujeres; ni italianos de «obomarshe», ni fotógrafos cubiertos de sudor que levantan polvo con los pies, que se aceptan «con cara

alegre» junto a la roca, que arrojan con valentía un trozo de paño negro, que esparcen con aire a medias importante a medias negligente sus «merci». También las piedras uralenses se esfumaron, así como desaparecieron las roscas de pan de un cópec y las conchas con «Yalta», la tinta china y los guías tártaros con sus pantalones de montar de costuras azules, con bigotes teñidos, con sus caderas de Apolo de Korbek, la fusta tras la caña de charol, el olor a ajo y pimiento. Ni faetones de algodón aterciopelado color púrpura con baldaquines blancos que se hinchan al trote, con lengüetas rojas en sus deslumbrantes oropeles llenos de abalorios, con caballos vestidos y rosas de lana, con urogallos crimeanos —el sonido de Bajchisarai— de plata que vuelan con paso afectado y ligero frente a villas que se desperezan por las mañanas entre glicinas y mimosas, entre magnolias, rosas y vides, con su riego vaporizado, el fragante frescor matutino rociado magistralmente por el jardinero. Ni turcos fuertes de venas marcadas que golpean regularmente los caballones nuevos, con saquitos azules, que desde el mediodía duermen en la tierra, junto a la roca. Ni sombrillas de señoras en la arena —los colores vivos del mediodía— ni el bronce humano que se quema con el sol, ni el viejecito tártaro, enjuto, con un envoltorio blanco en su cabeza color chocolate, que se balancea sobre sus rodillas, hacia la Meca…

¿No lo habrás devorado tú, mar? Este calla, juega.

¿Quién va a vender, a comprar, a pasear, a hacer girar con indolencia el tabaco dorado de Lambat? ¿Quién va a bañarse?… Todo se ha secado. Se ha hundido en la tierra o más allá, al otro lado del mar.

Las dachas contemplan con ojos rotos la arena vacía. Los cormoranes vuelan hacia el mar, van y vienen en filas.

Verás sólo una cosa en el camino del litoral: una mujer cojeando descalza, sucia y con un bolso de paja roto (una botella vacía y tres patatas), con el rostro tenso en blanco, tras quedarse tonta por culpa de la adversidad:

—¡Y decían que todo iría bien!…

Tras un burro camina un tártaro de edad avanzada, lo lleva con un pequeño atado de leña, taciturno, andrajoso, con un sombrero rojo de piel de oveja; maldice la dacha ciega de rejas desencajadas, los huesos de caballos junto al ciprés talado:

—Quita, quita… ¡ay, demonios!…

Y hace memoria: durante la temporada solía traer aquí gallos, cerezas, uvas, peras… ¡qué tiempos! Y ahora no hay ni con qué comprar sal.

Y entonces pasa levantando polvo en su caballo bayo empapado en sudor un soldado del Ejército Rojo medio borracho, sin patria, sin puerto al que arribar, con su gorrito de paño con orejeras, la estrella roja internacional, con un tonel: lleva la alegría ebria a sus jefes del remoto sótano que aún no han terminado de beber.

¡Así que esto es el desierto!

El sol se ríe. Las montañas juegan con las sombras. Para ellas es lo mismo: un cuerpo rosado y vivo o un cadáver azulado de ojos embriagados, el vino o la sangre… También para este jinete portador de la estrella. Se detiene frente a la villa destruida, contempla atentamente con ojos somnolientos… ¿qué pasa aquí?… Se da cuenta, ¡hay un cristal entero! Apunta, dispara: —Toma ya, que te den…

Sigue disparando…

¿Dónde estará Tamarka?

Estira, alarga su hocico y muge, muge hacia el mar. Azul y vacío. Sigue mugiendo, sigue… Y se marcha por el camino hacia la quebrada. Vacila junto a un euforbio jugoso: ¿se podrá comer?… Resopla y se aparta: su olfato de vaca huele los dolores agudos del euforbio, por su culpa las ubres rezuman sangre.

Bueno, ¿y qué puedo hacer hoy? Lo de ayer, lo mismo: recoger las hojas más jóvenes de las viñas, cortarlas muy menudas y ya tenemos una sopa. Estaría bien añadirle ajo, dicen que da energía, pero ya gasté todo el ajo. Después… harán falta más hojas, hay que engañar a lo único vivo que nos queda, a nuestras aves. Son nuestra unión con el pasado. Hay que dejarlas salir cuanto antes, al menos atraparán algún saltamontes. Sobrevivirán hasta el otoño, pero luego… No te pares a pensarlo. ¡Siempre estará revoloteando a nuestro alrededor! Responden a los mimos, dormitan en nuestras rodillas mientras cubren sus pupilas con membranas. Llegan volando y haciendo ruido desde las quebradas tras sentir el tintineo engañoso de la jarra de hojalata: ¿y si es grano?, hasta hablan con nosotros. Comprendo perfectamente a Robinson.

Bueno, empecemos el día.

EN LA QUEBRADA DE LAS VIÑAS

La quebrada de las viñas… ¿Un barranco? ¿Una hondonada? No: desde ahora es mi templo, mi despacho y mi despensa. Aquí vengo a pensar. De aquí saco el pan de cada día. Aquí tengo flores, un arbusto color frambuesa dorada de boca de dragón, con abejas. Sólo eso. Una ventana enorme: el mar. Y la viña madurando.

¿Mi templo desde ahora?… No es verdad. Ya no tengo templos.

No tengo dios: el cielo azul está vacío. Y estas paredes de arcilla y pizarra son mis guardianes: ellas me protegen del desierto. En ellas viven «naturalezas muertas»: manzanas, uvas, peras…

Desciendo por la pizarra movediza, compruebo mis reservas. Los manzanos están mal: un «cervatillo peludo» se ha comido las flores. Miles de ellos se abalanzaron cuando los manzanos estaban en flor, cayeron sobre los cálices blancos, chuparon y royeron los estambres dorados. Yo los saqué dormidos, estaban dormitando al mediodía. Ahí está el melocotonero silvestre con sus pequeñas piedras, el cerezo con sus huesecillos secos picoteado por los tordos. El membrillo árido con telas de araña, los rosales y las zarzas están asilvestradas.

El nogal, tan bello… Está recobrando fuerzas. Concebido por primera vez, el año pasado nos regaló tres nueces, una para cada uno… Gracias por tus mimos, amigo. Ahora sólo somos dos… pero tú, más fértil, trajiste diecisiete. Me sentaré bajo tu sombra, empezaré a pensar…

¿Estás vivo, guapo mozo? ¿También te quedas de pie en un viñedo vacío, te alegras en primavera con el verde de las hojas frescas, con la umbría transparente? ¿No estás en este mundo? Te han matado, como a todo lo vivo…

Se está bien sentado en la calma matutina de la Quebrada de las Viñas, apartado de todo. Sólo las cepas… los bancales se extiende

por la quebrada hacia arriba, hacia la libertad, donde están los viejos almendros, brincan los arrendajos azules. ¡Qué tina tan tranquila! Las pendientes, una en sombra, el sol aún no ha entrado; la otra dorada, cálida. Aquí están los perales jóvenes y sus collares.

Si vuelves la vista atrás está la ventana azul, ¡el mar! La quebrada desciende bruscamente y en esa brecha sombría está la copa azul del mar: ¡bebe con los ojos!

Se está bien aquí sentado, sin pensar…

El pavo real lanza su grito desolado:

—… ¡U-aaaaaa!…

Imposible no pensar: las puertas se abren de par en par, el desierto grita. La vaca muge ansiosa, el fusil golpea las montañas, está buscando a alguien. Sobre mi cabeza se extiende una vocecita de niño:

—Paaaaan, tociiiiiiino…

Resuena el caño del samovar. Es más abajo de nuestra casa, los vecinos.

—Ay, Vovodichka… mira que eres… Ya te he dicho…

Una voz fatigada, débil. Una antigua aristócrata que ha caído junto con los demás en este callejón sin salida. Con ella están unos extraños, los «niños de la niñera»: Lialia y Vova. Viven apretados, se esfuerzan por sobrevivir.

—Másssss…

—Ya te he dicho… Ahora herviremos unos pétalos, tomaremos té de rosas…

—Quiero tociiiiinoooo…

—Pero bueno, ¡es que quieres acabar conmigo! ¡Lialia, llévatelo de aquí, quítalo de mi vista!…

Oigo un trote intermitente y la vocecita fina, ahogada, de Lialia:

—Vaya, ¿quieres tocino? ¿Tocino? ¡Te voy a dar yo tocino!… ¿Quieres que te llene de grasa las oregas?

—Lialia, déjale… Y, además, ¡no se dice o-re-gas! ¡O-re-jas! ¿Y qué forma de hablar es esa: llenar de grasa? ¿Qué quieres decir con eso? Y yo que quería enseñarte francés…

¡Francés! Al borde de la muerte… y quiere hablar en francés. Bueno, tiene razón, la anciana y querida aristócrata: hay que estudiar francés y geografía, y todos los días lavarse, limpiar los pomos de las puertas y sacudir la alfombra. Hay que aferrarse y no

rendirse. Venga, ¿cuáles son los ríos más grandes? El Nilo, el Amazonas… ¿Todavía siguen fluyendo? ¿Y las ciudades?… Londres, Nueva York, París… Ahora yo estoy en París…

Qué raro… cuando me quedo aquí en la quebrada muy de mañana y oigo como resuena el caño del samovar, me acuerdo de París, donde nunca he estado. ¡Estoy en la quebrada y me acuerdo de París! Está en algún otro mundo… ¿Acaso existe ese París? ¿No habrá abandonado él también esta vida?…

He aquí por qué me acuerdo de París: mi vecina me contó como solía pasar temporadas en el extranjero, estudió en Berlín y en París… ¡Tan lejos de aquí! ¡Ella… en París! Deambula con un pañuelo de punto, melancólica y enferma, se lleva las manos a la cabeza, mastica grano… ¡Y ha visto París, ha paseado por el bosque de Boulogne, ha estado delante de Venus y de Notre-Dame!… ¡¿Y por qué está aquí, soportando estas estrecheces, junto a la quebrada?! Lidia con los niños de otros, vende sus últimas cucharillas y faldas, las cambia por cebada rancia y sal. Tiene miedo de que le quiten esa alfombra… Todas las noches tiembla, ¿y si vienen y le quitan la alfombra y su pañuelo, ya el último, y la media libra de sal? ¡Qué absurdo!

¡¿París?! ¡¿Cierto bosque de Boulogne donde se puede pasear en carruaje antes de comer, —Maupassant tenía uno…— y se yergue el acero orgulloso de la torre diáfana de Eiffel?!… ¡¿también ahora resuena, en medio del fuego?!! ¡¿y su gente pasea por las calles contenta y libre?!… París…, ¡y aquí te quitan la sal, te ponen contra la pared, cazan gatos con cepos, dejan que te pudras o te fusilan en los sótanos, cercaron las casas con alambre de espino y crearon la «caza del hombre»! ¿En qué mundo suceden estas cosas? París…, ¡y aquí las fieras andan armadas, aquí la gente devora a sus propios hijos y hasta los animales comprenden el horror!…

¿En qué mundo sucede todo esto? ¡¿En este mundo de dios?!

No quedan París ni Londres, hasta París ha desaparecido, como todo. ¡Menudo trabajo para lo cinematógrafos, millones de metros de rollos! ¡Las ciudades grandes entre las grandes! ¿Aún existís? ¿Veis nuestros rollos? Nuestros rollos sangrientos dan para cientos de ciudades grandes, para millones de curiosos callejeros, curiosos de salón, con esmóquines y levitas, con chaquetas y camisas para trabajar… ¡y con pieles de marta de otros y brillantes arrancados de

las orejas! ¡Mira, Europa! Se llevan la mercancía en barcos, mercancía de países extranjeros: copas de cráneos humanos, la alegría para los banquetes; huesos humanos para dar suerte a los jugadores; carteras de piel «rusa», el trabajo de los artesanos del norte; cabello «ruso» para las confortables butacas de los diputados; píxides y cruces para pitilleras; reliquias de los santos para monedas. ¡Cómpralos, Europa! Alborota la feria ebria de sangre humana… de sangre ajena.

¿Está Europa intacta? Desde la Quebrada de las Viñas no puede verse. ¿Qué tal están allí los «derechos humanos»? Los Libros Importantes, ¿tienen todas sus páginas?…

¡Oh, París!… Desde aquí, desde esta quebrada perdida, el lejano París me parece de otro mundo, una ciudad ilusoria de cuento. No es de aquí, al igual que mis sueños no son de aquí. Allí la losa no se ríe: está sumisamente metida en la cinta. Fuegos azules sobre ella y su gente es de otro mundo. Retumban victoriosas orquestas de trompetas de oro y el milagro diáfano de acero intenta ver el fin del mundo, atrapa todas las voces de la tierra… ¿Oirá la voz de nuestros campos desiertos, el susurro de las cuevas ensangrentadas?… ¡Son los suspiros de los que, en una ocasión, también a ti te salvaron, torre Eiffel diáfana! Los viejos tiempos han pasado a la historia.

No oye. Retumban las trompetas de oro…

—Paaaaaaannn…

Y en algún lugar debe de haber enormes panaderías abiertas; tras las ventanas, en estantes, hay hogazas disponibles, estarán ahí hasta la noche… ¿Será verdad?

—No tengo fuerzas, Señor… ¡Lialia, llévate a Vova de aquí! Ahora vendrá la nana… Bueno, aunque sea que le dé unos bocados a una pera… ¡Cuándo se acabará este tormento!…

¡Acabarse! Si todavía está viniendo. Por ejemplo, el Manco, el carpintero de la Quebrada Seca, se comió ayer el perrillo alazán de Minets… Y esta semana vi a su mujer haciendo tortas de harina. Nosotros todavía tenemos algunos almendros… Y creo que ella todavía tiene la alfombra y una gargantilla singular… una gargantilla de cristal, ¡de París! ¡No sabe cuánto tormento puede llegar a haber! ¡¿Y cómo se va a acabar?! Es el sol que nos engaña, su brillo todavía nos llega al alma. El sol está cantando que aún

habrá muchos días de fiesta maravillosos, que se acerca la época de las uvas, el veranillo de San Martín, se llevarán las alegres uvas en cestas, las vides echarán flores, fuegos otoñales… Siempre estará el mar azul festivo con sus senderos de plata.

¡El sol sabe reírse!

Pero pronto los vientos caerán desde Chatyrdag, nubarrones de nieve se apoderarán de Palat-Gora, desde el negro Babugán lanzarán chubascos y entonces…

Pero ahora… mira como los rubíes brillan en las cepas, cálidos, en su tierna estera… resplandece la «chaush», la rosada «chasselas», la fragante moscatel… igual que una grosella negra es la moscatel negra, alejandrina… ¡Pan dulce para toda una semana! ¡Pan de colores!…

Ando por las hileras, escojo hojas para la sopa, examino los racimos. Esta noche estuvieron los perros, estuvieron mordisqueando y desparramándolos. ¿Perros hambrientos? No lo creo: los perros se dan un banquete todas las noches en la quebrada donde murió el caballo. Los he oído gruñir allí. Está claro, son las gallinitas y el pavo real. Día a día van acabando con mis reservas.

¡Que las uvas sean pocas, pero maravillosas! Al fin y al cabo ha sido por mi esfuerzo, el último. En primavera planté cada una de las cepas, arranqué los tallos adiposos, clavé las estacas en la pizarra y aseguré los vástagos. Entonces…, ¡qué lejos queda ya!, me quedé sentado junto a este palo curvo, contemplé la copa azul del mar que miraba hacia la falla. Fuegos azules ardían en la copa. El Señor la había creado: ¡bebe con los ojos!

Y yo bebí… entre lágrimas.

EL PAN DE CADA DÍA

Asciendo desde la quebrada con un montón de hojas de parra.

¡El pan de cada día!

—¡Buenos días!

¡Ay, esa vocecilla familiar! Lialia, descalza, está tras el ciprés, tiene ocho años y mirada bizca. Lleva puesta una blusa blanca, la única que tiene, y una faldita roja como la misma primavera. Transparente, frágil, tan blanquita a pesar de que siempre está al sol. Sus ojitos claros echan chispas, son ojos rusos, inteligentes. Miran de reojo a Babugán y captan:

—¡Mire, un coche camino de Yalta! ¡Ayer pasaron tres! Ese caza verdes…

—¡Pero si sabes todo! ¿Y quiénes son esos, los verdes?

—Los que no se rinden… Se esconden en los bosques, en las montañas… yo lo sé.

Una nube se levanta sobre las colinas boscosas, continúa su camino. Una delatora enfática e intermitente: rueda un coche poco lustroso.

Saltamos a la viña:

—Mire, ¡otra vez ha estado Pavito en la viña! Ha perdido una pluma… ¡Y Tamarka ha terminado de comerse su almendro!…

—Bueno, tendremos leche de almendras.

Lialia dejó escapar una risa débil, no como las de antes. Además sus ojos no se ríen, registran la lejanía. Sus ojos son azul claro, como la lejanía.

—A Minets… le robaron ayer la vaca… —dice Lialia tímidamente.

—Lo he oído. ¿Y el Manco se ha comido el perrillo alazán?

—Sí, el que solía venir a verle, el del rabito corto. El polaco… ¡menudo es! Se puede comer cualquier cosa. ¡Si hasta engatusó a un

gato! ¡Se lo juro! —se apresuró a informar Lialia—. Tiene una jaula, con un peso así… por la noche cuelga unos trocitos de carne de caballo y ¡catapún! El cerrajero… Dice que ya pasa del hambre, que se las apaña con los gatos. ¿Es que los gatos están ricos?

—Lo normal. Y tú, oye… ¿has comido hoy?

—Sí… —dice Lialia vacilando y mira hacia la quebrada.

—Ya… Entonces habéis comido… ¿seguro?

—Ahora vendrá la nana… —se pone colorada, hace rodar una piña con el pie—. Deje que las lleve… ¡Cuántas hojas!

Por nada del mundo me dirá que no han comido, que la nana se ha llevado la alfombra para venderla.

—Y Rybchij no lo resistió, han vendido la vaca, ¡a Manka! Tienen una familia grande, hay más niños que champiñones…

Habla como un adulto, siempre seria. Tiene una cabeza observadora: sabe todo lo que sucede en los alrededores, en la ciudad, junto al mar.

—¿Qué más me cuentas?

Está de pie, turbada, en el umbral de la cocina, se restriega un pie con el otro, observa mientras corto las hojas.

—Su pavo estuvo ayer arriba, en casa del doctor, ¡hizo añicos una taza! —Lialia me mira de reojo: ¿y si me pongo a hablar del pavo con ella?, pero guardo silencio. ¿Hace falta algo más interesante?— ¡Y Verba está muy triste!

—¿Y eso?

Ella se sonroja, los ojos le brillan: está contenta. Cruza los brazos sobre el pecho igual que su madre-niñera y empieza desconsolada:

—¿Cómo no iba a estarlo?… ¡esta noche les han robado un ganso!

—¿De verdad?

—Sí, como no… no dio ni una voz. Mire fuera… ¡sólo hay un ganso paseando!…

Desde la cocina se ve toda la colina de Verba. Es cierto: sólo hay un ganso paseando. Tras él va el pavo real, está picoteando la tierra.

—Ay, sólo ha podido ser el tío Andrei… —dice en un susurro y mira más allá de la quebrada: tras los campos abandonados del pavo real, tras la joroba no se ve Puerto Tranquilo—. ¡Menudo tipo más peligroso! Sólo ha podido ser él. A la noche lo sentiremos, olerá a ganso asado, no se podrá respirar. El viento lo traerá, porque por

las noches el viento viene de allí, de Babugán… y olerá a torreznos… a tocino… ¡qué horror!

Puedo oír como la boca de Lialia está llena de saliva, la traga. Hay que distraerla:

—¿Y qué es eso otro que ha pasado… lo de que la señorita reprendió ayer a los Verby? ¿No lo has oído?

—¡Pues claro! —Lialia se anima y vuelve a cruzar los brazos—. Iba Pribytka, la maestra… venía de la ciudad. Iba por el viñedo de Amidov y ya era de noche. Y además ve muy mal, lleva lintes… Perros, pensó primero… ¡Pero cuando resonó la sierra! Se acercó más, mira y son los chicos de los Verby, ¡los muy bribones están talando un peral de los buenos! Un peral del huerto. «Beurre»… ¡esas eran las peras que había! Bueno, es que ahora ya no se respeta nada, todos los setos están destrozados, cualquiera los cruza… «¿Qué estáis haciendo aquí? ¡¿Desde cuándo se pueden talar los árboles de los huertos?!», ¡cómo los regañó! Ellos ¡salieron pitando! ¿Es que no se pueden talar los árboles de los huertos? Cuánto lo habían cuidado… Y no tuvo miedo. ¡Vaya si los regañó!

—Ya está, ya tengo el periódico… Toma, una torta pequeña… compártela con Volodia.

Se sonroja y retrocede, pero no puede apartar la mirada de la torta. Incluso se da la vuelta del susto:

—Ay, qué dice… no hace falta, qué dice… Pero, para qué… no hace falta. Si nosotros tenemos…

Tengo que cogerla del hombro y dársela a la fuerza.

—Pero, por qué…, si ustedes también tienen poco… Bueno, gracias… ¡Muchísimas gracias! Muchísimas… —desconcertada, Lialia se atraganta mientras observa la torta y va retrocediendo más y más hacia el ciprés.

Al principio se aleja despacio, se controla, pero de pronto ¡echa a correr! Tras los cipreses centellea su faldita roja; sus pies desnudos lustrados por el sol brillan en el precipicio de la quebrada, y se oye su voz ahogada: «¡Volodia! ¡Volodichka!» Sé que ahora aparecerá en mi lindero, tras el cercado de espinas, la cabeza rubia de cinco años de Volodia, a dar las gracias. Los modales se los enseña la anciana aristócrata que vivió en París… Y ahí aparece bajo las encinas, al otro lado de mi jardín, con una camisa blanca con varios remiendos, y pantalones cortos a medias marrones, de una camisa de la

aristócrata, y a medias blancos, suyos, y grita bien alto:

—¡Mu-u-u-u-chas gracias!… ¡muchísimas… gracias!

Todavía hay vocecitas de niños, gestos de ternura. Ahora la gente suele hablar con grosería, evitan mirarte a los ojos. Algunos empiezan a gruñir.

Dejo sueltas a las gallinas, a la pava y sus gallinitas. Desde hoy hasta…, ¡aunque sea hasta mañana! Son nuestra familia, a la que le abres tu corazón. Testigos de nuestra agonía. Les cuentas todo, ¡y saben escucharte tan bien!

Con un gancho de alambre, desde el respiradero de arriba, saco el palo que asegura la puerta por dentro, ¡un cerrojo ingenioso en tiempos de hambre!, y con un ruido sordo el ave enmudecida durante la noche cae sobre mí.

¡Estáis vivas, queridas mías! ¡Buenos días!

Bullen bajo mis pies sin dejarme avanzar, me miran la cara y las manos. ¡Grano! ¡Grano! Corren en bandada tras de mí, se dislocan el cuello sin prestar atención a donde pisan, se tropiezan al correr, dan saltos como perrillos, se agitan preocupados: ¿les pondrán hoy sus platos? La pava, delgada, apuesta, sale volando, sus patas parecen botellitas:

—¡Pitas, pitas!

¡Eh, pajarillo afligido! Tú, Flechita blanquita, te has debilitado por completo: te quedas parada, tus ojillos están cubiertos por una membrana… Y tú, Perlita, tan melancólica. Mientras que tú, Tragoncete, te has acordado de la cabeza de mújol de ayer, la que trajiste de la quebrada, que estuvisteis picoteando todos, y que también ahora picas testaruda. Ven a mis brazos, pequeñaja, susúrrame al oído… E intentas echar un vistazo al bolsillo donde, bien que lo recuerdas, en otros tiempos había grano… En otros tiempos aquí hasta hubo un reloj… Mira, tengo un poco para ti… ¿Lo ves? Uno, dos… diez… ¡doce granos! ¿Por qué no picoteas mi mano vacía? Bueno, ¿qué os puedo contar? ¿Qué hay de nuevo? Ya sé. Esto también os afecta a vosotras. Al otro lado de la colina, a sus pies, viven unos «tíos» a los que les gusta comer… ¡y les gusta comer gallinas! Me temo que vendrán a por vosotras, ¡me privarán de mis «excedentes»! Se pueden tener hasta cinco gallinas, y yo tengo más. Pues eso, que es posible que me priven de mis «excedentes»… Bueno, no pensemos en ello.

Les doy platitos con una hoja cocida al vapor. Se pelean por ella, la arrastran a cachitos, la esconden, se atragantan, se llenan el buche. Siguen picoteando los platitos vacíos. Y los azores ya están acechando por las quebradas.

Yo miro, pienso, hago memoria… quiero comprender… ¿Es un sueño horrible? ¿He caído prisionero de unos salvajes?… ¡Ellos todo lo pueden! No puedo comprenderlo. ¡Yo no puedo hacer nada mientras que ellos lo pueden todo! Pueden quitarme todo, pueden meterme en un sótano, ¡pueden matar! ¡Ya han matado! No puedo comprenderlo (¿o es que estoy hecho un salvaje, he olvidado como se piensa? ¡¿he olvidado como se razona?!). ¡Y para qué hará falta razonar ahora! Te pones a razonar y, fíjate, te vuelves como ellas…

Oigo la señal, la voz frenética de Lialia, sólo puede ser ella:

—¡U-aaaaaay!…

Un grito feroz, desolado, parecido al grito del pavo real.

¡Ay, el azor ataca! Hacia el otoño los azores se vuelven más crueles.

Su grito es audible en la distancia, junto al mar o por las lejanas quebradas. Los azores la conocen bien, su faldita roja visible desde lejos, sus ojos penetrantes contemplando las montañas y el cielo, la temen y odian. La acechan en la espesura de los encinares, no apartan sus ojos de rapaz: ¡si pudieran despedazarla! La comprenden las gallinas, todas las aves… Ella misma parece una paloma blanca. Comienza a gritar inquieta y por las colinas, por todas partes, se elevan gritos y batir de palmas: vociferan por su colina los chicos de Verba, aúlla la familia Rybachij, en la hondonada del trigo, en Puerto Tranquilo, en casa de los Pribytki, abajo a lo lejos, por los cerros, en las dachas moribundas donde sólo quedan gallinas, los últimos seres vivos. Hemos sufrido tanto por ellas, se ocultaban cuando venían a llevarse los «excedentes», peales, huevos, cazuelas, toallas… Se ocultaron. Y ahora tienen miedo de los azores, de los carroñeros alados.

Un buitre planea bajo por la quebrada, gira en pleno vuelo. El sol le da a sus alas un tono pajizo. Le desvía de su curso el frenético grito de Lialia. Vuela hacia las encinas, tras la quebrada, se oculta en la espesura.

Ahora sé bien cuanto pueden estremecerse las gallinas, como se acurrucan bajo el escaramujo, bajo los muros, se cuelan entre los

cipreses y se quedan quietas temblando, estirando y encogiendo el cuello, sus pupilas asustadas se estremecen.

Sé bien que las personas tienen miedo de las personas, ¿acaso son personas?, como asoman la cabeza por las ranuras, como cavan insensibles sus propias tumbas.

Disculpemos a los azores: es SU pan de cada día.

¡Comemos hojas y nos echamos a temblar con los azores! A los carroñeros alados les asusta la vocecita de Lialia, pero los que vienen a matar no se asustan ni de los ojos de un niño.

LOS QUE VIENEN A MATAR

Alguien va a caballo… ¿quién será?…

Está subiendo desde el cerro hasta nosotros, a la colina… ¡Ah, es el de los dientes pequeños!… Shura, el músico. O como él mismo suele llamarse «Shura-Sokol». ¡Vaya apellido más osado! Yo sé que es un pequeño buitre.

¿Quién creó al carroñero? ¿En qué día, Señor, creaste al carroñero si es que tú le creaste? Lo hiciste a tu imagen y semejanza… ¡¿Y por qué quiere ser Sokol cuando ni siquiera llega a ser persona?! El caballo sumiso le lleva por las colinas, ronca pero le lleva. Lleva la cabeza gacha, el tupé se le ha quedado pegado a los ojos, marcha con los ijares empapados: es difícil llevar a alguien por las colinas. El caballo ruso es sumiso: llevaría hasta a un carroñero, le llevaría a los pies de la colina y a la misma colina, incluso al mismo Chatyrdag, incluso a la cresta del Demerdzhi, antes de morir.

Le vuelvo la espalda, me oculto tras el ciprés. ¿Es que me avergüenzo de mis harapos? ¿De mi trabajo?

Una vez, también un mediodía caluroso, iba con un saco de tierra. Y entonces, mientras lo arrastraba por las piedras y hasta mi cabeza pesaba como una piedra —¡afortunadamente!— apareció como de la nada el carroñero a caballo y mostró sus dientes pequeños, como los de una serpiente, y blanquecinos en su negra cabeza. Suelta un grito divertido sacudiendo los brazos:

—¡Dios ama el trabajo!

¡A veces hasta los carroñeros hablan de dios!

He aquí por qué me oculto: siento el olor a sangre que despide el carroñero.

Va vestido con pulcritud, lleva una cazadora buena, mientras que a su alrededor todos vamos con harapos. Tiene color, ha echado

barriga, ha engordado, mientras todos adelgazamos, nuestros ojos se han hundido y nuestros rostros han ennegrecido. Sólo él va a caballo mientras todos nos arrastramos a cuatro patas. ¡Qué valiente!

Le conozco desde hace tiempo, tres años. Solía habitar la dacha más alta, la que llamaban «Chaika». A veces tocaba el piano. Eran veraneantes pacíficos, vivían tranquilamente. Bajaban por las quebradas al mar, a bañarse. Contemplaban admirados las montañas, ¡qué maravilla! Saludaban a su alrededor: «¡Buenas tardes!» Y, por supuesto, pagaban puntualmente. «Chaika» era una dacha conocida, joven. También eran jóvenes las mujeres que vivían allí, médicos, artistas, todo el que necesitara un descanso estival.

Y entonces llegó ese día. A la ciudad llegó gente que venía a matar. Y bien que mataron y bebieron. Las artistas bailaron y cantaron para ellos. ¡Qué aburrimiento!

—¡Dadnos mujeres alegres, con chispa!

Y las mujeres se entregaron: médicos, artistas.

—¡Dadnos… sangre!

También se cobraron la sangre. ¡Toda la sangre que quisieron!

Y entonces, cuando todo, igual que la hierba, se ha acamado, Shura-Sokol hace acelerar al caballo. No en vano tocaba el piano, vigilaba desde la dacha más alta – ¡los carroñeros siempre vigilan desde las alturas! —muchos ya… «han sido enviados al norte… a Jarkov», están en otro mundo. Y, mientras, Shura come kasha de leche, por las noches sigue tocando el piano, se ha trasladado a una dacha aún más cómoda y recibe visitas femeninas. Paga con harina, sal… ¡Es lo que tiene ser tan buen músico!

¿Y ahora qué… a buscar combustible, a las quebradas?… Estaría bien colarse en la profundidad de lo más profundo de la quebrada y que las murallas fueran tan verticales… estaría bien no ver nada ni a nadie. Pero hay que estar alerta para que las gallinas no se lancen sobre las viñas. Sentarse en la pendiente de la quebrada de las viñas… sentarse y pensar… ¿pensar en qué? ¿Y dónde me siento? En mi quebrada sólo se puede pensar en… No tengo permitido pensar en nada, ¡no hay que pensar! Mañana será lo mismo. Y después, lo mismo. Siéntate y mira el sol. Mira el sol con ansia mientras tus ojos no se conviertan en una cucharita de estaño. ¡Mira

al sol vivo! Porque pronto empezarán a soplar los vientos, no habrá más que lluvia, empezarán a tronar las tormentas… Golpearán como diablos las paredes, zarandearán nuestra casita, bailarán en el tejado. Entonces nos quedaremos sentados junto al fuego… ¡Los salvajes viven así y tan bien, tan felices! Sin saber nada, sin instrucción alguna. Son felices: ¡no les pueden privar de nada! ¿De leer libros? Tantos libros leídos, en vano vieron la luz. Hablan de esa vida, de esa… de la que está clavada en la tierra. Y no hay una nueva… Ni habrá. Ha vuelto la vida remota, la de nuestros antepasados de las cavernas.

Los libros… A menudo pienso en ellos. Entro en casa y ahí están, en un rincón oscuro yacen en un montón solitario. Mis libros «de viaje»… Duele mirar. También ellos «han sido enviados» a alguna parte. También se alargó sobre ellos la garra ensangrentada.

¿Cuándo fue? Pronto hará un año. Era un día frío. Diluviaba, lluvia invernal desde el negro frondoso de Babugán. Los caballos abandonados estaban en los cerros, se tambaleaban. Ahora sus huesos se están volviendo blancos. Sí, la lluvia… y bajo esa lluvia vinieron hasta aquí, a la ciudad, esos, los que vienen a matar… Por todas partes: tras las colinas, a los pies de las colinas, junto al mar, tenían mucho trabajo. Estaban agotados. Tenían que organizar una masacre, anotar las cifras en el balance, hacer el balance. Tenían que ser ostentosos, probar su dedicación a quienes los habían enviados, mostrar que la «escoba de hierro» sabe barrer, que no se niega a trabajar. Tenían que matar a muchos. A más de ciento veinte mil. Que fuera una masacre.

No sé a cuantos mataron en la matanza de Chicago. Aquí la cosa fue más sencilla: mataban y enterraban. Es bien sencillo: los ocultaban en los barrancos. O más sencillo aún: los arrojaban al mar. Por voluntad de una gente que descubrió el secreto: hay que hacer feliz a la humanidad. Y para ello se debe empezar con una masacre de humanos.

Así que mataban, por las noches. Durante el día… dormían. Ellos dormían mientras los otros esperaban en sótanos… Todo un ejército esperaba en los sótanos. Jóvenes, adultos, ancianos, de sangre caliente. Hace poco combatían abiertamente. Defendían la patria. Defendían la patria y Europa en los campos de Prusia y Austria, en las estepas rusas. Ahora, atormentados, han ido a parar

a los sótanos. Los han encerrado sólidamente, los han torturado para quitarles su fuerza. Los iban sacando de los sótanos para matarlos.

Bueno, sigamos. Durante una mañana lluviosa de invierno en que los nubarrones cegaban el sol, a los sótanos de Crimea fueron arrojados decenas de miles de vidas humanas que se quedaron aguardando a que les asesinaran. Y sobre ellos bebían y dormían los que vienen a matar. Y en las mesas había varios paquetes de hojas en las que al anochecer escribían una letra roja… una letra fatídica. Con esa letra se escriben dos palabras bien queridas: Patria y Rusia. «Liquidar» y «Fusilar» empiezan con la misma letra. Los que vienen a matar no conocían ni Patria ni Rusia. Ahora lo vemos claro.

Esa mañana llamaron temprano a mi puerta. ¿Serán los que vienen a matar? No, era un hombre pacífico, un arquitecto cojo. Él también tenía miedo. Y por eso estaba al servicio de los que vienen a matar…

Ahora estoy sentado en el límite de la Quebrada de las Viñas, contemplo atentamente las colinas soleadas… ¿Son las mismas colinas que eran hace tan poco tiempo? ¡¿Siguen estando aquí?!…

Y hago memoria…

—Esto…, me veo en la obligación de venir a verle… —dice turbado el arquitecto y sin mirarme—. Qué tiempo tan horrible… vive muy arriba. Han ordenado el embargo y selección de los libros… Los van a reunir y enviar a algún sitio… Por supuesto que comprendo…

Está cubierto de sudor, el infeliz arquitecto. Trabaja por media libra de pan pajoso, por miedo.

—Bajo amenaza de entrega… ¡a un tribunal militar! ¡«incluso de fusilamiento»!

Mira con ojos pequeños y redondos, como si fuera un pajarito, y en ellos hay temor.

—Ya lo sé. Y las máquinas de coser y las bicicletas… ¡Pero mi biblioteca no está aquí! ¡Sólo tengo el Evangelio y dos o tres libros!…

—Yo no puedo saberlo… ¡tengo que hacerlo!

Un arquitecto, un hombre del arte… No entró. Cojeaba diligente bajo la lluvia, por el barro, por las colinas, atravesando quebradas con su pierna coja, para dar el tiro de gracia a las almas. Pero

quiere vivir, el pobre… ¡estaba desesperado!

Yo no puedo saberlo… Bueno, al menos déme un recibo… es una petición algo vaga… Escriba que responde de su buen estado…

—¡¿De mis libros?! Yo… ¡¿por su trabajo?!…

¿Es que estamos locos?… Él no podía irse sin el recibo. Suplicaba con palabras, con la mirada, y, a aquellos a los que le resultaba difícil mirarlos a la cara, con su pierna coja. Y le di el recibo.

Ahora me duele mirar el rincón semioscuro donde está la pila de libros «registrados». ¡Hasta tú, mi pequeño Evangelio! Me duele como si también le hubiera entregado a Él.

Entonces llovía… Las colinas estaban ocultas por la lluvia, por nubes plomizas. Había caballos en los cerros, caballos abandonados. Estaban allí, aguardaban. Y murieron. Y por las solitarias dachas iba y venía el arquitecto cojo y seleccionaba libros… Mientras, la gente ocultaba la cabeza en las ranuras. ¡Uf, una pesadilla!…

No debes pensar. ¡Qué sol tan ardiente!

Se alza más arriba, calienta. Sobre los cerros cae una bruma cálida, las colinas comienzan a volverse azules y a centellear. Se mueven, aguardan. Contemplan. Y el sol se funde y juega en el mar.

Los pepinos están completamente marchitos y curvos, las hileras rojas están totalmente desnudas. Las tomateras han sucumbido y caen fláccidas. Las gallinas se han ido a las quebradas. El pavo real está a la sombra de su dacha, hace calor para gritar. De la quebrada sale Tamarka, lleva a la colina sus ubres vacías.

¿Y qué te pasa a ti, pequeña Flechita, por qué no te has ido con todos?

Está bajo el ciprés cabeceando, los ojillos bien cerrados. Lo comprendo: se está yendo. La cojo en brazos. ¡Parece una plumita! Qué vamos a hacerle… así es mejor. Venga, mira el sol… te gustaba aunque no sabías lo que era. Y más allá están las colinas, ¡qué azules se han vuelto! Tú no las conocías, pero ya te habías acostumbrado. ¿Y ves eso azul y tan grande? Es el mar. Chiquitina, no lo conoces. Venga, enséñame tus ojillos… ¡El sol! ¡El sol está en ellos!… sólo que es un sol bien distinto, frío y vacío. Es el sol de la muerte. Como una película de estaño son tus ojos, el sol también es de estaño en ellos, un sol vacío. No tiene la culpa, tú tampoco, Flechita, tienes la culpa. Inclinas la cabeza… Dichosa tú, Flechita,

¡te vas estando en unos brazos buenos! Yo te susurraré, te diré en voz baja: ¡adiós, sol de mi vida! ¡Cuántos de los mayores, de los que conocieron al sol, se van a oscuras!… Ni un susurro, ni una caricia de una mano amiga… ¡Dichosa tú, Flechita!…

Murió tranquila en mis brazos, la pequeña inexperta.

Era justo mediodía. Cogí una pala. Me fui al linde de la parcela, a un rincón tranquilo donde hay un montón de piedras cálidas, excavé un pequeño foso, la coloqué con cuidado, con una palabra serena —adiós— y cubrí rápidamente el foso.

Vosotros, sentados en vuestros sofás blandos, quizá estéis sonriendo: ¡Cuánto sentimentalismo! No me molesta. Fumad vuestros cigarros, malgastad vuestras palabras, el agua estridente de vuestras vidas. Fluirá cual desechos hacia las cloacas. Sé cómo de celosos os reflejáis en los bordes crujientes de las noticias de los periódicos, ¡con qué ansias oís el papel! Puedo ver en vuestros ojos el sol de estaño, el sol de los muertos. ¡Nunca resplandecerá vivo como resplandeció en Flechita, una completa inexperta! Una cosa os digo: ¡también habéis matado a Flechita! No lo entendéis. Seguid fumando vuestros cigarros.

LOS CUENTOS DE LA NIÑERA

¿Y cuándo el sol desaparecerá al fin tras Babugán? Cuanto antes… Caerá la noche, las estrellas nadarán como flechas en el mar. Sólo estará él. Ni las dachas, ni los cerros, ni las quebradas, sólo el umbral oscuro tras mi jardín, pero tras el umbral está el oscuro mar con sus flechas. Se podría creer que estamos en medio del océano, como Robinsones. No tienes más que olvidar y lo creerás. No va a venir nadie, no van a atormentar tu alma. La gente ha muerto, sólo están las gallinas dóciles, el pavo real, el ave del paraíso. Los avetoros grisáceos van a revolotear aplicados, a esconderse en los cipreses, por las mañanas chirriarán los arrendajos…

Basta que lo intentes para que no te salga bien. Tras el seto se oyen pasos, otra vez… Mal empieza el día.

—¡Buenos días, señor!

Ahora esa palabra es una burla, ¡señor! Ella no lo dice para burlarse, sino por costumbre. Es la vecina-niñera arrastrándose desde la ciudad, anda dando tumbos. Viste como una vagabunda, en los pies lleva tablillas. En las manos un brazado de esquejes de vid y de palos que ha recogido por el camino: todo tiene utilidad. Rostro demacrado, amarillo, ojos hundidos. Con ese rostro se sale del hospital después de una enfermedad grave.

Sé que empezará a quejarse, a desahogarse, y yo no puedo no prestarle atención: al fin y al cabo ella es del pueblo, así que sus palabras son las del pueblo.

—¿Y qué pasará ahora?… El pan hoy… ¡a doce mil! ¡y encima no había! En el mercado no hay nada, ¡todo vuela!

Me atormenta con sus ojos reducidos por la inquietud, pero… ¿qué le puedo decir?

—Me acerqué a ver… había gente en Yala, junto a unas carretas

vacías… están tristes, lloran. ¿Qué pasa?… ¡Fíjese! Los pararon en el puerto y les desvalijaron… les dejaron sin nada de nada, ¡lo que acababan de cambiar en la estepa por sus últimas cosas! Fue un claro acto de saqueo… ¡Y dicen que hay hambruna en la estepa! ¿A dónde se ha ido todo? Pues si nuestra estepa estaba llena de productos, ¡teníamos para varios años! ¡Fíjese qué cosas pasan!… ¡ay! Hasta nuestros pescadores… una gente tan libre… ¡pues también ellos empiezan a flaquear! ¿Y qué pescado tendremos? Tendremos que esperar a las anchoas… las pescarán para la primavera, ¡o a saber!

Shura-Sokol ha recorrido la colina, no se cansa de mirar las montañas y el mar, saca su pitillera de plata, se enciende un cigarrillo, tabaco con olor a Lambat. Camina con pasos pequeños. La niñera aprieta sus labios finos, espera a que pase y le sondea con la mirada.

—Está rellenito… ¡Demasiado rellenito! ¡Se traga los tazones de leche de tres en tres! Mírale… Él si que tiene gallinas y huevos y… ¡y a saber de dónde lo ha sacado! ¡Y mientras nosotros muriéndonos!… No hay de donde sacar un solo cópec. Y normalmente en el veranillo de San Martín… ¡podías ganar más de dos rublos lavando ropa! Y luego ibas al mercado… ¡montañas de todo! Tocino, cordero, huevos… morenos y azulados, y… ¡Y el pan, ligero como las plumas!…

Me cansa escucharla, pero ella busca consuelo en mí, una «palabra de lealtad». No tengo palabras. Quiero romper con la última cosa que me ata a la vida, las palabras de los hombres.

—Fui a esos… a los huertos soviéticos a trabajar… ¡media libra de pan! ¡y menudo pan! hecho con restos de la molienda. Y media botella de vino. ¡Pero nada de dinero, no fabrican! Cuando fabriquemos, dicen, entonces… ¡Vaya lo que decían!… ¡Cubriremos de oro toda una generación! ¡Te puedes morir esperando! ¿Y de qué me sirve a mí media libra si tengo niños? Y los que trabajan en los huertos están tirados a la bartola con su media botella… ¡hambrientos! A los chavales les dan vino, bien borrachos que van los chicos… No sé, ¿es que vamos a morir pronto?

Y le digo la «palabra»:

—Qué le vamos a hacer, de algo hay que morir.

Casi deja caer la chamarasca.

—Sí, ¡pero es una pena! De aquí no va a salir nada bueno. Nos prometieron y nos liaron: ¡Intente coger algo! Y no lo digo por mí, me dan pena los niños. Al menos los míos mayores ya se han labrado su camino, pero estos… La señora ya ha canjeado todo lo que tenía, ella está a punto de derrumbarse… Pero lo que le iba a contar… —susurra la niñera y mira a su alrededor—, ¡ayer mataron al comisario, arriba en el puerto! Lenia estuvo ayer en Yalta y lo oyó. El comisario de abastecimiento, iba en coche… quería largarse con el dinero. Del bosque salen con fusiles… temerarios, ¡no tienen miedo! Bueno, los verdes, claro. *Rangueletsi* que no reconocen el… ¡Alto! ¿Su apellido es Yershov? ¡Todos lo conocen! ¡Baje! No tocaron a la mujer ni a los niños, les ordenaron que se alejaran. Pero al otro le ataron con cadenas al coche, lo regaron con combustible y le prendieron fuego. ¡Se achicharró! Dicen que es el derecho del pueblo, ¡dicen que tenemos control sobre todo!… ¿Es verdad?

Me tortura con sus ojos ansiosos, sigue esperando esa «palabra de lealtad».

—Y ahora iba por el cerro, por donde la dacha del antiguo comisario de policía, en invierno allí se murió un caballo… miro y hay unos chicos… ¿Qué están haciendo con los huesos? Miro… están tumbados boca abajo ¡y roen la pezuña! La mordisquean y gruñen. Me quedé espantada… parecían perrillos. Me entraron unas arcadas, vomité, perdone que se lo diga así… y encima sin comer… Bueno, pero por la alfombra de terciopelo sólo me han dado tres libras de cebada… ¿y mañana qué haremos?… ¡Ya falta poco!

Agita el brazo, recoge los palos y se aleja, vacilando, por poco no tropieza. No presiente lo que pronto le ocurrirá, que preparará kasha… ¡con sangre! ¿O sí lo presiente? Ahora recuerdo… en sus ojos había sincero espanto… Hablaba a menudo de su Lenia, quien tenía intención de ir a la estepa, a conseguir trigo a cambio de algo…

Y hasta hace muy poco ella esperaba que repartieran entre todos las dachas, las viñas, entre todos los que son como ella, entre los «trabajadores», y entonces vivirían como señores. ¡Todo para nosotros! Oyó esa «palabra de lealtad», un marinero vociferando en un mitin:

—Ahora, camaradas y trabajadores, hemos acabado con todos

los burgueses… los que huyeron ¡se han ahogado en el mar! ¡Y ahora está nuestro poder soviético, ese que se llama comunismo! ¡Y hemos vivido para verlo! Todos tendremos coche y todos vamos a vivir… ¡con cuarto de baño! Y esto es vida, una pasada. Y ahora… todos vamos a quedarnos sentaditos en el piso de arriba y a oler rosas…

Bueno, venga. Pasa y cógelo: las viñas, los jardines y las dachas, ¡todo está abandonado, todo está vacío!

—¡Ya se me olvidaba! —grita la niñera—. Iván Mijálych me pidió que le saludara, ¡quería pasar a verle! Estaba en el mercado. ¡Qué horror! No le hubiera reconocido… con la ropa rota, sucio, en los pies llevaba unos trapos enrollados, apenas podía andar con su bastón. Miro y veo un viejecito mendigando junto a un puesto, el de los griegos, saluda, pide… y el griego dice: «¡Señor professorr, por favor!» Y le mete en una canastilla tres nueces y un par de patatas. ¡Madre mía! ¡Iván Mijálych! ¡Menuda dacha tenía! Yo solía lavar allí. Había una habitación repleta de libros, ¡siempre estaba escribiendo! Y ahora se muere de hambre, parece un viejecito. Me reconoció y dijo: «¡Fíjese, Timofevna, cómo agradece nuestro justo pueblo mi trabajo! ¡me han dado la pensión de un gorrioncillo!» ¡Eso me dijo! Y seguro que piensa que somos tontos, que no comprendemos nada… ¿Qué es eso de un gorrión? «Una libra de pan… ¡al mes!» ¿Se lo puede creer? «Mire, el papel con el sello nacional que me enviaron». Sacó el papel, se lo dio al griego y él se inclina, tiembla. El griego se puso a examinarlo, se acercó más gente. ¡Justamente! Mil rublos al mes, ¡de risa! Pero si el pan ahora son… ¡doce mil la libra! Unos cuantos empezaron a hablar y entonces se acercó uno con un fusil, se queda escuchando. «Eh, vejestorio, ¿se está riendo de nuestro gobierno?» ¡Y le dijo de todo! Tenías que haber palmado hace tiempo, le dice, ¡y encima te ríes del pan del pueblo! Y echó a todos de allí. ¡Hasta amenazó con los sótanos! Qué insolentes son… Y tenía una dacha…

Por fin se va. ¿Voy a la Quebrada Profunda? Debo cortar leña, más… Y al pavo real también se le oye allí. El sol parece estar dormido, no quiere irse tras Babugán. ¡Anda! ha aparecido Tragoncete, mira mis manos… Ah, tengo una almendra, por eso. La deshago en miguitas. Venga, ven conmigo, bonita. Nos sentaremos y te contaré un cuento…

Me siento al borde de la quebrada, pongo a Tragoncete en mis rodillas y la acaricio en silencio. Pone los ojos en blanco.

… Bueno, atento. Hace mucho tiempo vivió Iván Mijáilych, escribía libros. Con esos libros estudiábamos tú y yo. Después empezó a escribir sobre Lomonósov. Tú, Tragoncete, no conoces a Lomonósov, tampoco Timofevna, y eso que eres una gallina rusa muy lista… Deberías comer sólo almendras. Nada, eres una gallina honrada y si te diera de comer, seguro que para Navidad me recompensarías con un huevo, ¿verdad? No estás dormida, granujilla… Te conozco, eres una gallina orgullosa. Sólo que no sabes hablar. Si supieras hablar… Bueno, duérmete. El hambre te da sueño. Bueno, estábamos con Lomonósov… Incluso le dieron un premio… Teníamos en Petersburgo una Academia de Ciencias… Burgueses, claro, metían allí a cualquiera, a cualquier «trasto viejo»… Qué pena que no hayas ido lejos, pues hubieras oído como lo explicaban allí abajo unos chicos muy inteligentes. Bueno, pues esos mismos «trastos viejos» le dieron a Mijáilych un premio por Lomonósov, una medalla de oro. Bueno, y… la medalla de oro se la compró el griego que le dio las nueces, o un tártaro o cualquier otro… por un pud de harina. Qué ligerita te has vuelto, Iván Mijáilych también… ha perdido tanto peso, sólo le queda… no le queda nada, ¡tan sólo Lomonósov en su cabeza! Iván Mijáilych empezó a subir a las colinas en busca de pan, igual que tú por las quebradas. Por las clases le pagaban con generosidad: ¡media libra de pan y un buen leño! ¿Por qué te asustas? Es Lialia gritando… Duerme tranquila, no tiembles… Sí, un leño. ¡Menuda alegría le daban con el leño! Es un hombre mayor, escribiendo sobre Lomonósov se pasa frío en invierno y la leña hay que ir a buscarla a la quebrada. ¡Cómo va a ir él a la quebrada en invierno! Pero pronto dejaron de darle leña: no había a quien enseñar, el hambre. Y entonces a petición de Iván Mijáilych le enviaron un papel, ¡la pensión! ¡Tres *zolotniki* de pan al día! ¿Y sabes, Tragoncete, que no se habían confundido? Quizá se enteraron de que en la colina había una gallina muy lista que pasaba hambre… ¿Era para ti?… ¿Por qué te asustas otra vez? ¿Te parece poco? ¡Si son tres zolotniki! Tontita, deberías sentirte orgullosa… Bueno, pues ya te he contado el cuento. Venga, ve a pasear. ¡Mira qué bien pasea Liarva! Ve tú también.

Por el campo deshabitado del pavo real, tras la quebrada, viene renqueando un jamelgo alazán y cojo: un esqueleto. Da dos pasos y se detiene. Olfatea una piedra caliente, un cardo corredor seco, con pinchos. Un paso más: otra piedra, otra planta espinosa amarillenta. Desvía su mirada hacia la libertad, hacia el mar: azul y vacío. Vuelve y da un paso más. En sus costillas e ijares se refleja el sol como si fuera cobre sucio.

Es Liarva, la yegua de la dacha que está bajo el campo deshabitado, donde el viejo Kulesh golpea el hierro con un mazo, corta estufas nuevas de hierro viejo, las llevará a la estepa para cambiarlas por patatas. Hace mucho que su dueño no la unce. Acabó reventada en primavera cuando cargó el cadáver empequeñecido de un viejecito hasta el cementerio, entonces se desmoronó. La viejecita anda con habilidad, tiene miedo de caerse. Si se cae ya no se levantará. El perro de Verba, Belka, la observa atentamente: lo presiente.

Caballos muriéndose… Los recuerdo bien.

En otoño había muchos, fueron abandonados por el ejército de voluntarios que se fue al otro lado del mar. Deambulaban. Pardos, moros, bayos, píos… Percherones y de monta. De equitación y con guarniciones. Jóvenes y viejos. Grandes y de miniatura. Llovía a mares. Y los caballos deambulaban por viñedos y quebradas, por campos abandonados y caminos, se metían en los jardines forzando el alambre de espinos, se cortaban el vientre. Se quedaban por los cerros y esperaban a que alguien se los llevara. Nadie se los llevaba: tenían miedo. Además, ¿quién necesita un caballo en invierno cuando no hay pienso? Se acercaban a las villas deterioradas, extendían la cabeza por encima de las vallas: ¡eh, lléveme! Bajo sus patas, piedras frías y pinchos. Sobre sus cabezas lluvia y nubarrones. Se acerca el invierno. De un momento a otro Chatyrdag lanzará nieve: ¡¡eh, lléveme!!

Todos los días los veía en los cerros, por todas partes. Estaban inmóviles, muertos pero vivos. El viento les sacudía las colas y las crines. Como estatuas equinas sobre colinas rojas, sobre el azul ennegrecido del mar, de piedra, de hierro fundido, de cobre. Después empezaron a caer. Desde la colina podía ver como caían. Cada mañana advertía que quedaban menos. Los buitres y águilas giraban sobre ellos con mayor frecuencia, los perros despedazaban a

los vivos. El que más resistió fue un caballo moro, enorme, debía de ser de artillería. Se coló en un montículo liso tras subir desde la profunda quebrada, subió por un istmo estrecho y se perdió. Se quedó de pie en el borde. De día y de noche se mantenía en pie, temía tumbarse. Aguantaba con las patas separadas. Un día sopló viento fuerte del noroeste. El caballo no pudo volverse, el viento del noroeste le daba en la cabeza. Y ante mis ojos sus cuatro patas se derrumbaron, se rompieron. Encogió las patas y las estiró…

Si vas a la colina y miras hacia la ciudad, lo puedes ver: sus huesos blanquean al sol. Era un buen caballo, de artillería, alto.

Liarva se acercó con precaución al mirador de las vinagreras malolientes. Los árboles habían crecido, no llegaba. Así se quedarían mientras su amo no se la llevara. Tras ella va el pavo real, observa su cola estropajosa y a ratos picotea la tierra.

No hay donde esconder la mirada…

Por las colinas las sombras de las nubes juegan a las sombras con la colina. La aclaran y la oscurecen.

SOBRE BABA-YAGA

Estoy sentado sobre el precipicio. El muro negro de pizarra cae y cae, allí zumba el agua de los aguaceros. Desde aquí se ve toda la lejanía hacia abajo. Allí, a lo largo de la playa desierta, se divisan tristes dachas que se crearon con amor, con el trabajo tenaz de toda una vida, un refugio tranquilo para la vejez. Allí está el Rincón del Profesor con sus jardines cuidados con ternura, donde trasplantaban y mimaban dulces rosas, plantadas con «por sus propias manos». Donde los cipreses celebraban las etapas de su vida, donde las ideas vencían a las piedras. ¿Dónde estáis ahora, estimados fundadores —profesores, doctores, docentes— colonos de la orilla salvaje de la tierra tártara, miopes e ingenuos, que hablabais a las piedras de usted; sostenes de hortelanos bribones, que pagabais dócilmente las cuentas de toda clase de estafadores, distraídos por el «estudio de Venus a través del disco solar», partidarios del «vitalismo y mecanismo», especialistas en pórfidos y dioritas, estudiosos de hipótesis, descubridores del «secreto universal»? ¡Bien que pensasteis vuestras dachas y viñedos! Están descubriendo todos los secretos sin vosotros. Vuestros porteros arrastran al mercado los escritorios y los sillones, las camas y los lavamanos; de vuestros libros se apoderó el arquitecto cojo, mientras los jardineros desmontaban vuestras sillas plegables y se hacían pantalones de lona. Se escupieron los puños, ¡de un golpe arrastraron el «paraíso» a la tierra! ¿Dónde estáis ahora, despistados soñadores?…

Los que veían, corrieron. Los ciegos se escondieron bajo tierra. «Leían» algo a cambio de pescado seco, tabaco y media libra de sal los fatigados.

Dachas, dachas… De aquella gris con tejas sacaron a siete oficiales de la marina confiados, los condujeron tras las colinas y… «los enviaron al Norte»… Y en esa blanca y tranquila, tras los

cipreses, vivía un anciano agradable, un tesorero retirado. Le gustaba sentarse junto al mar, pescar. Su nieta de cinco años le traía piedrecitas:

—¡Mira esta colnalina, abuelo!

—¡Qué dices de cornalina! Eso no es una cornalina, ¡es espato!

—Pato… ¿Y cuál es la colnalina, abuelo?

—Así… clara, como tus ojitos. Y ahora vamos a pescar un pececillo… Anda, ve a buscar una cornalina… ¡y aquí está nuestra pieza!

Pescaba muy de mañana, cuando era tan bueno respirar, ir con el bolso de paja al mercado a buscar tomates y pepinos, queso… Así cayó, con la bolsa. Llegaron unos con estrellas rojas y él, un tipo raro, iba al mercado a por tomates, se maravillaba con el mar, lanzaba humo azul.

—¡Alto, te están hablando, sordo endemoniado! ¿Por qué tienes un capote gris, militar? ¡y con hombreras!

—Pues… estoy terminando de gastarlo, amigos… antes fui tesorero…

—¿A qué te dedicas?

—Pesco… bueno, iba al mercado. Ahora estoy jubilado, recibo una pensión de la Cruz Blanca… ahora soy libre como un cosaco.

—¿Un cosaco del Don? ¡Síganos!

Y se llevaron al anciano con la bolsa. Se lo llevaron tras las colinas. En el sótano le quitaron el capote gastado de cosaco, le quitaron la ropa interior rota y a la fila. Lloraba su nieta en la dacha vacía, la gente se compadecía de ella: no tenía quien fuera al mercado a por tomates, quien pescara… ¡¿Pero por qué lloras, tonta?! Lo cogieron por su culpa: ¡mira que ir a por tomates con el capote!

No hay donde esconder la mirada…

Allí, a los pies de Kastel, entre los viñedos, hay una casita blanca. Queda a unas tres verstas pero se distingue con claridad: detrás hay cipreses negros. ¡Qué vistas hay desde allí, cómo se ve el mar, qué aire! Allí las campanillas de las nieves, la porcelana blanca de Kastel, florecen pronto, también la vid madura antes, por el calor de la roca, de la diorita, y las violetas florecen una semana antes. ¡Y qué mañanas tienen allí! ¡Cuántos mirlos cantan allí en primavera y qué tranquilo se está! Nadie pasa durante el día. Un buen sitio para

vivir…

Anoche fueron allí, con la jeta negra como el carbón. A las mujeres las pusieron bien pegadas a la pared: no fueran a gritar. Quizá Kastel les oiga… Se llevaron lo último: ya os podéis morir. Y como despedida un golpe con la culata: ¡para que no te olvides! Y esa noche tras una colina…

Traquetea sacudiendo los cerros de bosques, rueda a gran velocidad. ¿Es un coche hacia Yalta? Levanta polvo por un camino invisible. Va a las montañas, a los bosques. Todavía quedan coches, llevan a alguien. Instrucciones, claro. ¡Quién iba a ir ahora en coche si no es por una instrucción! Aprieto los ojos lánguidamente, amodorrado, entre la flojera puedo sentirlo: ora se acerca, ora cesa la sacudida. Un estruendo horrible, como si las montañas se estuvieran cayendo. O te zumbara la sangre en los oídos, o te saltaran cataratas en la cabeza… ¿Qué será? La cabeza te da vueltas, te caerás de un momento a otro, te desplomarás. No, no es miedo. Ahora ya no tienes miedo a nada.

Me apoyo en los puños, escudriño las montañas a través de mi flojera. El verde me mira, entre ruidos, frondoso… El sol languidece, oscurece ante mis ojos… ¡Vaya noche ha caído! Espesa, ha ocupado Babugán por completo. Los espesos bosques de coníferas de las colinas, la pared boscosa. Son bosques antiguos. Sus raíces están desde siempre en la tierra, yo las corto sufriendo. ¡Qué cerrados son, su aire frío lo convierte en el sótano del bosque! Hay que roer y abrirse paso a través de ellos, con dientes de hierro. El alboroto retumba por las montañas, por los bosques negros de encinas, ¡un estrépito tan doloroso! Avanza arrasando Baba-Yaga en su mortero de hierro, golpea con su maja, va barriendo sus huellas con una escoba… con una escoba de hierro. Es él quien arma ruido, es nuestro cuento. Arma ruido al sacudir los bosques, barre. Con una escoba de hierro barre.

Aúlla en mi cabeza la palabra sombría: ¡«escoba de hierro»! ¿De dónde es esa palabra maldita? ¿Quién la pronunció?… «Barrer Crimea con una escoba de hierro»… Quiero entender hasta que duela de donde es. Alguien lo dijo hace poco… El sol cegador todavía se mantiene alto en la muralla incandescente de Kush-Kaia, las colinas humean por el bochorno. Un automóvil va a Yalta… ¿Pero en qué ha quedado el cuento?

¡Míralo, es un cuento de verdad! Es hora ya de acostumbrarse.

Lo sé: recorriendo miles de verstas, por radio, vino volando la palabra-orden, cayó sobre el mar azul:

«¡Hay que barrer Crimea con una escoba de hierro! ¡hacia el mar!»

Están barriendo.

Arrasa al avanzar Baba-Yaga por las montañas, por los bosques, por los valles y al barrer con su escoba de hierro. El automóvil se mueve veloz hacia Yalta. Instrucciones, claro. ¿Quién iba a ir ahora en coche si no es por una instrucción?

Son ellos, lo sé.

Sus espaldas son anchas, como armarios, los cuellos del grosor de un buey; mirada dura como el plomo, con una película de grasa sanguínea, saciados; sus manos-aletas pueden matar de plano. Aunque también los había de otro porte: tenían espaldas estrechas, espaldas de pez, sus cuellos son un cordón cartilaginoso, ojos penetrantes, como taladros, manos de venas marcadas que te atrapan con habilidad, aprietan como tenazas…

El automóvil va a Yalta haciendo ochos. Las montañas giran, el mar se asoma y se va. Los bosques miran atentos. El sol observa, recuerda: Baba-Yaga flota en su mortero, golpea con su maja, va barriendo sus huellas con una escoba… El sol recuerda todos los cuentos. Y ahí está la incandescente Kush-Kaia, el letrero montañoso. Está inscrito en ella.

Llegará un día, se podrá leer.

LA VISITA

Vuelvo a oír pasos… ¡Menudo día!

Alguien se mueve detrás de los cipreses, tose como los viejos, se está acercando a mi puerta. Una figura extraña… ¿Será posible? ¡es el doctor!

El doctor en persona. El doctor-espantapájaros con una arpillera en el cuello en vez de una bufanda, de piernas peludas. El anciano doctor Mijail Vasilich al que reconocerás por su paraguas blanco. Cierto es que el paraguas ya no tenía nada de blanco, tenía remiendos de arpillera, pero seguía siendo un paraguas. Al doctor no le toman por mendigo: ¡un mendigo con lentes de pinza! Por otra parte, ¿qué no será posible en estos tiempos?

Sí, el doctor. Sólo que no es el doctor viejecito al que el pavo le rompió la taza, ese vive más arriba, en lo alto, sino otro, el doctor de abajo, el de los jardines de almendros. ¡Tenía unos jardines maravillosos! Vivió decenas de años entre sus jardines de almendros, vivía solitario, en silencio, con su anciana niñera, su mujer y su hijo. Se dedicaba a la química, era vegetariano, hacía experimentos alimenticios consigo y con su familia. Es muy peculiar el doctor.

—¡Ah, doctor!…

—Buenos días. Precisamente venía a su casa, de visita. Se está bien en su casa, alto… lejos… no se oye…

—¿Qué es lo que oye?…

—Pues es que tengo la ocasión de oír… Tengo unos vecinos marineros, del puesto naval, vigilan el mar. Bueno, y… me toca oír toda clase de conversaciones poéticas, pura «literatura». Sí, nuestra lengua es realmente rica, sonora… ¡Qué silencio tiene aquí! nada de esos ruidos, junto al camino principal. ¡Pero si aquí hasta se puede rezar! Las montañas y el mar… y el cielo…

—También nosotros tenemos ruido y… señales. Por favor, doctor.

Nos sentamos sobre la Quebrada de las Viñas, en el salón de día.

¡Eh, fotógrafo! Coge la cámara: ¡una foto! ¿Quiénes son esos dos del borde de la quebrada, esos espantapájaros humanos? No acertarás, espectador extranjero con chaqueta, esmoquin y levita que deambulas despreocupado por *avenues, strassen* y *streets*. Mira qué zapatos tan chic… de Peronet ¡demonios! del proveedor del rey inglés y el presidente francés, ¡del mismo diablo! Los zapatos del doctor son de esterilla sujetos con el alambre de un timbre y la suela de… ¡palastro!

—Es práctico, dura un mes. Las sandalias tártaras pueden destaconarse y todos mis botas y zapatos «europeos»… ¡voilà! Habrá oído que me confiscaron todo, todos los «excedentes»… ¡Qué bien saben desvestirnos! ¡qué bien!… ¡qué pueblo tan capaz!…

Yo he escuchado más. También le quitaron al doctor media libra de pan pajoso, la ración de la unión de médicos.

—Sí, colegas… Los colegas dicen que ahora «la vida es una lucha», ¡y yo no hago nada práctico! ¡Y «el que no trabaja no come»! Sacudirían hasta a un apóstol si fuera necesario…

Su mirada está tranquila: ha sobrepasado el umbral de la vida. Completamente blanca, la barba redondeada le añade a su anciano rostro dulzura, a sus ojos bienestar. Luminosas arruguillas junto a los ojos y su frente cérea con pliegues le dan el aspecto de un monje de la antigua Rus: así serían hace tiempo el reverendo santo Sergui, Serafim Sarovski… Al encontrártelo a las puertas de un monasterio, le darías una moneda.

El doctor es algo curioso. Dicen de él que es un tipo raro. Hace poco vendió la parcela de su jardín de almendros y su bonita casa, se construyó una casa nueva, pequeña —«de astillitas»— y el resto del dinero lo cambió por bobinas de hilo, botas y ropa.

—¡Si muy pronto el dinero ya no valdrá nada! —Y entonces le quitaron todas las bobinas, y todos los pantalones y camisas, todos «los excedentes». Este año ha enterrado a la anciana niñera, a Fedia, su hijo loco, y hace poco a su mujer—. Mi Natalia Semenovna siempre fue una vegetariana estricta, y, bueno, enfermó de escorbuto. Los últimos días pensé que, ya daba igual, ¡se acabó experimentar!, con lo que nos quedaba le compré cordero, le hice

albóndigas… ¡Con qué entusiasmo se comía las albóndigas! Y mejor que haya muerto. Ahora se está mejor dentro de la tierra que encima de ella.

Al doctor le tiemblan las manos, le tirita la mandíbula. Sus labios están blanquecinos, las encías azuladas, la mirada confusa. Sé que él también se está yendo. Ahora se puede encontrar la marca de la partida por doquier. Y no da miedo.

—¿Y se ha enterado del ataúd tan original que le conseguí? —el doctor medio entrecerró los ojos sonriendo—. ¿Recuerda que en el comedor teníamos una rinconera? ¿de nogal, maciza? Confitura de albaricoque teníamos allí… de nuestros albaricoques. ¡Oh, menuda confitura! Cuatro tarros de confitura se llevaron, toda la que había. Por supuesto, ellos no cultivan albaricoques, confitura así tampoco hacen, pero… sí que se la quieren comer, ¡por eso se la llevaron!… Claro que ahora también hay otra geometría… Dicen que Euclides ha fracasado estrepitosamente y que ahora todo es según Einstein… Pero ¿de qué estaba hablando?… ¡Vaya memoria!…

El doctor se frota ligeramente la frente cubierta de sudor y lanza una mirada a medias culpable, a medias lastimera. Yo le oriento.

—Ah, la rinconera… Natalia Semenovna la apreciaba mucho… ¡era su dote! Y siempre la llamábamos «La Rinconera del Albaricoque». Ya sabe usted que cada familia tiene sus propias convenciones de cariño, su intimidad… cierta poesía familiar que sólo ellos comprenden. Y es que una parte del alma humana se queda en los objetos, se adhiere… Teníamos un sofá al que llamábamos «Kostia»… Un estudiante que daba clases particulares estuvo durmiendo en él, Kostia. También se llevaron a «Kostia»… Se llevaron, fíjese, el retrato de mi padre, el general… ¡mi único recuerdo! «¡Llevaos al general!» ¡Y se lo llevaron! Y era un general pacífico, se dedicaba a la botánica…

—Me estaba hablando de la rinconera, doctor…

—Sí, sí… Cuando éramos jóvenes… ¿Será posible? Hace unos treinta años que vinimos acá y que planté almendros en el solar y todos se burlaban de mí. ¡El doctor almendrado! Pero cuando el jardín cogió fuerza, cuando floreció… ¡fue un sueño! ¡un sueño blanquecino y rosado!… Y recuerdo que Natalia Semenovna dijo en una ocasión: «Estaría bien morir en este momento, en esta fábula de flores». Pero murió entre la suciedad y el frío de una casa saqueada,

profanada… Sí, con la portezuela de cristal, con su llavecita… La verdad, no está nada mal el ataúd. Saqué el cristal y lo cerré con tablas. ¿Por qué tiene que ser un hexaedro? Un triedro es más sencillo, y simbólico: ¡es uno y trino! En el lateral puse unos tacos de madera para que se mantenga firme ¡y es tan cómodo! No me llega para comprar un ataúd y alquilarlo… ahora te lo alquilan ¡hasta el cementerio! y allí los vacían… No, Natalia Semenovna era pulcra en extremo y esto… esto es como una cama eterna ¿y si de pronto está debajo de cualquier enfermizo comedor de gatos o algo peor? Aquí está en casa, incluso puede oler su confitura preferida…

Y él guardó a su Natalia Semenovna bajo llave.

—¡Quisieron coger mi faja! miraron con buenos ojos las correas… ¡Se les olvidó! Menuda faja… ¡me la hicieron en Schvabe siguiendo un dibujo mío! Ahora no existe ni Schvabe… ¡ni nadie! Se han llevado todo. Las faldas de la anciana, de la niñera, eso también lo cogieron. «¡Yo misma, —les dice—, las cosí con esfuerzo!» Le tiraron una: «¡Tú, —le dicen—, eres una esclava!» También cogieron los acordeones. Soy de Tula, ya en la gimnasia me gustaba el acordeón… Eran de conciertos, con las teclas de plata… Hasta se pusieron a temblar al verlo… ¡Un acordeón! Rápidamente uno se puso tocar… una polca…

Los pantalones del doctor no son pantalones, sino algo fabuloso: fondo amarillo con cuadros de flores.

—De los delantales de la niñera, lo que quedó. Y debajo llevo harpillera, aunque es de colores, los pintores solían limpiarse las manos en ella. Y esta chaqueta está comprada en Londres, es eterna. Claro que el color está algo gastado, era columbina…

Yo siempre había pensado que la chaqueta era negra como las motas de café.

—Todo eso son pequeñeces, pero… me privaron de mis termómetros, del de máximos y… Había tres barómetros, un higrómetro, las balanzas analíticas, el matraz… Querían los reactivos… ¡pensaban que era licor! Cogieron una botella, ¡de alcohol! ¡Y era amoniaco! Dijeron que era burgués.

—¿Qué hora es, doctor?

—¡El decreto! —dice el doctor entre temeroso y severo y levanta un dedo negro por la suciedad—. Los relojes ahora están rigurosamente prohibidos, ¡prejuicio burgués!

No, no tiene intención de irse. Está totalmente a lo suyo y desparrama «los excedentes».

—Pero puedo estar sin reloj porque una vez leí a Julio Verne…

Entorna los ojos hacia el sol, separa los dedos y mira a través de al uve. Mueve el dedo ya hacia Kastel, ya a la ensillada tras Babugán.

—¿Se acuerda? Julio Verne… Cyrus Smith en «La isla misteriosa» o Paganel… Hace ya tanto tiempo de eso, pero, aun así, qué bien estuvo, todavía no nos habían confiscado los libros. Yo me las ingenio de la misma manera. Puedo con una exactitud de hasta cinco minutos si el sol… Ahora son… la una menos diez. Con líneas mentales por las cumbres sabiendo la altura máxima… Aunque con niebla o por la noche… con las estrellas aún no tengo maña. ¡Ay, qué aburrido es estar sin horas! Todo lo hacíamos siguiendo las horas. Nos acostábamos a las diez menos cuarto, yo me levantaba exactamente a las cuatro y media. Y llevaba cuarenta años así. Tenía tres relojitos, los cogieron. Me da mucha pena por el inglés, el de bolsillo. A los antiguos lores les gustaban esos relojes, relojes de verdad. ¡Pero qué historia tan fatídica!… ¿Será posible que no se la haya contado? Es imprescindible que se publique, es muy importante, ¡hay que advertir a la humanidad! ¡Es de una importancia singular!

—Entonces, doctor, cuéntemelo.

«MEMENTO MORI»

El doctor me lanzó una mirada de reproche.

—Como si no creyera que la historia de mi saboneta esté relacionada con la humanidad… Se equivoca. Ahora se convencerá. En los objetos hay algo fatídico… quizá no fatídico, sino «fetichista». Interprételo como quiera, pero se lo digo en serio: en todos esos periódicos que influyen tanto… el Times o… como se llama… Chicago Tribune, el Ten, claro… ¡publíquelo sin falta! Yo ya no podré, yo soy un esclavo a punto de fallecer… esclavo no de dios, no de dios, sino… ¡de los hombres! ¡y ni siquiera de los hombres! ¿De qué soy esclavo, dígame? Bueno, dejémoslo. Pero usted… ¡usted debe publicarlo! Así que publíquelo: «“Memento mori” o “La saboneta” del ex doctor Mijail, esclavo inhumano». Eso será acertado: «inhumano». O mejor: ¡inhumanizado!

El buen hombre hablaba en serio, incluso estaba emocionado.

—Sucedió hará unos cincuenta años… en mil ochocientos… No, claro… justo hace cuarenta años, en el ochenta y uno. La difunta Natalia Semenovna y yo viajábamos por Europa, celebrábamos nuestro viaje de novios y, claro, el de «instrucción». En París nos quedamos poco tiempo, a mí me atraía irresistiblemente Inglaterra. ¡Inglaterra! El fascinante país de la libertad, del hábeas corpus… el parlamento más amplio… ¡Herzen! Entonces era joven, acababa de terminar la universidad, bueno, ya sabe, la fiebre revolucionaria… ¡Sin esa «fiebre» era usted un hombre muerto! ¡Encima en esos tiempos tan heroicos! Justo acababan de volar al «Liberador», un comienzo tan brillante, unas perspectivas tan resplandecientes, el socialismo llama a la puerta, Europa aguarda temblando… ¿comprende el ambiente que había? Hay dos cosas que un intelectual ruso debe llevar siempre consigo: el pasaporte y ¡la «febris revolucionis»! Respecto al pasaporte el gobierno lo tenía a su

cargo, pero en lo que se refiere a la «febris»… la solidaridad de todos los intelectuales rusos la cuidó y la mantuvo bajo control, ¡y también a sus líderes! ¡Por poco no dije chivo! Pero no para ofender a los líderes, sino según nuestro refranero ruso: «Donde va el chivo, allá va el rebaño». Por supuesto, había líderes de todo tipo… estaban los que no habían vivido nunca en Rusia… estaban también los que estrangularían a su propia madre en pro de la «rectitud» y la «coherencia» de un sistema ajeno, y tú… ¡échate a temblar! Allí ya puedes ser una nulidad, un borracho o un zoquete en toda regla y hasta puedes robar pañuelos de los bolsillos… que si tiemblas como tienes que temblar, el gobierno te da por adelantado un billete de entrada libre al reino «de lo sublime y lo hermoso». Además sin intereses. Yo no temblé tanto, sólo tuve pequeños escalofríos ¡y fue agradable! Sin lágrimas, pero tiritè de vez en cuando. Ay, ¿por qué no se lo dejo como lección a las generaciones de «memorias del intelectual de la sociedad Manufaktur y Cia.»? Ahora ya da igual, no es útil. ¡Anda! mire, el jamelgo se ha caído…

En efecto, Liarva estaba echada con la cabeza estirada hacia una sombra inalcanzable. Tenía las patas encogidas. Abatido por este nuevo estado, el pavo real despertó y empezó a gritar desolado. De una zanja en sombras bajo la dacha salió la demacrada Belka y miró a su alrededor.

—¡Igual que una tragedia griega! —sonrió el doctor—. Se representa bajo el sol. Y los «protagonistas»… tras el anfiteatro… —traza el contorno de las colinas con la mano—. Es decir, los dioses. En su potestad está tanto este jamelgo infeliz, como nosotros. Por cierto, usted y yo podemos pasar por el coro, ya que, aunque estemos dentro de la acción, podemos hacer pronósticos. El final está claro: ¡la muerte! ¿Está de acuerdo?

—Completamente. Todos estamos condenados.

—¡Hasta ahí hemos de llegar! ¿Hemos llegado? Perfecto. ¿Con qué había empezado? Con esta memoria mía no voy a ningún sitio… Sí, la «febris»… El hábeas corpus, Herzen, Gambetta, Garibaldi, Gladstone… Qué curioso, habrá notado todas las «glagol». Aquí, y esto es importante, hay algo místico y, en cierta forma, simbólico. ¡Glagol! Por supuesto, en Inglaterra yo hablé mucho. Y visité las grandes «reliquias» y las admiré no sin estremecerme, también las alabé. Incluso presenté una par de ideas

ardientes en Hyde Park. Allí hasta el aire te da una inyección especial: acabas insultando hasta a tu cuna, es cierto que está un pelín sucia, pero es tu cuna al fin y al cabo; te empapa, lo ves todo como con unas gafas sucias. Y, por supuesto, «¡Viva la Revolución —con mayúsculas, se entiende, desde el respeto—, y delante de la policía!» Y, bueno, me fui a comprar un reloj. Entré con Natasha… Por entonces yo la llamaba Natalochka, pero en Londres – Nata o Nelly, a la manera inglesa. Y ahora… ¡está bajo llave en la rinconera del albaricoque!… ¡Así se presentará ante el Juez en el Juicio Final! —el doctor soltó una risa rechinante—. El Arcángel empezará a tocar la trompeta, como es menester según el ritual predeterminado: «¡Eh, arriba, todos los difuntos a pasar la inspección!» Y se levantarán, cada uno a su manera: desde las profundidades marinas con pesos de hierro en los pies, de los barrancos surgirán con la boca cegada de tierra, con las manos a la espalda… incluso desde los sótanos ¡se presentarán en el juicio con los cráneos perforados y lanzarán su acusación! ¡Y mi Natalia Semenovna bajo llave! ¡Menuda risa, menudo escándalo se armará! ¡Todo un vodevil! Y encima… ¡ja, ja, ja! con… con confit… con confitura de albaricoque… vestida de arpillera… ¡engalanada con un saco de patatas!… si es que todo, todo se lo quitaron, todas las camisas… y los vestidos… las cosas de mujeres… ¡todos «los excedentes»! cuando se ponía sus vestidos… recuerdo uno de seda verde… Nastiushka Baranchik del mercado, la del «foso tártaro», ¡lo recosió después! ¡Menudo escándalo! ¡Los arcángeles se quedarán boquiabiertos! El mismísimo Señor Sebaot…

El doctor se puso en pie de repente y empezó a batir palmas:

—¡Eh, tú, asqueroso, maldito chucho!…

Belka saltó por encima de Liarva y se escabulló tras la dacha. El pavo real estaba junto a Liarva, sacudía su cola-abanico iridiscente y saltaba de una pata a otra.

—¡Mire, la está acompañando! —exclamó el doctor—. ¡Es justo la apoteosis! Bueno, ¿es o no una tragedia? —Se frotó la frente y frunció el ceño—. Igual que un sueño que… ¡Vaya memoria de grillo! ¡Hoy olvidé el padre nuestro! Tres veces intenté recordarlo y nada. Tuve que abrir el devocionario. A cuenta de esto debería sacar alguna conclusión interesante, aunque más tarde… Ahora… ¿pero de qué estaba hablando?

—Había ido a comprar un reloj, doctor…

—Sí, el reloj… Entramos a un callejón repugnante, estaba sucio y oscuro, era algún sitio junto al Támesis. Casas viejas llenas de hollín, marquesinas en las ventanas… y un tiempo como para suicidarse: caía una lluvia detestable a través de una niebla amarilla, putrefacta, y esas llamas de gas sucio entre la niebla, ¡a mediodía! Y para colmo esa peste pegajosa a mucosidades de peces de mar… Recuerdo que nuestro estado de ánimo era horrible. Y un emigrante ruso cojo nos enseñó el camino, todo el rato tosía y escupía sangre. Un sitio como… los de Dickens. Y en las tiendas lúgubres, detrás de cortinas verdes con flecos, sólo había anticuarios, anticuarios en sus madrigueras, igual que arañas, cubiertos de polvo, de telarañas, grises, enigmáticos… arañas de las profundidades de la vida… se movían por allí entre trastos viejos de toda clase, cuchicheaban para sí… ¡Qué no habría allí! Y todo pasado. Sextantes oxidados, floretes piráticos de filibusteros y bucaneros, toda suerte de «dioses» de las islas malayas y papúes, de las simas y espesuras tropicales, sellos de huesos humanos de reyezuelos salvajes, también cueros cabelludos, amuletos… —despojos, llamémoslo así, de los hombres, pero con sangre. Y esas «arañas» los seleccionaban, los adecentaban un poco: ¡es posible que otra persona los necesite!

—Doctor, se está desviando otra vez. Quería contarme algo de un reloj…

El doctor me miró meditabundo y meneó la cabeza.

—¡Esto tiene que ver con el reloj! Estoy reflexionando un poco, sobre eso y… sobre las condiciones. ¡De qué «despojos» acepté el reloj! ¿Sabría decirme en qué se apoyan todos esos puestos? ¿esos trasteros humanos? ¡En la rapiña y el pillaje! En lágrimas, en la sangre de alguien, en algo fundamental que reposa en las entrañas de toda «cultura» humana: ¡en ensuciar y sacudir! Bueno, ¡vaya puestos había allí!… esos sí que eran de la peor clase, a modo del cesto donde una cocinera mete las alas ensangrentadas de un pájaro para usarlas de almohada… ¡Y explore usted esas «tiendas»! ¡oro y plata, brillantes y perlas, y almas, almas deshabitadas, humanas, ojos disueltos en lágrimas!… Y es que cualquier «sacudida» servida en el plato de la alta política, con discursos, con lágrimas fraternales, desinteresadas y con el «temblor» bien apasionado, es

decir, desde bien dentro, indispensablemente apoya sus raíces en un fondo alimenticio, en un futuro picadillo para una empanada… y siempre habrá alguien que meta a otro en esa «empanada». ¡Cuántos de esos cestos con plumas de gallina se podrán hacer tras nuestra «sacudida»! Y seguro que han abierto «tiendas» de esas por todo el mundo…

Algo traquetea… ¿en el mar? Ah, es una lancha motora, quizá un «destructor». Ahí está, una flecha negra en el mar que corre y corre hacia nosotros; tras ella corre, se arremolina, su cola de espuma, se corta en dos.

—¿Lo oye?… —murmura el doctor y se tapa los oídos—. Un «destructor»… A por…

—¿A por quién, doctor?…

—Los que bajaron de las montañas por la amnistía. ¿No lo ha oído? Ahora los tienen retenidos «para amnistiarlos». ¿Qué hace, chirría?… No puedo soportarlo… estoy cansado.

Veo como el «destructor» de bandera roja hace un amplio giro hacia el embarcadero. Sé lo de los siete que hace poco bajaron de las montañas, los «verdes» insumisos que habrán oído desde el sótano que ha venido un «destructor»… ha venido a buscarlos.

—Ya no chirría, doctor.

—Mañana, o quizá esta noche… —dice el doctor expresivamente —, terminarán con ellos… y sus botas y guerreras, así como sus relojes… entrarán en el torbellino de la vida. Los recogerán esta noche… Hoy me señalaron a una mujer joven, su marido o novio está allí. Y ahora ella también lo está oyendo… Figúrese, ¡aún tiene esperanzas!

—¿De clemencia?…

—Tiene esperanzas… —murmura el doctor—. Algo puede suceder. Esperemos a mañana.

—Quería hablarme de un reloj…

—Ah, sí… Un conocido me aconsejó que me pasara por allí, por el Támesis: se encuentran cosas maravillosas. Los marineros las suelen traer de todos los confines del mundo, rastrean los océanos. Y yo tenía ganas de adquirir un reloj único, de algún navegante, de Cook o Magallanes… Desde niño me quedó la pasión por lo exótico, del capitán Marriete, de Julio Verne… De algún viejo capitán, un lobo de mar… que se lo cambió, fíjese, a algún reyezuelo caníbal y

a este le llegó desde algún noble español que un barco hundido arrojó… A todos nos apasionan los objetos ligados a las tragedias humanas. Venga, pruebe a anunciar que posee, por ejemplo, una espada con la que un verdugo cortó miles de cabezas chinas… se la comprarán por miles de libras, ¡la gente las encontraría! A todos nos halagaría tenerla en la pared del despacho, asombrar a un huésped o a alguna chica guapa: «Y aquí, —diríamos hasta con tono de indiferencia—, la espada con la que…» etc. ¡Un efecto extraordinario! ¡Menuda carrera se podría hacer! Las cosas viajan por el mundo de una forma asombrosa. Por ejemplo, ahora nuestras cosas, las rusas, a saber por dónde están paseando, ¡habitan bolsillos internacionales!…

Bueno, entramos en uno de esos negocios. El emigrante nos lo recomendó, por un par de chelines. Y susurró con aire significativo: «Revolucionario, irlandés, pero no dejen ver que lo saben». Por tal agradable noticia le di un chelín más al guía cojo. Entramos. ¡No puede imaginarse qué hedor! A bacalao podrido o langostinos, a saber… a sangre descomponiéndose, un olor muy característico. ¡Peor que en el anatómico! El dueño…, es como si pudiera verlo: un mono achaparrado, ojos verdes, pelirrojo, en las manos le sobresalían unos bultos azules con pelos rojos, hasta se le podían hacer trenzas. Un auténtico gorila. Bocaza de labios gordos, húmedos, jeta grasosa y la nariz… menudo cartílago, ¡rojo azulado! Y en su cabeza de frente baja, lanas también rojizas, a mechones. En cuanto le eché un vistazo, pensé: si todos los revolucionarios irlandeses son así, ¡están apañados! ¡Un auténtico «home rule»! Veo que tiene en la oficina una botella de *whisky* y pulpo en salazón, pequeño, tuerto. Aparta un trozo del tamaño de un anillito con una navajita de doble filo y mango peludo con una pezuña, —puede que hasta de algún hotentote—, echa un poco de polvo rojo de cayena y se lo come. Estaba hablando conmigo y, mientras, dale que dale al morro de la botella.

«¡Hombre, un ruso! ¡*Good day*! ¿Emigrante, revolucionario? ¡Viva la República!» —y se echa a reír él solo, sigue masticando el pulpo. Y, por supuesto, hablamos… de nuestros regímenes, del asesinato del zar-liberador… Tenía los párpados desencajados y en ellos había cayena y *whisky*.

«¡Le felicito, —dice—, por la gesta! Si han tenido un comienzo

tan feliz, Rusia dará tal paso que muy pronto será totalmente libre. Son un pueblo, —dice—, capaz y generoso, y nos deseo el mismo proceso. *It is very well*!»

Yo, claro, volví a estrechar su mano-pinza con firmeza, como pude, e incluso tenía lágrimas en los ojos, ruso bobo. ¡Hasta temblaba por el «sentimiento de orgullo nacional»! Recuerdo que dijo:

—En nuestro país también se está organizando un partido igual para matar a todos los reyes, están seleccionando gente especial, terroristas, «¡gente de terror implacable!» eliminaremos las raíces podridas, ¡los mandaremos a otros países a base de dinamita!

El mono estaba encantado. Sacó los colmillos, escupió la piel del pulpo y se echó a reír: «Exportación rusa, ¡la mejor! *It is very well*!» Y nos dimos la mano otra vez. ¡Cómo le gustaba! ¡Una especie de alianza cultural, éramos compadres! Me ofreció *whisky* y me dio un trozo de pulpo ahumado en un plato chico con un dragón dorado. En ese mismo plato, dijo, el verdugo enviaba al mandarín principal los corazones de los ajusticiados como informe. Puede que estuviera mintiendo. Ese festín es el sacramento de los anticuarios… Yo eché la vista a un saboneta. Un reloj de oro negro, cubierto de verde. Dijo: «Preste atención, este no es un reloj ordinario, ¡es del mismísimo Gladstone! Su lacayo me vendió este regalo que él le había hecho. ¡Y vale veinticinco libras!»

Realmente tenía grabado en la tapa: «Gladstone» y un castillo sobre una montaña. Quizá lo había grabado él mismo, el muy pícaro. El irlandés era un pícaro espabilado. Aunque sus ojos verdes y tanto cartílago me habían dado asco, sin embargo su conversación y el que fuera «irlandés», digámoslo así, un oprimido, despertaron mis simpatías. También sabía muy bien que era un pícaro, pero… ¡la «febris»! ¡Podía decirme lo que quisiera! «Lléveselo, ¡se lo garantizo durante medio siglo!»

Pero eso no es lo importante. Hizo muchos intentos para encasquetármelo. ¡Lo rebajó tres libras! ¡Y escuche lo que me dijo! ¡Atento!: «Acéptelo por veintidós, porque es usted ruso y… ¡con usted no se perderá! Con su valor… ¡sobrevivirá! ¡Le bajo otra libra! ¡Por su política!… ¡lléveselo! Es más, recuerde mis palabras, este reloj vivirá el momento en que la gran revolución llegue a Rusia».

Recuerdo que yo dije: «¡Dios lo permita!». «¡Vivirá!» —dijo. Y así

fue, «¡ha vivido!» Fíjese, me lo ha quitado… ¡un pelirrojo! ¡y de nariz cartilaginosa, sí señor! ¡El camarada Kreps! ¡Un ex estudiante! Él mismo se describió así: ex estudiante, si hasta se recreó con poesía. Eso fue cuando le comuniqué que yo era un intelectual ruso y doctor para que al menos no me quitaran los termómetros. ¿Y sabe dónde acabó el reloj? No lo adivinaría nunca.

—¿En el museo de… «Historia de la Revolución»?

—¡Peor! En… ¡el bolsillo del chaleco del ex estudiante, de míster Kreps! ¡Sí, señor! Y es tan cierto como que usted y yo ahora somos ex intelectuales rusos y a nuestro alrededor sólo hay ex. Le vieron en Yalta hace unos días: lo lleva encima y va enseñando el «Gladstone». Consiguió un bono de veinte medidas de vino del sótano proletario, se recompensó a sí mismo, sólo que no puede llevárselos, no hay caballos. Puede preguntárselo a los tártaros del sótano público. ¡Por las molestias! ¡por el «Gladstone»! ¡Pero si es un crío! Quiere el reloj y el vino para divertirse con chicas. Vaya, ¿pensaría alguna vez el Gran Gladstone para qué serviría su saboneta? Algo místico… Y su papá, no el de Gladstone, claro, o un tío, o quizá un hermano allí… —el doctor elevó la mano tras las montañas— ¡es óptico! ¡y vende relojes!… Recuerdo muy bien la tiendecita en la calle Yekaterinskaia, y quizá también en Pushkinskaia, ese apellido, se me quedó grabado, un apellido tan fúnebre, ¡Kreps! ¿No es un apellido irlandés? Podría ser incluso Crab. Un apellido, llamémoslo así, de las profundidades marinas. ¿Y si mi reloj acaba en ese «puesto óptico»? ¿Por qué no? Es muy, muy probable. E imagínese que de pronto cualquier *sir* doctor Mixtown, por poner un ejemplo, viene a nuestro país, «el más libre de los libres», y el ciudadano Kreps, de nariz cartilaginosa y encima pelirrojo, le vende el reloj «rebajado» y el ingenuo doctor Mixtown se lleva el reloj a Inglaterra, a un país atrasado y esclavista, y ¡el reloj vive hasta la «gran revolución» de Inglaterra! ¡Y que cualquiera de sus *sir* Kreps se lo quita de nuevo!… Y así una y otra vez… ¡el torbellino universal!

El doctor está un poco «pa'llá», por supuesto… Sentado en el borde de la quebrada, mira hacia el fondo, allí donde están las piedras y los árboles derribados por el aguacero, y continuamente se frota la frente. Ya huele a descomposición, se irá muy pronto, es duro escucharle… pero no tiene intención de marcharse.

La pava ha traído a las gallinas, aguarda.

—¡Anda! —dice el doctor mimando a la dócil pava—, un preparado para el despacho de ornitología. ¡Dos libras! Bueno, esperad. Ahora estamos todos al mismo nivel ¿y qué nos impide haceros un favor? Los niños, y vosotras, y nosotros… pronto ¡*voilá*!

Desata un saquito y les ofrece un puñado de legumbres. Nosotros, ambos hambrientos, miramos como las gallinas se amontonan mientras la pava, la «madre», observa firme. Cuando cae un grano junto a ella, alarga indecisa la cabeza esperando por si lo pica alguna de las gallinas, y siempre pierde.

—¡Aprended… vosotras! ¡vosotras! —grita el doctor al vacío—. He estado demasiado tiempo con usted… Pero… hay que hacer visitas. Voy de visita y, digámoslo así, luego hago un balance. Le he abierto los ojos a muchos, aunque tarde. Lo comparto para que no se evapore… ¡Calculo los resultados de mi experimento! ¿Y sabe lo que he descubierto?

—¿Qué ha descubierto, doctor? De todas formas, me parece que ahora ya no tiene importancia…

—Sí, claro. ¡«Nos habebit humus»! Pero… hay que confesarse, sacarlo fuera, desahogar el alma…

—Hable, doctor.

—Si encuentro fuerza, lo expresaré en papel, pero ahora… Lo titularía así:

«LOS JARDINES DE ALMENDROS»

»Cuando vine aquí, elegí un descampado, un montículo desnudo, en el que no se podía estar cuando el viento sopla desde Chatyrdag… Han pasado cuarenta años. Usted ya sabe que ocurrió. Los jardines de almendros plantados a su alrededor y ahora no se ríen. Sí, ahora… bueno, muy pronto ya no habrá nadie para reírse… Sí, cuesta contarlo. Así que por todas partes y en todo lugar se pueden ver los resultados de los intelectuales. Luego empezarán de nuevo, cuando lo vean claro. Aunque quizá tampoco habrá nadie para que lo vea claro. Bueno, mi vida era como un jardín de almendros… clara y cuidada… Sé que también cometí errores y que mi carácter y mi modo de vida eran bastante raros, pero ahí estaban los jardines de almendros, cada primavera florecían, nos aportaban alegría. Y ahora mis «jardines de almendros», entre comillas, son el resultado

y la experiencia de mi vida…

»Estoy acostumbrado a acostarme en función del reloj y ahora… ¿cómo puedo vivir sin las diez menos cuarto? Y por eso tengo insomnio. Y la memoria se me está debilitando. Le he contado que hace poco olvidé como se lee el padre nuestro… ¡Imagine que todos, todos se olvidaran del padre nuestro! Eso es que la basura avanza. Y están huyendo de esa basura ¡hacia la nada! Me disgusta. Me disgusta que yo, tal y como sucede ahora, no tenga el derecho lógico a creer. Y es que después de tanta basura, ¿cómo vas a creer que allí hay algo? ¡Ese «allí» también se ha quebrado! Un fracaso estrepitoso entre tintineos groseros, tirado entre graznidos, pataleos y rugidos, ha sido la resurrección victoriosa desde las cenizas de un animal a la «vida eterna y sobrehumana», la que ambicionaba las mejores personas que ya habían ascendido a las cumbres níveas del espíritu; el resultado ha sido no un hundimiento, ¡sino una total no existencia! ¿No hay ningún absoluto? No. Y podemos suponer que se puede dar por perdido al hombre en Europa y en todo el mundo y clavarle en la espalda una estaca de álamo. ¡Y lo peor de todo es que no hay nadie a quien reclamar! No habrá juicio, ¡pero es que nunca lo ha habido! Y muy pronto todos lo averiguarán, todos los antropoides, y, hala, a vivir la vida. ¡Se ha alzado la cortina del «misterio»! Los domadores, los conductores llegaron a ocultar a los profanos un lugar vacío para así llevar al rebaño por el buen camino y ahora un gamberro llega y la levanta… la levanta antes de tiempo, la transformación del ganado aún no había terminado. No, y ahora ya no podrás atraerlos a la escuela. Han olvidado el padre nuestro y no van a aprendérselo. Se han soltado de su tracción, ¡arre! El cuento se ha acabado. Y, sabe… ¡me han arrancado todos los almendros! Están talando mis jardines de almendros… y en invierno todos iban a llegar a su punto… En sus árboles todavía queda algo, pero a mí todas las almendras, unos ocho pud, me arrancaron. Hubiera tenido para todo el invierno.

—Así que todavía quiere vivir, doctor.

—Quizá sólo como experimentador. Por ejemplo, tomo notas sobre el hambre. Investigo conmigo como el hambre paraliza la voluntad y como poco a poco todo se nos va atrofiando. Y mire qué descubrimiento: si se establece como sistema, con el hambre es posible dar tranquilidad al mundo. Ahora hasta dan clases allí, —

señaló más allá de las montañas con un giro de la mano—, «Consecuencias psíquicas del hambre». Las da un profesor de gran talento. Él también pasa hambre pero da clase. ¡Y un auditorio hambriento se agolpa! ¡A todos les parece entretenido! ¡Se formulan hipótesis! Como si estuvieran echando una ojeada al más allá. Y es que el objeto se mezcla con el sujeto. Un curso nuevo, excepcional de la facultad de medicina. ¡Sadismo científico! Es como si el profesor se pusiera a dar clase sobre la psicología de los ejecutados a los condenados a muerte de los sótanos siendo él mismo un condenado. ¡Cómo enriquecemos la ciencia! Sí, «La psicología de los ejecutados: un análisis clínico y de laboratorio basado en el estudio de más de un millón, quizá de más de dos millones, de ajusticiados, aplicándoles diferentes medios de tortura, físicos y psíquicos, de todas las edades, sexos y niveles de desarrollo intelectual» ¡Menudo curso! ¡Vendrán de todas partes a escucharlo y a sorprenderse con la maestría de tan grandioso experimento! El material de laboratorio son las montañas. ¿Qué hubo en Europa hasta nuestro experimento? Bueno, sí, la inquisición… Pero entonces no había organización científica. Y además, tenían una especie de juicio. Pero aquí… ¡nadie sabe la razón! Aunque cada uno del sótano lo sabe, ¡lo sabe!, —un día o dos más y se habrá debilitado, y es que, como norma general, en nuestros sótanos de Crimea, en los de aquí, no les dan ni el trozo de pan pajoso que les corresponde, aunque sí… agua caliente, ¿será para calmar los nervios? quizá su profesor lo aconsejara de cara al experimento—, bueno, todos en el sótano saben que esta u otra noche empezarán a convertirse en polvo. ¿Dónde exactamente? ¿En alguna fosa por aquí, en el barranco o en el mar? Y no han visto a sus jueces, ¡no hay jueces! Simplemente los arrastran implacables y ¡pumba! Hasta he hecho cálculos: sólo en Crimea y durante unos tres meses, habría para unos ocho mil vagones de carne humana fusilada sin juicio, ¡sin juicio!, ¡nueve mil vagones! ¡Casi trescientos trenes! ¡Diez mil toneladas de carne humana fresca, de carne joven! ¡Ciento veinte mil cabezas! ¡de personas! También tengo calculada la cantidad de sangre, en cubos si… un momento, lo tengo en la libreta… aquí… una empresa de albuminados podría… para su exportación a Europa si se arreglara su comercialización… aunque fuera con Inglaterra, por ejemplo… Aquí está, compruébelo…

—Espere, doctor… ¿No le da la sensación de que el cielo está lleno de moscas? Moscas por todas partes, moscas…

—¿Cómo?… ¡moscas! ¿Usted ve moscas? Eso es que la anemia se le está manifestando en la visión… Si se corta el globo del ojo de un animal hambriento…

—¿Y a qué se dedica ahora, doctor?

—Pienso. Todo el rato estoy pensando: ¡hay tanto material! Y qué contribución para la historia… ¡el socialismo! Es extraño: los teóricos, los diseñadores de palabras no hicieron nada de nada por la vida, no enjugaron ni una lágrima por la humanidad, aunque en sus labios lo único que hubo siempre fue desvelo por la felicidad de los hombres, ¡menuda secta tan sangrienta! Además, fíjese, ¡no han hecho más empezar y ya le han cogido el gustillo! ¡tienen su propio dios terrenal! Y lo fundamental: han tranquilizado a los hombres, a partir del mono ¡hay tienes tu misión! Cualquier piojo se atreve sin miedo ni medida. Esa es la Gran Resurrección… ¡piojos! Sí y ¿cómo es la «curva»? ¿es una curva victoriosa? A partir el mono, de la sangre, de la basura hasta las alturas, al Espíritu Santo… y a la inyección en el cosmos del Sentido supermilagroso y de la palabra de dios y… luego el descenso, como en un trineo montaña abajo, hasta los piojos que se alimentan de sangre y que se arrastran intrépidos por todas partes. ¿Y a quién han obsequiado con este nuevo Evangelio comentado, les han dado carta blanca, quién? ¿Recuerda que en Chejov, en «La boda», el telegrafista Yat, el ultimísimo «Yat», razona sobre la electricidad y sobre… dos rublos y un chaleco? Pues ahora esos mismos «yati» también han recibido su Evangelio y «quieren mostrar su erudición». ¿Y de quién lo han recibido? ¡De unos «yati» como ellos! Y ahí están, mostrado su «erudición». Por eso hay incursiones contra el «yat» canalla. Es un modelo, claro, lo puedo ver. ¡Hay que borrar al maldito! ¡molesta, es antiguo, eslavo! Ahora todos los piojos tiene libertad plena, se les ha concedido el mundo entero: ¡atrévete! ¡Nada de responsabilidades ni de tener miedo! ¿En el Volga decenas de millones mueren de hambre y devoran cadáveres? No da miedo. El piojo se agarra a la nuca, chupa y se alimenta, ¿acaso él tiene miedo? Y todas las naciones, cual estudiantes jóvenes de manifestación, contemplan con curiosidad lo que saldrá de este gran asunto de los «piojos». Menuda experiencia, ¡y pretendían

interrumpirla! ¡Van a inocular el socialismo a ciento cincuenta millones! Y usted y yo estamos metidos en ese matraz. Que no se consigue, pues se vacía. El difunto Sechenov tenía tal costumbre: «¡Luka, —gritaba—, trae acá una rana fresquita!» Desmenuzaron dos millones de «ranitas»: les cortaban el pecho o les ponían «estrellas» en los hombros y en la retirada atravesaban nucas con sus revólveres y ensuciaban las paredes de los sótanos con sesos y… —el doctor hizo un ademán con el brazo—, ¡Esto es el experimento! Pero el público aguarda los resultados y, mientras, continúan con su negocio. ¡Mire lo que dijo *sir* Edward Lloyd George, el liberador de los hombres, el liberal intachable! «¡Nosotros, —dijo—, siempre hemos mantenido negocios con caníbales!» Y los respetables señores de los Comunes, que todavía no han aceptado el mandato sobre «la piojosidad», aunque en su interior se sienten próximos a ello si perciben su utilidad, porque llevaban las sabias palabras de George en su corazón y… vaya, ¡ahora no da igual! Respecto a ese millón de cabezas humanas, Dostoievski ya dijo en su momento que los osados las darían de baja de la despensa humana a cuenta de un experimento, pero se equivocó en la contabilidad: se permitieron dos millones y no los descontaron de la despensa mundial, sino que se lo asignaron a la alacena rusa. ¡Ese es el experimento! La osadía del piojo que se amotina, que contempla el vacío del cielo con ojos sanguíneos. Y, vaya…

El doctor sacude los brazos: ¡Qué cosas! La dacha inválida nos mira desde el campo abandonado, con el jamelgo medio muerto a la sombra de las vinagreras malolientes. Tras la esquina observa y olfatea la delgaducha Belka, está esperando. Más allá del campo deshabitado camina el tío Andréi con su traje nuevo de lona, hace poco en la dacha Puerto Tranquilo desmontó los sillones plegables de la coronela y ahora deambula sin trabajo, busca un «trabajo» nuevo.

—Y todo esto desaparecerá… —dice el doctor con tono de profeta—. También ellos están muriendo ya. También Andréi fallecerá. Mi vecino Grigori Odariuk también fallecerá… y Andréi el Tuerto, el de los viñedos Mashkovtsev… Ellos ya han plantado y no presienten… Ya verá. Quizá me maten también a mí. Todavía me consideran rico… Cuando llegue el invierno… verá los resultados. El experimento les atrapará también a ellos. Ayer murió de hambre

un pintor laborioso y tranquilo… hace mucho estuvo pintando en mi casa… Y en la orilla los soldados rojos apalearon al loco de Prokofi, el zapatero… Iba andando por la orilla y cantaba «Dios salve al zar». Apalearon a un hombre hambriento y enfermo, a su hermano… ¡El experimento! Hasta yo mismo estoy haciendo ahora un experimento… Me alimento de guisantes secos.

Hurga en el bolsillo de su chaqueta londinense y le lanza un guisante a Tragoncete que le observa atenta.

—Igual que éste. Me quedan unas diez libras, las escondí en la caseta del perro, no confiscaron los «excedentes». Así que un puñadito al día. Los amaso en la boca. Mis dientes están fatal y la dentadura me la robaron durante el registro, la cogieron del vaso, ¡era desmontable y dorada! Amaso, ablando y trago. Y nada más, hoy es el duodécimo día. Y también almendras amargas. Las tuesto. Preste atención, es muy importante. La amigdalina desaparece, es puro veneno. Ahora puedo tomar treinta al día. Quizá este sea el camino más indoloro, «¡del basurero a la nada!» El pulso se acelera, el corazón se cansa antes y…

El doctor se detiene, fija los ojos, abre mucho la boca y mira con espanto…

—Nosotros… nos descompondremos a ojos vistas… ¡y no nos daremos cuenta! Y usted… mire atentamente, atentamente… Moriremos, moriremos muy pronto… si ya es horrible ahora… ¡ahora!, ¡tenemos que volvernos locos! Porque después no podremos huir… ¡quizá ni se nos ocurra la idea de huir! Vamos a yacer vivos en la tumba ¡como Prokofi!…

Esto no me afecta de ninguna manera. Me pongo a prueba, intento comprender que me volveré loco, que me golpearán con sus puños macizos… No, no me afecta. ¿Por qué?

—Doctor, ¿con qué podría… mantener un gallo?

—¿Un gallo? ¿Cómo que mantenerlo? ¿Para qué quiere mantenerlo? ¡Áselo y cómaselo! ¡Zámpeselo! ¡Pero si tiene hasta una pava! ¿Cómo es que aún no lo ha matado nadie? ¡Es un auténtico sinsentido! ¡Hay que zampárselo todo y huir! Ayer yo también hice un «experimento»… Reuní y prendí fuego a todas las fotografías y todas las cartas. Y nada. Como si nunca hubiera tenido nada. Sólo una idea vana o una invención de alguien… Sabe, nos estamos acercando a una revelación realmente grandiosa, quizá…

¿Quizá en verdad no haya nada, sólo una idea fortuita que por un instante se materializó ella sola en el doctor Mijail? Pero entonces todos nuestros sufrimientos y fracasos, así como todas las vilezas, ¡son sueños! ¿Y el sueño, al igual que la materia, no es esencial? Nosotros tampoco somos esenciales…

Mira inmóvil, como si ya no existiera. Y sonríe ante su idea.

—¡Ahora podemos crear una nueva filosofía sobre la irrealidad real! Una nueva religión sobre «la nada del basurero»… cuando las pesadillas se convierten en realidad y nos familiarizamos tanto con ellas que el pasado nos parece un sueño. No, ¡es indescriptible! Sí, los gallos… me había preguntado usted… yo tenía una gallina, la favorita de Natalia Semenovna… llegué a pensar en sacrificarla, como ofrenda, y tenderla junto a la difunta en la caja. Pero… deseché esa idea tan juguetona. La alimentaba con guisantes. Me acercaba al balcón… —últimamente andaba muy poco, pasaba más tiempo sentada, enfurruñada—, y le preguntaba: «Bueno, qué, Galochka, ¿entiendes el experimento?» Pero ella sólo giraba la cabeza. Le daba un par de guisantes. Por las noches la encerraba en la habitación, claro. Y, fíjese, ¡se suicidó!

—¡Pero qué me dice!

—Se envenenó. Se comió una almendra amarga entera. La tenía preparada para asarla pero esa mañana ella se despertó antes que yo, la encontró y… ¡unas convulsiones horribles! Bueno, me voy. ¿Tiene amargas? Bueno, entonces tenga en cuenta… si hace unas cien a la vez… mejor molidas, claro, entonces podrá acabar la estación con éxito. Seguro. Pero ahora debo ir a ver a nuestra infeliz, ¡si hasta vivió en París en una ocasión! ¡Ha visto un sueño hermoso! ¿Y se ha enterado de lo último? ¡En Bajchisarai un tártaro saló a su mujer y se la comió! ¿Cuál es la conclusión? Que Baya-Yaga se ha puesto en movimiento…

—¡¿Baba-Yaga?! Sí. Yo mismo acabo de pensarlo.

—¿Lo ve? Así que es el cuento. Y una vez que el cuento empieza, la vida se acaba, y ahora ya no tenemos miedo. Somos los últimos átomos de una vida prosaica, sobria. Todo pertenece al pasado y nosotros estamos de más. Y esto, —hizo una indicación hacia las montañas—, esto sólo parece que está.

Estas suelen ser las conversaciones de los hombres.

Se va a casa de la vecina. El saquito bajo el brazo. Por encima el

paraguas blanco y amplio todo remendado. Anda tambaleándose. Le recibe la vocecita de Lialia:

—¡Mijail Vasilich viene a vernos!

Lialia y Vova saltan delante de él, echan una ojeada al saquito. ¿Será trigo o maíz? Y aún no saben que dentro está lo más sabroso, lo que tanto les gusta a los niños y a las palomas: el último puñado de guisantes.

Yo continúo un buen rato sentado en el borde de la Quebrada de las Viñas, miro el cuento. Con el abanico iridiscente de su cola, con su maravillosa pantalla, el pavo real baila junto a la dacha, junto a Liarva ya muerta. Junto a su cabeza inmóvil, tendida sobre el vientre, se arrastra y enrosca Belka con el hocico desencajado, como si estuviera besando a Liarva. Me llegan sus gruñidos y unos crujidos húmedos… ¡Le está royendo a Liarva la lengua y los labios! ¿Tan pronto? Si hace un momento el jamelgo andaba por el campo deshabitado… ¡Vaya con el encantador «terceto»! Tragoncete me está mirando. ¿Qué, guisantes? La cojo en brazos, examino sus patitas… ¿Qué miras? ¿Qué pasaría si te empezara por las patitas…? Ahora todo es posible. Se ha quedado dormida, enseguida, se ha quedado dormida confiada…

Continúo un buen rato sentado en el borde de la quebrada, contemplo los bosques en las colinas. Mis párpados están cansados, mis ojos no ven. Duermo y no duermo, me quedo sentado. Cruje-rechina, zumba el ruido, zumba el frondoso… El sol se apaga. Zumban cataratas en mi cabeza… Caerás allí, contra las piedras… Bueno, no tengo miedo. Ahora ya nada da miedo. Ahora todo es un cuento. Baba-Yaga está en las montañas…

LA GUARIDA DEL LOBO

¿Debo ir a la Quebrada Profunda, a buscar combustible?…

Allí las paredes son un plato hondo, el cielo allí es azul-azul. Hay arbustos y rocas. El bochorno echa humo, titila y adormece. Los tocones milenarios de las encinas duermen su último sueño sepultados por las piedras. Yo los despierto con mi azada. Entre rumores sordos y silbidos vuelan los fragmentos de sol recién despiertos: brillarán en invierno. Dormita en la solanera la culebra de piedra: la culebra de panza amarilla, sentirá unos pasos, entornará sus ojos somnolientos y enroscará la cabeza: me conoce, está acostumbrada. Yo la acuno entre silbidos suaves. Y ella dormita y dormita tras poner en guardia la vista en su yelmo dorado. Igual que yo, fruto del mismo sol. Igual de pobre. Siempre sola. Pero entonces ella, la lagartija de piedra, sale silbando, echa un vistazo y… se queda pasmado. ¿De miedo? ¿De sorpresa ante el mundo? Se queda tiesa como un palo y se le hinchan las cuencas de los ojos, parecen huevas. Las cigarras tiemblan y tiemblan en tu la oreja con su algarabía incesante, herrumbrosa, son el corazón cálido de la quebrada. Bueno, cuando cesen tú te quedarás sordo por culpa de la calma, la cabeza te dará vueltas con tanto silencio.

No tienes fuerzas suficientes para llegar hasta la quebrada: el día te ha dejado sin fuerzas.

El tocón mellado por el hacha… Yo me sé su historia.

Fue en plena primavera, cuando estaban floreciendo las glicinias en el mirador y en la cima del viejo almendro un mirlo silbaba suave, cariñoso, una cancioncilla vespertina para nuestra nueva morada. Todo tenía un aspecto tan acogedor: los arbustos rosados del escaramujo junto a la cerca, las paredes blancas de la casita con sus postigos-orejas verdes; el pavo real encaminándose hacia el cedro al llegar la noche, el humo azul sobre la cocina de la primera

cena… las montañas ya nocturnas, envueltas por una bruma azul, le insinuaban al alma:

—¿De ahora en adelante… juntos?

Ahora ellas iban a cuidar de nuestra pacífica vida, a dejar entrar al sol y a ocultarlo, a susurrar bajo la lluvia. Doradas y azules —soleadas y nocturnas— iban a mirarnos hasta el final sereno de nuestra vida…

Esa tarde de tímidas esperanzas yo estuve andando en silencio por el jardín. ¡Mis árboles! El almendro viejo… tiene la corteza mordisqueada pero aún se ve vigoroso y está todo cubierto. ¿Y ese… el melocotonero? Los vientos le incordian, bueno, no pasa nada, lo ataremos. Y ahí está la encina. Vas a estar creciendo mucho tiempo, muchísimo… Verás a un hombre anciano, seré yo pero distinto… se sentará aquí (hay que poner un banquito) y con ojos lánguidos contemplará el jardín, siempre nuevo, la estrella inmutable sobre Babugán…

Entonces te encontré, camarada de trabajo, tocón de encina. Tú estabas tumbado bajo el ciprés, en la penumbra, tranquilo y callado. Yo te examiné con eficiencia, te mimé con la mirada – ¡fui tan feliz esa tarde! Te abracé y te saqué rodando al mundo —alégrate, vamos a trabajar juntos. Has oído, anciano, como charlábamos como niños en su propia casa, donde vamos a colocarte… como vas a quedarte echado un año, lo bien que se va a estar sentado en ti por las tardes, fumar un cigarrillo, contemplar el mar una y otra vez, soñar por la lejanía y creer firmemente que no se va a cortar el hilo de nuestra vida, que otro hilo querido tirará… y tú serás siempre testigo bondadoso de nuevas vidas… Ahora no habrá nada. Estás tallado por todas partes, montañas de espino cortadas encima de ti, montañas de ideas taladas sobre ti, ardieron… Yo te quemaré también a ti, te partiré en cuñas y te quemaré… esperanza sin engendrar.

Examino las cicatrices del tocón, por ellas se arrastran las hormigas. ¿Están golpeando la cancela?…

… Los caballos tártaros relinchan, golpean la cancela, tendrán su paseo por las colinas. Las cigarras agitan los sonajeros, es un día realmente caluroso, las peras de mi jardín se han marchitado, los melocotones y las cerezas han cubierto los árboles. ¡Estos ya no son mis árboles! Y el mirador con columnas, con cortinas de alborotador

cristal multicolor, tampoco es ya mi mirador… Hay que darse prisa, empieza el paseo por las colinas… ¡¿Pero dónde se han metido todos?! Los caballos hace mucho que esperan, golpean la cancela con impaciencia… Yo camino y llamo, busco… ¡Ese no es mi mirador, en el que los fuegos resplandecen!… Busco y llamo alarmado, paso corriendo por salas enormes. Estas no son mis habitaciones… Mis habitaciones eran más sencillas: amables, cómodas… Sin ese color frío y las cerezas no trepaban hasta las ventanas… Camino y camino por las salas… En algún sitio por aquí están mis habitaciones…

De nuevo veo las cicatrices del tocón, las hormigas corriendo. Miro a mi alrededor con los ojos medio cerrados. Bien, ahí está mi jardín y mis árboles… Sólo he tenido un sueño, un sueño de un minuto… Ahí está también nuestra tranquila casa. No hay ninguna prisa. De nuevo Tamarka está organizando un escándalo con la cancela.

El pavo real grita salvajemente, algo le ha espantado. ¿Qué ha sido? ¿Qué más puede suceder?…

Oigo una voz aullando —al mar…

—¡Ay, buena gente… véanlo!… ¡Véanlo ustedes, buena gente!…

Es en el Rincón del Profesor, abajo.

Hace tiempo que el «Rincón» está muerto. No suenan por las pensiones las campanas, no llaman a los huéspedes a desayunar o a comer: arrancaron las campanas, las cambiaron por el alcohol del sótano. Las campanas se convertirán en algo útil, en balas: todavía quedan muchas cabezas enteras. Por las noches no nos llegan los trinos de las cantantes de vacaciones, del terceto de Chaikovski: callaron las cantantes, los músicos, saquearon las canciones de Chaikovski, corretean en los puestos del mercado.

Abajo rugen voces, ¡aún hay alguien morando allí! Todavía quedan cubiles

—¡Ay, buena gente!

No hay ni gente, ni buena.

Las paredes de «Rosa dorada» aún se ven rosas. Y ahí están «Villa María» y «Villa Anna»… pero ahora allí moran lechuzas, pequeñas lechuzas-cornejas: gritan por las noches, melancólicas: uuhh… uuuhh… Dormid, no os molestarán. Ahí está el pabellón azafrán del «Linden», en su momento con laureles rosas dentro de

las pequeñas cubas verdes de la plazoleta recubierta de grava. ¡Hasta siempre, adelfa! Los jardineros laboriosos lo sacaron de los toneletes, quemaron los toneletes. Desde allí, un viejo almirante, el dueño, ojeaba el mar con anteojos. Se había construido un barco nuevo, en tierra firme. Se paseaba con un cigarro por el balcón bajo el brillo de su guerrera blanca como la nieve, el resplandor fresco de sus pantalones, sus zapatos blancos y silenciosos, salado por los mares, barbicano. Había cambiado las tormentas por la calma dulce, su espadín ocioso por tijeras de podar trabajadoras, el puente resbaladizo por veredas firmes, con grava. Cultivó las murallas rosadas por los laureles rosas, las lilas por las glicinias, huertos de albaricoques y de peras de agua… Le rompieron los anteojos y el almirante se fue bajo tierra: allí sí que está realmente tranquilo. Se alzó en su «barco» el gigante Koriak, el carretero, se aferró con su familia, con su vaca y se obstinó en esperar: quizá le dejaran la casa (el palacio con sus viñas y jardines) por sus grandes servicios en vida: ¡llevaba al almirante a la ciudad en su tartana! Vigila el vacío, la finca a la que poquito a poco se le van rompiendo ventanas y puertas.

Abajo las voces aumentan. A la quebrada llegan claramente unos aullidos de mujer:

—¡Buena gente!…, ¡vengan!…

—Te voy a sacar las tripas… ¡por mi Riabka!… —Es la voz de Koriak, un rugido ronco.

—Pero vengan un momento… buena gente… ¡están matando a mi señor!

—Dame… mi car… ne ¡te la sacaré de la gargante! ¡Dime de una vez donde lo han metido!… ¡Víboras, os habéis zampado las entrañas… de mi Riabka!…

—Que me castigue dios si… pasó toda la semana en Yalta… pregúnteselo a los vecinos… Tío Stepan, ¡pero si no se ha acercado a su Riabka! ¿Cómo va a matar a un hombre ya mayor?

¿Están matando a un hombre? Y esa voz que aúlla ¿acaso es humana? ¿y esos rugidos y ruidos?

—La piel, perro… ¡dame mi… carne! Porque ese hijo de perra tuyo va con la milicia… pero yo soy un trabajador… Habéis matado a todos los burgueses, ¡y ahora queréis destruir a vuestros hermanos!… Por a mi Riabka… ¡demonios crueles!…

—Pero yo… ahora mismo iré al comité, al de la *rivolución*, porque te has llevado el baúl del general…

—¿Y tú qué? ¿Tenías poco? ¿Por qué no me denuncias? Has entregado a muchísima gente buena, has cogido las cosas de los demás y te las has llevado al mercado. Además sabes lo que le digo yo a tu comité… ¡menuda panda! les arrancaré el alma ¡dame mi carne! —¿Pero por qué no intervenís… buena gente?

Oigo un golpe sordo, como si hubieran tirado algo contra el suelo.

—Le has mata… do… has matado a un hombre… ¡dios mío!…

—¡Le mataré, no respondo! Tengo niños pequeños…

Las colinas se inquietan, salen arrastrándose los bichos humanos. Por aquí y por allí. Estaban escondidos en alguna parte de sus guaridas. Todos miran hacia la plazoleta bajo el «Linden», a la pensión bajo los cerros, a la escena, como en un teatro griego. Se cubren los ojos por el sol. Abajo a lo lejos, en la plazoleta estrecha, en la quebrada se alza una choza de barro: humo azul ondea sobre la cabaña blanca. En su patio pulula gente, bueno, no son gente sino mosquitos; una mancha azul corre, agita una vara.

Desde la colina de Verba llegan corriendo los chicos, vociferan:

—¡Se están matando en el «Linden»! ¡Ganka, echa un vistazo a Tamarka!…

Ganka grita:

—¡Yo quiero… como se matan!…

Mis vecinos también se asoman. La vocecita de Lialia entona:

—Es Stepan Koriak, ay, mamita… con camisa blanca… una patada en el estómago, mamita… ¡con la rodilla!

—¡Lialichka, no es necesario! Dios mío, qué bestias… —implora la anciana aristócrata—. Por el amor de dios, Lialichka… fuera de ahí, no es necesario… Nana, ¿qué es todo esto?

—Es… Koriak está matando al viejo Glazkov por culpa de su vaca —la voz de la niñera llega de debajo de la colina.

Ha bajado hasta el muro limítrofe para ver mejor.

—Se lo merece, ¡vaya libertades se tomaba! Ha robado en un montón de casas, y de todo… Un día y otro, a Marishka el cordero y el tocino y todo el pan que quiso ¡y el vino aún no se le ha gastado! ¡hasta ha degollado la vaca de otro! ¡Mira, mira como le pega! ¡Le va a matar a golpes!

La infeliz mira sin sentir lo que le espera a ella. Allí también se está enredando su triste vida: la sangre busca a la sangre.

Mientras en el teatro continúan los estertores y los aullidos, los golpes son más frecuentes.

—Buena gente… ¡hagan algo!

—¡Te arrancaré el hígado!… ¡dímelo, víbora degenerada!… ¿qué has hecho con la carne?… ¡la carne!…

—¡Ay, sus hijos están en la ciudad…! ¡ellos pueden demostrarlo! ¡Lo demostrarán!

—Era más bolchevique que nadie para lo de los demás… pero ¡por lo suyo bien que grita!

—Que va… ¡Koriak le está dando lo suyo! Menuda costumbre han cogido, casi es mejor no tener vacas. Ahora que le estaban dejando tranquilo, ¡pasan la noche con un hacha!

—Han sido ellos, los malditos burgueses… ¡a lo que han llevado a la gente! Todos vivíamos tranquilos y en paz, y ahora… ¡venga a pelear!

En el teatro la acción se acerca a su fin. Los rugidos se vuelven más sordos, como si le estuvieran rajando la garganta

—¿Dónde… está… la carne?

—¡Ay, voy a ver, mamaíta!…

Desde los cerros aúllan:

—¡Dale, Koriak, acaba con él!…

—¡Qué es eso de darle! ¡Primero tendrá que demostrarlo! Dale… ¡mucho dais vosotros!

—Estaba fuera, ha estado en Yalta muchos días, ¡su mujer lo puede demostrar!

—Son animales, no personas… ¡Lialichka, vete! Venga, vete, no hay nada que escuchar…

—Mamita, yo quiero…

También el doctor con su paraguas mira con los ojos cubiertos, se toca ligeramente la barba. Grita a los confines:

—¡Una tragedia… bajo las colinas! ¡Je, je!… ¡Una lucha de titanes! ¡lobos que se devoran unos a otros! ¡Adelante, amigos míos! ¡Adelante con la apoteosis de la cultura! Hasta la vista…

El doctor se va a sus jardines de almendros, a los «jardines tranquilos».

Escala la quebrada otro de los hijos de la niñera, un adolescente

de piernas largas, Ashka, ya va con los pescadores a la mar. Grita con fervor:

—En cuanto Koriak le agarre, se acabó. Le agarró del pecho… y contra el suelo… ¡toma ya! ¡Y el viejo sigue vivo!

—¡Fuera, fuera todos! no puedo… no puedo más… —grita histérica la anciana aristócrata tapándose los oídos.

Lialia lanzó su grito de alarma:

—¡Un azor!… ¡un azor!… ¡¡U-aaaaaay!!…

Un azor de alas anchas, de pelo rojo pajizo y una mancha blanca en el vientre desciende por la quebrada hacia donde Koriak asfixia al descuartizador de vacas.

—¡Las gallinitas!… ¡las gallinitas! —aúlla Lialia desesperada mientras patalea y da palmas—. Por allí… ¡ha bajado hasta detrás de las encinas!… ¡Una pluma, miren, una pluma!… ¡U-aaaaaay!…

Pelusilla blanca flota sobre los arbustos. Bajo resbalando la pendiente movediza, se me desgarra lo último, caigo sobre las piedras y ramas de la corriente seca. Gritos asustados, batir de palmas:

—¡Mire por las encinas! ¡Ya se ha ido, canalla!…

Miro por encima de mi cabeza: un vientre de colores blanquecinos de garras estiradas. La sombra de alas oscuras de la rapaz se aleja flotando por la quebrada, hacia el mar.

Alcanzo el lugar y encuentro una gallina blanca, y sangre y plumas. Veo la cabeza arrancada con los ojos apretados, la cresta paralizada de miedo, y por la barba sin vida reconozco a Tragoncete. Pero si hace un momento dormitaba en mis brazos, picoteaba los guisantes del doctor y en su pupila serena bromeaba un rayo dorado de sol… ¡Adiós a ti también, pequeña criatura que te vas sin dejar rastro! Ahora todos los rastros se borran pero ya ha dejado de doler. Ahora ya nada da pena.

Cojo la bola de plumas ensangrentada. No es un trozo de carne: es nuestra entrañable y humilde compañera de conversación, el amigo silencioso en el dolor.

Y por segunda vez en este día angustioso he cogido la penosa pala, he ido al linde de la parcela, al rincón tranquilo del montón de piedras cálidas… Y coloqué una piedra para que los perros no la desentierren. Cruje el seto, es Yashka que mira desde detrás del seto.

—¡Para eso mejor me la habías dado a mí!

Puede que tenga razón. ¿No da ya todo igual: la tierra o la tripa de Yashka? La tierra es mejor, la tierra da tranquilidad.

Veo sus ojos ojeando la piedra. Ojos que se van. Cuando oscurezca, la sacaré y la enterraré en la Quebrada de las Viñas.

La pava está bajo el ciprés, sus pupilas brillan mirando el cielo. Las gallinas se acurrucan contra ella, ahora ya sólo son cuatro, las últimas. Tiemblan en su cementerio. Mis tristonas… también vosotras, como a todos alrededor, os espera el hambre y el miedo, y la muerte. ¡Qué cementerio tan inmenso! ¡Y cuánto sol! En las montañas hace calor por la luz, el mar y su inestable brillo azul…

Abajo ha llegado la calma. Los espectadores han bajado a las quebradas, a las guaridas. Si Koriak mató o no ya no importa. Ahora no importa. Matar es una palabra completamente vacía.

Camino y camino por el jardín, paso mis últimos días. ¿Estoy buscando un punto de apoyo? ¿Sigo sin poder no pensar? ¡Todavía no puedo convertirme en piedra! Desde pequeño me acostumbré a buscar el Sol de la Verdad. ¿Dónde estás, Desconocido? ¿Cómo es Tu Rostro? No quiero metros ni cuentas. Con ellos sólo andan los contratistas y los aprovechados. Quiero el Infinito, presiento Su aliento. ¡No veo Tu Rostro, Señor! Presiento la inmensidad del sufrimiento y de la angustia… Espantado comprendo el Mal que va envolviendo la carne. Acumula fuerzas. Puedo oír su bronco grito de bestia… Grandes pensadores, ¿dónde estáis? Entre la niebla se alzan vuestros templos, en la niebla se desvanecen… Un razonamiento minucioso… el mundo fantasmagórico de las ideas… como el reflejo de un cerebro humano que se agita inquieto. ¿Dónde estáis, pálidas criaturas? ¿Qué regiones habitáis? ¿Qué ropa lleváis? Mejor hubierais bajado en un rayo de sol, incorpóreos, hubierais engendrado desde suplicios injustificados, desde sufrimientos impagables, una nueva criatura desconocida hasta ahora para el mundo. ¡Habéis hecho un milagro! ¡Si hubierais descendido a la tierra con la lluvia, cruzado el mar con el arco iris o caído con los truenos! ¿O habéis bajado y os han vendido por unos céntimos, os han soltado bajo la carne de perro como envoltura, os han clavado en los tacos? En el Sermón de la Montaña se venden en el mercado anchoas mohosas, el Evangelio ha quedado para envolver… El cielo desierto se ha cubierto de azul, el mar se ha cubierto de azul: son la

misma cosa.

Ojalá llegue la noche… Yo… ¿Quién es ese —yo? Una piedra tumbada bajo el sol. Con ojos, con oídos, pero una piedra, esperando a que le den un puntapié. No tiene a donde ir… Mira las colinas: ellas tienen brillo, son ligeras. El mar… siempre de fiesta. El silencio tras él, tan… nebuloso. ¿Qué más se puede mirar?…

Allí, en la ciudad, está el sótano… gente amontonada de rostros pálidos, mirada suspendida donde sólo hay melancolía y muerte. Y allí están los siete que vagaban por las colinas… Los atraparon con engaños. ¿Sienten el hierro retorcido? Yo aún soy libre para vagar. A ellos ya sólo les queda un camino: el de la tumba. El «destructor» está en el embarcadero, el ataúd de hierro. Su tripulación con la estrella roja se ha dado un atracón de cordero y de bebida de los sótanos y ahora duermen, hasta la noche. El gallardete rojo también se ha quedado dormido, hasta la noche.

El doctor dijo algo… Quizá suceda algo… Miro al cielo: ¿quizá?

La luz me hace daño en los ojos.

Camino y camino por el jardín, miro las piedras. ¿Y qué podría suceder? ¿Qué milagro? Llegaré hasta el cedro, que quedaré allí de pie como buscando algo. El cedro arde. Los cipreses negros hacen difícil respirar. Todo se ha caldeado, fluye, se derrite. El sol funde todas las ideas. Desde el cerro contemplo la casita, el pequeño mirador. ¿Alguna vez viví yo aquí? El mirador mira con los ojos llorosos de unos cristales que han empezado a cubrirse de verdín. Las glicinias azules hace tiempo que se han deshojado, se han secado los tejos delante del zaguán…

En el campo deshabitado tras la quebrada hay jaleo junto a Liarva. Están metiendo unas varas debajo. Los perros de Verba, Tsigan y Belka, giran a su alrededor.

Alguien grita desde el camino:

—¡Deberíamos hacerla filetes!

Es el tío Andrei de la dacha del jefe de policía, Puerto Tranquilo. Vestía al estilo de la dacha: traje de lona y un sombrero flexible y señorial, conseguido a saber dónde. Moreno, cargado de espaldas, fuerte y bastante tenebroso. Suele pasar el tiempo sentado en los montículos lanzando miradas de cuando en cuando a las dachas… siempre refunfuñando entre los arbustos. Camina y reflexiona.

No responden a su voz, se ocupan de Liarva.

—¡Ahora comen carne humana pero apartan la vista de la carne de caballo! Los tártaros de Kazan la aceptarán a cambio de cordero… ¡Y a nosotros nos da igual con tal de que sea carne! Yo… no os lo vais a creer… sólo semillas. Por mí, como si no existiera, lo juro, por su culpa yo… siempre estoy estreñido, tengo que decirlo… es una comida perjudicial para mí, ¡veneno!

No le responden por Liarva. Se aproxima a mi cerca.

—Estoy venga a mirar a su pavita… ¡estoy espantado! ¡Dónde se esconde! Y como le cuesta poner, cría a las gallinas. Cualquier tonto puede tumbarla de un palazo, en estos tiempos… ¡es todo un capital! Justo como le pasó a Verba con el ganso… lo pillaron una noche, a pesar de los perros. ¡Ahora la gente es peor que los perros! Yo cambié mi puerco por cebada y por haber cavado para un tártaro cinco cubas de vino… hasta primavera estoy bien abastecido. Y en cuanto consiga en el juicio la vaca de Lizaveta… Pues la conseguí así en mayo por cavar. ¡La vieja Pribytka lo lía todo con su mala cabeza! En mayo fue por eso… por cavar en otoño, y ayer conseguí otra vez por cortar árboles ¡una viña gigantesca! Así que conseguiré la vaca de Lisaveta, la compró con mis cuartos, la ruin… y entonces viviré como un señor. Pero yo quería preguntarle… ¡por el pavo! ¿Por qué lo tiene marchando en vacío? Si no se lo va a zampar, entonces llévelo al mercado, los tártaros ricos lo codician por su cola… sus tártaras se adornarán el pelo con él en lugar de con flores. Y su carne… ¿se puede decir que no es perjudicial?…

Se aleja paseando. Camina y reflexiona.

El pavo real… ¿Es que sigue siendo mío? Podría cambiarlo por tabaco… Sólo quedan migajas y hay que fumar mucho… Al anochecer hay que montar guardia, del anochecer se apodera el humo. Está asilvestrado, no se dejará atrapar. Pero por tabaco podría, por trigo no.

Miro a mi alrededor, busco al pavo. Allí está, deambula por el campo deshabitado, agita la cola. Adorno para las tártaras… ricas. ¿Todavía quedan ricos? Miro, busco… y él me mira, mi «tabaco». Aparto la mirada, intento apartar el pasado. Las primeras mañanas alegres que empezaban con su grito en el tejado de nuestra casa, sus pisadas por la chapa… Y sin él todo será aún más negro…

Me siento en el pequeño zaguán de piedra junto al mirador. Está

fresco. El sol se ha ido tras la casa. Miro los bancales secos, el sol va deslizándose por ellos. Vaya, los pepinos se han marchitado. Los tomates están picoteados, cuelgan como despojos sangrientos. Ni siquiera hace falta regarlos. Examino la tierra que se agrieta bajo mis pies. Las hormigas aún están vivas, trajinan con arrastres por sus guaridas. Tendrán planes. Esa parece que estuviera reflexionando, mueve una antena… ¿no hay un pensador hormiga? Cojo una rama de tejo seco y la paso por la tierra, barro. ¿Dónde están ahora los planes… y la filosofía? Donde todo. La fuerza ciega de alguien. Barre… Y… el sol anda en círculos. Lo hará eternamente… La fuerza le alcanzará también a él. Y ya no andará más en círculos.

LA GARGANTILLA MARAVILLOSA

¿Pero cuándo cubrirá la noche este cementerio exultante? El sol se ha detenido sobre Babugán, no se marcha. No se ha cansado de mirar. Mira, mira… El «destructor» te ha gustado y le envías un rayo hospitalario al gallardete: buenas noches.

Allí empiezan a despertarse, presienten la noche. Van y vienen, la piel negra, por la cubierta, de cuando en cuando disparan a los delfines, están ansiosos.

Sí, el sol está cayendo. La cordillera de Sudak se va dorando con olas crepusculares. Demerdzhi ya ha empezado a sonrosarse, a volverse cobre… se funde, se extingue. Y también se está volviendo azul. El sol se pone tras Babugán, arde la hebra de los pinares. Se ha extinguido. Babugán se ha enfurruñado, mira severo, nocturno, ha llegado el momento. Los valles se oscurecerán a sus pies. Desde allí se extenderá la noche inquietante… Disparan por su culpa, tienen miedo, amenazan…

También es el momento de que vosotras, gallinitas tranquilas, os arregléis para la noche. Os daré el último salvado. También ha venido el pavo presumiendo de cola, baila. ¿Por qué bailas, Pavka? No tengo con qué pagarte. Haré el cambio con un tártaro ricachón, así danzarás con motivo.

Me acerco con cautela, alargo la mano. Y como si lo presintiera, me lanza una mirada, se eleva sobre la cancela y cae ruidosamente en la oscuridad.

Continúo de pie y contemplo como las gallinas echan a volar en la ventanita del gallinero, rápidas y ligeras. La pava se mueve inquieta junto al plato vacío, me atormenta con la mirada. Claro, ya no habrá nada más.

El día llega a su fin, un día desconocido, vivido a saber por qué, completamente innecesario. ¡Qué pérdida de días! Ahora podemos

sentarnos en el umbral, mirar las estrellas, hasta la mañana si quieres. Ellas van a titilar, a titilar… Los poetas las han cantado, los científicos las han examinado con lentes. Hace mucho que las examinan. ¿Habrá allí, entre ellas, tierras sombrías que se estén muriendo? ¿Dónde estás, alma sufriente, querida? ¿Hay algo diseminado por ahí, por esos mundos extinguidos? ¡Cuánta sangre derramada allí y cuántos sufrimientos padecidos! ¿O allí todo es santo… ni santo ni pecaminoso, sino simplemente un centelleo?

No hay respuesta y nunca la habrá. Ellas titilan y lucen, verdes, azules: la música inaudible de un fuego que se enfría sobre la descomposición. Estallan los universos, se abrasan entre llamas como basura…

Unos pasos fatigados, suaves. Serás tú… Estamos sentados hombro con hombro en silencio. Pensamos… No tenemos en que pensar. Las piedras piensan así, durante miles de años yacen en una idea inmóvil. No van a ningún sitio; se desgastan, desaparecen.

¿Lo has visto? ha caído una estrella, ha dejado un rastro de fuego. Sé lo que estás pensando… pero no puede cumplirse. No debemos atormentar también a las estrellas: ellas nunca han gastado sus palabras con nadie, como las piedras.

—¡Buenas noches!… —una voz llega desde las sombras.

Es nuestra vecina, la que en una ocasión vivió en París. Se cuela en nuestro mundo de estrellas a través de los arbustos agarradores de escaramujo.

Estamos sentados en silencio.

—Hoy… —empieza ella sofocada y luego calla—. La niñera ha llevado a vender la cadenita de oro del difunto Vasili Semenych, seis zolotniki. Le han dado seis libras de pan… ¿Qué le vamos a hacer?…

Callamos. Miramos las estrellas, el mar. Las flechas se esparcen, estallan en él.

—Mi cabeza se ha vuelto turbia, no entiendo nada. Los críos se consumen, he dejado de dormir. Voy y vengo como un péndulo.

Detrás del escaramujo alguien susurra, tantea la puertezuela.

—¿Quién anda ahí?

—Yo… —se oye una voz apocada de niño—. Aniuta… la hija de su mamá…

—¿Qué Aniuta?… ¿De quién eres, de dónde?

Debe de ser de abajo, de la dacha de los Mazerovi. Allí vive Grigori el carpintero, Odariuk, el vigilante de la dacha. El antiguo vigilante, ahora es el dueño.

Me acerco a la cancela y distingo a una niña de unos seis años de cabello blanco y coleta blanca. Solía jugar en el jardincillo de su dacha, siempre gritaba a mis espaldas:

—¡Señor!… ¡hola!…

Se la ve incluso a oscuras. Permanece tras la portezuela escarbando el poste, en silencio. Le pregunto qué necesita. Empieza a llorar con sollozos suaves.

—Me ha enviado mi mamá… déme… nuestro pequeñín se está muriendo, grita muchísimo… Déjenos sémola para hacer kasha… Papá Grisha se ha ido, se ha llevado las camas…

La miro sin fuerzas, atrapada en un callejón sin salida, como todos, miro las masas oscuras de las montañas, el foso negro donde está la ciudad, donde sólo hay un fuego, el ojo rojo del «destructor»: es el único que no duerme, se ha encendido.

¿Qué puedo darle?

Ella pide permiso para recoger de la tierra: quizá las gallinas hayan dejado pellejillos de uvas del año pasado… Incluso a oscuras los verá y los cogerá, ¡tan pequeñitos!

Pero yo no tengo orujo. Igual que la pava, me mira con el rabillo del ojo y por su suspiro lo entiendo: ¡no hay orujo! Igual que Tamarka, todavía no puede entender qué es lo que ha ocurrido. Si la ha enviado su mamá… ¡mamá Nastia!

Se lleva un puñadito de grano en un papel.

Me quedo de pie tras la cancela, entre las sombras. Presto atención a como se marcha tras la quebrada, a los pies de la colina donde resalta inoportunamente la dacha, amarilla por el día y ahora poco visible, de los Mazerovi. Allí se están hundiendo, los cinco.

Recuerdo a Odariuk, un trabajador guapo, de buena presencia, con un buen trabajo en Sebastopol, en defensa. La revolución puso fin a todos los trabajos, le hizo salirse de su ruta y Odariuk tomó el camino que le pareció fácil. Se deshizo de los muebles del dueño, de las camas, la vajilla y los lavabos de la pensión, los cambiaba al otro lado de las montañas por trigo, vino y tocino. Se bebieron y comieron la dacha, además, nadie necesitaba a un carpintero. Y recorrerse los huertos por media libra… Bueno, ya habría tiempo.

Podía terminar de cambiar lo que aún quedaba, y había vacas sin cortar deambulando… Así que Odariuk la emprendió con los marcos, sacó las puertas, arrancó el linóleo… ¡Y todo el hierro que queda, menudo tejado! Además el poder de los obreros está con él: ¡no dejarán sin pan a una persona! Eso no ocurrió ni durante el poder de los zares.

Y la noche sigue avanzando.

—No se me ocurre nada… —sufre la antigua aristócrata—. Tengo un despertador…

¡Y quién necesita ahora un despertado! Lo mejor es quedarse dormido y no despertar.

—Y tengo también… Sólo que no sé si ya… —dice insegura—. Bueno, de cristal de roca…

Abre una cajita y, con un ruido similar al de los guisantes, saca una larga gargantilla que resplandece ligeramente bajo las estrellas.

—Es una gargantilla maravillosa… Mire qué esplendor…

Yo examino las bolitas talladas, las grandes, las más pequeñas. Hacen un ruido agradable, refrescan y juegan entre los dedos, se deslizan por el elástico.

—Creo que se podría…

Ella habla con gran dolor, como si estuviera perdiendo a un ser querido. Qué mujer tan rara, ¡cómo van a darle algo por eso!

—Verá… lo aprecio mucho…

Lo comprendo: en estas bolitas de cristal hay pedacitos de su alma. Pero ahora ya no hay alma, ni nada sagrado. Han quitado los mantos a las almas humanas. Han arrancado y gastado en bebida las cadenitas con cruces. Hecho jirones están los ojos-rostros amados, las últimas sonrisas-bendiciones halladas a tientas en el corazón… las últimas palabras-caricias que las botas hundieron en el lodo nocturno, el último ruego desde el foso oscila por los caminos… se lo lleva el viento.

¡La niñez de los hombres! ¡Es hora al fin de acabar con esas tonterías!…

—Hay tantas cosas unidas a él… El difunto Vasili Semenych lo compró en París, en el bulevar *des Italiens*… ¡pagó trescientos francos! ¡Para nosotros era una cantidad tremenda! ¿Cuánto será en dinero nuestro? ¿Ciento veinte rublos de oro? Cuánto pan hubiéramos podido comprar entonces, pan sencillo…

—Unos ciento veinte *puds*…

—¿Cómo?… No puede ser…

—De pan negro se podían comprar… doscientos *puds*, o más.

—¡Doscientos… *puds*! Entonces si necesitamos… dos *puds* al mes… Entonces, para… ¿veinte años?

—Ocho años, —la corrijo.

—¡Dios mío! Aquí… —estrecha la gargantilla contra su cuello, yo no puedo ver su rostro—, ¡aquí teníamos para ocho años de vida!… ¡para los niños! No es posible… es una locura. Hemos perdido la cuenta… ¡todo, lo hemos perdido todo! ¿Tan barato era el pan? ¡El pan cocido!…

—Sí, el pan cocido… —articulo con dificultad esa palabra extraña, olvidada: ¡cocido! No hemos perdido la cuenta, ¡hemos perdido la vida! ¡A los muertos todo nos es igual!

Pan cocido… Reparo en esa palabra extraña… hace tiempo olvidada. Y de pronto… ¡lo recuerdo! Lo siento, lo siento con tanta claridad, ¡lo siento! el olor pegajoso y aromático de las animadas panaderías, y veo las hogazas oscuras y negras en telegas, en anaqueles, en cabezas, en pilas desparramadas sobre las piedras… el aroma narcótico de la masa de centeno… Oigo el crujido intermitente de los cuchillos, grandes, ligeramente humedecidos, que se clavan en los panes… veo los dientes, los dientes, las bocas que mastican entre chasquidos de satisfacción… las faringes tensas absorbiendo entre espasmos…

—Entonces un trabajador tenía un rublo al mes, o más… Sesenta y seis libras de pan… ¡cocido! Ahora…

—¡Más bajo, por dios!

—En el fructífero Volga están muriendo millones por culpa del hambre… y la radio informa al mundo de lo satisfechos que están todos…

—¡Por dios… más bajo!

Guardamos silencio. Titilan las estrellas.

—¡Trescientos francos! Aunque es un trabajo excepcional… Lo recuerdo todo con tanta precisión, ese día. Hacía mucho calor, era junio… la temporada de París. En la Ópera representaban «Los Hugonotes». Teníamos poquísimo dinero. Mi marido iba a la Sorbona, yo le ayudaba con el idioma. Ese día estuvimos descansando, estuvimos en el Louvre… Por las aceras (en París son

anchas, con marquesinas de lienzo) cafés con mesas y más mesas… unos modelitos, tantísima gente de toda clase… extranjeros… Costaba trabajo creerlo, parecía un sueño… Dios mío, como un sueño… Melocotones en las cestas, albaricoques, unas fresas tan grandes, incluso ahora huelen… Sombreros blancos con encajes y cintas blancas, esa era la moda. Y flores, flores… carretas enteras, en cestos, en los pechos, en las manos… rosas, lilas, azucenas… Recuerdo su dulce aroma. Recuerdo a un viejecito estrafalario que iba con tres girasoles en el pecho y abordaba a todos: «¡Voyez, *monsieur*!»

Le soltaban dinero y decían: «¡Merci, *monsieur*!» Pronto hará cuarenta años y aún recuerdo mi primavera. Comimos helado de fresa y Vasili Semenych dejó caer su cigarro en el vasito… ¡lo que nos reímos! Un vendedor de periódicos cojo dijo animado: «¡Bon apéttit, *monsieur*!» ¿Y ahora seguirá igual? Puedo ver como humea la calzada regada y todo estaba repleto de huellas de herraduras… todo brillaba, brillaba… Después nos paramos en una vitrina… y justo este… este mismo ¡estaba allí! Este mismo. Ahora él esta… aquí, ¿aquí?

Examino las bolitas. Frías, hacen ruido: toc, toc.

—Me gustó tanto… Me quedo parada, lo miro. Y entonces Vasili Semenych dice: «¡Venga, comprémoslo!». Él nunca me decía que no pero era tal cantidad… Y yo, como en trance… fíjese, ¡no podía moverme! «¡Me dará suerte!» Bueno, tenía que comprarlo. Entramos… Una tienda muy chic, resplandeciente… unas perlas… Y el dueño era tan fino, amable… Francés. Ahora mismo puedo verle: ojos negros, corbata lila con una perla, cabello ensortijado, un pelín canoso… de esa clase… ¡un calavera! Con algo… con perfume dulce se rocían, los calaveras… olía a naranja dulce. «Qu’est voulez vous, *madame*?»

Yo hablaba como una parisina y charlamos a las mil maravillas. Tenía una perilla a lo Napoleón III, o como algún otro… lo he olvidado. Me lo acercó al cuello, por encima del terciopelo, ¡divino! Nos condujo a una habitación con espejos, prendió la luz… Miles de brillantes, ¡un resplandor encantadoramente mágico! Y todo el rato me decía: «Oh la la, *madame*! Y siempre es dinero, ¡como si lo metiera en el banco!» Imagínese, ¡era una obra de arte! el último trabajo de un viejo italiano… Por ejemplo esto, como se llaman…

¡facetas! el que talló cette facette… ¡hace poco que murió! «Ya no encontrará un trabajo igual, *madame*. La gente se ha vuelto impaciente y no sabe valorarlo. ¡Era un gran artista!» Y lo compramos. Después vimos «Los Hugonotes», yo estuve paseando por el *foyer* y todos me miraban de tal forma… ¡seguro que me tomaron por una ricachona! No me he separado de él en casi cuarenta años. Y ayer el griego me ofreció por él… Bueno, ¿cuánto piensa? ¡Tres! ¡Tres libras de pan!

—Por una persona no le daría ni una miga.

—Mírelo bien, encienda una cerilla…

Una cerilla… Hace mucho que no hay cerillas. Golpeo yesca y pedernal, humea pero conseguimos el fuego, el tormento.

—Tiene ochenta y siete piedras y cada una de ellas ¡tiene más de cuarenta facetas! ¡Tantísimas aristas! ¡y me dice que tres libras!

Qué personaje… ¡Aristas! ¡Y cuántas aristas habrá en el alma humana! Gargantillas semejantes pulverizadas… y los maestros muertos…

—Le pedí al griego que al menos me diera diez libras. Me dice: ¡cómete las piedras! Yo le digo: ¿es que no tiene conciencia? «¿Y qué es la conciencia? —dice—. Esto no es más que una oferta comercial. ¡Hay mucho más aparte de su conciencia! Hay que llevarla a Yalta, desde allí irá a América o a Europa, con gente de verdad, bien situados. ¿Y sabe usted —me dice—, lo que supone ir a Yalta? ¡Pues casi lo mismo que ir al otro mundo! ¿Usted se cree que sus señores los bolcheviques son unos ángeles? Antes en dos horas estaba en Yalta, ahora en dos horas estaré… en la quebrada si no he conseguido un pase. Y si consigo el pase, algo habré perdido… ¡pero sobre esto es mejor guardar silencio! He ido cuatro veces ¡y me han atracado tres! ¿Usted cree que a determinadas personas no les gustan los brillantes y el oro? Y aún así no me niego a comprarle las piedras y le ofrezco por ellas tres días… ¡tres días de vida! ¡En eso consiste mi conciencia!»

En el mar juegan las estrellas. Yo miro. A la derecha, detrás de Kastel, está Yalta, que ha sustituido su nombre de ámbar y vides por… ¡cuál! Yalta… agua marinera radiante, la burla del verdugo borracho ¡de aquí en adelante serás Krasnoarmeisk! El cuartel pringado, los peales de un soldado ambulante, la porquería del esclavo chasqueado: todo lo arrojaron a las blancas azucenas,

¡ensuciaron su maravilloso semblante! Krasnoarmeisk. Una maldad insaciable, un escupitajo purulento a los ojos es lo que desprende esa palabra de hotentote.

Nuevos hacedores de la vida, ¿de dónde sois? ¡Con ilimitada soltura malgastáis lo cosechado por el pueblo ruso! Habéis profanado la sepultura de los santos y habéis molestado en su sueño eterno a las cenizas ajenas para vosotros del piadoso Alexandr, el luchador por la Rus. Estáis despedazando la memoria misma de la Rus, estáis borrando sus nombres y semblantes. Hasta el nombre le habéis quitado, la habéis lanzado por el mundo sin nombre, sin que recuerde su parentesco. ¡Ay, Rusia! Te han seducido, ¿con qué encantamiento? ¿con qué vino te han embriagado?

¡Pueblos orgullosos! ¿Vais a tolerar que borren el nombre de vuestra patria? ¡Sujeta con fuerza, vieja Inglaterra, también tú, fastuosa Francia, la capa y el yelmo! ¡Cúbrete con un escudo sólido! ¡No tambalees, Lutecia, exuberante navío! ¡no te hundas en el mar susurrante de la depravación humana! Puede suceder… Y tú, orgullosa Londres, ¡custodia con la cruz y el fuego tu abadía de Westminster! Llegará un día nebuloso en el que no te reconocerás… Hay muchos sin familia ni valores —codician, codician… Muchos esclavos dispuestos. Montones de oro por los sótanos y muchos bolsillos vacíos.

Miro en dirección a la antigua Yalta. No se la ve. Pero yo lo sé: hacia allí corren continuamente los bienes saqueados, arrebatados a vivos y muertos. Corren, hacia el mar. En el mar se vierten los ríos. Corren entre cientos de manos, se suben a los faluchos, a los barcos, navegan hacia Europa, a Ámsterdam, a Londres… al otro lado del océano, a San Francisco… ¡Cuidado, vieja Europa, acaparadora! ¡no pierdas tu maravillosa gargantilla de gloria! ¿Quién sabe?

Y vosotros, padres y madres de quienes defendieron la patria… que vuestros ojos no vean a los verdugos de mirada clara ataviados con la ropa de vuestros hijos, ni a las hijas, que son violadas por asesinos, que entregan sus caricias a cambio de ropas robadas…

Pero vosotros que traéis lo nuevo al mundo, que os denomináis líderes, admiradlo y no volváis la espalda. ¿Con el énfasis de vuestras palabras lloráis a los que sufren?… Los más crueles de los señores que han estado en algún momento sobre la tierra han atentado contra lo más grande: ¡han matado el alma de un gran

pueblo! Orgullosos líderes de las masas, os sentaréis solemnemente junto con asesinos y ladrones sobre sus huesos y, mientras devoráis las sobras del pasado, os nombraréis líderes de los muertos.

Ella continúa sentada y gime abrumada:

—Bueno, ¿y qué será si no de… de los niños?… Mijaila Vasilich trajo guisantes, los últimos. Él come bellotas y almendras amargas, en el molinillo de café muele pipas de uva y hace pastelitos… está haciendo experimentos consigo mismo y escribiendo un trabajo. Usted lo sabe, él ya no… no está bien. Bueno, qué remedio, venderé la gargantilla… aunque sólo sean tres libras…

No puedo quedarme sentado escuchando… Me voy y deambulo por el jardín, me engancho en los arbustos, tropiezo con los cipreses, busco aire… Me ahogan los cipreses, el chirrido de las cigarras, el cielo… La noche es negra, el cerco de la luna nueva hace mucho que cayó. Se aproxima la hora fijada, empiezan a salir, la cara cubierta con trapos, con hollín, a girar contra la pared, a saquear. No hay quien nos defienda. Pueden venir de un momento a otro. La cancela retumbará con estrépito y gritarán la palabra que abre todas las puertas:

—¡Abran, por orden de la Sección!…

Y los vecinos apoyarán la cabeza sobre su almohada y escucharán…

EN LA QUEBRADA PROFUNDA

El mar empieza a blanquear —en el mar el amanecer es más visible— pero en las montañas aún es de noche, en los valles hay niebla. Entre medias se insinúan las manchas blanquecinas de las dachas. Es hora de ir a la Quebrada Profunda, con el fresco, a cortar.

Llevo un hacha y una correa. Subo a la cresta de la colina. Todo está en el umbral del nuevo día y duerme. Es penoso despertarse.

Las viñas grises por los cerros, los guijarros empañados de la playa… ¡el fuego rojo del gallardete!… El «destructor» aún no se ha ido. Los siete pueden recibir una mañana más de vida. Fuerzo la vista hacia la nebulosa gris del amanecer. En el mar aclarado se ve como trajinan en el embarcadero unas manchitas oscuras. Se los llevan, ¿es que se les ha hecho tarde? Esto lo suelen hacer con la noche cerrada. ¿O quieren que vean como se alza el sol sobre sus queridas colinas una última vez?…

Miro fijamente. Se apaga el fuego del gallardete, empieza a humear la chimenea. ¿Por qué no se oyen los gallos? ¿No truena desde la calzada la tartana tempranera? ¿Es que se han perdido los sonidos?… ¿El taladro intermitente de un silbido es el único indicio del amanecer?…

No… Oigo un grito abatido, la voz que no agoniza desde el minarete. Se eleva sobre la ciudad como una vela blanca y fina y es la única que aún envía su saludo extenuado a la mañana. Es la única que grita entre lamentos que por encima de las colinas, por encima de la ciudad, por encima del mar y de todo, sobre ellos y en cada uno de ellos, permanece el Gran Dios y va a permanecer eternamente, y que todo lo que sucede es Voluntad Suya. ¡Elevad vuestra plegaria al grandioso agradeciéndole el día venidero!

Soltando espuma tras la popa y proyectando su huella en forma

de arco, el «destructor» se hace a la mar. Se ha ido, a Yalta.

Eran siete, un teniente era su jefe. Sobre todo tártaros. Durante largos meses resistieron entre bosques y rocas, en el puerto, bajo la nieve y los chaparrones. Amenazaban y no se dieron por vencidos. En Crimea eran cientos, no deseaban una Europa que los ignoraba. Las codornices se cazan con reclamos, los ánades con «cua-cua» de pato. A ellos los cazaron engatusándolos: anunciaron el perdón. Ellos bajaron con sus armas, con su honor, ennegrecidos y flacos, con la mirada centelleante e inquieta de un pajarillo silvestre capturado por sorpresa. Caminaban por la ciudad inquietos, hombro con hombro, observando las esquinas, prestando atención a los motores nocturnos. Recelaban de las noches, no soltaban los fusiles. Lanzaban miradas a las montañas donde las piedras eran su familia: de las piedras habían surgido sus aldeas. De momento no les permitirían regresar allí. Los llevaron en faetones: ¡miren, son amigos, aliados! ¡se han entregado! Les alimentaron con cordero y les dieron de beber vino, se hermanaron. Y como una sombra tras ellos iba la gente de ojos claros y cazadoras de piel. Les sonsacaron en plan amistoso sobre la dura vida en el puerto, sobre los bobos que se habían quedado allí, los senderos… Luego tomaron sus armas: ahora hay paz, además, al día siguiente se irían a sus pueblos. Después los apresaron, por la noche. Después… hoy se irían. Se han ido. Pueden acabar con ellos en el mar, arrojarlos con piedras…

Permanezco largo tiempo en la colina, contemplo la estela borboteando.

Quizá ahora mismo en la orilla sus mujeres, sus madres… o desde las aldeas de las montañas estén viendo la lancha negra en el mar y no lo presientan. Están alegres por el perdón, esperan: no se debe confiar en el poder. Hace mucho que se deshicieron en lágrimas. Y ahora están ciegos. También se había quedado ciega la anciana tártara de la que se compadecieron este otoño, le devolvieron el cuerpo que se asfixiaba de su hijo oficial, apaleado a baquetazos. Ella suplicó por él, se golpeó la cabeza con una piedra, se lanzó a los pies de los verdugos.

—¡Ahora puedes llevártelo! —dijeron.

Y ella, feliz, por un camino de montaña perdido besaba unos ojos que se extinguían, recibía en las rodillas natales su último

suspiro. Los hayedos frondosos escuchaban su silencioso lloro, también las piedras. Mientras el viejo cochero, un vecino tártaro, se secaba los ojos con el puño.

—No llores, mujer desgraciada, —dijo—. Al menos estará en casa.

A estos no los entregarán.

Aparto la vista del mar, echo a andar, voy contando los pasos para confundir mis ideas. Ahí está la Quebrada Profunda, fin de mis ideas. Ahora a golpear bien fuerte los tocones de las encinas, milenarios, encajados en la tierra…

Aquí las paredes parecen una taza, por ellas suben las matas nudosas del carpe, sobre mi cabeza el cielo. Cortar y no pensar. Pero los pensamientos se apelotonan, hay que romperlos contra la maleza, dispersarlos, desparramarlos. Contemplar las extrañas matas del carpe, un juego de la naturaleza. No son matas, sino una metamorfosis prodigiosa, indicios de un misterio…

Vaya, un candelabro de cinco brazos, de bronce verde, ¿quién lo habrá arrojado a la quebrada? Y allí, si entornas los ojos, un arpa que alguien olvidó insertada en los arbustos, es el pasado que se va enyerbando… muy cerca un viejo encorvado que alarga la mano. Cuando el viento hace su aparición una serpiente alza sus anillos, completamente viva. ¿Señales de decadencia, de vacío y de mentira? Y en alguna parte hay una cruz negra que se alza ya enyerbada… Ahí está, no se ha extraviado: hay un peal enganchado en ella y tiene incrustada el cuello de una botella que ulula con el viento. Los marineros de Sebastopol disparaban a este objetivo, a la botella. Y otra significativa señal de interrogación: con el viento se ha encorvado-arqueado el fino vástago del carpe. Una pregunta perpleja: ¿sobre qué? Sigo talando en la quebrada, pero dejo la cruz, sólo retiro el gollete. No, dejaré también el gollete: con el viento otoñal la Cruz silbará-aullará, la naturaleza viva en persona en la Quebrada Profunda ya vacía. Gemirá, se desgañitará. Y el signo de interrogación…

De un golpe tumbo el signo: siempre me obliga a tomar alguna decisión y a pensar. ¡Basta de tomar decisiones y de pensar! ¡Nada de preguntas! Fin del arpa y del candelabro, y del viejo… Despedazo la serpiente en cachitos. ¡Nada de indicios! Dejemos que venga el vacío, y punto.

Corto los tocones de las encinas, entre aullidos vuelan los fragmentos. Ojalá me cegaran los ojos… Ambos ojos… La oscuridad lo cubrirá todo. Mi miran las lagartijas, la culebra de panza amarilla desciende por el sendero como una cuerda gruesa: los habitantes pacíficos de la quebrada. Me gusta estar en silencio entre ellos. Los saltamontes saltan sobre mí, se deslizan por los agujeros de mi ropa, en señal de amistad. Y yo me quedo petrificado por la sorpresa al observar en un arbusto una santateresa demacrada: con su sotana enrojecida ofrece su oración inteligente, mientras alza sus brazos-patas resecas. ¿No estarás rezando a la Cruz, monje seco? ¿Es que no ves que en la Cruz hay una botella?

Si sólo fuera eso: arbustos y piedras, ¡habitantes de rocas y madrigueras! Pero hay más, otras cosas…

Seguramente encontraré un casquillo verde de soldado, una cantimplora abollada o un resto de caqui, y todo lo que ha sumergido a la vida en sangre me golpea de frente. Se agita y se mueve la quebrada, corren por ella arañas de cristal…

Los objetos viven en la Quebrada Profunda; viven, gritan.

Aquí acamparon una vez –¡hace ya tres años!— hordas de marinos desenfrenados que irrumpieron para asumir el poder. Disparaban con un cañón las aldeas tártaras, sometieron a la sumisa Crimea. Bebían vino conquistado, lo estrellaban contra las piedras o rajaban con bayonetas las latas de conservas. Aún se puede leer en la herrumbre: pepinillos dulces y salados, calabacines y berenjenas rellenas, compota de melocotón y cereza «Shishman»… El mismo Shishman al que fusilaron por el camino. El fabricante de conservas estaba tirado cubierto de polvo al sol con levita y pechera, con los bolsillos arrancados, la boca abierta, de la que habían sacado los dientes de oro. Ahora no se encuentran conservas pero en quebradas y cunetas hay muchos botes oxidados por cuyos agujeros silba el viento. Atontados por el vino, con la mirada turbia, los pescozudos de pómulos salientes rompieron contra las piedras las botellas de oporto, de moscatel y alicante —¡tanto cristal alrededor! — asaron corderos en hogueras tras arrancarles los intestinos con las manos y rasparles las entrañas con una piedra, tal y como hacían en otros tiempos sus antepasados. Danzaron aullando alrededor de los fuegos, con las bandas de las ametralladoras y las granadas colgadas, dormían con muchachas entre las matas…

¡Gloriosos europeos, conocedores entusiastas de tales «audacias»!

Defendidos por la Ley, sentados en ricos escritorios de los que nadie derriba los retratos de los seres queridos, en los que descansan sólidamente los trabajos empezados, con agradable emoción leéis sobre el «más grande de los experimentos», la transformación mundial de la vida. Repetís palabras que incitan, que hacen latir con orgullo vuestro corazón cansado de tanta tranquilidad, esos cascabeleros estrepitosos —arrebatos titánicos del ánimo, renovación gigantesca de la vida, estallidos accidentales de las fuerzas populares, imponentes aspiraciones del gigante-proletario que ha tomado conciencia de su poderío…— un montón de palabras retumbantes vendidas por escribientes de líneas libertinos y descarados a cambio de cinco cópec.

Vosotros, que echáis de menos alzar el vuelo, aplaudís y estáis dispuestos a enviar saludos. Vosotros ofrecéis entrevistas honorables mientras os maravilláis y asentís, mientras disculpáis con magnanimidad las particularidades, repitiendo sin falta que no se equivoca sólo quien… Bueno, es natural. Vuestros famosos nombres, señalados por el feliz destino, dicen a todo el mundo que todo es como debe ser. Vuestros discursos benevolentes llenan los corazones de los atrevidos, les entregan un diploma de buena conducta.

No es muy alto vuestro campanario: desde él no se ve bien.

Dejad vuestros honorables despachos y la luz tranquilizadora de sus agradables lámparas, los miles de tomos que cubren con el oro de las encuadernaciones la esencia desnuda de la vida. Dad el paso y observad por vosotros mismos. No veréis un papel repleto de palabras: veréis almas vivas nadando en sangre, arrojadas como basura. ¡Lo veréis sólo si queréis verlo! Veréis a esos mismos atrevidos que con total soltura no olvidan que lo imperial —los palacios, los *rolls royce* y los trenes, los vinos generosos del pasado, los sillones para descansar, las alfombras devoradoras, la ropa de cama de finísima tela con coronas descosidas, la vajilla con escudos de otros tronos— lo conseguido con audacia, es mucho más agradable que las calles vacías de una vida vagabunda, que las cosas bonitas son más importantes que las palabras bonitas, y que la fama se puede estropear también con insolencia; que con discursos

seductores se puede poner una venda en los ojos de los esclavos, cerrar sus oídos herméticamente, y que para defenderse basta con comprar bayonetas.

¡Venid!

Pero no con el nombre famoso que resuena por el mundo. Al nombre famoso le ofrecerán un coche-salón tranquilo que le acunará con un dulce balanceo, fabricado con el último pellejo arrancado a un mendigo. Al nombre famoso le registrarán en el marco de espejo del Grand Hotel de la capital preservado cuidadosamente para ellos mismos. En negrita estamparán el nombre famoso en los boletines de su propia fábrica. Le darán de beber vino de marcas reales, le alimentarán con ternera bañada en leche, con sollo y caza menor de los bosques siberianos magistralmente preparados por un cocinero real a la russe, *delicatessen* tales que ya ni en sueños ven millones de personas sin nombre. Y le enseñarán al nombre orgulloso un paisaje encantador… ¡dentro de un cuadro!

¡No! Atrévase a venir sin nombre, a llegar a las entrañas… Y no mire a través de sus puños. ¡Fíjese! Pero esté atento: puede caerse a un foso.

Está bien observar un incendio colosal desde las montañas, la tormenta en el océano desde la orilla. ¡Un espectáculo imponente!

La Quebrada Profunda está vacía, en silencio, pero aquí tampoco se puede huir de ellos. Y si asciendes más, verás los recodos blancos de la carretera de Yalta. En el montículo hay dos varas, dos postes de telégrafo. En sus alambres hace ya como un año que sólo resuena una cosa, envían condenas de muerte. Aquí fusilaron a plena luz del día a un jovencísimo cadete enfermo que justo la víspera había regresado del frente alemán, que no sabía nada y al que el viaje había extenuado. Lo arrastraron semidormido, lo llevaron al montículo, hasta los postes, lo colocaron igual que una botella y le dispararon por el premio: por sus botines. Y después otra vez a beber, a zampar cordero y a dormir con muchachas entre las matas… Sus gargantas ebrias aullaban la «Internacional»…

Tras las matas de carpe y del robledal se divisa una aguja de madera y el tejado rojo de una granja deteriorada. Hace poco hervía con juventud y fuerza. Recuerdo sus benditas vacas, pardas y de hocico blanco, Krasulek, Polek, que lánguidamente entornaban los

ojos al sol, que mascaban con indolencia mientras unas manos ágiles de mujer resonaban como jugando contra los cubos. Recuerdo el sensato ajetreo, los resplandecientes bidones que retumbaban al final del día cuando la tartana negra bajaba con ellos salpicando ruidosamente. Y recuerdo a los muchachitos buenos, un rapaz barrigudo de tres años abrasado hasta la negrura por el sol, con un buen trozo de pan blando de harina tamizada en su pequeño puño mientras huye del gallo dando alaridos, y otro descalzo de carita redonda jugando con los terneros. Todavía ahora puedo sentir el olor pegajoso y fuerte a sudor y a estiércol de vaca. ¡Bendita saciedad! ¡un mar lácteo!… ¡bendito sol!…

El mar se agotó. Reunieron las vacas en el establo comunitario y el mar de leche se secó.

El viento dispersó las vacas. La granja desapareció. Sus vecinos se separaron. Allí sólo hay vacío y sangre. Allí el pecoso Grishka Raluguin, un marinero torpe y envidioso, reciente ladrón de gallos y vanilocuente, comisario de bosques y caminos de los alrededores, entró una noche a la casa de una obrera de la arruinada granja y, como no se le entregó, le clavó la bayoneta en el corazón. Cuando se despertaron al amanecer los niños encontraron a su madre con la bayoneta… Las mujeres le cantaron una misa de difuntos, gritaron al mundo la ofensa de su hermana de trabajo, exigieron un juicio para el asesino. Respondieron a las mujeres, con ametralladoras. Escapó del juicio el torpe ladrón de gallos Grishka, siguió de comisario.

Mires donde mires, no te libras de la sangre. Está en todas partes. ¿No es ella quien sale de la tierra, quien juega entre las viñas? Pronto teñirá todos los bosques agonizantes de los cerros.

Yo corto y corto… Basta: el saco está lleno de tocones de encinas, hay ramos de sobra. Tiro de la correa montaña arriba, luego montaña abajo, luego montaña arriba… El sol ha inundado la quebrada, encima de mí ya es pleno día, además caluroso. Tomo asiento junto a la cruz, en un piedra. Las cigarras zumban somnolientas. El calor me amodorra…

JUGAR CON LA MUERTE

—¡Buenos días!

Me sobresalto, estoy cayendo a un precipicio. ¿Estaba durmiendo? El sol ya está en lo alto y todavía tengo muchas cosas que hacer: recoger hojas, dejar salir a las gallinas; ir lejos, a donde el tártaro, a pedir las cinco libras de cebada de la camisa vendida…

—Creo que se había quedado dormido… Le ayudaré a llevarlo.

Junto a la cruz hay un hombre harapiento de cabello castaño, rostro abotargado y amarillo, sin afeitar ni lavar desde hace mucho tiempo, con sandalias tártaras que dejan ver dedos y uñas. Camisa blanca de percal ajustada con una correa, a través de sus agujeros se vislumbran las manchas amarillas de su cuerpo. A juzgar por sus trazas, podría ser un vagabundo del embarcadero.

Lo conozco desde hace tiempo: un colega, un escritor joven, Borís Shishkin. Se pone en cuclillas en la piedra y nos quedamos callados.

Por alguna razón se me hace especialmente duro estar con él. Me invade el horror. Presiento que hay algo implacable tras él, juega con él de vez en cuando, se burla: le estrecha el cuello e inesperadamente le suelta, ¡venga, va, respira! Su destino es extraordinariamente trágico. Veo como juega abiertamente con él: ¡tan pronto le quita la vida, tan pronto se la otorga sin previo aviso! Y, sin duda alguna, se aprovechará de ello. Algo tiene que pasarle. El qué, no lo sé. Pero algo le va a pasar… Cuando le veo, siento pena y pesadumbre. Su sueño, él no lo pierde, es marcharse de esta vida, aunque sea bajo tierra, y entregarse al arte de escribir. Sé que incluso ahora escribe, en algún sitio entre las piedras, en la orilla del mar, en las viñas abandonadas, durante el plenilunio, sin luz. Entre los renglones de periódicos viejos, con tinta de alguna baya azul: no se puede conseguir papel, no se puede comprar con dinero

alguno.

Y ahora, en la quebrada, él habla de lo mismo:

—Si estuviera en una isla salvaje alimentándome de conchas, de raíces… y no hubiera nadie que… ¡aunque fuera para siempre! pero que no me impidieran escribir… ¡Cuántos temas tengo! Sabe… quiero escribir sobre otras cosas… sobre algo infantil, tan limpio, claro… ¡y eso me agobia tanto!

Sé que tiene talento, que su alma es frágil y clara, pero en su cortísima vida ha habido tanto horror y tan grande que alcanzaría para cien vidas.

Durante la gran guerra fue soldado de infantería, además en el frente alemán, el más peligroso. Un alma delicada que hablaba con amor de las hierbecillas y que debía matar a bayonetazos. Cayó prisionero durante una embestida, tres veces huyó y tres veces lo capturaron. En sus huidas atravesaba ríos, erraba por bosques, se ocultaba días y días en las cosechas de cereales, registraba los desvanes en las aldeas muerto de hambre, arrebataba trozos de pan a los niños. En su última huida llegó hasta las posiciones avanzadas, un disparo nocturno de los suyos le hirió y acabó en las filas alemanas. De milagro no le fusilaron por espía. Como castigo lo colgaron de un poste con las manos atadas a la espalda, le «hicieron cosquillas» en las costillas con raspadores hasta que se desmayó y después le metieron en una mina. En la mina lo mataron de hambre. Se hinchó como si tuviera hidropesía y apenas podía mover los pies, pero le obligaban a llevar carbón con una vagoneta. Pero el destino jugaba con él incluso bajo tierra. Le enterró una explosión con una decena de prisioneros. A los tres días le desenterraron, el único vivo: afortunadamente una carretilla que se había volcado le protegió. Pasó medio año en un hospital y regresó a Rusia durante un intercambio de prisioneros. Llegó a una pequeña ciudad en el bajo Dnieper, ya bajo el Poder Soviético, y tuvo que ponerse a servir, eligió algo de su agrado: recoger niños abandonados y huérfanos. Los cosacos tomaron la ciudad, lo atraparon en la calle con una cartera, le tomaron por un comisario y se lo llevaron a rastras, pero un oficial que pasaba por la calle reconoció en él a su cumplidor jefe de sección en el frente alemán. Todo un milagro, desde luego. ¡Pero todo es posible en esta vida! Se trasladó a Crimea, donde dio con su familia, acabó en el ejército de

voluntarios, en el servicio auxiliar, y sirvió en la ciudad adjunto a la comandancia. Durante el repliegue no huyó al otro lado del mar. Lo arrestaron los bolcheviques y ya querían, tras dejarle en calzoncillos, llevarlo a Yalta, donde le esperaba un fusilamiento seguro, cuando de nuevo le salvó un milagro: le enseñó a alguien el librito fino de sus relatos y le contó la historia de su terrible vida. El verdugo borracho le miraba con aire estúpido y repetía: «¡Ay, maldita sea!… ¡la bala no le dará a él! ¡a mí, me dará a mí!» Le cogió por los hombros, le apretó con fuerza y, tras repetir una vez más, con espanto: «¡A mí… me dará! —le empujó con rabia—: Anda, largo… ¡vete al diablo!» De nuevo se puso a servir, siguiendo órdenes. Debía registrar las dachas y, contra su voluntad, él, vergonzoso y pacífico, quitaba camas, mesas y sillas, lámparas y samovares, para los jefes. Dirigía el club de los obreros, a donde no iba nadie, y la sala de lectura política, de donde no sacaban libros. Pero era un trabajador honrado, le ofrecieron un puesto de responsabilidad, le proponían que se hiciera comunista, pero él presentó una solicitud por enfermedad y, por fin, consiguió la libertad. Ahora podía ir a los huertos, trabajar por media libra de pan y escribir relatos.

—¡Ahora soy libre! Me iré definitivamente de esta maldita ciudad… no voy a ver nada, ni a oír… Viviré en las peñas. El sol, y las estrellas y el mar… ¡allí hay tranquilidad! A diez verstas de aquí. A los pies de Kastel no hay nada. Allí estaba la dacha de mi tío… mi tío se fue el año pasado a Constantinopla y nosotros hemos hecho gestiones y la hemos conseguido como granja laboral… vamos a cultivar el jardín. Mi padre, mi madre y yo. Hace unos días a mi hermanito lo dispensaron del servicio militar por tisis… Hemos sembrado maíz, tendremos uvas, criaremos vacas… Iba a verle a su dacha para despedirme, lo encontré aquí…

Era indescriptiblemente feliz. Estaba sentado a los pies de la cruz con la cabeza inclinada sobre las rodillas y lanzaba miradas a un cuaderno.

—Voy a escribir una novela corta… ¡«La alegría de la vida»! Así la siento ahora… Sólo que no de esta vida, sino… una amable… la imagino como el cielo azul…

Es tan feliz que no puede pensar. Sólo sentir.

—Allí tenemos el caos primitivo, se vino abajo hace tiempo…

entre las rocas hay nichos. Me haré una habitación y la luz pasará entre las rendijas, desde arriba… ¡Allí se escribirá bien! Y en lugar de mesa tendré un bloque de diorita… El año que viene sembraremos trigo. ¡Sólo hay que sobrevivir al invierno! Ahora hacemos tortas de bellotas… tenemos reservas desde el año pasado, sólo que me dan náuseas…

Su rostro amarillo y abotargado, el rostro propio de estos contornos, dice a las claras que pasan hambre. Pero, aún así, él es feliz.

—Aunque quizá hubiera sido mejor haberme ido entonces… ¡Europa! Me quedé por mi familia. Me daba pena dejar a mi padre, a mi madre, mi hermanita… Ahora iré muy poco a la ciudad…

Estamos sentados bajo la cruz, pensamos, cada uno en sus cosas.

—¡Ahí va!… —de pronto lanza un grito—. ¿Se ha enterado de lo que ha sucedido?

—¿Y qué ha sucedido? ¡Cómo si pudieran suceder más cosas!

—¡Han huido! ¡Esta noche!…

—¿Huido? ¿los que?… Círculos, esferas en mis ojos…

—Todos… han huido todos… ¡ahora ya están allí! —señala las montañas—. ¡Cuando ya estaban en el punto de mira!

El doctor… ¡el doctor profeta! ¿Antes de morir se le ha aparecido?… ¿o circulaban rumores? Pero si hubieran circulado rumores, no hubieran estado durmiendo…

—Ocurrió hacia la una de la madrugada. A las dos tenían intención de meterlos en el «destructor»… llevarlos a Yalta. Precisamente les habían enviado a por ellos. Había rumores de que estaban empezando a debilitarse por el hambre, sólo les daban un trozo de pan para cada uno, ¡y no todos los días!… y menudo pan… usted lo sabe. Con ellos tenían encerrado a un francés, nadie sabe por qué. Él ha sido quien ha declarado en un interrogatorio todo lo ocurrido. Y a mí me lo ha contado un conocido, un comunista. ¡Han tenido un follón toda la noche!… Ahora habrá arrestos, cogieron rehenes… Mire lo que pasó. Al principio no tenían intención de huir, tenían la esperanza de que los retendrían un tiempo y luego los soltarían. Pero cuando empezaron a debilitarse, decidieron que querían matarlos de hambre. No pensaban que los iban a fusilar. ¡Si habían anunciado una amnistía! Bueno, los deportarían… Y entonces de alguna manera se enteraron de que en Simferopol

habían fusilado a unos «verdes» que, como ellos, habían bajado de las montañas, y a cierto jefe, un circasiano, creo… Y eso que los habían cuidado y tentado con trabajo. Así que decidieron huir cuando los estuvieran sacando del sótano. Que se los llevaban esta noche, eso no lo sabían. Después cambiaron de idea: les asustaba el quedarse de pronto sin fuerzas y no ser capaces de escapar. ¡Así que decidieron huir esta noche! ¡Justo una hora antes del traslado!… ¿Se da cuenta? ¡qué casualidad! Trazaron un plan y echaron a suertes quien se sacrificaría… quien se las vería con el centinela. ¡Estaban desarmados! El francés no entró en el sorteo, se negó a escapar. Estaba seguro de que lo liberarían, no se sabe por qué lo atraparon… Es francés, y punto. Ahora se lo han llevado a Yalta: ¡sabía lo de la huida y no informó! La suerte le tocó a un tártaro. Y todos ellos, había rusos y tártaros y chechenos…, ellos se abrazaron y besaron… se despidieron antes de afrontar su destino… ¡Eso está… tan bien! Tan salvajes, acosados… sangre por doquier y… ¡tal fraternidad ante el destino! Después armaron ruido a propósito en el sótano para atraer al centinela. Resultó, el centinela entró… El tártaro le agarró el fusil… otro se lanzó sobre él… ¡y ellos salieron corriendo! abatieron al centinela de fuera y desaparecieron. La noche estaba oscura, echaron a correr directos a las montañas, se dispersaron… se apoderaron de un fusil… El de fuera dio la señal de alarma, mató al tártaro, lo apuñaló. Ahora el francés responderá por todos. En la ciudad no hay caballos, y la noche… pero ellos conocen todos los caminos. ¡Ahora se dejarán ver en el puerto! ¡Tienen un subteniente intrépido!… Ya no habrá clemencia… Los seis…

Contemplo agradecido las montañas cubiertas con un velo cálido. ¡Ellos ya están allí! ¡Bendita roca!… y vosotros también, bosques…

—Ahora los comunistas están asustados, el puerto está otra vez cortado. Y no se puede pasar en coche, ¡disparan! Están a tiro en todos los virajes. Tienen miedo de las noches, por si hay incursiones desde las montañas. Conocen sus casas… claro, tienen contactos, y si los encuentran…

¡Al menos seis han conservado la vida! Miro con cariño las montañas, benéficas, duras, protectoras de los valientes. A los valientes los encubren las rocas. La verdad sencilla está con ellas, es

suya. ¡Con los valientes está Dios! Pueden ser benevolentes, inmovibles. La gente vive en ellas, dan refugio a las personas. Compartirán el último bocado. La verdad está con ellas, es suya. La lucha va a continuará, por la verdad, la lucha por el alma. De día y de noche. En alejados senderos, sobre precipicios, en los nidos de águilas, por los caminos… Con alegría caerán en los manantiales transparentes, van a escuchar el delicado silencio de las montañas… ¡El milagro fue posible!

—A pesar de todo la vida es interesante, —dice con entusiasmo el hombre feliz—. Yo sé muy bien lo que significa huir de la muerte. La felicidad del nacimiento consciente… ¡es maravilloso!

Es hora de salir de la quebrada. Me ayuda a arrastrar la chamarasca, carga también con el saco de «tocones». Está repleto de felicidad.

—¡Soy… li…bre! ¡Hace un día espléndido! ¡Qué montañas! Siento como respiran, también ellas tienen hoy fiesta, es domingo… ¡Escribiré sobre ellas! Qué casualidades…

¡Le estoy viendo por última vez! Ni él ni nadie sabe lo que va a suceder… Su infantil rostro inocente brilla con felicidad. Y en algún sitio van trazando curvas y nadie siente cual le salvará de la muerte, cual le aplastará

Así llegamos hasta la casita. Nos recibe el pavo real con un grito melancólico, está en la cancela, verde-violeta-azul, juega con el sol.

—¡Ah, cuánta belleza! Toda ella repartida… ¡sólo tienes que cogerla!

Y yo ya no siento que la muerte pasa por sus ojos alegres, que quiera jugar de nuevo. ¡Cuatro veces ha jugado de broma! Jugará una quinta vez, seguro, para burlarse.

LA VOZ DE DEBAJO DE LA COLINA

Estoy sentado en el umbral de mi choza, contemplo el mar. El silencio, el bochorno. No tiembla la tela de araña entre el cedro y el ciprés. Puedo quedarme sentado durante horas, sin pensar… Campanas en mi cabeza y alaridos, ¿es el ruido del hambre?… Veo pequeños copos rojos en mi interior, la depravación de la vida…

Y entonces surge un sonido fino y dulce… Si lo sujetas con un pensamiento delicado, vendrá con un amigo, y otro, otro más… y en medio de la modorra que se va apoderando de mí me envolverán rumores y oiré una orquesta… Ahora ya conozco la música de los sueños y de la realidad, ¿comprendo las «voces paradisíacas» de los ermitaños, los instrumentos celestiales que tocan los ángeles?…

Suena una armonía desconocida…

… ¡ah, ah, ah!…

Un disparo en las montañas la interrumpe, ¿han atrapado a alguien? Ahí están los copos de sangre… ahí vienen ellos, ¿son los que se sirven de esta vida? los que gimen, los que sueltan alaridos.

Las gallinas blancas contemplan con dolor mis ojos. Lo sé, en vuestras cabecitas hay ruido, pero no captáis el sonido fino, no sentís la armonía. ¿Por qué me miráis así? ¿hay una sombras detrás de vosotras? ¿Por qué, pequeñas amigas mías, me examináis con ojos melancólicos? No hay que temer a la muerte… ¡Tras ella está la auténtica armonía! Tú, Perlita, no comprendes la orquesta maravillosa que eres, ¡insignificante pero aún así la más maravillosa! ¡Tu pupila negra, ese botoncito chiquitín, es el milagro más grande de la vida! Por ese puntito lacado camina un sol enorme… ¡mundos infinitos! También el mar está en tu mirada, y las montañas, estas de aquí, grises, con sus rocas, cubiertas de bruma… todo está en ellos: los bosques, las fieras, la gente que acecha en caminos desiertos, que se oculta en las rocas… también

yo, que tengo toda la vida en la cabeza. Todo lo atraparás con una mirada que pronto se extinguirá, te lo llevarás hacia lo desconocido… Y tus plumas, ellas ya se han apagado, aunque también son una sinfonía grandiosa. El Señor te dio la vida, y a mí… y a esa hormiga estrafalaria. Y él se la lleva de vuelta.

¡Ay, qué orquesta tan maravillosa fue esta vida nuestra! ¡Qué sinfonía tocaba! Y el director de la orquesta era la sabia Vida-Dueña. Cantaban su canto maravilloso esas piedras, las piedras de las casas, de los palacios, ¡cómo vociferan ahora por los caminos sus gargantas agujereadas! Cantó el hierro, corría por el mar, por las montañas… resonó por ordeñaderos, en granjas, la famosa canción láctea y las vacas trompeteaban con bendita saciedad. Cantaban los jardines sacados de su salvajismo, miríadas de ojos dulces se reían. Las viñas acumulaban ilusiones, se embriagaban de tierra y sol… Toneles barrigudos de perezosas encinas, tambores de una futura orquesta, conservaban sus octavas y el trueno de los timbales… Pero ¿y los barcos de ojos parpadeantes que no duermen por la noche? El trigo dorado y rosado que manaba de su vientre de acero durante los aguaceros cantaba lo suyo, una canción tranquila que los campos engendraron en silencio… Y los sonidos del viento y el susurro de la hierba, la música inaudible de las colinas que empieza con los rayos rosados del sol… ¡una orquesta universal! Y el anciano mendigo que anda a rastras, un pedazo de arcilla y de sol, un fragmento humano, él también arrastra su canción, se ha detenido confiado junto a un umbral ajeno… Le han abierto la puerta y él, extraño y cercano, pobre enlace humano, se ha quedado dormido bajo su tejado. Caminaba por la vida Alguien cariñoso, benevolente sembraba en las personas sabiduría espiritual…

¿O era un sueño y no existieron los sonidos de la orquesta mágica? Lo sé, no es un sueño. Todo fue real.

Yo mismo he caminado por los caminos sombríos del Norte y por los caminos blancos del Sur. Yo he hablado confiado con la gente y la gente me respondía confiada y Cristo caminaba invisible con nosotros. Campos ajenos han sido mis campos y me han seducido las tonadas lejanas de una aldea desconocida. Los pasos que venían a mi encuentro en un camino apartado eran los pasos de mi compañero de vida y no infundían miedo. Y los albergues nocturnos en los campos y la ternura de la palabra entrañable…

¡Gobernaba a todos y para todos la vieja y sabia Vida-Dueña!

Y entonces la maravillosa orquesta se despistó, se equivocaron de instrumento, trompetas y violines se abrieron… ¡Ruido y alaridos! Y no te dejes coger en el camino, no tiendas la mano, te arrancarán no sólo la mano, también la cabeza, y hasta te arrancarán la lengua de la laringe y te atravesarán el corazón. Es lo que hay en sus cabezas: ¡ruido-alaridos de una orquesta que se ha desmoronado!

Susurros tras el seto, silbidos… como si hubiera serpientes reptando por el jardín. Miro a través del escaramujo: viene trepando un montón de chamarasca y madera con las puntas recientes de la corta. Va silbando por las piedras del camino. Repta el montón de chamarasca que ha aplastado a una persona. Se detiene, toma aire, oigo la voz opaca de debajo de la colina:

—Buenos tardes…

A través del escaramujo ralo veo unas piernas peludas, llenas de arañazos, que se tambalean de debilidad.

—Buenos tardes, Drozd. Suéltelas un momento, descanse un poco.

—No, no… luego no podré levantarlas…

Es Drozd, el cartero. Antes cartero… ¿Ahora?… ¿Qué cartas va a haber ahora?

Es verdad, ya el primer día de la llegada de los conquistadores se anunciaron los «contactos con todo el mundo». A la colina llegó el borracho Pavliak, el reciente comisario-comunista, fanfarroneaba:

—He establecido contacto con Francia… ¡da igual cómo! Que escriban, que muestren sus lazos… ¡Los atraparemos como moscas!…

Pavliak no dominada la grandeza del poder: saltó por la ventana, se partió el cráneo. Y se interrumpieron los «contactos». El jefe nuevo, un repartidor de barba roja, brama desde detrás de la reja:

—¿Qué me dice?… ¡En el extranjero no hay nada! sólo contrarrevolucionarios… ¿es que se escribe poco? Pues nada, a divertirse un poco.

Así que Drozd plegó su cartera y «se dedica a sus labores».

Todos los días pasa camino arriba junto a mi huerta, con un hacha, con una cuerda, va al otro lado de la carretera a por

combustible, se abastece para el invierno. Oigo sus pasos cuidadosos antes del amanecer. Corta matorrales secos y varas largas, carga con todo el montón y repta-silba por las colinas cual sierpe atravesando las quebradas, arriba y abajo. En las primeras horas de la tarde pasa por mi lado, da una voz y espera: hay que tomar aliento.

Es un hombre religioso con una vida maldita. Como él hay unos pocos en la ciudad. Existen por toda una Rusia que se está corrompiendo.

Con él están su mujer, su hijita de unos tres años y su heredero, de uno. Soñaba con darles formación «accesoria», —completa, se entiende—, a la hija «ponerle un negocio dental» y al hijo «de ingeniero». Ahora… sólo le queda salvarles de la muerte.

En su momento repartía el correo por las pensiones con orgullo:

—¡Nuestro cargo es una misión cultural!

En su momento gritaba alegre:

—¡Señor Petrov, tiene dos! ¡Señor agrónomo… le escriben!

Después decía solemnemente, siguiendo el ritmo cambiante de la vida:

—¡Ciudadana Raneiskaia… Raines según el título del año pasado! ¡Camarada Okopalov… un saludo socialista!

Después se acabó.

Acogía con veneración la política europea y la vida europea.

—¡Señor profesor Kolomentsev… desde… Londres! Qué agradable es tenerlo en las manos, ¡qué papel producen! ¿No será de Lloyd-Georg en persona?… Una escritura muy resuelta…

Tenía a Lloyd George por excepcional.

—Fijaos, eso sí que es política. Parecido al socialismo, pero… ¡es una relación sutil! Con él se puede hacer política… sin bostezar. Simplemente… ¡es un genio excepcional!…

También a Drozd le llegó su prueba: la guerra. Solía detenerse junto a la tapia, confuso:

—¡No lo entiendo!… Había tal progreso y cultura en Europa, y ahora… ¡este aspecto tan inculto! ¡Han vuelto a hundir a viajeros civiles! ¡Esto no hay quien lo soporte!… este embrutecimiento de los instintos… Todas las personas cultas deben darse cuenta y organizar una protesta cultural… De lo contrario… ¡no sé qué va a ocurrir! ¡Es inconcebible!

Caminaba en un profundo ensueño, como afligido. A la hora de comer, mientras se tomaba la borsch, detenía de repente la cuchara pinchado con alguna idea aguda y lanzaba una mirada de reproche a su mujer. Su rostro cuadrado de pómulos salientes y ojos azules soñadores, como los que puedes encontrar en los ucranianos, se encogía de amargura.

—¿Es que le falta sal? —pregunta su mujer.

—¡Destruir así los prin-ci-pios, la cultura, la moral! —recalcaba Drozd con un reproche haciendo temblar la cuchara y derramando la sopa por el mantel—. ¡Europa, Europa! ¿A dónde vas? ¡estás caminando sobre un abismo!… ¡Todo se ha venido abajo, ay!

—Come, Guerasim… que se te va a enfriar la borsch. Tu Europa se ha rendido, es horrible… ¿Pero a ti que más te da? ¿es que te van a dar algo?

—¡Darme algo! Qué sabrás tú de política… Bien que lo dijo Prokofi: se acercan los tiempos terribles del Apocalipsis de Iván el Teólogo… toda clase de caballos, negros y blancos… y jinetes de fuego subidos en ellos, con hierros… ¡con hierros!

—Se le ha estropeado la cabeza de tanto leer a tu Prokofi, os trastorna a todos. Tania me ha contado… metió a todos los niños en el tejado para pasar la noche y se llevó un hacha, le parecía haber visto milagros…

—Milagros… —respondió Drozd con un reproche—. Milagros puede que haya. Si la cultura se… derrumba tanto, entonces nos hará falta un milagro, ¡y lo habrá! ¡Una revelación! ¿Y por qué una revelación? Por… ¡la sangre! ¡Si hay tanta sangre, serán necesarios los milagros! Prokofi lo presiente. ¿Qué es lo que dice?… «No tengo derecho a aceptar dinero por mi trabajo, en el dinero hay sangre. Yo te arreglo ahora las botas y tú a mí… ¡tráeme un panecillo con todo tu afecto!» Eso es lo que hay que hacer según la ley eclesiástica… ¡Eso es cultura! ¡Hasta para Lloyd Georg!…

—Tu Prokofi dejará huérfanos.

—A los huérfanos los debe recoger la gente buena, ¡con amor! ¿Es que no lo ves? ¡Hace falta una moral decente! ¿Con qué va a vivir la gente, eh? Es lo que el conde Lev Tolstói ordena… y toda Europa lo respeta como… ¡a un genio! Pero estamos en el siglo veinte… ¡y sólo hay instintos salvajes! ¡Ay!…

Le gustan mucho esas palabras: progreso, cultura. Dice

«progresso» y «referendo». Respetaba a las personas instruidas y se denominaba a sí mismo… progresista. Él no entendía de partidos: sólo quería «cultura». Y cuando entraron los bolcheviques y empezaron a prender a todo el que le tocara según las denuncias, prendieron también al muy humilde Drozd, un «enemigo del pueblo». Fueron los primeros bolcheviques, los marineros, los salvajes, un alumno de la gimnasia de Yalta era su jefe. Encerraron a Drozd en un cobertizo junto con un notario inválido e Iván Mijáilich, el profesor al que días atrás le concedieron la pensión de una libra de pan al mes. Dos noches estuvo Drozd en el cobertizo esperando que lo fusilaran. El «señor» preguntaba:

—¿Por qué? Nunca me he dedicado a la política, si acaso a la cultura. Díganles unas palabras… ¡sobre la cultura y la moral! ¡díganselo sin falta! ¡iluminen a los ignorantes!…

En el cobertizo aparecieron las cabezas de los marineros:

—¿Qué pasa, señores generales? Esta noche vais a alimentar a los peces con carne señorial…

—Bien, hermanos… Sólo el Señor Dios es libre en la muerte y en la vida y tú sólo eres Su instrumento… ¡recuérdalo y no seas altanero! Quizá es necesario que sea así para que entres en razón… ¡después te arrepentirás! Bueno, de acuerdo, da igual… Bueno, pues seremos generales… está bien… —les saludaba Iván Mijáilich—, aunque tú, mi tonto amigo, que no distinguirías tu mano derecha de la izquierda, vas y te metes en política. Más te valdría, bobo, subirte a un barco y combatir a los alemanes, defender a nuestra Rusia, ¡pero te bebes el vino de otro y te comportas como un descarado! ¿Y por qué queréis matar a un hombre trabajador, a un cartero? Tiene críos pequeños y callos en las manos… ¡No tenéis corazón!

—¡No es asunto tuyo, viejo!… ¡se te ha soltado la lengua! ¡Ya hablarás luego con los peces, huesos nobles! ¿a dios rogando y con el mazo dando?

No soportó Iván Mijáilich la ofensa, a través de la puerta su mano huesuda agarró el cuello azul del marinero, hasta el marinero se quedó estupefacto ante tal temeridad y sólo gritó:

—¡Suel… ta…! ¡Me lo vas a romper, maldito!… ¿por qué te pones así?

—¿Cómo que por qué? Yo soy de Vólogda, y tú… ¡ortodoxo!

—¡Pero cómo! ¡Y será verdad que eres de Vólogda! —se alegró

el marinero y su rostro amplio como una cacerola, bronceado hasta la negrura, se volvió aún más amplio y sonrió.

—¡Pues claro que soy de Vólogda! ¿No sientes tu propio acento? ¡Anda que no se ríen de nosotros!… «*Er saco de sémola se ha caído ar fondo… es una pena, bueno, vale, da lo mizmo*».

—¡Ay, que el diablo te lleve! ¡qué bien lo haces! Bueno, viejo… ¿eres de los nuestros, de Vólogda? Déjame ver… —se alegró el marinero mientras agarraba a Iván Mijáilich por los hombros—. ¡Sí, claro, de los nuestros! Pero… ¡un momento! ¿qué distrito?

—¿Qué es eso de un momento? bien, distrito de Ust-Sysolsk, ¿y ahora?

—¡Venga ya! Yo también… de Us… solsk. Qué cosas…

—Yo labraba la tierra y corría a la escuela… me hice profesor, escribí libros… y puedo volver a labrar la tierra, ¡no tengo miedo! ¿Pero para qué habéis hecho prisionero a este hombre, pretendéis hundirlo?…

—Para… lo hemos sentenciado a ser fusilado, por indulgente…

—Seréis cabezas de chorlito, primero deberías lavaros los ojos con jabón…

—¿Pero por qué insultas, no te da miedo nada, maldito viejo?

—¡Hablo como tú! ¿Y a qué le tengo que tener miedo, querido? Hace mucho que tengo un pie en la tumba… sin embargo se ve que vosotros os tenéis miedo a vosotros mismos, habéis elegido como jefe a un mocoso, vais matando ancianos. Lo que necesita es que le cojan de las orejas… A los que son como él hace bien poco que les suspendía los dictados… Bájenle los pantalones a ese, al mocoso, y eche una ojeada: ¡seguro que su culo tiene azotes, sin cerrar!…

El notario sujetó al anciano, menos mal… Entonces se acercaron otros marineros. Que no les diría el estudiante de Yalta, cuanto apeló a la conciencia revolucionaria y a la disciplina de partido, pero el marinero de Vólogda se impuso. Dejó salir a todos del cobertizo:

—¡Al diablo con todos!

Eran otros tiempos y otros bolcheviques, los primeros. Entonces había multitud de sangre rusa, embriagadora, salvaje. Ellos bebían, destruían y asesinaban frenéticamente. Pero de repente podían desenmascararse, por un camino insospechado; cualquier «tontería», podía ser incluso una palabra certera, algo que volvía absurdas las

palabras, las consignas y los programas que, implacables, exigían sangre. Eran crueles, podían hacer trizas a un hombre, pero eran incapaces de avasallar conforme a un plan o con indiferencia. Para ello les faltaba «fuerza nerviosa» y «moral de clase». Para ello necesitaban los nervios y los principios de los «artesanos de la sangre», de gente que no tuviera sangre de Vólogda…

Así que Drozd, culpable de nada, consiguió librarse de morir. Lo consiguió y calló para siempre. Ya no hablaba de cultura ni de progreso. Parecía tener la boca sellada y sólo sus ojos, repletos de horror vidrioso, aún querían decir algo. Ni siquiera hablaba en voz alta sobre el tiempo y tampoco gritaba como antes mientras agitaba un periódico:

—¡Un telegrama excelente! ¡Algo del cáncer han encontrado!… ¡Un alemán ha descubierto suero!

—¡Han hallado un planeta nuevo! ¿Cómo dice? Sí, un cometa… Del tamaño de cinco estrellas, ¡de cinco!

De la guerra le atormentaba Verdún. Estuvo noches sin dormir y miraba algo en un mapa. Solía correr con el periódico en las manos:

—¡Los han rechazado!… ¡era el asalto número diecisiete! El espíritu heroico de los franceses se atreve con todo… ¡a la posición inicial! ¡a la inicial!…

Pero todo se había acabado, y Verdún y el espíritu… También Drozd calló.

Ahí sigue, a los pies de una colina que le ha aplastado. Sus piernas sangran, como si las hubieran rajado con cuchillos. Los pantalones remangados están llenos de agujeros. A los pies de la colina observa con esfuerzo un rostro pardo, demacrado, empapado, ¡el rostro de un mártir!

—La articulación física ha flaqueado totalmente… —murmura Drozd misterioso—. La alimentación… ¡ni claras ni yemas! Claro… sí, ¡ni grasas! Solía coger hasta veinticinco puds juntos… lo más que hacía era resoplar. Criaba a las gallinas… y si el niño estaba enfermo, ¡con caldo de pollo le cuidaba! Los vecinos se han, como lo diría, llevado todas las gallinas… ¡Hoy han sacado el último capón de debajo de una tina! Como si lo hubieran enterrado… Nuestro pueblo… —su voz es casi un susurro—, es un completo depravado psicológicamente hablando… ¿no? Claro, debería volver a mi patria. Yo soy de Katerinoslav. Me ha escrito mi sobrino, que

me ha preparado unos cinco puds de pan… ¿pero cómo los envía? Él se fue, bien el tifus, bien le atracaron. Y todo lo conseguido, ¡a tirarlo! Toda clase de vasitos, la sartén… usted lo sabe, hay que entregarlo a cambio de nada, nadie tiene medios. También mi biblioteca… ¡tendría para cinco puds! toda mi cultura se perderá… —Drozd continúa con sus murmullos, mira asustado.

—Sí, está mal, Drozd.

—Permítame que le diga algo… ¡Toda la civi…lización está entrando en crisis! ¡Incluso la *intelligentsia*! —silba bajo la chamarasca mientras mira temeroso en todas direcciones—. Y como decía el señor Nekrasov: «¡Sembrad lo razonable, lo bueno, lo eterno! ¡Os darán las gracias por el infinito! ¡Pueblo ruso!»… ¡Y ellos hasta roban a las ancianas! Han entregado todas sus posiciones, la cultura y la moral. Por ejemplo, cerca de mi casa vive una viejecita, Natalia Nikiforovna, lo mismo la conoce… vigilaba el asilo para huérfanos, el que era del pedagogo Tijomirov, para profesores del estado… ¡y en la vejez no le corresponde ni un trozo de pan! Y entonces un intelectual culto se compadeció: «Yo, —dice —, le conseguiré una ración. ¡Qué escándalo! ¡dejar morir a una persona así! ¡todo se ha desmoronado!» Salió corriendo a avergonzar a un médico: ¡una santa viejecita se está muriendo de hambre! ¡No me iré hasta que no me separe una parte! Y la separaron. Hizo acopio de golosinas y a casa de la anciana. «¡Lo he logrado! ¡Rece por mí!» La anciana se echó a llorar: ¡el buen Dios se dejaba ver! Le dio un cuarto de azúcar que había mezclado con arroz, una libra de harina… Para ella una cuarta parte de la ración y ¡él se preparó una buena kasha de arroz con azúcar! Todo el mundo se enteró. Corrió a ver a la viejecita: «¡Ha sido una equivocación! Yo no la abandonaré, pero que no parezca un compromiso… porque si no, cuando se enteren, a usted la meterán en un sótano por obtención ilegal, y también a los médicos». La viejecita se echó a llorar: «¡Fuera de mi casa, las serpientes me dan miedo!» Porque lleva abrigo de pieles y gemelos de oro ¡y reloj! ¡de verdad! Bueno, me voy para abajo, ahora en casa…

—Drozd, ha oído que… ¡anoche se escaparon!

Se estremeció el montón, se agitaron las ramas…

—¿Cómo?… ¡¿los que…?! ¡no puede ser!

Me mira espantado. No habla, sino que respira y desvía su

mirada. No hay ni un alma alrededor, no hay nadie escuchando.

—¡No lo divulgue, por dios!… —cuchichea arrastrando las ramas—. Aquí pueden estar… ¿Y es verdad?… Vaya… Me voy…

Da dos pasos y se detiene, el rostro hacia el mar. Susurra:

—Pero permítame que le pregunte… ¿Qué es ahora de… Lloyd-Georg?…

—Bueno… ¿qué es lo que quiere saber, Drozd?

El montón guarda silencio, vacila, siempre mirando hacia el mar. Después las ramas se giran lentamente con un crujido, como si ellas también estuvieran pensando, Drozd se acerca y de nuevo, apenas audible:

—Bueno, no sé… ¿existe?

Está encorvado bajo el peso del montón, se estira como una tortuga, el rostro pardo, y mira con ojos sanguíneos desencajados por el esfuerzo. Suplica con ellos.

—Están en otro mundo, Drozd. Todo eso es pasado.

—Entonces… ¿ha muerto?

—Está vivo. Y con apetito como bistec y lo acompaña con cerveza negra.

Drozd me mira horrorizado.

—¿Con… cerveza negra?

Percibe alguna señal siniestra en estas palabras.

—Sí, con cerveza negra. Sabe, Drozd, cada nación tiene sus propios protectores. Y estos… saben hablar y actuar de tal forma que, después de haber hablado sobre la humanidad y otros propósitos elevados, como resultado consiguen… para sí mismos, ¡un barril de cerveza negra de más! ¿Lo comprende?…

—Vaya, vaya… —Drozd chasquea la lengua—. Así que…

Está completamente desmoronado sobre el escaramujo y clava sus agotados ojos en los míos. Susurra con miedo:

—Y nosotros, tan tontos… ¡Pero sin nosotros los alemanes los hubieran devorado en el catorce!… Así que… ¡nos tangó!

—¡Bistec y cerveza negra! Mientras nosotros… ¡Así es, amigo Drozd!… Nadie nos necesita. ¡Y nosotros somos los únicos culpables!

Está mortalmente asustado. Gira el cuello.

—Y eso que Europa… ¡con esa cultura que había sembrado! El mismísimo Lloyd-Georg… He leído todos sus libros… ¡lloré! Bueno,

ahora está todo perdido… Herzen lo escribió de un modo admirable: Rusia desaparecerá, ¡todo desaparecerá! Y Prokofi tenía razón… ¡revelación! Con… sangre.

Y se marcha, un hombre justo en nuestro cementerio.

Hombres justos… en esta trinchera moribunda, junto a un mar que se duerme, aún quedan hombres justos. Los conozco. Son pocos. Muy pocos. No se han dejado tentar, no han tocado ni un hijo ajeno… y se debaten en un callejón sin salida. Tienen un espíritu vivificante y no cederán ante la roca que todo devora. ¿Se perderá su espíritu? No, aún vive. Se perderá, se perderá… ¡Lo veo tan claro!

Y allí… donde no hay jardines de almendros, ni mares brillantes ni este sol burlón de banquete en un cementerio. ¿Cómo se está allí?

Miro hacia el Norte, hacia Chatyrdag, que se va volviendo azul… Rusia, jardines de manzanas, campos… Si al menos estuviéramos allí, bien lejos de las ciudades en ruinas, de los pueblos que se hunden… Hay que andar, andar… Ahí están los prados, los prados cubiertos de rocío, al anochecer. ¡Qué frescor! ¡en la lejanía se respira tal ternura! Nos promete todo lo que deseamos. Solía ser así… ¿Y ahora? ¿Qué es eso, gorros oscuros por los prados? ¿almiares? Los almiares podridos son fuerza resquebrajada. Hay que bajar por el camino, ¿y desaparecer?… Quizá los campos nocturnos sugieran un sueño pacífico, los cuervos al amanecer presagian desgracias…

EN EL CAMINO DESIERTO

Septiembre se acaba. Han cesado los vientos del equinoccio de otoño, se han llevado el calor. En esta época el tiempo es seco, suave. El aire es diáfano, débil. Y todo resuena, resuena secamente. Las pendientes marchitas resbalan y brillan con intensidad. Los saltamontes, una minucia seca, estallan en ellas como salpicaduras grises. El cardo corredor abatido por el viento corretea escandaloso por los arbustos. Día y noche zumban las cigarras, dan cuerda a sus muelles.

Kastel empieza a dorarse. En el valle, por las colinas cercanas, cada vez hay más manchas encarnadas y rojizas en unas viñas que se van secando, por el carpe y el robledal. Cada mañana reparo en que las manchas han trepado más arriba y que en los bosques emerge más roca gris: los bosques se secarán, se volverán translúcidos. Un amargor fuerte, oloroso, se arrastra desde la colina, el vino montañés del otoño, la roca del ajenjo. Lo bebes al alba y parece que te picara un poco, como el champán. Vino alegre…

Y la pared desnuda de Kush-Kaia, exactamente igual, igual que una crónica: una mano desconocida escribe en ella. Absorbe todo, lo ve todo. Miras su roca serena y piensas en el desierto… Alrededor hay tanta calma… Pero yo sé que en todas esas piedras, por viñas y collados, están pegados, asidos a las grietas y ocultos los insectos-humanos, viven pero no respiran. ¡No se oye nada! Ni gritos, ni gemidos. Miran el otoño, pero el otoño hace su trabajo: desnuda.

Lo sé… sé que alrededor hay calma.

Hace poco estuve allí, deambulé por un camino desierto, por la orilla. Así, sin objetivo, igual que el cardo corredor remolinea al viento. Bostezaban las dachas blancas. Los cipreses desparramaban generosos sus piñas, cógelas, no te dé pena. Las abejas zumbaban en

la menta salvaje, preparaban sus reservas invernales, ¡pequeñas mirasabidillas! Las arañas han esparcido por las lomas sus tejadillos de lienzo, cual rayos de sol, mientras ellas dormitan por los rincones, como si fueran mercaderes somnolientos que aguardan en sus frescos puestos. Lo sigo viendo así, todos mis sentidos agudizados y finos… Siento hasta las piedras, puedo hablar con el camino desierto. Me cuenta muchas cosas… ¿Puede que pronto me fusione con todos ellos y me revelen sus límites?…

Permanecí largo tiempo junto a la Roca Negra, donde el mar se había abierto un camino, estuve vigilando por si veía un cangrejillo entre las rocas. No salió el cangrejo. ¿Para qué quiero un cangrejo? ¿Acaso él me lo dirá? Fue hace mucho tiempo, en los cuentos de mi infancia… Entonces los lucios eruditos regalaban felicidad, las piedras de las encrucijadas te mostraban tu destino y sobre las tumbas cantaban las cañas… Eso fue hace mucho, hace tanto que nadie lo recuerda…

Estuve descansando sobre las rocas, el mar me aclaraba los pies. Un tártaro anciano se asía a la pendiente y con esfuerzo arrancaba hierba seca, ¿para qué?

—*Salam Alaikum.*

—*Alaikum,* —dijo con voz ronca el anciano agitando el brazo como si quisiera decir: ¡«*alaikum*» ha desaparecido, igual que todo!

Anduve y anduve asomándome al viñedo bien cuidado del tártaro, ocultando en un saquito debajo de las piñas una camisa remendada. No me daría el guarda tártaro aunque sea unas peras secas… No funcionó en el viñedo bien cuidado. Me metí entre la maleza mohosa de una zarza. La zarza no tenía bayas. No había gente en el camino. ¡Y de pronto tres personas! Niños…

Eran tres, dos niñas y un niño. Los ojos rodeados de ojeras, cansados, hundidos de la mayor, de unos doce años, me lanzaron una mirada inquieta cuando me acuclillé a su lado. Los dos menores estaban extendiendo en un trapo unos huesos roídos de cordero, un trozo de queso de oveja y pan tártaro, parecido a una torta.

—¡Munka, recoge! —gritó la mayor tras mirarme rápidamente con sus ojos castaños y ella misma, como buena jefa, dobló el trapo.

¡Un banquete inesperado! ¿No será ese trapo el mantel «prodigioso»? ¿Y no serán de cuento esos huesos de cordero, el queso y ese pan esponjoso en este camino desierto?…

—Comed, no voy a coger nada, no tengáis miedo.

Me miran de reojo. El rapaz, de unos siete años, parece una cría de chova desplumada, delgado y de boca grande. Todos están sequísimos, pero sus caritas son agradablemente infantiles, incluso bonitas. La mayor tiene el rostro serio, los finos labios apretados, un poco torcidos, está demostrando su carácter. ¿Pero por qué este banquete inesperado? ¿y para qué son esas cintitas de colores?… En el pelo negro de la mayor, y en las orejas y en los hombros, por el pecho, ¡cintas chillonas! Todo el tiempo las mira: ¡son tan bonitas! ¡Incluso su faldita de percal sucia y con agujeros tiene prendida por todas partes cintitas de colores!

—¿Por qué vas así, con las cintas? ¿Es que es fiesta?

Ella esbozó una sonrisa pilla:

—Bueno… los tártaros me adornaron…

¿Los tártaros? Sigo sin entender nada.

—¡Y cómo nos dieron de comer! Estuvieron toda la noche repartiendo comida en el redil, y todos estaban engalanados. Después nos quedamos dormidos. Y nos dieron vino y comimos cordero… ¡Y además nos dieron más para casa!

—¿Qué es eso de que te dieron vino? Los tártaros no beben vino.

—Pues eso… que nos dieron… —ella se encogió de hombros y sonrió al mar—. Ellos también bebieron. Y nos ordenaron volver. Se está muy bien en su redil, es divertido. Cordero, perros… Y leche de oveja fermentada… y estuvieron tocando su zurna… zurna se llama.

De palabra en palabra ella me fue contando confiada su propio cuento.

—Vivimos bajo el «Linden», somos de los Glazkov. ¿Lo sabe? ¿Usted vive más arriba? El que tiene un pavo… Ya sé. ¡Me tiene que dar una plumita!… Han arrestado a papá, porque ha degollado la vaca de Koriak. Pero… —me mira un momento, tomó una decisión y dijo—: No sabemos quién degolló a Riabka. Nos moríamos de hambre, Misha y Koliuk han huido a las montañas… ¡pero no se lo diga a nadie!, mis hermanos mayores. Porque si no Koriak les detendrá. Él es comunista. Se lo haremos pagar… ¡por haber pegado a papá! Se lo hemos dicho a un tártaro que conocemos… Él fue al puerto… Está bien, ¡Koliuk le enseñará!… —dijo con furia infantil y los labios le empezaron a temblar.

—¡Vamos a… matar… a Koriak! ¡con una piedra!… —gritó la

cría de chova e hizo un gesto de amenaza con el puño—. ¡Gusano!

—Le han escondido los baúles… burguises… mamá se lo dirá… —la pequeña dio señales de vida.

—¡Calla, imbécil! —gritó la mayor—. ¡Mocoso! Todo ha sido por culpa Koriak. Sin papá empezamos a pasar hambre… Así que mamá nos envió a recoger escaramujo o lo que hubiera… las zarzas de allí. Nos ordenó que subiéramos bien arriba de la colina, porque por aquí todo está seco. Y los hayucos borrachos… esos, los del haya. Con ellos la cabeza se queda como borracha si muerdes muchos, pero son grandes, ¡y están buenos! Y fuimos… estuvimos andando y andando, y nada, todo estaba reseco. Atravesamos el bosque, salimos a Yala, junto al Kush-Kaia… Vimos un montón de huesos humanos…

—¡Tres huesos, de estos!… —la cría de chova señaló hasta sus hombros.

—Ya empezaba a hacerse de noche y debíamos regresar al bosque… Nos perdimos y teníamos ganas de comer, los pies no querían andar. Desde por la mañana no habíamos comido nada, sólo bayas. Munka empezó a llorar a gritos, no podía andar. También Stepushka lloraba… ¿Y qué iba a hacer yo? Y de repente un perro corre hacia nosotros… ¡un mastín gigantesco! ¡Cómo gritamos! Y entonces los tártaros, unos chicos… ¡pastores! Yo sé hablar como ellos, les conté… Ellos nos llevaron al redil. Eran muy amables… Dos chicos. Tenían una hoguera, había corderos… Empezó a darme besos… pero no de mala manera, sino… yo le gusté. ¡Me decía novia, el muy tonto! —la niña sonrió de nuevo y movió la cabeza—. ¡Buena chica! Nos dieron de comer hasta que nos hartamos. Después uno se fue corriendo, trajo vino y la zurna… Y las cintas… su aldea está cerca. Son hijos de un jefe, ¡ricos! Tenían más de mil corderos, aunque ahora tienen pocos… Después yo me quedé dormida, estaba agotada. Me desperté con la mañana y ellos se reían y tenía todas estas cintas… Me adornaron como a una tártara… sus novias se adornan así. ¡Les dimos tanta lástima! Y nos dieron para que nos lleváramos, se lo llevamos a mamá. Nos pidieron que volvamos. Unos chicos muy buenos.

Acarició una cintita de su falda rota y sonrió.

—No como esos gamberros nuestros. Pashka, la que vive cerca de nosotros, fue al puesto fronterizo a pedir pan… su mamá la

envió, ¡y lo que le hicieron! Ella ahora… ya sabe… ¡está mancillada! Sigue yendo allí. Sólo es un año mayor que yo. Su madre la pegó, no vayas, te harán mal… pero ella suelta alaridos, ¡voy a ir, voy a ir! ¡Una vergüenza! ¿Hay que morir de hambre?… ¡Ahora está bien cebada!… Pero los tártaros son educados, si me tomara por esposa… ¡estaría bien! —dijo con soltura mientras daba palmadas bastas en la tierra—. ¿Por qué no? ¿Porque tienen otras creencias?

Bueno, ahí estaba el cuento. La miro, saciada por un día, una novia radiante… ¿Debo decirle que no vaya al redil? No se lo dije, eché a andar. Yo también estoy buscando rediles, al tártaro de la viña, le venderé la camisa remendada. El camino desierto no está desierto: en él están escritos fragmentos de vidas humanas… Ahí veo otro fragmento…

Reconozco el sótano junto al camino, antes venían aquí a por vino. Entre la maleza rojiza hay un coche herrumbroso, un barril de tilo vacío pierde sus aros. Un gato-momio negro está agazapado encima, se calienta los huesos. Las cigarras cotorrean. El desierto empieza a dormitar. No es un desierto total: en un cerrojo oxidado hay letras rojas. El vino, ¡no ha quedado nada!, le viene bien a alguien…

Hay una persona sentada al borde del camino, bajo las tuyas, enroscando una polaina. De ojos menudos, barbita pelirroja, con harapos. Da una palmada en la pinocha seca:

—¡Tome asiento, su señoría! En todas partes hay libertad…

En el hablar rechinante y en el tartamudeo reconozco a Fiodor Liagun, vive en este camino, más adelante; controla la hacienda abandonada de alguien.

—Hemos acallado a todos los señores, ahora hay libertad… los trabajadores ahora lo pueden todo, no hay nada prohibido… —Rebusca en mi saco—. Ha recogido piñas… ¡Muy bien! Para el samovar… Sólo que ahora el té… no todos son capaces… Mire al señor Golubiov, ¡cinco libras le quitaron! Y era todo un profesor… ¡aquí tenía ciento cuarenta desiatinas!… con sus sembrados, sus viñas… ¡menudo capital!…

—Entonces, ¿el profesor está vivo?

Liagun se echa a reír. Su barbita pelirroja también se ríe, pero las manchas de su rostro demacrado y ruin, sus pecas, se han

aclarado.

—¡Vive! ¡Vivirá hasta los noventa! ¡Nos sobrevivirá a todos en este cómputo de curación! Cuando los primeros de los nuestros vinieron, los de Sebastopol… se quedaron entusiasmados. Su vieja no tenía ni con qué irse al otro mundo, la pusieron desnuda. Él no se ofendió, está completamente ciego. ¡Pero bien fuerte que está! Vinieron los vuestros, los voluntarios… y él otra vez a lo suyo, ¡a componer libros! Estudia a los humanos, algo de los intestinos. No podía ver así que, cuando estaba con la máquina, toqueteaba todo el rato. Como estuvieras cerca… *toc, toc, toc*… ¡ahí estaba, todo el día con su ciencia! Y a su vez la finca le iba forjando dinerito. Bueno, metí la pata con él. Cuando irrumpieron nuestros marineros, enseguida vinieron a verme… porque soy del proletariado local, soy legal… «Camarada Liagun, ¿cuálo es su parecer sobre el profesor? ¿Qué hacemos con él? ¿lo ejecutamos o qué?…» Eran tiempos movedizos… ¿a qué puerto llegaríamos? Hoy ellos, mañana miras y han venido otros… Ahora se han hecho fuertes pero por entonces… Bueno, se lo diré sin rodeos, su señoría: soy un hombre franco… mi mujer y yo llevamos una vida de lo más religiosa… como si estuviéramos en el desierto. Con que hubiera dicho entonces una sola palabra… ¡suficiente! ¡en el punto de mira! Son de pocas palabras. ¡Fui rápido! Les digo que yo no he prestado atención a sus papeles, pero, claro, ellos apuntan algo sobre la ciencia en sus libros… Les digo que no he notado nada fuera de lo normal, excepto cinco vacas… Y yo, camaradas, les digo, soy un hombre enfermo, siempre con tuberculosis… llevo con tuberculosis treinta y cinco años y ¡además con sangre! Déjenme, camaradas, una de las vacas, la negrita… sin cuernos… De vacas sí que entiendo. Tenía a Golanka, sus patas de atrás estaban así, arqueadas… ¡Me la dieron! En cuanto tuve al ternero, estaba preñada… ¡la madre que los…! ¡esos volvieron! Yo vigilaba en la ciudad, estuve husmeando… su torpedero se movía en el embarcadero. ¡A correr a casa! Entonces agarrare la vaca por el cuerno y a su casa: «¡Saludos, excelencia! ¡Los nuestros han vuelto! ¡Aquí tiene su vaca, la he cuidado hasta este santo día! Pero págueme su comida, aunque el ternero ha muerto, ¡fue nuestra ganancia!» Nos lo comimos, claro. ¡Le saqué treinta puds de heno! Él también tiene miedo, desde el primer día: por si vuelven los nuestros. ¡Qué no le harían!… ¿Qué? ¿Y qué que

sea ciego? Hay cada conjuración… ¡Y tiene toda una fortuna! Dicen que dio cien millones a la opresión de los trabajadores, ¡para la contrarrevolución! ¿Usted qué cree? Puedo decirlo en un mitin… ¡todos se echarán a temblar de miedo! ¡Hasta se me saltan las lágrimas!

Se golpea el pecho con su puño pecoso y fibroso y clava de tal forma sus penetrantes ojos verdes en los míos, respira tal maldad que me echo hacia atrás.

—Sí, su señoría, ¡puedo decírselo!… y la tuberculosis puede aparecer en cualquier momento, hasta sangrar… Siempre tosiendo y tosiendo… «Y la tuberculosis, —les digo—, puede rematar a nuestro hermano, ¡cuánto explotan!» Al que quiera puedo colocarle justo en «el punto de mira». Conmigo no vale enseñar los dientes, soy un hombre enfermo… que puede enfadarse. Bueno, él ni mu sobre la vaca. Está bien. En cuanto los vuestros salieron pitando por el mar, los queridísimos nuestros vinieron. Y, sin decir ni una palabra, fueron a verle. Y él, ciego, no se entera de nada, ¡sigue a lo suyo! Me subo a un mirador donde tienen una escalerilla, debajo de la viña… —su hermanita de la caridad no me permite pasar, tiene una doncella que le cuida. Digo: déjeme pasar, ¡soy su salvador! Subo. «¡Hola otra vez su excelencia! —le digo—, permítame que le felicite en estas fiestas, ¡los nuestros han vuelto!» Se estiró mucho… ¡y mire que es alto!, pero no ve nada. «¿Qué se te ofrece, Fiodor?» «Confíeme a Golanka, sino puede que se pongan desagradables. Usted me conoce, soy atento con usted y la leche es fundamental para mí, por lo de mi tisis galopante… llevo treinta y cinco años sufriendo…» ¡Me la dio! Con mucha delicadeza, ¡ni una palabra! Me gustó el tratamiento noble y le dije incluso con afecto: «Usted, —le digo— excelencia, cuente conmigo. Puede que tenga grandes posibilidades con ellos, ¡eso nadie puede saberlo!… ¡ni una sola palabra mala va a decirse sobre usted! Se lo asegura la vaca. ¡Hasta puedo decir que ha protegido a comunistas! ¡Hasta le respetarán!» Y cómo saltó. «¡Fuera, —gritó—, hijo de perra!» Empezó a patalear, se puso hecho una furia… tanteaba con las manos, temblaba… Yo soy una persona franca, pero si me buscan… ¡me encuentran! ¿Qué le parece a usted?

Explora mis ojos y en su mirada verdosa siento algo que me quita el aire, pero no puedo irme: debo absorberlo todo.

—¿Y si lo sé todo? ¡Según las instrucciones debo notificarlo! Los comunistas tenemos nuestras propias leyes… ¡por el partido se está obligado a delatar hasta a la madre! Y a ese gusano… Un día y otro he ido a los cafés o al mercado… me conozco a todos los oficiales, ¡quien vivía donde! Quien donaba que… lo que decían… ¡en la gente como yo está nuestra fuerza! Y ese, el más burgués de todos, ¡ciento cuarenta desiatinas en un sitio así!… Está bien. Al comité. ¡Ha encontrado a su enemigo! ¡Moriremos de tisis y sin un vasito de leche! ¡Y él con siete vacas! El camarada Deriabin era el presidente, ¡severo, vaya que sí!… ¡Deberían quitarle todo! ¡hasta el último hilo! Y porque tiene noventa años y alguien de Moscú envió una nota que, si no, le hubieran fusilado. Bueno, es cierto que no pudo advertir nada en él, era un agarrado, no dio un rublo para nada. Le quitaron todo, todas las vacas. También se llevaron la máquina. Y ahora que dé golpes en una mesa. Pero hace unos días me encontré a la hermanita de la caridad, me llamó serpiente y…, bueno, ¡me hizo una higa! ¡Víbora! Tiene mano en Moscú. Que querían que se le devolviera la máquina… La devolvieron, los científicos la han recuperado para la ciencia. Debería haber muerto hace tiempo y él…

—¿Sigue golpeteando la máquina?

—¡Viejo cabezota! No, ¡conmigo no va a poder! Sólo tengo un enemigo… bueno, que el Señor me ayude. ¡Que si mi perro había despedazado a su cochinillo! Y me amenazan con envenenar mi ternera… ¡Los tengo vigilados! ¿Ha tenido usted el placer de conocer a Shishkin? ¿Qué tipo de gente es? Su Borís estuvo con los voluntarios, se adaptó… ¡se ha alejado de todo! Ahora… se encarama a las rocas y escribe cosas… He hablado con él muchas veces… ¡Qué tipo más astuto! ¡Y está escribiendo sobre mí!… ¡No le pillo! Pero si los vuestros ganan otra vez… ¿qué harán con nosotros? Habrá que huir… ¡sin remedio! Somos vecinos… no voy a hacerles daño… pero soy una persona enferma, no me domino cuando, por ejemplo, me arrancan medio cubo de sangre limpia… cualquier día de estos puedo presentarme ante el Señor, igual que una hierbecita… ¡El Señor lo ve! Me han largado del huerto de su tío, del señor Bogdanov… ¡que fue ministro! y su tío, un auténtico enemigo del proletariado, ¡desapareció en el extranjero! y el viejo Shishkin en persona se ha metido a agricultor, me ha dejado sin

ingresos… Diez años serví como guarda en casa del señor Korobintsev y Bogdanov, es mi derecho por ley, pero ellos han aparecido desde el distrito de Dneprovsk, se apropiaron de… quieren comprar una vaca… ¿Con qué capital?, se lo pregunto a usted. ¡No debemos permitir esos asuntos oscuros! Quizá tengan montones de dinero de los ingleses para… ¿atacar el poder del proletariado? ¿Qué me dice? Al viejo le hice una ad…virtincia. ¡Nada de discusiones! Deja a mi vaca pasear por vuestras tierras. «¡Nosotros también tenemos poco heno!» ¡Pues vale!

Yo le escucho, le escucho, le escucho… Está muy borracho. Las pecas de su rostro huesudo se oscurecen, sus ojillos están totalmente hundidos: ranurillas en llamas.

—Tengo conciencia… en el pecho, pero… ¡los Shishkiny están perdidos! El juicio final ahora… El Señor-Justiciero… nos lo encomendó…

Se golpea con el dedo en la mano picada de viruela y se hunde en mis ojos. Me cuesta respirar por culpa de su aliento a podrido…

Ya no ando más por los caminos ni hablo con nadie. La vida se ha consumido. Ahora huele a quemado. Contemplo los ojos de los animales. Pero son pocos.

EL ALMENDRO HA MADURADO

Kastel brilla con mayor intensidad, hay más roca gris. El otoño avanza animado, aquí tiñe, allí desviste. Gruyen al alba las grullas, se despliegan en bandadas. Ya silban los paros por los jardines.

Los amaneceres son más frescos. El cielo está azul claro, tiene un brillo nuevo, otoñal. Por las noches es profundo y sin fondo, negro por las estrellas. La Vía Láctea humea cada vez más intensa, fluye con mayor claridad.

Por las mañanas los aguiluchos empiezan a jugar en el cielo. Gritan escandalosos por los valles de Kastel, sobre el mar, dan vueltas contentos con su primer vuelo de largo recorrido. Las mayores planean en patrulla sobre ellas.

También el mar se ha vuelto bastante más oscuro. Con mayor frecuencia estallan los chapoteos de los delfines, giran formando ruedas dentadas negras…

Las águilas jóvenes vuelan… Eso significa que se acerca el otoño, Babugán amenaza lluvia.

Temprano en la mañana, apenas si es de día, se me aparecen rostros de personas, ya se han ido… Me contemplan… En el silencio pétreo del amanecer sus ojos atormentados me miran a mí, a mí… También la mirada extinguiéndose de los animales repleta de sufrimiento, incomprensión y angustia. ¿Para qué miran así? ¿qué es lo que piden?… En el silencio del día-muerte que nace se me hacen comprensibles e imperiosas sus llamadas-miradas. Mi corazón sabe lo que exigen de mí esos, los que ya no son de este mundo… Y ante esta aurora sorda, ante esta aurora deshabitada, yo me prometo a mí mismo: aceptaré en mi alma su sufrimiento y honraré la memoria santa de los que fueron.

Otra vez a empezar… ¿qué día es? Vamos, fuera, gallinitas pacíficas, tú también, pava canija, que pareces un esqueleto. ¡A

pasear por última vez!

En un extremo del jardín crecen los viejos almendros. Están ramosos, como los sauces blancos de mi tierra, y ya empiezan a dejar caer sus estrechas hojas amarillas. A través de sus redecillas enralecidas azulea el cielo.

Me encaramo a un árbol que me agarra de los harapos, que me araña con su ramaje seco, y empiezo a lastimarlo con una vara. El mar, casi te puedes caer en él. También las colinas parecen haberse acercado, miran: ¿qué clase de espantajo es ese que agita una vara en un árbol? ¡Que no verán ellas! Miran y miran, durante miles de años mirando continuamente los giros humanos. Han visto de todo…

El almendro ha madurado: ha reventado, ha entreabierto sus pieles de ante verdoso, cual conchas de río, y se descascarilla entre chasquidos el huesecito de varios colores tirando a rosa. Con un susurro profundo se cae nada más deslizar la vara. *Toc-toc… toc-toc…*, oigo sus vocecitas secas y desmembradas. Saltan poco a poco hacia abajo, se quitan la piel. Da gusto ver los alegres saltos de las almendras por las ramas, sus bailes… los primeros pasos-vocecitas de los niños del viejo almendro que han echado a andar hacia el amplio mundo. ¡No chirríes, no te aflijas, viejita! Si no te talan, tras el mal tiempo invernal volverá la primavera, ¡de nuevo te arroparás, como si fueran nubes, con un vapor rosado y blanco, de nuevo darás a luz, dichosa tú, a tu descendencia!

Desde el almendro veo como en casa de Verba, en la colina, Tamarka lame con ansia un pequeño tonel que se ha resquebrajado, su lengua seca susurra. ¿Y por qué no se oyen los mazos tras el campo desierto, donde el viejo Kulesh corta estufas de hierro para cambiarlas por trigo o patatas?

Kulesh ha golpeado lo encomendado. No va a golpear más.

Lialia trota descalza persiguiendo almendras, han saltado a las viñas.

—Buenos días. Bueno, ¿cómo… va todo?

—Mal… Ayer sacamos ajos, croco… Pronto Aliosha nos ayudará, traerá de la estepa pan, ¡y tocino!…

Lo sé. El mayor de la niñera ha recurrido al comercio de vino, al contrabando. Por eso se fue con Koriakov tras las colinas, llevó vino a la estepa para cambiarlo por trigo, por lo que quedara. Intrépidos

contrabandistas… Los atrapan en el puerto y al otro lado del puerto, quieren atraparlos los que tienen fuerzas. La muerte ha caído también en la estepa, delante no hay nada, al menos el vino ayuda a desahogarse. Se deslizan por las noches tras esconder el vino entre la paja, tienen lista una botella por si hace falta cerrar la boca. ¡El pan de cada día! Miles de miradas hambrientas, miles de brazos tenaces se arrastran por las colinas en busca de un pud de pan…

—¿Habéis sacado croco?… Coge una piedra, abre las almendras…

—¡Gracias!… ¡mu-u-uchas gracias!…

¡El pan de cada día! También tú, querido croco, ojitos dorados, también sois nuestro pan de cada día.

—¡Y Kulesh ha muerto!… ¡ha muerto de hambre! —Lilia chasquea los labios.

—Sí, nuestro Kulesh ha muerto. Ya no sufre. ¿Y a ti te da miedo la muerte?…

Ella alza hacia mí sus vivos ojos grises, pero están ocupados con las almendras.

—¡Mire! justo encima de usted… ¡tres almendras!

—Ajá… Y tú, Lialia, ¿te da miedo la muerte?

—No… ¿por qué iba a tenerlo?… —responde mientras remuerde una almendra—. Mami dice que no se sufre, que es como un sueño… ¡un sueño de verdad! ¡Y que luego todo resucita! Y que todos tendremos unas camisitas blancas, como los angelitos, y con unas asas así… ¡Debajo de su mano, de su mano!… una, dos… ¡cuatro almendras!

Kulesh se ha muerto, se ha ido a buscar su camisita blanca, y las asas. Ya no sufre.

Los últimos días golpeaba el mazo contra el hierro cada vez más débil. Con andares de tullido subía la colina Kulesh, a trabajar. Se detiene, toma aliento. La esperanza le había animado un poco: se acercaba el frío, se llevarían a la estepa las estufas y entonces tendrá pan y, quizá, tocino. Pero hasta entonces hay que golpear. De cada estufa casera sacaba hierro para su propia estufa, bueno, ¡habrá que comerse el hierro!

Se detiene junto a la cerca, suspira.

Es ancho, todo un oso, sus ojos se han marchado bajo sus cejas

de piel de oveja. Antes era pelirrojo, ahora rucio. Sus puños pesados han golpeado, son todo plomo y piedra. Sus últimas botas se han roto, se enganchan al suelo. Su ropa… ¡menuda ropa hay ahora! Su gorrito es un *blin* rojo, una tintura, masilla, barro. Su rostro…, su rostro se ha desgastado: una ampolla gris de labios azules, cera sucia.

—¿Qué tal… va la vida, Kulesh?

—Muriéndome… —apenas hablaba juntando con esfuerzo unos labios que no le obedecían—. No tendrá algo de beber…

Se reanima con un poco de agua y una pera seca. Temblando, le da una chupada a un cigarrillo liado, el último tabaco-deleite, dorado, ¡de Biyuk-Lambat!, se aleja despacito. Tiene muchas cosas en el alma y nadie con quien compartirlas. Conmigo las comparte:

—Todos esos asuntos… ¡pero nada de trabajo! Y eso que antes solían venir a buscar a Kulesh a caballo, ¡y yo sólo tenía que aceptar! Trabajé con Tokmakov, en casa del profesor Golubiov… me repartían. Allí había que reparar y arreglar el tejado, al otro ponerle tuberías, pues… en la canalización de retretes, de letrinas soy bueno… para la presión del agua tengo la vista acostumbrada, buena mano y, lo más importante, podía tallar las veletas más elegantes… gallos, caballos… ¡podía hacer un ángel de una tubería! Mis veletas no chirrían, sienten el viento… giran casi por toda la orilla, hasta Yalta. Porque tengo buena mano, mi trabajo es fino. Pregunte por Kulesh en toda la orilla, todos me respetan… ¿Quién trabajó en Livadia? Kulesh. A Mikolái Mikolaich, al Gran Príncipe… ¿quién le puso el techo? Yo, Kulesh… ¡tubos para una armónica! ¡Dumbadza me dio a beber vino de la despensa del emperador! «No nos falles, Kulesh, ¡tienes buena mano!» ¡Me ofrecieron champán! Cada semana tenía fijo dos días de fiesta, con todos tenía ventajas, les gustaba a todos. Ese… tallé un delfín de mar para una veleta, de latón dorado… las hijas del zar pudieron verla… ¡muertas, que dios las guarde, sin culpa alguna! Pero yo nunca olvidaré… una empanadilla impresa de la mesa del zar… como la mano, así, ¡con escudos! ¡El águila del escudo! Más grande que el del rublo, se lo juro… ¡un escudo de águila clarísimo! Nuestra águila rusa, poderosa… ¡Por dónde volará ahora! El administrador de Livadia… un general, respetable… ordenó que me la dieran. «No nos falles, Kulesh… ¡tienes buena mano!» Y fíjese… se acabó el tallar. Se

acabó el soporte…

No le gusta hablar del «soporte». Pero evocar el pasado…

—Me apasiona el *sauternes*. Dos con cincuenta al día, a veces tres… ¡lo que valía! Había en el mercado… ¿y qué es eso que me das? ¡Ni se parece al tocino! Está amarillo, no puedo ni mirarlo. Dámelo blanquito, que huela a rosas…, que cruja la piel ¡nada de jabón! ¡Fu!

Kulesh escupe, sacude la cabeza.

—Lo hace con eso… con orujo, quema las entrañas. Son veneno puro esas prensas de las uvas… hace unos días murió un contable, el intestino le dejó de funcionar. ¡Ay! Me estoy quedando sin fuerzas… me duele la cabeza. Otra vez el queso de oveja ¡a seis copec! Si te dan gobio… puedes ver el sol a través de él, limpio como el oporto… balyk ya no se consigue…

Alza los brazos como si fuera a coger una polilla y deja caer tanto la cabeza que su calva bajo el gorrito, su cuello encorvado y su marcada columna vertebral, sus hombros, encogidos por el golpe y deteriorados transmiten, desesperación y… resignación.

—¡Queridísimos míos!… Habéis dejado el dulce… ¡y lo habéis cambiado! Por cualquier carroña, ¡por carne de perro!… ¡Ay! ¿Quién nos ha llevado a esto, nos ha liado así? Todo al carajo para nada… Ahora lo comprendimos, sí… Venga, quéjate, ¿a quién? A quien nos quejábamos… algunos solían quejarse… ¡pero ahora ya no hay ni quien se queje! ¡Quéjate de ellos, de los comunistas! Quéjate al lobo… no hay nadie más. Basta una palabra ¡y al sótano! ¡Te ponen un *rivolver* en la jeta! Aplastan a nuestros hermanos… hace poco arrestaron a pescadores… les quitaron las botas como a niños chicos. Cuando van al mar, se las dan… cuando regresan del mar ¡se las quitan! ¡Se burlan! ¡Pero si el régimen de servidumbre era mejor! Al menos se podía escribir una petición al zar… y ahora ¿de dónde va a venir? ¿eh? Cuando hablan no se sabe de dónde vienen… no aceptan nuestro orden, desvalijan las iglesias… hace unos días volvieron a llevarse a un pope a Yalta… Una de nuestras mujeres dijo una palabra sobre ellos en el mercado, se acercó un chico con un fusil ¡y toma! la arrestó. Ahora pueden hacerlo sin juicio, sin piedad… ¡Han acabado con el pueblo!… ¿Y dónde está ella, la justicia? La arrancaron con nuestros cuellos…

Me pide más agua. Bebe y chupa la pera.

—Puede que recurra al hospital… quizá me den algo como medicina… en el año nueve, cuando estuve en el de Yalta… eran los pulmones… una inflamación, leche y huevos, pues me prescribieron albóndigas… y el contratista Iván Moskovski me trajo una botella de oporto. «Pero ponte buen, querido Stepán Prokofich… no nos falles, tienes buena mano…» ¿Y ahora cuál de ellos me va a decir algo así? ¡Golpes y golpes!… ¡Sea vuestro poder o nuestro poder!… Pero eso no es poder… es sólo gamberrismo. Durante treinta y siete años he vivido de mi trabajo y ahora… en dos años han extraído todo el jugo, ¡moriré como un gusano! ¡Ay! Sacarás un cordero, haré una riñonada, ¡con tocino!… Borsch con torreznos… Mi mujer lo hará bien rojito… ¡será el paraíso! La familia ahora… ¡aún son unas crías! No se podrá evitar, todas saldrán… ¡con comisarios! ¡Por dios! Es como una pesadilla… Si al menos tuviera la ocasión de hartarme a borsch una última vez… pero así…

Kulesh no consiguió comer borsch.

Salió Kulesh del patio, se tambaleó… Miró a las colinas a través de la Quebrada Seca: ¡ay!, no podía ir arrastrándose a trabajar, golpearía en balde, ¡como para llevar estufas a la estepa! Se quedó pensando… y marchó con andares fatigados al hospital. Se fue tambaleándose por la ciudad, por las paredes.

Parecía el mismo hospital, si acaso un poco desconchado.

El hospital le dijo:

—El que una persona se muera de hambre no es una enfermedad. La ciudad está llena de gente como usted y aquí ni siquiera las raciones para los enfermos graves son como deben.

Kulesh le dijo al hospital:

—¡Ahora es un hospital público! Eso es lo que dijeron, que… ahora habría de todo… dijeron que…

El hospital se rió de él:

—Lo dijeron sí… ¡dijeron mucho! Total escasez proletaria. Ahora el que quiera curarse, tiene que traer sus propias medicinas, también su papeo y una ración para el médico. ¡Los médicos hambrientos no pueden curar! Y hay que proveerse de paja, se han llevado todos los jergones.

Entonces Kulesh sacó fuerzas de flaqueza, encontró las palabras:

—A usted… los tejados tendrán goteras… han arrancado los

canalones para las estufas… Yo… barato… sólo déme algo de comer, estoy muy débil… al menos mírenme la lengua.

No le miraron la lengua.

Echó un vistazo al hospital, a través de la niebla… Y se fue. Atravesó toda la ciudad: en la otra punta estaba el extraño hospital. Anduvo apoyándose en los muros, se agarraba a la zarza espinosa y llena de polvo, se sentaba a cada poco en los cascajos. Se tambaleaba por el campo abandonado, contra un cristal roto, contra una piedra…

En el campo abandonado había una perrera enorme de madera, una rotonda, un tablado alto. Hace muy poco soltaba voces estentóreas durante los mítines, chasqueaba una bandera roja, amenazaba con sangre, alababa sus formas. En medio de su nebulosa Kulesh se acordó, lo recordó con pavor abrumador… y escupió. Anduvo despacio por los penosos guijarros movedizos… siguió andando a lo largo del mar…

Azul, libre… jugaba entre olas radiantes, jugaba al fresco con su rostro.

Kulesh se arrastró hasta la superficie azul, se humedeció la cabeza, se refrescó unos ojos que se extinguían, quizá le diera fuerzas… Su anciana cabeza, resignada ya a todo, se enturbió. Kulesh se puso de rodillas… ¿Pretendía beber del mar? ¿despedirse del mar?… Todo el mar se balanceaba ante él, le balanceaba a él… y se desmoronó sobre un costado. Echó a andar arrastrándose sobre un lateral, tal y como andan los cangrejos, cabeza grande, azulado… Quería ir a casa, cuanto antes a casa… ¡Pero quedaba tan lejos su casa!

Le preguntaban los que se lo encontraban, su gente laboriosa:

—Pero bueno, Kulesh… ¡pues sí que estás borracho!…

Kulesh miraba a los que se encontraba, turbio, ebrio de su propia vida, de su buena vida. Apenas barbotaba moviendo los labios:

—De pie… pónganme… voy… hasta casa…

Le pusieron de pie y empezó otra vez a gatear, hasta su casa. Junto al muelle desierto le cogieron unos cualquiera, lo arrastraron hasta el puente, hasta el arroyo…

—Yo sólo… ahora… —Kulesh exhaló sus últimas palabras, reconoció su querida Quebrada Seca.

¡Yo sólo ahora!…

Echó a andar con firmeza. Al alcanzar la larga cerca, se echó, se apoyó en ella. Echó la cabeza hacia atrás, respiró profundamente… y murió. Murió tranquilo. Así cae una hoja caduca.

Se está bien subido en el almendro. El mar es el muro de un muro, un muro azul para el cielo. El camino hacia el célebre Estambul, donde los obreros del puerto desayunan sardinillas, lanzan al mar los trozos que no se comen… La cabeza me da vueltas por culpa del muro azul, infinito… Bueno, no pasa nada. Hay que sujetarse con más fuerza.

Desde el almendro alto puedo ver la ciudad blanquecina, las colinas rojizas, quemadas, los cipreses, las rocas… y allí, toda ella de cristal, como un palacio de cristal, la capilla del cementerio… Allí mismo está ahora Kulesh. Y hace nada que estuvo sentado bajo este almendro, me habló de borsch con tocino… ¡y lo han cubierto con un féretro de cristal! ¡Y vaya apodo el suyo, Kulesh! Remarcaba su vida extravagante: ¡Kulesh, muerto de hambre! Ahora, estimado maestro pasarás es tiempo tumbado en una maravilla de cristal. ¡Qué hombres tan absurdos! Han instalado palacios de cristal en todos los cementerios, los han coronado con cruces de oro… ¿es que les sobraba para el pan? Pues no… se arruinaron y no pueden enterrar a las personas.

Es el quinto día que Kulesh yace en el invernadero humano. Espera su salida: no puede alcanzar su hoyo. No yace solo, sino con Gvozdikov, el sastre, su amigo; están esperando a un vivo, al tercero. Ambos pasaron tiempo de pie, alborotaron en los mítines, exigieron propiedades. Siguiendo el derecho del pueblo se apoderaron de todo: se apoderaron de los sótanos vinícolas, ¡hasta podían bañarse!, se apoderaron de los jardines y del tabaco, también de las dachas. ¿Y dónde lo metieron? Desaparecieron los montones de tocino, los hatos de ovejas, y los sótanos, los caballos, la gente… ¡Y tampoco hay hoyos!

Silba un hinchado Kulesh en el invernadero: ho-o-o-yo-o-o…

Le dice a Kulesh un borracho, el viejo vigilante:

—Espera un momento, camarada… ¡hay que hacer las cosas a conciencia! ¡Darte sepultura!… Es cierto, hay que hacerlo. Si no, no vas a dejar vivir… te has hinchado un montón, silbas… ¿Pero tú me diste de comer o de beber? ¡Lo sé todo sobre vosotros, malditos

gusanos! Porque, ¿dónde se ha visto que un obrero… que ni ha comido ni zampado… cave una tumba en la roca?… Te esperas… Hoy tengo ese derecho… ¡el popular!… tú no te cavaste tu tumba de antemano… y a mí no me corresponde ración… así que espera, habla con los camaradas… ellos, la madre que los… ¡te lo explicarán bien clarito! Y, bueno… debo quitarte por lo menos la mortaja y llevarla al mercado… Un poco de pan… por si las moscas, un par de libras… ¿debo sacarlo?… y vinito, para la comida de exequias… para que la azada se mueva con más alegría… Pero a ti, demonios… no tienes nada que pueda quitarte, ¡sólo unos pantalones raídos! Venga, aguante un poco. Mira a esos que se llevaron a rastras durante el desfile, ya ves… en grupo y al basurero, a una común…

Y yace un hinchado Kulesh en el palacio de cristal, espera a su séquito.

Junto a él yace el sastre Gvozdikov, apodado Shest-Glista, que falleció aislado tras la puerta cerrada de su miserable vivienda. Lo contaba Rybchija:

—Y nadie se dio cuenta. Los dueños, unos tártaros, olfatearon… ¡Pero ya estaba perdido! Era el tercer día, ¡todo lleno de moscas!… Unas verdes… cantando la misa de difuntos…

Una misa de difuntos alegre… Y el sastre no trajo nada para empeñar. Llegó al palacio de cristal con unos calzoncillos rotos por los que en el mercado no darían ni una nuez.

¡Duerme, viejo Kulesh… bobo Kulesh que atrapaste boquiabierto el misterioso «derecho del pueblo»! Te liaron unos pillos astutos, te arrojaron… ¡Ellos no van a yacer bajo las moscas al sol!

¡También tú, Shest-Glista, ignorado por todos! Y vosotros, los millones que habéis desaparecido bajo tierra con la boca hambrienta…, la historia no escribirá sobre vosotros. ¿Escribirán una historia sobre vosotros? ¡No hay en la historia nada relacionado con campos abandonados, con orillas de ríos deshabitados, con basureros ni cubiles, con las niñas rusas que cambian su cuerpo infantil por patatas! No hay en ella nada relacionado con pequeñeces. ¡Ocupada en grandes asuntos y hazañas, pasa volando sobre estas pequeñeces! Escribirá sobre aquellos que le hablan al mundo por radio, que pasan revista en las plazas, que son invitados a congresos con los decentes fraques de un sastre inglés, ¡no los

tuyos, Shest-Glista!, y en vuestro nombre, en el de los muertos, deciden el destino de una nueva generación que ya se está muriendo. Miles de plumas chirrían cosas agradables para sus oídos, plumas mercenarias y embusteras ahogan vuestros gemidos tartajosos. Se desplazan en automóviles silenciosos, vuelan en aeronaves… Miles de maestros reproducen su «partida», en pantallas, miles de plumas embusteras y esclavas empiezan a tintinear mientras cantan sus alabanzas al Grandioso. Los esclavos llevarán miles de coronas rojas al pie de su carroza. Millones de personas rotas, expulsadas de su trabajo, se dejarán la voz cantando al «amor abnegado por el pueblo», las trompetas tocarán solemnemente y las banderas rojas os cubrirán de nuevo los ojos con halagos, ¡estáis dando sepultura a vuestro líder!

¡Duerme tranquilo, bobo, sereno Kulesh! No eres el único al que engañaron esas sensacionales palabras de embustes y halagos. Millones fueron así engañados y millones quedan por engañar…

¡Pero tú no eres tonto, Kulesh! Justo antes del hoyo lo comprendiste. Dejaron de venir a buscarte en caballo y de darte oporto para beber… sin embargo tú esperabas al menos pan. Te gritaron los astutos pillos:

—¡Cubriremos de pan a los trabajadores! El poder soviético ha construido eroplanos eléctricos… ¡habrá hasta cinco mil puds! ¡Cubriremos toda Crimea!…

Te cerraron los ojos, hasta hacerte sangre, con fuerza te taponaron los oídos. Y tú gritabas alegre como un niño:

—¡Ahí están los nuestros! ¡el poder de los nuestros!

Pasaron semanas y meses… No volaban los aeroplanos. Acosaban a tus niñas los comisarios, ¡no hay pan! Gritaban a las madres:

—Bueno, ¿qué pasa? ¡Son vuestros hijos! ¡venga, arrojadlos al mar!…

Yo te preguntaba: —Y, Kulesh, ¿qué ha sido de los aeroplanos?

Mostrabas tus dientes hambrientos, tus encías que se estaban volviendo azules, reducías tus labios sin vida a un hilito y encontrabas tu propia palabra de lealtad:

—Temen descender… Las colinas… y luego el mar… ¡Temen hundirse!

Y tu rostro era de miedo.

No, no eres tonto, Kulesh… Eres un simple inocente.

ÉRASE UNA VEZ UNA ABUELA QUE TENÍA UN CABRITILLO GRIS

La parte de abajo está desvalijada, hay que subir más.

Desde las alturas del almendro puedo ver como atravesando un viñedo pateado por las vacas parte de su dacha, de Puerto Tranquilo, la maestra miope Pribytko con un saquito vacío en los hombros, las tablillas de sus pies van dando chasquidos. Va de caza. Es una mujer tenaz. Tiene dos chiquillos descalzos, Vadik y Koldik. A su marido lo mataron en Yalta, pero ella no lo sabe: ¿no habrá huido en barco a Europa? Que no lo sepa. Con ella también está su anciana madre, sequita, ágil, la incansable Marina Semenovna, desde el amanecer hasta que cae el día combate con el sol por la tierra: le quita al sol un huertecito.

Quiero apartarme de la melancolía del desierto que me rodea. Quiero transportarme al pasado, cuando la gente se llevaba bien con el sol, creaba jardines en este desierto…

Puerto Tranquilo…

Había un descampado en ese lugar, pinchos, piedras. Llegó un anciano estrafalario, un jefe de policía retirado, amante de las rosas y de la tranquilidad, dijo ¡así sea! y consiguió de las piedras un «reino de rosas» maravilloso. Sí, un jefe de policía de distrito. Ellos también son un poco humanos. Todo lo que tenía en los bolsillos y en la cabeza lo entregó a la tierra seca y, por fin, al final de su vida, ésta le regaló su sonrisa: Puerto Tranquilo. De sol a sol el anciano andaba atareado con palas y azadas, con grava y hormigón, con agua y sol; plantaba, injertaba y daba forma, gritaba a los obreros que le robaban los clavos y hasta las piedras, miles de veces amenazó con abandonar pero no abandonó, fustigaba a su corazón, pero… esperó: se sentó en el mirador, se fumó un cigarrillo liado, se

quedó admirando ¡todo era tan fantástico! Y se murió. E hizo bien, justo a tiempo: habrían sacado a rastras al anciano del jardín de rosas, —¡era un perro comisario!—, y habrían acabado con él en un sótano o en un barranco.

El «reino de rosas» se está hundiendo. Las rosas se han asilvestrado, se han apagado, se han secado del todo. Empezaron a trepar desde las raíces retoños salvajes. Se agrietó y se asentó el fondo del enorme aljibe. Se secaron los ciruelos y los guindos, los nogales y los manzanos verdes; se han cubierto de moho y asilvestrado los árboles persas olvidados. Se han cascado los tubos de los canales, se han cubierto las delicadas sendas, la mala hierba ha trepado por la viña, bardanas y ortigas se han asentado en los parterres, han asfixiado a la delicada fresa. La hiedra envuelve los árboles. De los tocones milenarios de las encinas ha salido reptando un vástago rizado, el árbol-mantenido le presiona y le empuja contra el carpe, le exprime su jugo; bichos de jardín han anidado, los capullos de gusano empiezan a tejer; lo entrampan y consumen, lo atraviesan. La achicoria azul y el silaus han llenado el pequeño prado, el cardo corredor se ha apoderado de las pendientes y perezosas culebras de panza amarilla se tumban en los peldaños de las escalerillas de piedra. Sapos grises gimen oxidados por las noches en la lama verde del antiguo aljibe. Se vuelve salvaje Puerto Tranquilo, año tras año va volviéndose roca. Al irse el hombre, es otra vez un desierto.

La anciana sequita intenta en vano detener al desierto: ojalá conserve la viña, el huertecito… Con una azada y un azadón combate al sol y a la maleza. Lucha contra las vacas que rompen con cuernos e ijares los cercados para terminar de roer lo que el sol no ha roído. En algunos sitios todavía cuelgan peras «Buena Luisa», «bosc», «beurre», y más abajo del estanque todavía se puede recoger hierba. Pero ese es el lugar más querido, el «de la cabra».

En casa de los Pribytki, famosa en todos los alrededores, está la cabra más maravillosa, canjeada a un pastor por una manta y una camisa bordada a los pies de Chatyrdag. Criada con una gesta y una oración. ¡Vaya una cabra! ¡Cuatro botellas que da la inigualable Primor! Vadik y Koldik corretean todo el día por el jardín, por las diminutas quebradas, le llevan a su cabra hierba y palitos, toda clase de peladuras, habitas…

—¡Nuestra cabritilla!… ¡Primor!

La cabra está junto a una estaca, bajo los perales, completamente feliz, entorna sus ojitos estrechos, se adormece, mastica de rato en rato, acumula leche, llena su ubre parda, le caen hasta las pezuñas. ¡No es una cabra, es un Primor!

Antes del anochecer, mientras busco a la pava extraviada, me dan ganas de pasar por Puerto Tranquilo, de hacer una visita a los Pribytki. ¡Dios mío, están ordeñando la cabra! Y yo observo desde lejos. La cabra está quieta, no se agita; comprende que está teniendo lugar algo grandioso: sigue mascando, entorna los ojos con placer. Ordeña Marina Semenovna con ternura, como si la estuviera acariciando, y la propia cabra ayuda, ha separado las patas, pone en marcha la leche: ¡coged toda! Mientras, Vadik y Koldik le dan peras a la cabra:

—¡Primor! ¡Primor!

Es agradable oír el chorrillo blanco sonando en la jarra de cristal tallado; agradable ver la leche derramándose por las paredes transparentes, a la cabra haciendo crujir las peras. Se está realizando un misterio… Languidece la luz crepuscular, la cabra violeta está de pie, observa con sus ojos rosados y la leche se sonrosa en las aristas centelleantes, produce espuma iridiscente. Mientras, Vadik y Koldik levantan los puños hasta el cuello de la botella, esperan, observan. Tragan saliva y se oye como a alguien le gorgotea, o a la cabra o a los descalzos.

Y no muy lejos, junto a una estaca, está el «capital», la salvación y la esperanza. Es la cría de Primor, una cabra-gigante, esquilada, gris azulón, de costados prominentes, es un señor y a la vez es Bubik.

Todos los contornos saben cómo han criado a la cabra, como la castraron, cuanto tocino tiene ahora y cuando van a sacrificarla. ¡Afortunadamente! Lo saben y todos sienten envidia. Cuando en la unión de escolares repartieron harina, pesaron hasta el último zolotnik, a la maestra Pribytko le dieron menos.

—Bueno, ¿y por qué discute? Si usted tiene una cabra, ¡menuda suerte!

Y así desaparecieron diecisiete zolotniks.

Cuando me encuentro con Marina Semenovna en la Quebrada Profunda en busca de tocones, siempre hablamos de Bubik:

—¿Y qué tal su Bubik?

—Mientras no le echen mal de ojo… ¡es un saquito de tocino! Y mire: nos lo estamos quitando a nosotros… Para llevarle al menos un trocito de torta todos los días. Vaya bellotas hay ahora, te arrastras una y otra vez por las quebradas, al menos recojo un cuartito. Es como llevarlo al banco. Cuando haga más fresco, el tocino estará bien curado, limpio… estará más fuerte. Se lo digo yo, el tocino de cabra… no le desmerece al de cerdo, ¡pura manteca!

Verba, el vecino, un huraño vinicultor ucraniano, pasó a propósito por casa de los Pribytki. Hacía un año que no iba, siempre enfurruñado porque le habían quitado el arriendo del Puerto. No se contuvo y fue:

—He venido a ver a su chivo, Marina Semenovna… ¡¿qué tiene de particular?!

Marina Semenovna santiguó mentalmente a la cabra, escupió a su izquierda sin que se notara: no fuera a echarle mal de ojo Verba, tiene mirada tenebrosa.

—Pues mírela, vecino… con mirada bondadosa. Va creciendo la criatura de dios. El cabritillo, no quiero pecar… crece contento el cabritillo, con su carne y su tocinillo…

Verba miró fijamente al chivo, meditabundo. Le miraba de una manera y de otra. Cruzaba los brazos de una manera, de otra. Y giraba la cabeza a cada poco, aspiraba la cabra, parecía estar absorbiendo al chivo.

Y Marina Semenovna miraba ya a su chivo, ya a Verba, y a este y a la cabra los absorbía, se estaba cargando. Aguardaba, se preparaba.

—Mire, vecina, me veo en la obligación de decirle… —al fin habló Verba aún meditando, tras estirarse varias veces su bigote caído. A Marina Semenovna hasta se le paró el corazón, más tarde ella misma me lo contó punto por punto en la Quebrada Profunda —. Estoy obligado a decirle esto, Marina Semenovna… de buena manera, como vecinos que… creo que… le digo que no es un chivo…

—¿Cómo que no es un chivo? —se levantó de un salto Marina Semenovna—. ¿Y cómo es un chivo, según usted?

—Crea lo que le digo, Marina Semenovna… no es un chivo, si no… ¡un banco del estado!

Y ahí empezó a fluir el corazón de Marina Semenovna, se desató por el triunfo y el orgullo: ¡era una señora importante!

—Se lo diré otra vez, vecina… ¡Con este chivo viviría todo el invierno! Tiene para pud y medio, incluso dos…

—Ni que lo diga… ¡para dos y pico! Tendrá manteca…

—… Doce libras.

—¡Sí, ni que lo diga! Tengo un ojo experto… ¡Y eso que nunca había visto a un solo cabritillo!… ¡llegará para medio pud!

—No, no, no… Marina Semenovna… no lo creo. Y además… quizás le dé para quince…

—Le está mirando la pata, vecino… mírele la barriga…

—Pero, dios mío, pero si lo veo ahora… ¡en su cola! ¡Menuda renta!

Volvió a echarle un vistazo, se tiró de la barba y se fue pensativo.

Los dos son propietarios desde hace mucho tiempo. Los dos cantaron la gloria de la vida creadora. ¿Quién comprende el servicio devoto en los campos, en los huertos y trigales, la canción de alabanzas al cordero que nace, a los cereales que consiguen salir de su espiga? La comprende el alma que vuela, el corazón que vive mimando a la tierra y al sol; la comprende el oído del dueño que puede oír los brotes bajo el viento de primavera, en las lluvias benditas, bajo el arco iris. Salvajes e incomprensibles son esas canciones terrenales para el alma vacía y seca, igual que una roca que ha desaparecido. Ansiando los tesoros acumulados, aquella calificará los sueños devotos del señor con una palabra insulsa inventada por tuertos: ¡pequeña burguesía! En los trigales y campos fértiles sólo ve una cosa: beneficio.

El padre diácono, también propietario, subió a propósito desde la ciudad para ver con sus propios ojos al legendario chivo. Dijo:

—¡Una tómbola con premio para todos sobre cuatro patas! A usted, Marina Semenovna, se le puede considerar el principal de cualquier granja. Por un señor chivo así, con perdón sea dicho, ¡antiguamente daban medallas! Este chivo suyo es del extranjero… de raza suiza, no puede ser de otra manera. O de Falz-Fein o de Philibert. Conozco bien sus razas. Este… ¡es un chivo de la ganadería de Philibert!

Gran fama adquirió el chivo de Marina Semenovna. Fama tal

que el padre diácono subió otra vez hasta Puerto Tranquilo a decirle unas palabras en secreto:

—Siguiendo mi conciencia, Marina Semenovna, y por sus huérfanos, he creído útil prevenirla: ¡por las noches pienso en su chivo! Y la inquietud se apodera de mí, ¡sujete con fuerza el chivo! Se habla mucho de su chivo en la ciudad. Allí el Manco ya ha atrapado a todos los gatos… al padre Vasili hace poco que le quitaron su perrillo… era marroncita, ¡como un fox-terrier! Y este chivo es tan espléndido y usted habita al aire libre… ¡Guárdelo como a la niña de sus ojos!

—¡Evítalo, Señor! —Marina Semenovna empezó a persignarse, santiguó a la cabra—. No le quito la vista de encima. A Koriak ya le degollaron la vaca en la quebrada de abajo, se lanzaron sobre Garshin… a los Buketovy les quitaron la vaca… a…

—¡A eso es a lo que me refiero! Han degollado doce vacas… Marina Semenovna ¡doce! Y mis sueños no son nada buenos. Ahora todo nuestro apoyo… es Dios y, digámoslo de una forma más terrenal, ¡una vaca! Debería instalar una alarma eléctrica en el establo para que en cuanto lo toquen, ¡el enemigo empiece a retorcerse! Los alemanes tienen un alambre eléctrico en su frontera… ¡pero yo no tengo energía eléctrica!…

—Oh, tenga cuidado, padre diácono… —le advirtió a su vez Marina Semenovna, desolada y ya enfadada con el diácono—: ¡También pueden quitarle cosas a usted!

—Sí, pueden, pero a ustedes ¡el chivo! Es más fácil llevarse un chivo, Marina Semenovna, confíe en mi experiencia. ¡Qué es un chivo! ¡Es un ser mudo y bobo! La vaca… ¡es otra cosa! con los cuernos puede… cargaría contra el enemigo nocturno, pero un chivo… sólo puede taconear la alarma con las pezuñas. Sí, Marina Semenovna, está rodeada de peligros.

Casi discuten por la alarma. Y desde ese día Marina Semenovna puso en el establo un cerrojo triple de música afligida, como la de los armarios de hierro fundido. Y puso barreras en forma de horca delante de la puerta, como una tala, y colgó trozos de hojalata en ellos. Si la noche era oscura, el enemigo chocaría contra el tintineo, con los pinchos, sonaría la alarma.

La maestra se detiene tras el seto y empieza a quejarse: el tártaro rico no le ha pagado el medio pud de nueces que le debe desde el

invierno, ¡al menos podía darle cebada por las clases!

—¡La gente está perdiendo la honradez! Era el tártaro más recto. Pero ayer degolló un cordero y ni siquiera me ha dado la cabeza…

Después informa sobre un hombre temible:

—El tío Andréi… ¡es temible! Dejó suelto un cerdito en el jardín y todas nuestras patatas están excavadas. Arrancó la lona de todas las tumbonas y vendió todas las botellas…

Está colmada de gran cantidad de inquietud y lástima. Gracias a dios que puede recoger lo que se cae por los jardines. Todos los días se arrastra hasta la colina con su saquito, así comen ellos y alimentan al cabritillo. Los maestros excavan tazas por los huertos y reciben vino, una botella al día. ¿Pero qué harán en invierno?…

Sentado en el almendro, oigo y veo retozar a los aguiluchos sobre Kastel. De pronto me viene una idea: ¿qué estamos haciendo? ¿por qué llevo harapos y me he encaramado a un árbol? La maestra de la gimnasia va descalza con un saquito, una vagabunda con lentes, se arrastra por los jardines recogiendo lo que se cae… ¿Quién se está burlando de nuestra vida? ¿Por qué tiene unos ojos tan asustados? Los de Drozd también son así…

—¿Se ha enterado?… Ayer el guarda sacó de la capilla a Mijail, el que se mató con gas… se alejó un momento y el difunto había desaparecido. Llegó su mujer y había desaparecido, los perros se lo llevaron… Ayer vi en el mercado a Iván Mijáilych… camina despacito con su sombrero de paja de ala ancha, lleva una cestita, está sucio, tiene los ojos infestados… no hace más que temblar. Miro y le veo recorriendo los puestos y suplicando en silencio. Uno le dio un tomate espachurrado, otro un puñadito de anchoas. Me vio y dice: «Así es, querida… ¡Una limosnita, por amor de dios! No me da vergüenza, ya soy viejo, está bien… El Señor ha tenido a bien ofrecerme esta hazaña: ¡despertar a Cristo en cada persona!…» Aún saca fuerzas para filosofar… ¡Una vez la Academia de las Ciencias le dio un premio y una medalla de oro por un libro sobre Lomonosov!…

La cabeza me da vueltas… Bajo del almendro. La muralla azul se desmorona sobre mí, el mar se desmorona sobre mí…

Abro los ojos, veo círculos azules, verdes… La maestra se ha ido. El montículo del almendro está cerca. También Lialia ha salido corriendo… Las reúno en un saquito. Las colinas están cubiertas de

vapor… Las miro…

… Viajes por las cumbres, por lo alto… En los cafés al borde de los caminos retuestan el café en braseros resonantes, despiden olor a shaslyki, chisporrotean las empanadillas en la manteca de cordero. Bajo un moral duermen los turcos de la carretera con sus saquitos azules arriba y sus puños metálicos abiertos. Un burro dormita, da coces a las moscas del vientre. Zumba y resuena el bochorno… Hierve el agua en las rocas, un perro cubierto de moscas termina de roer con indolencia el fémur grasoso de un cordero… Un automóvil retumba, se traga el bochorno y el polvo…

Abro los ojos. Ellas aún siguen en el saquito, las almendras, hay que acumular…

… En el suelo griegos e italianos labran piedras, de vez en cuando los martillos golpetean, dan en la cabeza. Tártaros descarnados sobre caballos descarnados se lanzan temerarios tras las puertas, se destacan por sus dientes, sorben leche de oveja fermentada de una vasija de barro mientras sujetan su caballo danzarín encabritado… «¡Hala! ¡*Alaikum salam*!»… Velos azules ondulan en los faetones, vuela una botella contra una piedra, salpica… Un carro cruje por el calor, los bueyes cornean las piedras del camino… ¡Quieto, demonio! El tabaco cuelga de pértigas formando visillos pardos… Los jardines están repletos, están perdiendo fuerza… Arman jaleo las viñas multicolor, se arrastran los pequeños tártaros, cortan racimos y muchachos zancudos pasan con cuévanos de madera en la nuca, los llevan al lagar… Vino, vino… Se derrama el vino tinto, mancha manos, cubas, dinteles, mana con violencia… Despide olor a fermentación… Y los vinicultores, atontados por los vahos, con delantales azules menean los mecedores… Es hora, es hora de subirse a los caballos, el calor se ha ido…

Es la hora… en la mano tengo una almendra, la remota alegría infantil… Ahora ya sé cómo crece… No hay nadie, también Lialia ha salido corriendo. Sólo la tierra caliente y seca y las cigarras crepitando…

EL FIN DEL PAVO REAL

Ya está acabando octubre, la nieve ya brilló en Kush-Kaia. Se ha derretido. Los amaneceres son muy fríos. De día en día las colinas rojizas se vuelven negras, allí es pleno otoño. Pero aquí aún brilla el peral, arden los jardines durante el ocaso. Las hojas caen con el primer viento. Los saltamontes desaparecen y mis gallinas, mi trío, no pueden enriquecerse durante sus paseos. Les daremos de comer pepitas de uva, ¡orujo! La gente se lo come y muere. Lo venden a veces en el mercado, igual que antes el pan. Hay que ir lejos a buscarlo, mendigar. Está amargo, ácido, y ataca al hongo de la fermentación. Se puede moler, se puede tostar…

Cuando el sol se alza desde el mar —ahora se inclina más hacia la derecha y está más bajo— miro a la desierta Quebrada de las Viñas. Ya entregó todo lo que tenía. Los vientos la han llenado con montones de cardos corredores. Miro más allá de la quebrada: en el balcón el pavo real ya no recibe al sol. Y a mí tampoco me recibirá su grito salvaje y libre, ni abrirá sus alas… ¿Ha elegido otro sitio? No, nadie oirá su grito. Pavka ha perecido. Con todo, ha quedado algo de su anterior vida: ella mira triste con mirada de pavo… ¡Ya es su cuarto día sin Pavka!… Se hunde en el pasado, la pequeña dacha inválida de la maestra de Yekaterinoslav, alguien le arrancó su último marco…

Recuerdo con un reproche esa silenciosa tarde en que Pavka, que ya empezaba a pasar hambre, vino confiado a su plato vacío, golpeó con el pico… Llamó un buen rato. Con el hambre se amansan… Ahora cualquiera lo sabe. Y se calman. Así le ocurrió a Pavka: se acercó mucho a mí y me escudriñó:

—¿No me das?…

Pobre Pavka… ¡Tabaco! ¡El maravilloso tabaco de Lambat! O no es tabaco, sino… No pensaba en nada. Lo atrapé como un ave de

rapiña, de pronto descubrí en mí la habilidad dormida de antepasados remotos: el cazador-fiera. Gritó desesperado, con miedo, pero yo me eché sobre él con todo mi cuerpo y de repente sentí el terror del ave hermosa, de sus vistosas plumas, de su irritante baile antes de morir, de sus gritos desolados, siniestros… De repente sentí que en él había algo fatídico ligado a mí… Presioné su sedoso cuello azul resbaladizo, su inquieto cuello de serpiente. Él luchó, despellejó mi pecho con sus garras, me pegó con las alas. Aún tenía fuerza, hambriento… Después puso los ojos en blanco, se le cubrieron con una membrana blanquecina… Entonces le dejé. Yacía de costado, apenas respiraba y su cuello palpitaba. Me quedé de pie junto a él, espantado… Temblaba… Probablemente así tiemblen los asesinos.

Gracias a dios no le había matado. Acaricié su cabecita de felpa, su cabecita coronada, su cuello de raso. Le eché un poco de agua, escuché su corazón… Él entreabrió un ojo y me miró… y se contrajo… Tienes razón, Pavka… tienes que tenerme miedo. Pero estaba débil y no tuvo fuerzas para levantarse.

Ahora me dolerá verle, también me dará vergüenza. Que se lo lleven.

Se lo llevó una muchacha buena… Ahora ya no está en este mundo. ¡Cuántos buenos ya no están en este mundo! Dijo:

—Sé que en el mercado… hay un tártaro rico… Quizá lo quiera para los niños.

Vi como se lo llevaba, como se balanceaba su cola suspendida. ¡Ese fue el final del pavo real!

No, aún no es el final. Vino, regresó para recordarme el pasado, el bueno y el malo. Aún me gritó un tiempo desde el campo abandonado.

Casi una semana vivió en el mercado, junto al café, siempre aguardando a ver si se lo llevaba el tártaro ricachón. No se lo llevaron. Jugaban con él los niños tártaros. Y él regresó a su campo abandonado, a su villa… Como siempre, al despuntar el día me recibió con su grito desolado, como de victoria. ¿Y la cola? ¿Pero dónde está tu cola-abanico, tu cola iridiscente a lunares?

—… ¡U-aaaaaa!…

¿Se queja? ¿siente morriña?… Los niños tártaros le quitaron la cola, se la arrancaron. Me da vergüenza mirar hacia allá, me duele

mirar… No necesito tabaco, ni… no necesito nada. Una mueca dañina.

Caminaba por su campo, despojado y atemorizado. Y ya no subía a verme por la quebrada, no venía a la cancela: se acordaba. Se alimentaba con su propio esfuerzo, por ahí, con cualquier cosa. Ahora ya sí que no es de nadie. Se volvió insignificante en los malos tiempos, ¡quién se va a preocupar de un pavo real!

La colina susurra: ¡han robado en Puerto Tranquilo! Marina Semenovna corre a la ciudad, se ha parado:

—Que no pasará… ¡como se ha desenmascarado la gente! ¡incluso los nobles! La hija del doctor, la maestra… ¡Al amanecer se presentó con no sé quién y empezó a llevarse del pabellón del dueño los muebles del comisario! Oigo ruido en el jardín, ¡hay luz! ¡y son ellos arrastrando una cama! Mesas… ¡Se las llevaron! Voy corriendo a denunciarlo… ¡soy la guardesa de toda la hacienda!… De familia noble y… ¡Dicen que ahora todo es de todos! Y que de todas formas robarán todo… ¡Devolveré todo, hasta el último clavo!

Llegó uno con patas de gallo, polainas y fusil, flacucho. Pasó junto al jardín, pidió de beber.

—Roban una y otra vez, todo. Y yo estoy solo para toda la ciudad… ando medio muerto. ¡Lo hacen aposta para que los arresten! Me conozco esa moda. ¡Están muy equivocados! No arrestamos a los ladrones, no hay comida para darles. ¡No estamos en la época de Mikalai! ¡Si fuera como en la época del zar, toda la ciudad estaría detenida! ¡Con el zar se nos malacostumbraron! Les dábamos borsch y dos libras de pan a cada uno. Hace poco cogieron a un descuartizador de vacas… Lleva cinco días, no confiesa y no le corresponde ración. Ha empezado a debilitarse. Hasta le han dado un baño y un masaje, ¡pero no confiesa!

—¿Y por qué le han dado un baño?

—Uno pequeñito, claro… ¿no lo comprende? Bueno, está claro… le alentaron, sólo que para que no hubiera señales… bueno, le estiraron un poco, los brazos así… —el hombre del fusil lo indica con los brazos—. Hay severidad, con el poder del pueblo no te malacostumbras… No confiesas, ¡pues toma! Llamaron a un médico, el camarada jefe dijo: ¡ese hombre se está muriendo! Y el otro: sí, se está muriendo de hambre, déle de comer. Pero el camarada jefe le dice al estúpido: «¡Ya le han dicho que no le corresponde ración!» Y

se le ocurrió: ¡escriba una ricita para el hospital! Pero de allí lo devolvieron: ¡no aceptamos enfermedades por hambre! ¡Y otra vez de vuelta! Le dejaron salir bajo fianza. ¡Y él va y se muere! ¡Intenta juzgarle ahora! ¿Y yo qué? Yo soy un subordinado, hago lo que me dicen. Que el diablo les… ¡preferiría no haberlo visto!

Preferiría no haberlo visto…

Un hijo de Verba baja corriendo la colina, grita manoteando:

—¡Su Pavka!… ¡De recuerdo!…

El pavo real… ¿Pero dónde está el pavo?… Creo que estos últimos días no se han oído sus gritos melancólicos, no se ha visto su solitario ovillo en el campo abandonado. ¿Qué significa eso, de recuerdo?

Veo de reojo la pluma quebrada, una pluma nuevecita, otoñal, que había aparecido como recambio. Aún quería vivir, el pobre, con sus propias fuerzas quería vivir, sin dueño. En la mano del crío veo el plata del ala, y el rosa pálido, ¡otro milagro!

—La recogí en el viñedo, bajo la colina. Probablemente el doctor de arriba lo tumbó con un palo pero tiró las plumas en el viñedo… ¡dicen que los perros lo despedazaron!

Un último saludo, un pequeño ojo. Pavka se está despidiendo de mí, me la envía de recuerdo. Era tan bueno, decía tan confiado ¿no me das? También se ha ido con humildad. Él y yo éramos los primeros en empezar el día… Él nunca se hubiera ido, yo le dejé antes. Y él, solitario, orgulloso, se retiró al campo abandonado, sin dueño. Ahora ya tampoco habrá campo abandonado, su huésped se ha ido.

—Todos van a la dacha del doctor, arriba, Pavka iba por allí y ellos no tienen nada de nada. Ayer vinieron a pedirnos. Pero olía a algo tostado, como a pavo. ¿Y qué iban a tostar?…

¡¿El doctor se ha comido mi pavo real?! Qué absurdo… ¿No ha sido el tío Andréi? Si hace nada que estuvo preguntando…

—¡Y a nosotros nos ha desaparecido otro ganso! Ha sido el maldito Andréi, nadie más… Nuestro ganso se colaba siempre en su jardín, donde las ranas del estanque croan. ¡Lo mataré! Le pillaré al anochecer y con una escopeta de cañón doble en el culo ¡por carroñero! No me condenarán, soy pequeño… ¡Diré que se me había estropeado el gatillo!

Recojo los restos del pavo mío y no mío y con sensación de

tranquilidad, igual que a una flor delicada, la coloco en el mirador, junto a la manzana verde secándose. Lo último en irse. Cada vez hay más vacío. Lo último terminará por hundirse. ¡Ay, qué de tonterías!

EL CÍRCULO INFERNAL

Se prolonga desde un ovillo misterioso el hilo de la vida, arde débilmente, se extingue. ¿No se ocultará en ese ovillo la esperanza? Mis sueños son los mismos sueños, no son de aquí. ¿No serán esos sueños la esperanza que perfila el hilo de una vida nueva, no de aquí?… ¿Un camino que me conducirá hasta ella sin atravesar el infierno?… No se lo inventaron: ¡el Infierno existe! Ahí está su círculo ilusorio… el mar, las colinas…, un recuadro encantador. Los días andan en círculo, una alternancia inútil, constante. La gente confunde los días, se agitan, buscan… buscan una salida. Yo también busco. Doy vueltas por el jardín, entre las espinas, busco, busco… Algo negro, inevitable camina conmigo. No se apartará hasta la muerte. Que ande también por la muerte.

Anochece en mi jardín. La luna nueva se marcha tras la joroba de la colina. Kastel ha ennegrecido, la noche avanza desde Babugán. A sus pies hay un punto de fuego, es hierba seca ardiendo, ¿cerca del trigo futuro?… No van a sembrar más trigo, es el último. Otros sembrarán, quienes sobrevivan y aguarden a la tierra fértil que haya sacado fuerzas de la putrefacción. ¿No es una hoguera ardiendo a los pies de Babugán? ¡No le da miedo arder! Cada noche perecen bajo el cuchillo, bajo las balas. Por todos los alrededores, por todas las ciudades. Y el círculo sigue estrechándose. Por todas partes la gente acaba sus días en dachas desiertas, en garitas de la carretera, en granjas. Guardas y guardesas de caminos estancados, antiguas lavanderas, ancianas incapaces, madres con su chiquillería revoltosa. Nadie tiene a donde huir. ¿Partir tras las colinas? ¿arrastrarse hasta el puerto y morir sin hacer ruido? Eso lo pueden hacer en casa. ¿Y a qué se puede tener miedo en una garita de carretera? ¿Violan a las chicas? Violan… ¡pero quizá también le tiren un poco de pan!… No saldrás del círculo. ¿Adorar a las

piedras para que las montañas se abran y nos traguen? ¿para ser consumidos por el sol?…

¿Huir? ¿Abandonar la casita huérfana y la pequeña quebrada del bello nogal? El último recuerdo… Se dispersarán, talarán, arrancarán, se secarán las huellas. Yo no huiré del círculo.

El tabaco se acabó. Fumo achicoria. Todavía alguien compra libros, pero yo no tengo libros, ¡¿para qué?! Pero alguien compra… alguien habló hace poco de… ¿de qué? ¡Eso era, la Gran Enciclopedia!… Cierta vez yo también soñé con comprar la Gran Enciclopedia. La vendían «con una encuadernación de lujo»… Alguien la compró por media libra de pan… ¡cada tomo! Todavía alguien lee la Gran Enciclopedia… Sí, en cierta época se escribían libros… los libros estaban con sus encuadernaciones de lujo tras los cristales… Entonces lo recordé… Estaba en casa de Yurchija con su «encuadernación de lujo». Ella la vendió por media libra de pan. Para qué necesita libros, ¡aunque sea la Gran Enciclopedia! Tiene un nieto de dos años, ¿para qué necesita un crío la Gran Enciclopedia? ¿Es que va a llegar a ser mayor? sin madre, sin padre… La anciana ha perdido la cabeza… Vive a la orilla del mar, en un jardín apartado. Le mataron al hijo, la nuera murió de cólera. La anciana vive en una rendija, con el nieto. Aquello está desierto y el mar arma jaleo. Día y noche ella escucha su mar. Su marido y su hijo eran marinos, en su mar. Llegaron y mataron al hijo. No haber sido teniente. «Tenga la bondad, vaya tras las colinas, teniente, desde el mar, ¡para guardar unas pequeñas formalidades!» No cruzó el mar el teniente, se quedó junto a su mar. No le dejaron junto al mar. Este arma jaleo día y noche junto al jardín vacío, no deja dormir a la anciana. Se queda sentada la anciana, enfurruñada en medio de la oscuridad, escucha el jaleo del mar, la respiración del niño. Pero debe vivir: le han dejado una prenda, ¡un niño! Junto a su mar, un niño… Vendió la anciana la pelliza del teniente, que estaba escondida entre las rocas. Todavía alguien necesita una pelliza. Es buena, una pelliza con cuello… ¡No era una pelliza para una anciana! Y al nieto todavía le queda para ser como su padre, ¡para crecer tanto como la pelliza! Además, también pueden matarlo… Vendrán y preguntarán: —Y este niño que tienes aquí, ¿de quién es?

La anciana les dirá:

—Es de ese… de… mi hijo, al que ustedes mataron… ¡un teniente de la Flota Rusa! ¡que defendía a la patria!

—Vaya, vaya… —dirán—, ¿de un teniente? Entonces a él… ¡también! acabaremos con todos… Trae acá el chiquillo…

Pueden. ¿No mataron en Yalta a una anciana viejísima? La mataron. No podía andar, la empujaron con la culata, ¡tira! Le temblaban las manos, pero la empujaban: ¡es una orden! ¡Hasta del propio Bela Kun llegó la libertad de matar! ¿Qué no puedes andar? La pusieron en una carreta, en pleno día, a la vista de todos, la llevaron hasta un barranco. También mataron a un viejo muy viejo, pero ese anduvo orgulloso. ¿Y a la anciana por qué? Conservaba el retrato de su difunto marido sobre una mesita, de un general que había defendido de los alemanes una fortaleza rusa. Por eso mismo la mataron. ¡Por eso!… Ellos saben por qué hay que matar. Así que pueden hacerlo con el nieto de Yurchija. Por eso no necesitan la pelliza. Han hecho bien.

Y por la radio dicen a todos, a todos, a todos:

«Estamos matando a ancianas, a ancianos, a niños, ¡a todos, a todos, a todos! los arrojamos a pozos, a barrancos, ¡los ahogamos! ¡siguiendo un plan victorioso! ¡Les mataremos de hambre!»

En el Rincón del Profesor ayer murió el viejo Golubinin… Solía andar agitado con sus gafas azules, sus pantalones gastados, los últimos, los limpiaba en el umbral con un cepillito vacilante… Lo retuvieron tres meses en el sótano… ¡¿por qué?! ¿Y por qué vino al mar después de «octubre»? ¿Tenía intención de huir? Imploraron el perdón del anciano, le dejaron ir: ¡estaba en las últimas! Le trajeron ayer con la caída de la tarde y a las once —el señor así lo quiso— murió en su habitación, había bebido té. ¡Al menos consiguió tomarse un té!

La anciana Yurchija es buena, como un niño. Cambió la pelliza por pan, por leche, por grano, convidó a un banquete: ¡recordad al recién fallecido! Todos llegaron arrastrándose al banquete: probar pan, mojarlo en la leche… eso era la pelliza. Anda por el jardín con su nieto, contempla su mar… Está cavilando, ¿con qué más podría agasajar? Las sillas y el armario de luna… Aparecerá algún comprador del mercado, dará encantado pan y un cántaro de leche: será agradable comer otra vez con gente. ¿Y si llega el invierno?… Se puede también sin invierno… se puede organizar de forma que el

invierno no llegue más…

Anda la anciana por el jardincillo, lleva a su nieto de la mano. Contempla su mar. Le habla del abuelo, de cómo navegaba por el mar, ahí está su retrato en la pared, con un marco rojo… Estaba colgado y se cayó de la pared. Vinieron, preguntaron:

—¿Quién es este, vieja? ¿por qué tiene ribetes en las mangas?

—Mi difunto esposo… capitán, marino…

Quisieron llevarse al capitán. La vieja se deshizo en lágrimas: no es un capitán militar, sino de la marina mercante, de navegación de altura. Basta una palabra - ¡capitán!

La anciana escondió a su capitán en un lugar secreto. Da vueltas por el jardín, da vueltas… no hay salida.

Yo también doy vueltas. ¿A dónde huirás?… ¡En todas partes es lo mismo!… Exprimo mi imaginación, abarco toda Rusia… ¡Es infinita! De mar a mar… ¡es siempre igual! ¡se consume igual! ¿Y cómo va a huir ella? Por todas partes mana sangre… la maleza ha cubierto los labrados…

Entre dos luces veo bajo el ciprés… ¡algo que blanquea! ¿De dónde ha salido? Cigarrillos arrugados… ¿Tabaco? Sí, tabaco auténtico. Un alma buena lo ha enviado… cigarrillos… Ha sido Marina Semenovna, sin duda, ¿quién si no?… Ella, sin duda. Ayer me preguntó si había dejado de fumar. Vadik trajo los cigarrillos, no pudo abrir la puertezuela, no le oí gritar… y los lanzó por encima del escaramujo, qué majo… Bueno, gracias. El tabaco nubla la cabeza maravillosamente bien.

EN PUERTO TRANQUILO

En el crepúsculo denso voy a Puerto Tranquilo. Me tranquiliza. Allí hay niños. Allí, aunque ilusorias, hay cosas. Allí una anciana flojucha aún intenta hacer algo, no se desanima. Dirige el último violín de una orquesta que se deshace. Ella tiene un régimen. Todas las horas del día están hechas para las manos y el sol es su reloj.

Ya han ordeñado a la cabra. La anciana hace entrar a los patos, son cuatro. Bajo los perales está sentado el tío Andréi, un ucraniano sombrío, está fumando y escupe entre sus rodillas. Con un traje nuevo, hecho de lona del jefe de policía, y un sombrero blando, suyo.

—Como no le da vergüenza, tío Andréi, —oigo a Marina Semenovna reprendiéndolo—. ¡En nuestro idioma eso se llama robar!…

—Habla usted demasiado, Marina Semenovna… —responde el tío Andréi dándose aires—. ¿Y qué debo hacer, según usted? Soy un pobre gualdrapero, andaba con trapos, como… ¡un perro! ¿Y quién se va a tumbar a quererse en las sillas? Ya no están vuestros señores y señoritas, llevan cuatro temporadas tiradas en el desván… Bueno, los camaradas se las llevarán… ¿eso le dolerá menos? Y además… ya todo es del pueblo, eso dicen…

—¡Cómo se ha echado a perder, tío Andréi! Y eso que era un hombre honrado, trabajaba en las viñas, tenía su vaca…

—¿Pero por qué me marea? A ver, ¿dónde hay trabajo ahora? Y la estación ya se ha acabado… ¡En primavera me voy a la estepa!

—¡No encontrará nada en la estepa! ¡Nada! Las granjas están vacías, los campesinos se las apañan solos…

—Eso es cierto. Bueno, y… entonces tendré que pensar… ¿pero qué puedo hacer? Diga, ¿qué? ¿entretener a los demonios?… ¡Usted no tiene corazón!

Silencio. Los patos corretean contoneándose hasta su albergue nocturno.

—Vaya patitos que ha criado… ¡de manual! Seguro que usted sabe alguna palabra… mágica…

—La palabra, querido, es… —Marina Semenovna se enfada— ¡cuidados! ¡Esa es mi palabra! Yo no desplumo lo de otros, no le doy al vino…

—Ya estamos con esa cantinela… Yo hago por mantener una conversación cordial, y usted… ¡me incordia! Yo no me bebo su vino… el cochinillo lo cambié, a un pariente… ¿Y qué le pasa a la lona? El coronel está muerto… Y si no se hubiera muerto, ¡no habría vivido aquí ni una hora! Final instantáneo, porque era jefe de policía. Gente sabia nos dijo que… esa policía, popes… mercaderes, oficiales… a todos, ¡hasta la raíz! Los socialistas más inteligentes… Por culpa de ustedes estamos haciendo todo siguiendo nuestros propios modelos. ¡Han gritado hasta hacernos llorar! En Sebastopol… Ayúdennos, tendrán de todo… ¿Y? Y resulta que, ¿de quién es ahora la lona? Usted es una ricachona que está en mi contra… ¡y siempre está señalando mi lona!

—¿Que yo soy qué, una ricachona? Será mejor que se vaya a dormir…

—Eso digo yo, sí… a dormir…

—¡No utilice palabras sucias!

—¡Huy, huy, huy!… Es usted… ¡una burguesa en mi contra! ¿debo andar desnudo? ¿delante de usted sin calzones? ¡Es que me da vergüenza!…

—¡Ah, tío Andréi! Acuérdese de lo que le digo… ¡se morirá! ¡y se lo comerán los gusanos!

—Los gusanos… se nos comerán a todos… ¡está escrito en la Ley! También será vuestra verdad y de todo conde y… de los perros. Y el cochinillo lo cambié, me estaba abasteciendo… No tendrá ningún disgusto por ello. Y he bebido por culpa de los disgustos familiares, digámoslo así… Le arrancaré la cabeza, a Lizaveta, ¡por mi vaca! Aunque su niña, mi hijastra… se ha liado con un marinero… ahora me importa… ¡un comino! ¡Mi vaca!

En el estanque agujereado empiezan a croar las ranas, a cual más alto. También croa el tío Andréi. Cuando está bebido, en él empieza a hervir un angustioso despecho-furia contra algo.

—Tío Andréi, es el momento de caerse sobre el otro costado. ¿Sobre cuál se echó ayer?

—¿Pero por qué se da tanta importancia? Que lado, que lado… Si quiero, sobre la tripa, y si quiero sobre… ¡me tumbo! ¡No me lo prohíba!

—¡No se atreva a decirme palabras malsonantes!

—¡Y usted no me fastidie con que puede plantar huertos! Usted no puede plantar huertos. Y yo con mi documento puedo… de la administración… ¡son propiedades del gobierno! ¡Y está sellado! En Almá trabajé en casa del general Siniavin y este, menudo torpe… ¡no pudo! Él sería científico, pero yo tengo práctica.

—Conozco a Siniavin, le conozco muy bien… ¡no mienta!

—Ya, usted sabe todo… ¡Pues mire lo que no sabe! Cuando en el dieciocho entraron los marineros… Primer interrogatorio: «¿Tiene jardines inmensos? Está bebiendo sangre… ¡explotación! ¡Lo sabemos todo por el telégrafo!» ¡Enseguida se lo llevaron a los jardines! Y era riguroso, exigía orden… ¡dios nos guarde! Fueron a por mí enseguida: ¿qué clase de persona es usted? Estoy alquilado… ¿y? ¿Riguroso? El señor es riguroso, les digo. Exige orden. Vale, ¡entonces tendrá orden! Y sí que era meticuloso… En cada ejemplar tenía que haber una etiqueta y sabía de insectos. Se echó a llorar cuando le trajeron a los jardines. ¡Mis jardines se morirán! Permitidme, les dice, despedirme de mi peral favorito… ¡por primera vez tiene el fruto! Tan conmovedor, te tocaba la conciencia… Los marineros le interrogan: «¿Y cuál es su árbol querido, preferido?» ¡Ese de ahí! Tenían un peral injertado de una especie de Livadia. ¡Llevadme al peral «emperatris»! Y ellos se echan a reír. Le llevaron. ¿Este de aquí? Sí. ¡Estaba empezando a florecer! Un fortachón, con todas sus fuerzas… de un golpe ¡y hasta las raíces! ¡Ahí tiene a su «emperatris»! Vinieron dos con fusiles y al mismo tiempo. ¡*Contrivolucionario*! Miro y ¡adiós al general Mijail Petrovich Siniavin! Le sacaron una pitillera del pantalón… Y también tenía gansos con bultos en el pico, una especie china… Asaron los gansos en las bayonetas. Menudo festín…

—Y usted lo probó…

—Bueno, yo… por su descanso eterno, por así decirlo… una comida de exequias. ¡Algo así como lástima! La pitillera era excelente, con monogramas, un regalo de sus alumnos. Por sus

enseñanzas sobre insectos. Entendía mucho lo malo que eran para los jardines. Y siempre solía ir con una navajita. Y cualquier nudo dañino, enseguida ¡ras! Qué jardines teníamos…

—¡Y mire lo que les hizo! ¿Y a la gente, a los jardines?… Calle, ¡no me interrumpa! ¡Y ahora está sin trabajo! Que me castigue dios si los gusanos no se lo comen antes de tiempo…

—¡Pero si todo es política, Marina Semenovna! Se lo estoy diciendo, todo es política. ¿Y nosotros qué? Nosotros… ¿lo que dios nos deje? Todos los cristianos ortodoxos… que cada uno se apañe… Y yo por mi vaca… le arrancaré la cabeza, ¡víbora! Hay que pensar en el invierno… ¡Vale!…

Se está incubando un drama, todos lo saben.

Desde la revolución el tío Andréi «se daba aires». Volvió de Almá, de las afueras de Sebastopol, a casa de su mujer, de Lizaveta la Castaña, ella servía en una pensión. ¡Y no llegó de cualquier forma, sino a caballo! No le salió nada de carretero, además no había nada que transportar, vendió el caballo. Probó a hacer vodka con Odariuk, pero esto tampoco funcionó. Y el tío Andréi empezó a vivir de Lizaveta, de su vaca. Con muchos esfuerzos Lizaveta había criado una vaca, la tenía desde que era un ternerillo. Había entregado a la pequeña Gashka con un marinero rufián del puesto naval. Y entonces se presentó el tío Andréi: tenía pensado quedarse con la vaca, establecerse en su propia granja, y justo entonces ¡el marinero!

—¿Y entonces a la Checa? ¡Acabaré contigo en dos minutos!

¿Qué decías del patrón Siniavin?

Se instalaron siete marineros en el puesto de observación, en la dacha del doctor, para vigilar el mar: ¡no vaya a pasar un barco contrarrevolucionario! En cinco minutos habían echado al doctor, tiraron y aplastaron a las abejas de la colmena, se comieron la miel. Llenaron todo el jardín de porquería. Siete héroes, unos machotes.

—¡Tenemos trabajo de mando! ¡Miramos el mar con anteojos!

Gente de lo más selecta: cuellos de toro, puños de plomo, dientes de marfil. Andan como barcazas bamboleándose, en busca de chicas y placer, y de destrucción. En los dedos sortijas, en los brazos relojes-brazaletes, en los pantalones pitilleras selectas, su botín de campaña. A su alrededor hay hambre, los marineros tienen cordero, tocino, vino… hasta hartarse. ¡Es algo serio el puesto naval!

Estaba Lizaveta bajo una mano importante. El marinero se llevó al puesto a la pequeña Gashka, se llevó también su dote, la vaca, y las metió en el sótano bajo el puesto. Empezó el marinero a beber leche, a amar a la muchacha. Y el tío Andréi se atascó: ¡no puede ir contra el marinero!

Andan los marineros alegres, cebados, por las noches disparan al mar con sus fusiles, en los jardines arrancan las últimas rosas, para las dueñas de su corazones.

—La rosa es la reina de las flores, ¡es patrimonio del pueblo! Quemaron una valla tras otra, pringaron los jardines, los rompieron por completo. Fueron a los jardines a terminar de arramblar vacas.

—¡Las vacas son patrimonio del pueblo! Las vacas empezaron a desaparecer. A eso le da vueltas el tío Andréi, a como apoderarse de la vaca.

—¡La sacaré de bajo tierra! ¡Ahora hay tribunales populares!

Se marcha el tío Andréi a la dacha-pabellón del jefe de policía. Nosotros estamos sentados en el patio oscuro, bajo el mirador. Vadik y Koldik duermen. Encanto y el señor Bubik están en su fiel fortaleza.

—El hombre se está hundiendo a ojos vista… —dice de corazón Marina Semenovna—. Yo le digo: ¡arregle la parcela! Mire, yo soy una anciana pero lucho, y usted ha puesto en su jardín y en el mío un cochinillo; ha empezado a beber. Dice que no hay orden, ¡uno no se acostumbra! ¡Él sí que está descompuesto! Nosotros aumentando las últimas fuerzas y él ya está acabado. ¡Igual que mueren las moscas! Pero siguen gritando: ¡es nuestro!

Me conmueve ese perseverante enganche, la lucha por vivir. ¡Si casi no puede sujetar la azada! Tomo su mano seca, le doy las gracias por el tabaco…

—La vida no quiere morir, —dice con dolor—. Necesita, ¡necesita ayuda!…

Ella no puede creer que la vida quiera tranquilidad, morirse: que quiera cubrirse con piedras; que se derrite en nuestros ojos como la nieve al sol. Ante sus ojos se muere el «reino de rosas», se desmoronan las tejas, se llevan las varas de los setos, talan los árboles del jardín. Qué personaje… ¿Quedarán sólo los sensatos? Quedarán sólo los salvajes, los que sepan hacerse con lo último. No quiero angustiar a un alma con fe, tiene nietos…

Llega la maestra con su botín. Trae lo que se ha ido cayendo y un saquito de hojas de vid. No ha comido nada desde la mañana. Quiere cocer una tortita. Quieren invitarme. Gracias, he comido hoy. ¡Hasta he bebido leche! ¿De dónde? Un alma buena la trajo, dijo:

—Si las gallinas empiezan a poner, quizá… pueda darme un huevo.

No, mis gallinas ya nunca pondrán. Ellas se van agotando, no están echando las plumas de invierno: ni para las plumas hay fuerzas.

CHATYRDAG RESPIRA

Toda la noche tronaron diablos en los tejados, llamaron a las puertas, querían entrar en mi choza, silbaban, aullaban… ¡Chatyrdag ha atacado!

Ayer había una nubecita mansa sobre su cresta. Hoy «respira» con violencia. El último dorado se ha esfumado de la montaña, lo ha ennegrecido la muerte invernal. Sus alrededores se han quedado en cueros y las dachas que se amparan tras él empiezan a blanquear. Ahora ya no podrás esconderte cuando Chatyrdag respire. ¡Cuántas de vosotras estáis dispersas, huérfanas desgraciadas! Salieron del bosque las rocas, miran. Ahora se quedarán tumbadas, mirarán. Las montañas han abierto sus pétreos ojos, inmóviles y huecos… Cuando Chatyrdag respira, todas las montañas gritan ¡preparaos! Los tártaros lo saben desde hace tiempo. Y no tienen miedo.

El viento me arrastra a ver al tártaro, a pedir grano por la camisa vendida en verano. No me dará… Al menos conseguiré tabaco.

Allí, atravesando la ciudad cerca del cementerio. Voy por las quebradas, me parecen bocas enormes. Las viñas tienen erizados sus cuernos negros, han entregado sus esquejes para combustible. Ahí está el cobertizo-dacha, junto a la hondonada del trigo, aquí vivía la familia Rybachij.

¡Hasta siempre, familia Rybachij! Cruzaron el puerto despacito las muchachas, arrastraron sus cuerpos enjutos, para alegría de alguien. El viento zumba en la dacha sin acabar, en el hormigón vacío. Aúlla en su chabola Rybachija; sobre su niño, sobre el de tres años llora la amante de los niños. Conozco su aflicción: el niño ha muerto. El destino le había dado una alegría al final de sus días: a la media docena de niñas se le añadió un niño, ¡llegaría el día en que

iría con su padre a la mar!

Vino a la colina una niña de los Rybachiji, se lamentaba:

—Si es que sólo tenemos un niño… ¡todos lo sentimos! Si se muere, mi madre ya no podrá parir más… ¡con esa pitanza tan mala! Nuestra madre todavía es fuerte, cuarenta y dos años… seguro que todavía podría dar a luz y tendría pitanza…

Habían gastado toda la comida: incluso la vaca y la parte de la cofradía. El viejo pescador murió la semana pasada, se dio un atracón de orujo, lo tostó en una sartén. Trajo al mundo una barcaza repleta de niños, al fin consiguió poder y… partió, pero dejó a los niños.

Me lleva, me derriba el viento de Chatyrdag. Un alambre arrancado de una cerca se me enreda en los pies. No pienso en el viento. Frente a mí está Nikolai, el viejo pescador. En la mar no lloró nunca y eso que las tormentas le arrojaron a las cercanías de Odesa y de Batum ¡a donde no le habrán arrojado! Pero en tierra empezó a llorar. Sentado junto a la pequeña cocina, tostaba «empanadillas de uva». Las niñas se amontonaban. Sentado yo también junto a la pequeña cocina, miraba como el viejo removía con su desgastado puño gris azulado el «dulce alimento» de la sartén. Contaba, entre dientes, como había ido a hablar sin rodeos con el representante de su poder, con el camarada Deriaba…

—Ellos están… en el huerto de Yala… la administración al completo… ¡cuántas habitaciones! y nosotros… seguimos aguardando… de cuarto en cuarto nos… echan… bien hay chicas rapadas… bien chicos con esos… *rivólveres*… siempre golpeando las máquinas de escribir… nuestros nuevos patrones… no se sabe de dónde han salido… nos llevan a la tumba… no he visto a ninguno con barba… menuda tribu…

Comprendo tu ofensa, viejo… comprendo que hasta tú hayas podido llorar. Con lágrimas es más fácil. Estropeado, contrahecho, salado por el mar, a pesar de todo alcanzaste la habitación, dejaste atrás todos los escollos, hiciste todas las bordadas necesarias y te alcanzó el éxito: ¡viste al camarada Deriaba! Fuerte, con gorro de piel de castor y pelliza de piel de hurón, - ¡por sus méritos está ante ti! —jeta ancha, ¡el estentóreo Deriaba! Tú, buen hombre, le llamaste camarada, le abriste tu corazón… le contaste que sois siete pasando hambre y que tú estás enfermo, sin pan y sin pescar. Le

hartaste, viejo. No tenías que haber gruñido tan sombrío, como un lobo, lo que el poder le había prometido a todos los trabajadores…

El camarada Deriaba te dijo:

—¿Y qué quiere… que dé a luz un pan?

Te golpeó con el puño el camarada Deriaba. No te dio ni cordero, ni vino, ni tocino. No te regaló su gorro. Y entonces tú, viejo marino, te sentaste en el pasillo y sacaste de tus pantalones rotos un trapo sucio: pasaron a tu lado con sus pantalones abotinados de oficial, después de repartirse los fusilamientos, y masticaban salchichón, tú te frotaste los ojos infestados y gimoteaste, encogiste la nariz sorbiendo el olor a salchichón… Te llegó al alma, retuviste a uno flacucho, con revólver, y le pediste con voz delicada, de dónde te saldría:

—Camarada… en primavera en el mitin… os compadecisteis del pueblo, nos invitasteis a unirnos… apuntad a vuestras familias al partido… a los comunistas… ¡nos estamos muriendo de hambre!…

Tuviste suerte: habías ido a dar con el secretario del camarada Deriaba. Te preguntó el secretario del revólver:

—¿Y qué antigüedad tiene, camarada?

Tú, claro, eras un inocentón y no comprendiste que se estaban burlando de ti. No entendiste ni una palabra. Y si la hubieras entendido, ¿qué hubieras dicho? Tu antigüedad es medio siglo de trabajo en la mar. Eso, viejo, es poco. Tu antigüedad es una cadera torcida, rota, de cuanto te caíste a la bodega durante un embarque, son manos llenas de callos, piernas rotas por el mar del invierno… y eso, buen hombre, ¡es poco! No tienes la experiencia más importante: ¡no has vertido ni una gota de sangre patria! Y el otro posee una experiencia importante: ¡ha fusilado en los sótanos! Por eso tiene salchichón en abundancia, también por eso anda armado y te habla autoritario.

Te levantaste, examinaste sus ojos vivos, ajenos, sus piernas delgadas y torcidas… Y soltaste con voz ronca:

—Entonces ¿nos morimos? ¡Al menos acepten a los niños!

Amenazaste con llevarles a los niños. Te dijeron:

—Tráelos, allá tú. Los sacaremos al porche…

Les gritaste amenazándolos:

—¿Cómo? ¡me tiraré al mar!…

—Tus niños, ¡tíralos! Menudo tipo… ¡ni que tuviéramos para

todos!

Te fuiste a tu casa, bajaste hasta tu chabola… No fuiste a ver a los tuyos, a los pescadores: ya les habías pedido a todos, además, ellos tampoco tienen. Te hartaste de orujo y te moriste. Estás más tranquilo bajo tierra, viejo. Ella es buena, acepta con generosidad a todos.

El viento me tumba en la viña, en los huesos de caballo. De pie en un solar, sin abrigo, están los restos de la casucha de Iván Moskovki, dos muros. Detrás se puede hacer un alto. Cuando Chatyrdag respira, al hombre le cuesta respirar. Me asomo: resguardándose del viento está Pashka, un pescador, un chico valiente. Arrastra bienes a casa, en algún sitio ha cambiado trigo por vino, encima ha colocado paja para que la gente no le maldiga.

—Bueno, ¿qué tal va la vida?

Blasfema como si estuviera en un barco.

—Vaya… nos tienen pillados por las agallas, ¡nos tienen bien atados! Llegas del mar, te requisan todo, ¡nos dejan el diez por ciento para toda la cofradía! Un invento astuto llamado comuna. Ellos dirigen, distribuyeron los cargos entre los suyos, se arrojan sobre las raciones y tú ¡a trabajar para ellos! Por cualquier tontería, te amenazan con el sótano. Y nosotros… somos sesenta pescadores tontos que guardamos silencio. Nos quedamos mirando… ¡no lo queremos! Aumentaron otro diez por ciento. Las reservas no nos llegan, pues el pescado va por temporadas. Está bien, piensas, sales a la mar y descargamos a escondidas, ¡nos espía! Habíamos atracado tras las rocas de Chernovski y en cuanto empezamos a vaciar la barcaza ¡allí que apareció! «¿Qué es eso que estáis descargando? ¿os oponéis al poder?» ¡Perro sarnoso! Si le das… ¡no tendría tiempo ni de respirar! Pero tras él… ¡la guardia! Esos canallas nuestros, los del ejército rojo, que bajaban por las rocas con fusiles. Por eso le dimos los pescado… ¡Se lo llevó! Y encima echó un discurso, nos regañó: ¡estás arruinando la disciplina proletaria! Era el comisario, claro…

—Es vuestro poder.

Pashka echó una mirada centelleante y apretó los dientes.

—¡Le digo que nos tienen atados y usted venga con que es «vuestro»! Todos nuestros aparejos, los sedales, los anzuelos, las barcazas, todo se lo han llevado al Comité, bajo llave. Te ordenan:

¡sal al mar! Las botas de trabajo ¡nos las quitan en cuanto bajamos a la orilla! Nos han convertido en esclavos. Vale, podemos no salir. Metieron a tres en el sótano, ¡no hay donde ir! Enviamos un representante al centro, hicimos ruido… ¡Durante tres semanas no salimos a la mar! Pedimos la mitad de lo pescado pero la temporada del boquerón ya se ha acabado. Es el séptimo mes que trabajamos así, hemos empezado a adelgazar. Y mire lo que se inventaron: «Vosotros —dicen—, debéis dar de comer a toda la ciudad, ¡somos una comuna!» Se lo han montado bien: ¡a darles de comer! Una vez picó un esturión blanco… nos dieron un trozo de jabón a cada uno y el esturión… a Simferopol, al jefe, ¡de regalo! ¡Eso no pasaba en tiempos del zar! Entonces por un esturión solían… ¡cualquier precio en cuanto Livadia hacía una señal! Entonces había libertad, ¡la madre que los…! Y antes, si tenía suerte, ¿cuánto podía sacar? Tenía un terno de punto, un reloj buenísimo, botas de charol, no había toque de queda para las chicas. Pero ahora todas las chicas están con ellos, para conseguir una ración, menudas queridas se han reclutado… ¡incluso de buena familia! A nuestro pope lo han detenido dos veces, ¡se lo llevaron a Yalta! ¡Entonces pedimos garantía! No podemos estar sin pope, ¡salimos a la mar! Me iré, mis fuerzas han desaparecido… Me marcharé a Odest y de allí con los rumanos… ¡Han destruido al pueblo! A los que estuvieron con Wranguel en la movilización de soldados los dejaron en cueros, los descalzaron, ¡los arrearon desnudos por las montañas! Llorábamos cuando los reunieron en el mercado… uno con una colcha, otro temblaba sólo con una camisa, sin nada debajo… ¡cómo se burlaron de la gente! Los torturaron en los sótanos… después, a unos los fusilaron, a otros allí… donde no se le encuentre. A todos, a los que había servido en la milicia para ganarse el pan, a simples soldados… ¡fusilaron del primero al último! ¡A miles! Y siempre el maldito… Bela Kun; tenía una amante, su secretaria, la llamaban Paisana, pero su apellido auténtico no se conoce… bueno, un animal, ¡ruin! Andaba yo intercediendo por uno… me señalaron a uno, el jefe de la Checa… de apellido Mijelson… pelirrojo, flaco, ojos verdes terribles, como los de una serpiente… los tres jefes dirigían todo… ¡sin clemencia! Mi camarada estuvo detenido, me contó… Por la noche ¡alarma! Los ponen en filas en el patio, vino un tipo con un gorro rojo, borracho… Se acerca a uno cualquiera, le

mira a los ojos… ¡y toma! con el puño en la cara. Y después ¡a recoger! Llaman a unos cuantos, ¡y los liquidan!

Le digo a Pasha:

—Pero todo ha sido en vuestro nombre.

No, no lo entiende.

—En vuestro nombre han saqueado, han lanzado a gente al mar, han fusilado a cientos de miles…

—¡Pare! —grita Pashka—. ¡Son los mayores cabrones!

Intentábamos gritar por encima del viento.

—Sí, pero… ¡en vuestro nombre!

—¡Nos suplantaron! ¡nos liaron!

—¡Se aprovecharon de vosotros como si fuerais lelos! Mataron el futuro del pueblo… os llamaron para que saquearais… ¡y vendisteis a vuestros hermanos!… ¡Ahora os han cogido el brazo! ¡Vosotros también lo habéis pagado caro!… ¡y lo seguiréis pagando! Lo pagó Nikolai y Kulesh y…

Me mira con los ojos desencajados, hace mucho que lo viene sintiendo.

—¡En el Volga… millones han pagado! ¡La sangre no se derrama en vano!… ¡Hay que pagar!

—Nuestro pueblo tonto… —dice Pashka frunciendo el ceño—. Cuando pongan a todos en fila en la orilla, les pongan una pala en la mano y les ordenen vaciar el mar, ¡la madre que los!… entonces se darán cuenta. Ahora vemos a qué venía tanta discusión. Unos a la tumba y para ellos luce el sol. ¡Me iré! Yo me iré al Delta ¡y ellos al diablo!…

Pashka agarró el saco. Sólo entonces vi como lo arrastraba y los harapos que llevaba.

—Trigo… he tenido que correr unas cinco verstas…

Su voz se perdió en el viento. Manoteó con desesperación y una ráfaga hizo que se encorvara, se asía a las horcas de una viña, sus piernas se enredaron en ellas.

Más lejos, más abajo. Ahí están los jardines de almendros del doctor. Bajo el viento los chicos lo talan… Que así sea. ¡Hasta siempre, jardines! No floreceréis en primavera, no silbarán los mirlos al amanecer. Chatyrdag alborota… mucho tiempo… uhhhhhh…, es el viento que silba por los jardines, ruge entre los árboles talados… También se puede ver el mar a través de los

jardines… ¡Chatyrdag echó a correr hacia el mar a bañar la espuma del mar! Se desgañitan aullando los almendros desnudos, se deshilachan sus ramas, Chatyrdag los fustiga a latigazos, ¡abajo!, el viejo campo abandonado está llamando, borra los jardines de almendros, quiere libertad. El doctor se ocultó bajo la colina… ¿estará vivo?…

El viento me saca del sendero y bruscamente caigo a la quebrada, me aferro a un escaramujo. ¡Vaya donde he ido a caer! Bueno, qué le vamos a hacer… pasaré a despedirme, ¡acometeré el último círculo! Echaré un vistazo a una mujer religiosa de vida maldita…

LA RELIGIOSA-DEVOTA

Una chabola cegada de arcilla. Malvas secas ondean al viento, unos trapos se deshacen en la tapia. Un pollito cojo ha hundido la cabeza en un pequeño pajar cubierto, se queda helado el mutilado. Ahora todo está mutilado. En el tejado hay una veleta, obra de mi difunto vecino Kulesh, un árabe de hierro sacude de rato en rato, estirando su pierna plateada, una bota: una obra-regalo salerosa. Kulesh ha muerto, también ha muerto el zapatero Prokofi, que leía la Biblia. Ha quedado el negro de hierro para darle patadas al viento con su bota.

Prokofi sintió al Anticristo y murió. Sé cómo murió. Siempre andaba por las tapias, por las ventanas deshabitadas, leía las disposiciones, examinaba atentamente los sellos: buscaba «el sello del anticristo». Llega a su chabola y se sienta en un rincón.

—Pero bueno, qué te pasa, Prokofi… ¡ahí tienes un arreglo! —le dice Tania, su mujer.

—¡El decreto! ¡El decreto! —murmura Prokofi espantado—. ¡Ordenan que llevemos las toallas, las camisas! Estoy esperando, aún estoy esperando…

—¿Y se puede saber qué esperas, tonto? ¡Al menos apiádate de los niños!…

—Espero la auténtica señal… entonces…

—¡Me agotas!… Pero que más señales quieres… ¡Señor!

—¡Están preparando un decreto! Para que le llevemos las cruces, entonces pondrán el sello… les estoy observando…

Prokofi llevó la toalla, «por decreto». Entregó la toalla.

—¿Y las camisas? —le preguntaron—. ¡Los mineros necesitan camisas, camarada!…

—¡Es la última! —dijo Prokofi con voz temblorosa y se llevó la mano al corazón—. ¿Y cuándo… nos vais a quitar la cruz?

Querían arrestarle pero los que le conocían dijeron que era un zapatero loco. Salió al malecón, llegó hasta el puesto militar y empezó a cantar: «¡Dios, salva al zar!» Le apalearon salvajemente junto a la orilla, le metieron en el sótano y se lo llevaron tras las colinas. Murió enseguida.

Contemplo la chabola abandonada. Ahí está el pequeño sebe destrozado, su trabajo. Una pocilga inútil: hace mucho que se vendieron los cerdos, lo último de la granja. Sólo quedó «la cojita», para los críos. Dos niñas descalzas llevan leña atada con hilos, están jugando a los barcos. Tras la ventana un niño amenaza con un hueso seco.

Quiero ver a Tania. Ah, ahí está. ¿A dónde irá con este viento que trae piedras desde las colinas? Está de pie en el umbral, ya se marcha.

—Buenas. Voy tras las colinas, a cambiar vino…

Lleva una blusa y en la cabeza un pañuelo de percal, está descalza. En la espalda un tonel con una toalla, de un pud. En el pecho, con cuerdas, envueltas en trapos para que no se hagan añicos, cuatro botellas. El equipo de marcha.

Comprendo lo que significa ese «tras las colinas». Medio centenar de verstas, a través de un puerto donde ya ha caído nieve, cargará con su esforzado vino, se arrastrará por el bosque, por el puente del barranco, por el que temen pasar los automóviles. Allí paran a los viajeros. Allí están los verdes, los rojos, ¿alguien más?… Allí, sobre el puente de hierro, en el armazón, hay siete colgados. Se desconoce quiénes son. Nadie sabe quién los colgó. Allí leen los documentos, vacían bolsillos… ¿Comunista? te llevan al bosque. ¿Verde? te dan el pasaporte. ¿Ciudadano? paga los aranceles y largo. Allí hay broncas y refriegas lobunas. El combate incesante de las gentes de la edad de hierro, entre las rocas.

Y ella, Tania, una madre debilucha, va allá. Camina una jornada entera, no duerme, no se detiene, sólo carga con el vino. Saca cinco libras de pan. Vuelve con harina. Y a los tres días otra vez vino y otra vez las colinas, las colinas…

—Es duro, por los niños… He ido cinco veces, esta es la sexta. Cuando duermo me veo andando y andando… el bosque y las colinas, y el vino a la espalda *glu-glu*… se derrama. Mientras andas, duermes… *glu-glu*… Me lastimé los pies, pero ¡dónde andarán mis

zapatos! Así nos alimentamos…

Antes vivía como las personas, limpiaba para los forasteros. Tenía a los niños limpios, siempre estaba bien alimentada. Prokofi hacía de zapatero, leía la Biblia y aguardaba la Verdad. Esta llegó, colocó su roca.

—¿No te molestan por el camino?

—Me ha pasado de todo. Salieron del bosque, me pararon. Bueno, todavía soy joven… «¡Vente a vivir al bosque con nosotros!» Tengo hijos, les digo, si no, me quedaría con vosotros. Se echaron a reír, me dieron pan… Resultaron ser buena gente, comprenden a los que sufren…

—¿«Verdes» que no quieren ser esclavos?

—Pues no lo sé… —dice Tania tímida—. Uno me dio un trocito de tocino. Dijo: llévaselo a los niños… yo también tengo hijos, dice… Fue cerca de la ciudad… ¡hasta allí que llegué!… me quitaron el vino… Me eché a sus pies… «Silencio, —dice—, ¡especuladora!» Me volví, helada y hambrienta, llegué a duras penas… Gracias que los tártaros me han vuelto a prestar vino.

Las fieras, las personas son todas iguales, con aspecto humano, combaten, se ríen, lloran. Se deslizan fuera de las rocas, de nuevo a las rocas. A rocas, bosques y tempestades no les tiene miedo Tania. Tiene miedo: se arrastrarán por el bosque, se burlarán hasta hartarse, se beberán todo el vino, se la beberán a ella… —¡largo, bonita!

—Vendré, les haré pan. Comerán, me están esperando, solos…

Antes las malvas florecían en este jardín, las palomas arrullaban, golpeteaba la máquina de coser. En alguna ocasión ella, elegante, iba con Prokofi a misa, llevaba a las niñas de la mano y Prokofi llevaba en brazos a su heredero.

—Tengo miedo de no soportarlo. Sólo estoy engañando al destino. Si no nos ayudan, moriremos todos.

De naricilla afilada, ojos azules, hospitalaria, hace poco era bella. Ahora es un esqueleto de ojos grandes, también tienen los ojos grandes las niñas. Se salvará si acepta al marinero pescozudo del puesto que se ha acostumbrado a pasar a verla. Bueno, al menos el marinero salvará a una familia. Todo se convierte en cenizas, arde.

—Bueno, aquí tenéis… Os he cortado pan, en papelitos. Quedad

con Dios… La vecina pasará de cuando en cuando…

¡Adiós, devota!

Una niña me mira, señala la leña: —Bar… qui… to…

El niño golpea un cristal con el hueso.

Tania se ha ido. Miro hacia Chatyrdag, está sereno, sereno. Allí ha nevado. Hacia allá, tras su mole, trepará Tania con su tonel y él soplará para ella. Las águilas volarán en círculos… Y el vino, contento en la espalda, irá haciendo *glu-glu*…

A SOTAVENTO

Los jardines de almendros del doctor… Debo pasar a despedirme. Estoy cerrando el último círculo, el último descenso. Abajo no tengo nada que hacer: es más sencillo quedarse sentado en la colina.

Las ramas me fustigan, se desgañitan y aúllan a mi alrededor. El mar azul da punzadas y se esconde, es la espuma jugando en él. Blanquea entre los árboles la casa del doctor. Troncos de encina engastados por los siglos de los siglos. Sus paredes son una fortaleza. Los aljibes conservan incluso durante el bochorno el agua bien fría por las lluvias de invierno. El doctor vendió su sólida casa y se trasladó a una caja de cerillas-ataúd nuevo de tablero fino.

Ahí está el doctor. De pie delante de la casita, inmóvil, con los brazos abiertos como un espantapájaros de huerta. El viento sacude sus andrajos.

—El viento me ha traído hasta usted… doctor… para que me despida antes de… del invierno.

—Sí, sí… —me suelta intranquilo y su rostro, gelatinoso, continúa mirando hacia arriba—. Me estoy comprobando la visión… Ayer distinguía claramente y hoy no veo ni una piña…

—¡Le habrá despistado el viento!

—Usted cree… Pero no veo ni los brotes. En diez días he tomado una almendra… amarga. No, ¡déjelo! No tengo ganas de continuar. Siento no terminar el trabajo, estoy perdiendo la vista… Los episodios finales, «la apoteosis de la *intelligentsia* rusa», ¡no me va a dar tiempo! Me estoy quedando ciego, seguro. Ayer un colega que puede comer todos los días empanadillas me envió una… pero qué dolores… tomé opio y me quedé dormido. Antes del amanecer la vi, a Natalia Semenovna… Apoyó la cabeza en mi hombro… «Ya pronto… Misha». Por supuesto que ya pronto. Porque debe de haber

por ahí un mundo que tenga algo de sentido, ¿no? ¡Pues queremos sentido! Y, mire, con el opio todo se me reveló, pero… ¡lo he olvidado! He estado dos horas evocando… ¡qué feliz he sido! Recuerdo… algo sobre un «tío»…

—¿Cómo, sobre un «tío»?…

—Parecía divertido… pero… ¡la humanidad, nosotros, nosotros! ¡no teníamos tío! Uno positivo, de barba honorable, con su propio espíritu térreo… su maletita-morral, aunque sea rojo y esté raído, en el que hay libros de cuentas y melindres de peregrinación y crucecitas del reverendo santo… agua bendita… ¡y un buen flagelo!

—¡No le entiendo, doctor!…

—¿Será por la almendra con opio? —el doctor entornó los ojos con astucia—. ¡Le estoy hablando de la *intelligentsia*! Sólo ella tenía… los dos extremos, ¡el norte y el sur! Quédese de pie, no tenga miedo del viento… ¡el viento no nos va a hacer daño ni a usted ni a mí! ¡No puede hacer daño! Un extremo, el norte por ejemplo, es ¡«la elevación del espíritu»! ¡El refinamiento! Sólo se dedicaron a una cosa, a ir de fracaso en fracaso… ¡y expiraron! Se descompusieron dulcemente y de ello sacaron placer. Servían el mismo trozo descompuesto con diferentes salsas, dígame, ¿qué alimento hay en… un trozo descompuesto, aunque tenga incienso? Y el otro extremo… es carne palpitante y… repugnante, también con salsas aromáticas… ¡osados-aprovechados-canallas! Ellos no sirvieron nada, simplemente llevaron a cabo un plan de saneamiento: ¡todos fuera! Y… ¡quiero zampar! ¡Pero al son de la música! ¡Con tambores! quiero zampar delante de toda la nación e incluso… ¡de toda la humanidad! Y entre ellos estaba presente «la nada», ¡ni carne ni pescado! Ahora, claro, se ha estropeado y… ¡ni siquiera tuvimos un «tío»! ¡uno que no estaba ni en un extremo, ni en el otro! Pero, espera, rapaz: tiene que tomar un baño de vapor, limpiarse la cabeza, ponerse una camisa limpia y toma esta cruz del reverendo santo y… ¡una cartilla! ¡y un flagelo por si acaso! ¡No teníamos ni el núcleo! Y la nada estropeó toda la vasija… ¿No lo entiende? ¡Ah! Esta fórmula vale para rellenar el contenido de veinte tomos, ¡además con comentarios históricos o de cualquier otra clase! En el mejor de los casos, en lugar de tío teníamos un primo. ¿Y qué se puede esperar de un primo? Las fórmulas de los primos siempre tienen un carácter más preventivo y mercurial.

Desde el «Variedades» se acerca dos minutos a ver a su abuela antes de la extremaunción y después a casa de *madame* Angot para el aseo matutino, pero de allí a casa del primo y allí hace la digestión, halaga con unos pocos versos y al club, los amigos esperan escuchar el informe sobre sus «pretensiones»… ¡Y sus suelas siempre están gastadas! ¡Ay, el tío! Muy pronto todo el globo terráqueo le echará de menos… porque cuando da un paso, sabe dónde está poniendo el pie. ¡Y en su morral siempre lleva lo necesario! Y en su librito tiene todo, hasta «entregado al mendigo del atrio: dos rublos». Aunque el primo tiene escrito más en el puño: «en Palermo al *maître* 5» y no pillarás cómo y por qué ¡y encima cinco!

Se restregó los ojos y se puso a tocar las piñas.

—Sí, se están debilitando. Ayer intentaron romper una puerta de roble, por la noche, treparon… ¡pero era fuerte! Y las ventanas, puede usted verlo, están a tres arshín ¡como precaución! Así que cogieron todas las azadas y palas. ¡Igual que con la cultura! Todavía estaban empujando hacia delante la parte delantera de la clavija, cuando el soporte trasero salió volando, ¡crac! Bueno… los animales rompieron la jaula, las serpientes destrozaron la caja de cristal…

Veo como se ahoga por culpa de un viento que hace encorvarse a los cipreses, pero no quiere irse y no te invita a su casa. Pide quedarse tras un árbol: allí no sopla.

—Por supuesto que las abstracciones ahora cansan terriblemente, pero incluso aquí no se puede estar sin ellas. Y ahora las generalizaciones son inevitables, por las cuentas, ¡estamos haciendo balance! ¡Hay que tomar una decisión! Justo ayer murió el decimoséptimo, ¡de hambre! Por… ¡anteayer en Alupka fusilaron a doce oficiales! Habían regresado de Bulgaria en un falucho, echaban de menos a sus familias. Y casualmente yo vi justo el automóvil cuando iban a castigarlos por haber regresado a la patria ¡por añorarla! Estaba allí sentado… el poeta, ¡a la vista! El pelo hasta los hombros, como las alas de un cuervo… en sus ojos algo soñador, ¡hasta la inspiración!, pero no de este mundo. ¡Heroica osadía! ¡Él, que está en las nubes, lo ordenó! ¡ordenó a sus siervos matar a doce héroes rusos que habían regresado a la patria! ¡Un momento! —el doctor se me acercó corriendo y me agarró del brazo…— ¡Hay algo que no estamos teniendo en cuenta! ¡No todos se están muriendo! Lo que quiere decir que la vida va a continuar… avanzará,

¡avanzará con los que ahora dan muerte! ¡y punto! En eso también hay vida: ¡en dar muerte! Los teléfonos suenan: «¿Matamos?» «Sí». «¡Vamos!» «¡Aprisa!» ¡Ya tiene el aspecto de una función! Así que está claro: hay que… irse.

—¿Y la esperanza, doctor? ¿Y el desquite?

—¡Le estoy hablando de una función! ¿Qué esperanza puede haber aquí? Y el desquite es la consolidación de la función. Muy agradecido. ¡La descomposición sistémica! ¿Sabe usted algo de la gangrena que provoca el gas? ¿No ha oído ese chisporroteo? Bueno, escuche. ¿Por qué no estuvo ayer en la reunión? Óigame, ¡si hasta pueden matarle! Ahora le…

El doctor sacó de un pliegue de un remiendo una hoja de papel rosado que empezó a crujir bajo el viento.

—Quieta, no te rompas… ahora te suelto… Lea, ahí en el rosa: «¡Asistencia obligatoria bajo pena de entrega a los juzgados del tribunal revolucionario!» Es decir, hasta la mismísima… ¡función! No he venido por eso, sino por… ¡intervino el maestro de los maestros! Bueno, al menos el maestro de la función, ¡el mismísimo camarada Deriabin! Antes un chavalito de la factoría Putilov criticó a nuestros profesores y le tomó la vez a los maestros y, mientras, estos sonreían no sin dulzura ¡allí estaba Deriabin en persona! ¡Todos sus triunfos! ¡Que se le presentara toda la *intelligentsia*! A esta le gusta bastante el «Gólgota», bueno, también tienen en cuenta sus gustos. Porque ellos, los del centro, son psicólogos. Se conocen todas las membranas de la *intelligentsia*… Se presentaron todos. Incluso con los dientes enfermos, con catarros… menudas toses había, ¡qué resfriados! No se presentaron cuando los invitaron a combatir, a defenderse de los Deriabin y… Pero ahora se presentaron puntuales, antes de tiempo, para que les regañaran. Al menos vinieron con andrajos, ¡pero con gafas! algunos se habían colocado el cuello, quizá para mantener su dignidad y como protesta. Sin botas pero con cuello, aun así… ¡sometidos! Médicos, profesores, artistas… Al menos sus rostros eran de burla e independencia, pero con temblor en los labios. En sus ojos libídine inquieta y una especie de servilismo, pero también la conciencia orgullosa de estar sirviendo al arte libre. Tose de una forma algo teatral, como un héroe de los salones, como si estuviera sobre un escenario y… se asusta, casi se atragantó. El camarada Deriabin con

su gorro de piel de castor, la pelliza sobre los hombros, de piel de zorro… ¡como la de Pugachiov!

—Pero… su pelliza es de piel de hurón…

—¡Pues claro! También tiene una de piel de hurón. Pero esta era de zorro. ¡Menudo personaje! O fue carnicero o ha trabajado como luchador… o quizá incluso suboficial de la policía rural, en las aldeas de cereales suele encontrarse gente así… de jeta ancha y pómulos salientes… ¡El revólver sobre la mesa! De la instrucción del pueblo, ¡que no diría!… Bueno… y en cuanto da una voz… todos allí… «Bueno, bueno… a costa del sudor y la sangre del pueblo… ¡se han llenado la cabeza con toda clase de saberes! ¡Lo exijo! ¡abrid vuestros cerebros y mostrádselos al proletariado! Y si no los abrís… entonces… ¡los abriremos nosotros!» ¡Con un revólver! ¡Los acababa de enviar a la tumba! Silencio… Y deberíamos haber aplaudido, ¿no? Esperaba cierta solemnidad. Así que al final el poder nos llama para instruir al pueblo. Porque resulta que viven como autocríticos o que celebran fiestas civiles como americanos libres, y descansan y se entretienen, se aplicaron en mostrarse al pueblo a través de una linterna mágica, como si así compartieran una parte de su mente-conocimientos-cerebro, como cuchicheándoles al oído… a escondidas, corrieron durante veinte verstas por el barro, intentaban mostrar la verdad… pero ahora exigen enseñar todos los cerebros, pero… ¡Y creo que se quedaron disgustados! Puede que no disgustados, sino… ¡conmocionados! Representan la disposición misma, aunque en las toses había una sombra. Sin embargo… ¡cuando se fueron, se reían por lo bajini! Pero un médico, Shutalov… dice: «Pues, saben… ¡a mí me gusta! Tiene base y, lo más importante, ¡cuánta espontaneidad! ¡El alma del pueblo se está despertando! ¡El cambio! Es hora de abandonar las reflexiones, no sirven de nada… ¡y dedicarse al trabajo no especializado!» ¡Y echó a correr tras el camarada Deriabin! Para sacudir su mano. ¿Qué fue eso, vileza o… arrepentimiento magnánimo? ¡Chapotear en el basurero! Es que hay cada uno… Nos llaman para chapotear y para sufrir. Hacemos reverencias a la pobreza descarada y triunfaremos… ¡con un basurero! ¡Y con ello también mostraremos nuestro amor al pueblo! Verdad es que esos tienen las cabezas más grandes que un rábano… pero si también el rábano empezara a golpear y a atormentarse, perdonaremos una y

otra vez y sufriremos, sí… ¡padeceremos un sufrimiento dulzón! Ahí está, la podredumbre cerebral. Bueno, con un material así solo podemos chapotear en el basurero. ¡Qué forma ha tomado Prometeo, el afamado Caín!, la de un vagabundo que, abnegado, se deshace en amores en el Gólgota-basurero. Sería mejor arrojarse a las fieras… ¡no puedo!…

El doctor suelta el papelito rosado y este alza el vuelo y revolotea como una mariposa rosa. El viento lo arrastra hacia el mar.

—No tenga prisa. Aún quiero decirle algo importante, y las ideas… me carcomen el cerebro igual que ratones… lo roen completamente. ¡Y no me voy a poner a hablar con los cipreses! No ha quedado nadie con quien hablar… ¡Les da miedo hablar! Y muy pronto también les dará miedo pensar. Quiero dejarles un paquetito, como ejemplo. Está claro que los de aquí no lo entenderá, los moros… pero quizá esos señores que han sido periodistas… Porque están tan enfermos de periodismo que se hacen sangrías… Qué interesante, ¿cuándo habrán tenido un mano a mano consigo mismos?… ¿No serán lobos o serpientes? Cuando devora, sólo se oye su gruñido entre el sopor… Si les queda algo de humanos, no será cuando estén cara a cara frente al espejo… ¿Se escupirán? ¿Usted qué cree?… ¿o soltarán carcajadas? ¿O frente al espejo articulan discursos que les tranquilizan? En nombre de, dicen… Jaque mate, ¿en nombre de? ¿Y ya está? ¿Es que no llevan esmoquin de un sastre popular? ¿no comen carne humana? ¿Cómo que no comen? A cada uno… ¿cuántas centenas de miles de cabecitas rusas le corresponden? Las tapan con discursos, con discursos, con arenita roja… Y a pesar de todo ello, ¿no pagarán? ¡Oh, claro que pagarán!… ¡hasta la séptima generación estarán pagando! Precisamente he tenido un sueño sobre eso… Aquellos… ¡no vencerán! ¡Estos, los de aquí, tampoco! Aunque también ellos dan motivos… Ayer iba andando por el puente. Tres portadores de estrellas me adelantan, con paños de guerrero… así se burlan de nuestros tiempos antiguos, de cuando se suturaba a la Rus con paños. Se partieron de risa con mis lentes, es lo que les corresponde. Yo me quedo callado. Y entonces empezaron a hacer sonidos indecentes, ¡a propósito! ¡Envenenaban el aire y se partían de risa! Sólo el hombre puede tener esas ocurrencias… Hay un animal, la

mofeta… Ella se salva así de la muerte, ¡con su líquido! Estos así y los… con la palabra contaminaron mi alma, ¡todo apesta! y además invitan a todo el mundo: todos juntos vamos a… ¡apestar! ¡Y vienen! ¡Hasta encuentran cierta redención y sufrimiento en ese hedor! ¡esperan un renacimiento a través del hedor! Quien pueda entender… ¡eso dicen! Menudos Franciscos de Asís… van a comer sopa de reliquias desechadas ¡y a llorar! ¡Y por eso es tan dulzón el sufrimiento! ¡Qué vanilocuencia! ¿Y eso, ya se va?

Me acompaña, me lleva hasta el estanque y se detiene.

—Por aquí más despacio. Ya ni le invito a mi… cripta. Además estoy colocándola, los papeles… Sí… ayer estuve leyendo a Cook, sobre los salvajes ¡y lloré! Me dolía el estómago por culpa de la empanadilla de mi colega… ¡Queridos salvajes, santos! Vaya, agasajaron a Cook con carne humana… ¡le agasajaron como muestra de hospitalidad! al estilo de los osos… ¡le sirvieron lagarto en una fuente de sacrificios! Igual que estas colinas, santas en su ignorancia. ¡Colinas, caed sobre nosotras! ¡Cerros, ocultadnos! Me da pena alejarme de ellas. Camino por los jardines, observo cada uno de los árboles, me despido. Está mal que hagan eso con los cadáveres, ¡los dejan tirados durante semanas! Y ese cementerio repugnante, al aire libre, donde le da el viento… Ve, los perros se comerán esa mano…

—¿Pero no es todo química, doctor?

—Pero es desagradable. Y la estética… ¿tanto les cuesta? Un artista que conozco dice que… sería mejor que le estrangularan. Le han ordenado pintar carteles contra el tifus… ¡representar piojos más vistosos para el proletariado! Pintó un par bastante buenos, le pagaron una libra de pan… pero por el camino se lo dio a unos niños: dijo que no podía alimentarse con eso. No, no me lo diga… El mar, ¡qué mar! Ese brillo, y el temblor… hace poco algo de Gogol. ¡Cuánta hermosura había! Ay, si pudiera estar ahora en un barco… en medio del Océano Índico… atracar en algún lugar de Ceilán… colarme en la jungla, en los bosques… Allí los templos están cubiertos de hierba, dormitan en medio de la calma verde. También hay un Buda enorme entre la verde penumbra. Los escarabajos del bosque reptan sobre él, las aves del paraíso revolotean… bien toman asiento en su hombro, bien en su oreja, gorjean sus asuntos… y seguro que un arroyo susurra… Pero él,

antiguo, remoto… observa con ojos alargados, contempla y observa, impasible. En cuadros le he visto así. ¡Se percibe que todo lo sabe! ¡Y guarda silencio! No lo menudo, mezquino, final… sin embargo la gran fuerza de «los cuatro pilares» o «la dictadura del proletariado» que con ruidos envenena el aire, pero… ¡Lo sabe todo! Me quedaría frente a él justo así… con todos los libros en la cabeza, los que he leído a lo largo de toda mi vida, con los sufrimientos con los que me he alimentado… y… ¡será como si él me comprendiera! y me dirá sólo con los ojos, con las manos así… «Bueno, ¿qué, qué tal van tus ideas?» ¡Y ni pestañea! ¡Roca vidente y sabia! Justo así lo imagino ¡y no me da miedo! ¡Nada da miedo! Una piedra sabia y… entraré en él. Al menos media hora para la materialización en… sustancia. ¡Pero si ahora le rezo a los cipreses! Rezo a las colinas, a su pureza y al Buda que hay en ellas. Si pudiera ahora, ahora… plantar almendros, ¡le rezaría al dios de las almendras! Porque también las almendras tienen su propio dios, uno almendrado. También está el de los cipreses y el de las gallinas. Y todos habitan en su Seno… Allí, junto a su pedestal, podría terminar mis días… clavar mis ojos en Él y… partir en paz. Quizá llegues a entender el «secreto» y te reconcilies. ¡Entiendo que adoren al Fuego! ¡El fuego procede de Él, regresa a Él! Y el viento… ¡Su respiración!

El doctor parecía estar atrapando el viento, recogerlo con las manos. —De Chatyrdag, limpio. Ahora es como un amigo… Como ha susurrado esta noche por el tejado…

Hola, amigo fiel, le digo. ¿Estás alborotando? ¿tampoco te olvidas de mí, de este viejo?… Aunque… ¡no me reconciliaré con el basurero! ¡Yo me moriré y ellos sacarán las puertas de los ganchos! Ayer arrancaron dos marcos de la casa, por la noche les oí. ¿Y van a desollar las vacas de otros… y a revolcarse con muchachas bajo mis almendros? ¿Y harán funcionar el gramófono y la «barynia» a todo volumen? ¡Todas las tardes me torturan con la «barynia»! Nada más empezar, con un esfuerzo considerable, a examinar tu interior, a disipar el sufrimiento… ¡y la «barynia» con interferencias! Lo realmente horrible es que ellos no perciben nada horrible. Bueno, ¿qué horror puede ver un bacilo que nada en sangre humana? ¡Sólo bienestar!… Y se divide en dos, se cuadriplica, intoxica con veneno ¡y se reproduce con su veneno! Mientras el lindo cuerpo de una joven criatura se quiebra bajo las últimas convulsiones provocadas

por una ruin meningitis. Esta dice «papá, mamá… me estoy muriendo… está oscuro… ¿dónde estáis?», y él, el bacilo, ya en el corazón, en el último hogar del cerebro-conciencia ejecuta un cancán al compás de una «barynia». ¡Da vueltas al cerebro en automóviles! Quizá también algún familiar del bacilo tenga auto, con pequeños arreglos, claro… Por las noches me imagino estas escenas… ¡el cráneo me arde! Nunca imaginé que con el hambre y tal angustia mortal se me ocurrirían estas situaciones. ¡Han macerado en el almendro! No, dígamelo usted, ¿de dónde han salido esos? ¡Los bacilos humanos! ¿Dónde está el Gran Pasteur? ¿Dónde están los fuertes, los buenos, los célebres? ¿Por qué se fueron? Se quedan callados… No, usted esperará, no se marcha… Le voy a enseñar una última osadía… ¡el símbolo definitivo!…

El doctor corre hacia el aljibe: tras el pequeño cobertizo, donde tiene dos cisternas, para el verano y para el invierno. Enigmático, me llama con un dedo.

—De todos es sabido que mi agua embalsada era especial, ¡siempre cristalina y fría! ¡Pues eche un vistazo! ¡Mire!

Levanta la tapadera forrada de fieltro de la escotilla y exige que me incline.

—¿Ve esa… abominación? ¿La ve?…

Veo la «abominación» flotante.

—Mis vecinos del puesto, los de la «barynia»… Hace poco que a uno le sajé un absceso en el dedo. ¡Y ellos van y me envenenan el agua! El mono la ha pringado, ¿qué le vas a exigir a un mono? ¡La senda la marcan los «guías» del rebaño que se han pasado toda su vida envenenando!…

—Quítese de ahí, doctor… no es bueno con tanto viento.

—Allí no puedo. Por la noche todavía puedo, leo junto a la estufa. Pero por el día camino y camino…

Agita la mano. No volvimos a vernos.

ALLÍ, ABAJO

El viento me acosa al pasar por la Colina Roja. Una vez aquí hubo una casa de huéspedes, crecían árboles plantados por escritores rusos. Han talado los árboles. Evoco a Chéjov… «¡El cielo lleno de diamantes!» ¿Cómo hubiera vivido él, su delicada conciencia, ahora? ¿De qué hubiera vivido?

Camino junto a la Villa de las Rosas. Todo es un desierto. También la pequeña y perdida aldea ha muerto. El viento ha barrido por completo la calzada, ha barrido hasta el mar todas las pipas de girasol. Está raso en comparación con el viento litoral y sólo en la más remota lejanía se destaca una zona negra por la tempestad. Camino por el malecón desierto cerca de lugares incendiados, de vitrinas destrozadas y tapiadas. Sobre ellas órdenes hechas jirones, desteñidas, que rechinan con el viento: son del tribunal… No se ve ni un alma. Tampoco a ellos se les ve. Sólo junto a la casa de la antigua guardia de fronteras hay uno de estrella roja encogido, los agotados pies envueltos, que chasquea sin esfuerzo el cierre de su arma.

Yo camino, camino. El viento pasea y juega, en algún lugar hace sonar una tabla, ulula en los postes del telégrafo. Camino por la playa vacía, por el campo abandonado con su perrera-rotonda. Aúlla y silba en el vacío, bajo el viento. Doy un rodeo para evitar la casa parroquial con alambre de espino, allí están los sótanos. Todavía mantienen en su interior algo palpitante, vivo. Allí, en el vertedero, entre las sobras de los «antropófagos», rebuscan niños y ancianas, buscan piel de embutido, un hueso de cordero roído, una cabeza de arenque, mondas de patatas…

En la cuesta reparo en un anciano alto con capucha, un mantón envolviéndole los hombros, una cesta y una vara alta.

—¡Iván Mijailich!

—¡Querido!… queridísimo mío… —dice lloroso manteniendo las “o” y sus ojos, moribundos y que han estado lagrimeando, lloran—. Voy a recoger migajas… En la panadería de los tártaros cortan pan… las migas se caen… he llegado a coger un puñadito, me lo tomaré con agua hervida… Con un té podría entrar en calor… Prenderé fuego a la cómoda pequeña, la última cómoda… Cajones tengo, para Lomonosov… con fichas-resúmenes… ¡cuatro cajas buenas! Es imposible, materiales para la historia del idioma… Estoy dando los retoques definitivos al último libro… mi plan llega a su fin… todos los días trabajo desde el amanecer, cuatro horas. Me estoy debilitando… Voy a la cocina soviética, las cocineras se pelean… a veces me dan un poco de sopa, pero no pan… Los maestros me prometieron harina… pero ni siquiera ellos tienen…

Estamos bajo el viento, en la calzada blanca, solos… El viento aúlla también entre nosotros, en los agujeros.

—Si pudiera ir a mi tierra natal, al gobierno de Vólogda… Allí tengo una hermana… ella tenía una vaca… Tomaría leche, al fin comería kasha, con manteca de vaca, requesón… —temblando, entre sofocos, cuchichea mientras se arrebuja en el mantón por el viento—. Me daría baños de vapor con ramitas de abedul… Me he vuelto un sarnoso, querido mío… llevo tres meses sin lavarme, me he vuelto un guiñapo… estoy flaco. Si hasta el viento me llevó, me derribó… En Oriol me quitaron todo… tenía una biblioteca… una casa, dinero en el banco, todo por mis libros… Me estoy muriendo… ¡Lomonosov está perdido! Todo el material. Escribí a los comisarios… A ninguno le importa. ¡Un infierno, querido! Hubiera sido mejor que los marineros me hubieran ahogado en su momento…

Y nos separamos.

Sigo adelante, adelante… No hay nadie en la ciudad moribunda: el viento la ha acorralado y ahogado. Alguien avanza… Veo un burrito elegante con pompones rojos, cascabeles brillantes. Corre al trote cochinero meneando a cada poco las orejas, gordito, hacer rodar un cabriolé amarillo, de caucho. Una dama de gris, con guantes de piel y capucha azul lo conduce con firmeza. ¡Las damas elegantes van en vehículos!… ¡No todo es el desierto! No todo son barcos rotos, barcazas, botes frágiles… también hay pequeños y agradables yates hábilmente amarrados en la tranquila bahía, y

allí… a remover la arena, las piedras, ¡a alborotar balanceándose! Taconea intermitente el burro…

Y ahí está la hacienda tártara, diecisiete veces excavada, vuelta del revés durante las incursiones nocturnas. Plata, oro y piedras preciosas, sillas de montar revestidas de oro acuñado, guarniciones, fustas de los antepasados; trigo y montones de heno, tabaco y saquitos con nueces; almohadas de seda e inmensos colchones de pluma cubiertos con sólidos tapices circasianos, cortinas de seda persas bordadas con arabescos de plata y bellotas doradas, verde-dorado; velos con cuadritos y calados, cinturones con liras doradas, oro y turquesas para colgantes; vajilla cincelada de Damasco, Bagdag, Bajchisarai, dagas con engarzados de turquesa y jaspe, y huesos afilados, jarras panzudas de cuello fino de cobre de Arabia, barreños caucasianos… todo lo que había guardado-acumulado la rica casa tártara fue desapareciendo en montones que tragaban una cosa tras otra. Están navegando hacia algún lugar, en algún lugar aparecerán. Llegarán al otro lado del mar, encontrarán una pared, una estantería o alguna ventanita. Verán Moscú y Petersburgo, los magníficos apartamentos del nuevo patrón-jefe de la vida, y el nebuloso Londres, y París, que aprecia todo lo bello, y el lejano San Francisco: ¡se extenderán por doquier las plumas resplandecientes de las aves rusas desplumadas! Las cosas encuentran dueño y el hombre la muerte. Ahora el hombre tampoco encuentra la muerte.

El viejo tártaro acaba de regresar de la mezquita. Está sentado, amarillento, con los ojos caídos, de ave montaraz.

Permanecemos sentados en silencio, mucho tiempo.

—El invierno dijo con el viento: ¡voy enseguida! Se está mal.

—Sí, se está mal.

—Nuestros tártaros se están muriendo… Mal.

—Sí, mal.

—Peras no hay. Tabaco no hay. Maíz no hay. Nueces no. Harina no. Mal.

—Mal.

—Comí calabaza. Sí. Harina trajo mi hijo Memet… Perdió en las colinas dos sacos de harina. Mal.

Sí, realmente mal. Y yo me iré con mi saquito vacío.

Completo la gran ascensión a las colinas. Eran pequeñas, ahora son grandes. Paso a paso, de roca en roca. El viento me empuja

hacia atrás. Salgo al camino blanco de Yalta. Una nube blanca se arremolina a mi encuentro. Son coches haciendo ruido. Uno, otro… La punta roja de un gorro caucasiano, el extremo rojo de una gorra. Son ellos. La boca de una ametralladora mira hacia atrás. Van en los estribos con revólveres, con bombas… Vienen de allí. Han hecho su trabajo, han decidido el destino de los que vinieron de Varna, de los doce. Ahora tienen prisa por volver a su casita, con el viento. Van camino del puerto, a través de una cima terrible para ellos. Reconozco el pelo largo hasta los hombros color negro azabache, el rostro fino, la mirada visionaria de bienestar, y otro redondo, rojo por el viento, el vino y el sol, un rostro repleto de hartazgo. Ambos están sentados apoyados en cojines, inmóviles e importantes: su misión es importante.

Paso largo rato siguiéndoles con la mirada. Oigo como llama la bocina en el vacío.

EL FIN DE BUBIK

Es el tercer día que Chatyrdag vomita viento glacial, silba furioso entre los cipreses. La inquietud del viento es la inquietud de los alrededores. También está inquieta la colina: ¡ha desaparecido el chivo de María Semenovna! Desapareció por la noche.

Desde el amanecer la anciana y la maestra corren por las quebradas, por las viñas y los caminos. El viento transporta su llamada:

—¡Bubik… Bubik… Bubik!…

Se lo llevaron del cobertizo. No ayudaron ni la tala con campanillas ni el cerrojo de alarma: ¡hay tempestad! ¡quién va a oír nada! Bien los marineros del puesto, bien el propio Bubik se escapó, ¿le asustó la tempestad? Donde los marineros no hace falta registrar: no van a meterse con ellos. A Antonina Vasilievna, la de la hondonada del trigo, le desapareció una ternera. Se enteró Antonina Vasilievna de que la piel de la ternera estaba secándose en el patio de un marinero, pero no se arriesgó: no lo contaría más…

La maestra está junto a un seto:

—Han robado a nuestro Bubik, nuestra esperanza… Mamá está echada, las quebradas le han dejado echa polvo. Ha sido uno de los nuestros o el chivo hubiera chillado. Tenemos el sueño ligero. Durante la tormenta de anoche nos levantamos tres veces. Ha venido de madrugada, seguro. Es la tercera noche que no duerme aquí… dijo que iba a la estepa, a por algo que le debían… Claro, era para distraernos. Es la ruina… No ha sido un robo, ¡es un infanticidio!…

¡Desgracia en Puerto Tranquilo! Vadik y Koldik dan vueltas buscándolo, sus vocecitas sonoras gritan:

—¡Bubik! ¡Bubik, bonito! ¡Aquí!…

Ya está aquí la noche negra. El furioso viento arranca hasta las

estrellas: ellas se estremecen, se agitan en la negrura insondable. El viento ha planchado el mar: yace como un cristal frío y las estrellas también tiemblan en él. Hace mucho que todos se encerraron, tiemblan ante los golpes, ya no saben quién quiere entrar. Con las incursiones del viento también llega un grito-súplica ahogado:

—¡Bu… u… bik… Bu… bi…ik!

En medio de la negra noche permanecemos bajo la tempestad, en el campo abandonado. Las estrellas tiemblan por el viento.

Susurra en la oscuridad, se enreda en las piernas, vuela-retoza el inquieto cardo corredor, son fierecillas misteriosas. Los botes de hojalata partidos han revivido: resuenan-ruedan en las tinieblas, aúllan, silban y ululan, se golpean contra las piedras. Gime con las bisagras oxidadas la puertezuela que cuelga en el cobertizo, truena el viento contra la mutilada dacha… retumba el hierro del tejado, cuelgan las contraventanas. Son melancólicos, son siniestros los gritos apagados de una vida devastada durante las noches de tormenta, en un campo abandonado. No es bueno escucharlos. Arrojan al alma fuerzas oscuras: vacío negro y muerte. Las bestias se vuelven melancólicas y empiezan a gritar, mientras que la gente… Da miedo escucharlos.

¡Cuándo se acabará este silbido! Aúllan, aúllan…

—Aunque quizá haya cruzado la carretera… ¿se habrá metido en algún sitio por culpa del viento? Y está entre algún arbusto…

—Señor… Señor… ¡Bubik, Bubik!…

—A lo mejor fue él quien arrancó la puerta si le asustó la tormenta…

—Quizá… Era fuerte y las bisagras… estaban llenas de herrumbre, desgastadas… ¡Pero el cerrojo está entero!

—Quiera Dios que… se habrá metido en un sitio más tranquilo, sin viento… estará pastando…

Varios días recorrió Marina Semenovna caminos, quebradas y el otro lado de la carretera. No había en ninguna parte un copito de lana, sangre o tripas. El señor Bubik había desaparecido por completo.

El rumor recorrió los alrededores y la ciudad: ¡ha desaparecido el chivo de los Pribytki! Y el padre diácono decía en el mercado:

—¡Tuve yo un presentimiento extraño justo cuando estaba admirando el chivo! No podía ser que ese chivo saliera ileso… ¡todo

un capital junto al camino! Un chivo de Philibert… ¡todo un lujo! Esos chivos deben dormir en la cama con uno… E incluso hoy mi alma está llena de esos presentimientos.

No se equivocaba el padre diácono: ese mismo día le desapareció su vaca.

—¡Marina Semenovna me lo anunció! ¡Toda una misteriosa relación entre acontecimientos! En este mundo no hay nada sencillo. —La buscó un tiempo y luego desistió.

—No se puede hacer nada. En primavera voy a la estepa a ver a los campesinos, con la familia. Como diácono o como cualquier otra cosa, da igual. Y si no, pues nos iremos a la gran Rus, nos pondremos a prueba. No tengo miedo: es mi país, el pueblo ruso. También hay bandoleros, pero el pueblo no lo es, es bueno. Si le gustas, no estarás perdido en medio del pueblo. Qué ocurre, les diré, hermanos… todos habitamos esta tierra, venimos del pan y de nuestro Señor… Bueno, es verdad que yo no soy una persona cualquiera, soy diácono… pero no estoy ensalzándome. Si estalla un trueno, también el trueno acepto del señor. Y todos nosotros somos como un arbolito en medio del campo… ¿para qué seguir haciendo daño?

Así se animaba el padre diácono, alegre de espíritu: no temía ni al fuego, ni a la espada, ni a la muerte. Un árbol en medio del campo: Dios lo ha criado, también Dios lo arrancará.

Y entonces, por su fe y su resignación, y por su alegría de espíritu, consiguió su vaca: la encontraron atada en el bosque. ¿Se había perdido y alguna buena persona la ató?…

—¡El Señor me la ha traído! —dijo brevemente el diácono.

Pero a Marina Sevenovna el Señor no le trajo su Bubik. ¿No desearás?

Se calmó la tempestad y el tío Andréi regresó de la estepa. Trajo un saco entero. Había conseguido de los campesinos tocino, cebada y menudillo de vaca: se lo dieron por la deuda del cochinillo.

Llegó al anochecer, fatigado, y se sentó bajo el peral. Marina Semenovna estaba entrando los patos.

—Estoy molido, Marina Semenovna… ¡Dios nos guarde! Pues no está la estepa toda llena de huesos… da igual donde se pise, no hay más que huesos. Serán de los caballos que cayeron. Acá una calavera y más allá una pata con herradura. Y luego la gente… ¡ay

de mí, dios nos guarde! ¡están quemadísimos! Antes en el puerto me pararon tres con fusiles: «¡Alto, jefe! ¿qué llevas ahí?» Bueno, se ve claro, llevo un abrigo de primavera, en el saquito un poco de cebada, un trocitín de nada de tocino… «¡Nosotros, me dicen, no hacemos daño a la gente así! Nosotros, me sueltan, ¡somos ranguelevtsi! Puede moverse libremente». Corteses de verdad, me dieron la mano… Lo que he sufrido con el frío, pensaba que no llegaba nunca…

Hablaba cansado, meditando. Su rostro se había hinchado y estaba amarillento, había envejecido diez años.

—Tío Andréi… pues yo quería hablar con usted… —dijo con penetración Marina Semenovna mirándole a los ojos.

—¿Y de qué quiere hablar, Marina Semenovna?… —parece que el tío Andréi se ha sobresaltado y ha empezado a palpar el saquito, reparó la maestra que no le quitaba ojo de encima.

—Pues de lo que quería hablarle… Va a hacer cinco días que me… se han llevado a mi chivo, ¡a nuestro Bubik!…

—¡Oh… qué horror!… ¡Pero eso no es posible!… —hasta se levantó e incluso empezó a temblar el tío Andréi—. ¡Pero dios mío!… ¡Pero qué mala persona se lo habrá llevado! ¡va a acabar con sus críos! ¡Menudo lío! ¡Que lo parta un rayo… que se lo coman los gusanos!… que le… ¡¿Pero me lo está diciendo de verdad, María Semenovna?!…

—Tío Andréi… pues yo además quería decirle… —prosiguió con voz sorda Marina Semenovna, sin dejar libres los ojos huidizos de tío Andréi—. Creo que he adivinado quién puede ser tan mala persona… ¡Usted!

—¿Yo?… que yo… Que me mate Dios si… Pero si he estado toda la semana pateándome la estepa… ¡con hambre y frío!… Y acaso soy tan malo como para… ¿Es que usted no cree en Dios, Marina Semenovna?

Entonces el tío Andréi se quitó su sombrero flexible, el del jefe de policía que había conseguido en el desván, y empezó a santiguarse.

—Que me… que me muera como un perro… sin pope ni confesión… que en este mundo y en el otro… que se me salgan los ojos… que me coman los gusanos…

—Se morirá, tío Andréi… ¡acuérdese de lo que le digo! ¡Me

conozco yo sus palabras! ¡Se lo van a comer los gusanos! Como se haya comido a mi chivo, entonces… ¡Espero que se le atragante el chivo!… ¡Acuérdese!… ¡Se le atragantará el tocino!

El tío Andréi sacudió los hombros.

—Está insultando a un pobre hombre, Marina Semenovna…

—¿Por qué no me mira a los ojos? ¿Eh?… ¿El tocino de mi chivo se le ha atascado en la garganta? ¡Espero que se asfixie, tío Andréi! ¡Porque mis nietos tendrán una muerte rápida!… —empezó a gritar desesperada—. Criaturas de dios, huerfanitos… ¡no existe la justicia en este mundo si usted no se muere por mi chivo! Delante de mí van a devorarle los gusanos, ¡puedo sentirlo! Pronto, en cuanto empiece a nevar…

Una sombra recorrió el rostro del tío Andréi. Entornó los ojos hundidos, enturbiados, y le habló al jardín con voz ronca:

—Los gusanos van a devorar a todos y cada uno de los hombres, Marina Semenovna. ¡Ya se lo he demostrado! ¿Por qué insulta así a un viejo? Solucionaron lo de mi vaca, me dieron un cochinillo a mitad de precio… en la guerra me picó un piojo ruin, y nada. ¡Pero usted me ha humillado!… Claro que usted tiene título señorial… y nosotros obreros, como suele decirse… de sangre negra… ¡Justo por eso hay que exterminarles! ¡Porque es usted una mujer, que si no le rompía la cabeza!…

—Pues yo a ti… víbora ¡yo solita te daré con la azada, como a un perro! ¿Crees que te tengo miedo, Caín? ¡Puedo ver tus intenciones! Soy una persona trabajadora… ¡por los míos que te voy a arrancar el alma! Será mejor que ni pases por aquí… con estas manos… Vamos, largo… no puedo ni mirarte, ¡asesino!

Cosas horribles gritaba Marina Semenovna en el sereno jardín nocturno. La miraban y escuchaban con ojos dilatados los críos olvidados.

—¡Sobre usted caerá! —fue lo único que dijo el tío Andréi y a duras penas echó a andar hacia su pabellón, el del coronel.

—¡Él! ¡Él es el malhechor! ¡Que no me levante mañana, que muera sin confesarme si no ha sido él quien se llevó mi chivo! Todos estos días ha estado fisgoneando con el tártaro entre los arbustos, en la colina.

—Pero si ha ido a la estepa…

—¡Pues yo le eché las cartas porque tiene el alma negra! Y tres

veces le he visto, ¡claro como el agua! Estuvo fisgoneando a las afueras de Korbek y ayer le vieron en el mercado, en el café. ¿Por qué tengo que tenerle miedo? ¿Por si viene por la noche y me estrangula? ¡Pienso dejar hasta la última gota de sangre por lo que es mío! Esos, malditos sean, ladran mucho, pero en cuanto les enseñan el bastón, ¡meterán el rabo entre las piernas! Han ido de listos… ¡y ahora cobrarán! Bueno, ¡se lo merecen!

El chivo siguió desaparecido. Y también les desaparecieron dos patos. Vino el tío Andréi y dijo en tono de reproche:

—Ahora dirá que también me he comido sus patos. ¡Venga, dígalo! He encontrado una cabeza, en la quebrada, y unas plumas por allí… Mire como algún maldito lo ha abierto… ¡le han sacado los sesos!

A Marina Semenovna le llegó al alma y tres días estuvo en cama, como al borde de la muerte. Vino el viejo doctor, el que vivía en lo alto, dijo que tenía el corazón débil. Por la visita se comió una torta y una pera estofada.

Y el chivo siguió desaparecido. ¡Qué es un chivo cuando la gente va desapareciendo como si nada! Mataron al doctor y a su mujer en el camino de Sudak, les exigieron oro. Al maestro y a su mujer los apuñalaron a las afueras de Korbek. A otros los mataron a hachazos a las afueras de la ciudad… Y a otros… a otros…

¡El ALMA ESTÁ VIVA!

Y ahí está el negro Babugán, ha empezado a humear, a enturbiarse, se ha cubierto con una redecilla. Y no está. Han llegado las lluvias de noviembre, del húmedo y nebuloso «yil-habe», cuando las ardillas se marchan a sus madrigueras. Se ablandaron, se deslizan los caminos, se han ennegrecido los cerros sin color… Hará calor, la tierra se alegrará con la hierba.

Tamarka está contenta. Desde la mañana a la noche camina, camina… roe las ramas ablandadas, arde débilmente, llena de bultitos. Por todas partes sus pezuñas repletas de agua, por todas partes roeduras en la corteza, en el carpe. Camina sola, viva.

Quédate en casa, junto a la estufa pequeña. Quédate, échate. Simplemente quédate en casa, hasta que llegue la luz. Pero la luz está lejos. Mira el fuego: en el fuego suele haber visiones. Y oye lo que la lluvia va diciendo por el tejado: está hablando, está hablando-farfullando, y siempre es lo mismo: vacío, oscuridad… ad… A ratos suena el chorro en el aljibe vacío bajo la choza de barro. También el hambre se ha cansado de martirizar: se ha dormido. Entonces la estufa resplandece y el pensamiento se despierta: ¿y mañana, qué?… No hace falta, no hace falta pensar… ¿No hace falta? ¿Y si en ese montón de ramas no hacen más que inquietarse mis pensamientos talados? Hay que cerrar los ojos y echarlos al fuego. Ese trozo de «culebra» de la quebrada… al fuego. Si al menos tuviera tabaco… me atontaría, fumaría hasta tener dulces sueños…

Te quedas sentado junto al fuego escuchando: siempre es lo mismo, vacío, oscuridad… ad… ad… Han llamado a la puerta… ¿Será el viento? Aguzas el oído. Todo está tranquilo. Farfulla la lluvia.

¿Y qué hora será ahora?… Empieza a anochecer a las seis… ¿Las

nueve?…

Ahí está, eso no ha sido el viento. Un golpeteo firme en la puerta. Ellos. La portezuela está asegurada con una estaca… Ellos solos podrán… ¡Bueno, qué le vamos a hacer! ¿no da ya todo igual?… Que sean ellos. De un golpe y… ¡listos! Irrumpirán con fuerza, soltando palabrotas… van a apuntarme con hierro… exigirán luz… pero no tengo ni lámparas, ni cerillas… Me da vergüenza, me temblarán las manos… Van a desparramar nuestros trapos… Y no tengo fuerzas…

El golpeteo se vuelve más persistente. ¿No podrán abrir solos?…

—Bueno, es el fin… —me digo a mí mismo—. Todo se acabará muy pronto.

Cojo el hacha con firmeza, un hacha mellada, inestable. Salgo con firmeza al mirador… ¿De dónde saco la fuerza? Soy un completo resorte. Sé lo que voy a hacer. ¡El perro tiene miedo del palo! Abro la puerta del jardín… oscuridad. Y un susurro: la lluvia empieza a cerner.

—¿Quién es?…

—¡Vengo a verle, patrón!… ¡abre!

¡Un tártaro! ¿Para qué… un tártaro?

—Abaidulin… del cementerio… ¡por un buen hombre!

Dice un nombre conocido. Retiro la estaca. El ancho tártaro con gorro…

—Ahora todos tienen miedo. He estado dando vueltas por la quebrada… noche negra, te dejas los ojos… Salam alaikum…

¡Un mensajero del cielo! El viejo tártaro lo ha enviado con una cesta. Manzanas, una pera seca… ¿harina? ¡y una botella de bekmes!… por la camisa… El viejo tártaro ha enviado un regalo. Esto no es una deuda, es un regalo.

—Para ti. Ve de noche… me lo ordenaron. Si te ven allí o aquí, malo… te matan. Ve de noche, es mejor. Ay… —el tártaro sacude la cabeza—, la muerte ha llegado… a toda la tierra.

¡Tabaco! en un papelito gris, tabaco dorado, ¡de Biyuk-Lambat!

No, no es eso. No es tabaco, ni harina, ni peras… ¡Es el cielo! ¡El cielo ha aparecido de entre las tinieblas! ¡El cielo, Señor!… El viejo tártaro lo ha enviado… un tártaro…

Junto a la pequeña estufa está sentado el tártaro. El tártaro es mayor. Sus sandalias están húmedas, llenas de barro… también el

papel de fumar está húmedo. Está sentado, echa humo. El gorro de piel de cordero brilla por las gotitas de lluvia. Su rostro trabajador es hosco, severo, pero… hay humanidad en su mirada. Le agarro de sus hombros mojados y le estrecho. Las palabras se han ido. No son necesarias, las palabras. ¿Un salvaje el tártaro? ¡Alá es grande! ¡El alma humana está viva! ¡Está viva!

Se lía un cigarrillo. Fuma, a ratos escupe al fuego. Nos quedamos sentados, en silencio. Con soltura mete las ramas por debajo, está en cuclillas.

—Dile a Gafar… al viejo Gafar… Dile, Abaidulin… al viejo tártaro Gafar… ¡Alá!

—Alá… —dice la fuego el rostro huraño oscuro—. Tú tienes tu propio Alá… Nosotros tenemos nuestro Alá… ¡Todos somos Alá!

—Dile, Abaidulin… al viejo Gafar… dile…

Se termina el pitillo. Yo también fumo. No se oye la lluvia en el tejado. En la estufilla se queman las ramas de la Quebrada Profunda, los trocitos de sol. El viejo Abaidulin contempla el fuego. Yo también lo miro. Contemplamos, los dos como un todo, el sol. Y Dios está con nosotros.

—Es la hora, —dice Abaidulin—. Una noche oscura.

Le acompaño hasta la cancela. Enseguida se lo traga la noche. Puedo oír sus pies chapoteando.

Ahora ya nada da miedo. Ahora ellos no están. Lo sé: ¡Dios está con nosotros! Aunque sólo sea un instante, está con nosotros. Desde un rincón oscuro mira, desde los pequeños ojos de un tártaro. ¡El tártaro Lo ha traído! Fue Él quien ordenó a la lluvia amainar, al fuego arder. ¡Entra también en mí, Señor! ¡Entra en nosotros, Señor, en nuestra gran desgracia, e ilumínanos! Tú introdujiste el sol en la rama y se la devolverás al sol… ¡Tú todo lo puedes! No te vayas de nosotros, Señor, quédate. En medio de la lluvia y de la noche Tú has venido con un tártaro, por el barro… ¡Continúa con nosotros hasta que llegue el sol!

La noche clara se desperezа junto a la estufa. Brillan con pasión los tocones de las encinas. Van a brillar hasta el amanecer.

LA TIERRA GIME

No consigo dormir de ninguna manera. El señor ha tocado mi alma y estas tristes paredes son estrechas. Quiero estar a cielo abierto, aunque no se le vea tras los nubarrones. Quiero estar más cerca de Él… sentir Su aliento en el viento, en la oscuridad: ver Su luz.

¡Qué noche tan negra! Ha parado de llover, silencio sordo; pero no es un silencio sólido, tranquilo, como en las noches oscuras de verano, sino inquietante, en espera… ¡sucederá de un momento a otro!… Aunque, ¿qué más puede ocurrir?… Sé que tras la lluvia puede desatarse el viento, se desatará repentinamente. Pero ahora hasta se puede oír el goteo de gotas aisladas y desde las profundidades las olas del mar vierten sus salpicaduras, como si respirara. Incluso puedo oír al perro de Verba rascándose.

Camino en silencio por el jardín, me asomo buscando las estrellas, enseguida las veré, se perciben tras las nubes. La tierra húmeda huele, huele la bruma de la montaña: se desatará el viento, se siente en el aire tenso. El follaje fresco del cedro me llena el rostro de lluvia… Retengo mis pasos… el dolor me llega al corazón… ahí está, un gemido espantoso, prolongado… se arrastra desde la lejana quebrada. Y de nuevo el silencio. Y de nuevo un suspiro penoso, profundo… alguien pierde sus fuerzas en medio de un gran tormento. El lamento ahogado del que ha sido abandonado por todos…

Lo conozco, a ese gemido penoso, abrumador. Lo he oído hace poco. Implora desde la tierra, llama con voz sorda…

En los alrededores todos hablan de ello:

—Y ahora por las noches, en las quebradas por el mar… se pone a gemir de una manera… o-o-o… a-h-h-h… Y luego como si le costara, suspira ¡aaa…ah! ¡te hiela el corazón! Parece que fuera la

tierra gimiendo. Son los supervivientes gimiendo, piden una tumba… ¡Ay, no es nada bueno!…

Aguzo el oído en medio de la noche cerrada. Desde la quebrada llega penosamente:

… o-o-o… o…

No tiene salida, se estira y desaparece en la tierra. Y sigue, sigue…

… a-a-a… a… un suspiro de sufrimiento que se va extinguiendo…

Una angustia mortal oprime el corazón. ¿Serán ellos, los cuerpos humanos desvestidos, arrojados a los barrancos con la cabeza o el pecho perforados…? Están por todas partes, privados de sepultura…

Mi mente lo sabe: quien grita es la foca, la foca del Mar Negro, la llamada «beluja». Muy pocos pescadores la conocen, se está extinguiendo. Y no les gusta oírla. En la noche cerrada saca su cabeza redonda del mar, la apoya en una roca y empieza a gemir… No les gusta, la temen los pescadores del Mar Negro, también «el pescado tiene miedo».

Mi mente lo sabe… Pero el corazón… al hombre le resulta difícil oírlo.

Me quedo un buen rato escuchando, oculto, y su sufrimiento grita en mi interior. Y entonces se desató el viento, golpeó desde las colinas. Empezaron a susurrar, a hacer reverencias, a tambalearse los cipreses, empezaron a temblar las copas se veían bajo el cielo estrellado. El viento ha barrido las nubes. Ahora va a soplar-arrancar día y noche. No se acabará en una jornada, va a estar soplando justo tres días. Pero tampoco se acabará para el tercer día, no cesará hasta el noveno día. Los tártaros lo saben.

Entre ráfagas se puede oír al reloj de la ciudad dando la hora. ¿No se ha parado?… En la ciudad no hay reloj: es el guarda de la iglesia. Últimamente toca poco. ¿Qué le habrá ocurrido? ¿las once?…

Aunque quizá el viento lo haya retrasado. ¿Medianoche?

Miro en dirección a la ciudad. Ni chispas, ni llamas, un foso negro. ¿Pero qué es eso junto al mar, arriba? ¿Un incendio? ¡Se ha alzado una columna negra y rosa!… ¡Un incendio!… O me engaña la oscuridad de la noche o está muy cerca, no en el embarcadero…

¿No es en casa de Odariuk el carpintero, en la dacha de los Mazerovi?… ¿una hoguera en el jardín?… Es una columna más ancha y alta… ¡lenguas de fuego y bocanadas negras de humo! ¡Fuego, fuego! La torre de la Colina Roja está iluminada, ¡se puede ver su ventanita redonda! La red negra de los jardines de almendros se transparenta, el ciprés ha surgido de la oscuridad, se balancea como una vela roja… centellea. ¿El incendio es en los jardines de almendros?… El tejado negro de Odariuk se perfila entre las llamas.

Paso corriendo la cancela, salgo a la plazoleta de las matas. Bajo mis pies la lejanía. Las casas más cercanas de la ciudad despiden brillos rosas y hay una vela-minarete rosada sobre ellas, con ellas… En el mar se ve el amplio reflejo de la hoguera-incendio. ¡Hasta el embarcadero ha emergido de las tinieblas! En los jardines de almendros parece ser de día, se ven las ramas y las cimas ardiendo. Saltan las llamas, se lanzan al mar. Allí el viento se ha enfurecido.

—Un incendio… ¡Dios mío!… ¡La dacha de Dajnov está ardiendo!…

Voces detrás, en la oscuridad, son los vecinos. Yashka está tapado con la alfombra. La niñera con una manta hecha de varias. Desde la colina de Verba nos llega:

—Los marineros están en llamas… ¡gracias a Dios!… ¡su puesto! ¡No, es Dajnov!

El claro donde estamos se ha vuelto rosa del resplandor.

—¡Santo Dios! —exclama la niñera—. ¡Pero si el incendio es donde Mijaila Vasilich!… ¡Es él… él!… Su dacha nueva, ¡la que fabricó con astillitas! Le estoy viendo en su casa vieja… ¡Miren, la casa!…

Por supuesto. El doctor está prendiendo fuego, por su vieja casa.

Se está calmando. ¡Se acabó, se ha consumido! ¿Necesitará muchas astillas?

Probablemente se habrá derrumbado el tejado: el estallido nos iluminó y la luz se volvió opaca.

—¡Corre, Yasha… ve a enterarte! —pide la niñera.

—Nana… —se oye la voz enfermiza de la aristócrata—. ¿Qué se está quemando?

—El cobertizo enano de la orilla. Duerma tranquila, ya se ha apagado.

—Venga, nana… los críos están asustados…

No se ve el jardín de almendros. Tras ellos hay un destello. Me quedo de pie en el porche, espero algo… Lo sé. No tengo ningún motivo para ir. Ha ardido la dacha del viejo doctor… Ya lo sé. Pero quizá sólo haya sido la dacha… El doctor se trasladará a su vieja casa… Ya todo me da igual, todo está vacío.

El cielo se ha cubierto de estrellas por el viento. La Vía Láctea se ha desplazado hasta Kastel, es la una. Y yo sigo esperando…

Pasos, alguien respira con dificultad, tiene prisa… Es Yasha.

—¿Y?…

—¡Kaput! ¡El doctor se ha abrasado! Y no hay nadie… Allí sólo hay un marinero, está echando… a los que se habían reunido… Nadie sabe nada… Y a Mijal Vasilich no se le ve… Dicen que se ha quemado… ¡en cinco minutos! Y que él seguía encerrado a cal y canto… con estacas desde dentro… Un marinero dice… que lo quemaron desde dentro. Ellos lo pueden ver desde el puesto… Que sin duda, dice, tiene que haberle prendido fuego… El dueño está obligado a acudir al incendio y a él no le han visto… ¡todos hablan de ello! Pero quizá se quedó escondido… ¡Siempre encendía la estufa por las noches! Porque… ya no estaba bien. Bueno, me voy a dormir. Lo oye… otra vez está gimiendo… Llora por el doctor…

Sí, gime… o es el viento contra las latas de hojalata… El doctor se ha quemado. Se marchó con el fuego. Él mismo se ha quemado… ¿o puede que haya sido un accidente?… Ahora no da miedo. El doctor se ha consumido como una rama en la pequeña estufa.

EL FIN DEL DOCTOR

No quiero ir allí. Allí ahora sólo hay hierro combado, esqueletos de cipreses, tizones negros. Y acecha, cual ave sin cobijo, el espíritu intranquilo del antiguo doctor. La envoltura que quedó indemne (el pequeño cráneo, trozos de tibia y de peroné y los resortes de su faja especial, de Schvabe) descansa en una cajita de sombreros en la milicia y muchachos de boca grande palpan el cráneo quemado, meten los dedos en las cuencas de los ojos.

—¡Vaya… qué pasada!

El doctor se abrasó en su propia pira, espléndida, su alma se alejó con las ráfagas.

Su colega acudió en el burro bien alimentado, el de las campanillas, dio varias vueltas al hueso craneal chamuscado - ¡lo mismo tenía algo escrito! —y dijo meditabundo:

—Hay dificultades para identificarle. Podría ser cualquiera, ¡era una hoguera!

Dio vueltas a los corchetes y los resortes de la faja, dijo con seguridad:

—Ahora estoy completamente seguro. El dueño de esta faja es el doctor en medicina Mijail Vasilievich Ignatiev. Era su faja especial, según un dibujo suyo, de Schvabe. Puede escribir el acta, camarada.

¡Escribid miles de actas! Dad vueltas a los cráneos, bocas grandes… ¡tiradla donde queráis!… No tiene dueño: os la ha dejado.

La niñera se ha detenido con un saquito de tocones, informa:

—¡Nuestro Mijaila Vasilich… abrasado! Sólo ha quedado su cráneo, ¡y tan chiquitito! Lo miras y… su cabeza era muy grande… Dicen que tenía mucho capital… lo llevaba encima… Se encerraba por las noches, tenía miedo. Y la noche, la tempestad… ¡se asfixió con el fuego y se quedó atrapado! No dicen nada, todavía no saben

nada. Ha dejado de sufrir, ahora es nuestro turno. Pues no es una de sus gallinas la que he visto… en el montecillo, ¿no la despellejará un azor? Ha sido hace ya, cuando iba a la ciudad… Yo grito y grito, ¡fuera, maldito! No tiene miedo… han estado sobrevolando por todas partes, malditos. Muy pronto todos…

Una mañana nueva, firme. Por la noche se ha congelado el agua y en Kush-Kaia y en Babugán hay nieve. Brilla, hace daño a los ojos. El invierno extiende su manto. Pero aquí, a los pies de las colinas, hay sol en los jardines diáfanos, en las viñas vacías, los cerros siguen pardos verdosos. En unos días sonarán los paros, volarán por el vacío helado melancólicas aves del otoño. En el aire firme y fino, en medio de la privación, un rosario de sonidos y voces.

¿Qué clase de trabajo duro es este? Hacen ruido las hachas junto a los jardines de almendros. Golpean con tanta alegría… Como si hubieran aparecido los carpinteros de antaño, desbastan los troncos, de cuando en cuando golpetean las hachas. Y los techadores hacen resonar el hierro, con habilidad… ¿a quién le están arreglando ese tejado? Hace mucho que no se sentía tanto trabajo.

La niñera viene de abajo, va arrastrando una tablilla.

—¿Dónde han empezado a trabajar esos carpinteros? ¿para quién construyen?

—¡Construyendo!… Están organizando la comida de exequias de Mijal Vasilich, es el segundo día que desmontan la vieja casa. Se llevará las cosas, cada cual lo que quiera. ¡Hágase tu voluntad, señor!… Han arrancado todo el hierro, lo arrancaron los fortachones… ¡y ahora toca la madera! Y el hierro era consistente, de doce libras… ¡menudos listillos!…

Sí, el trabajo bulle temerariamente.

—Fue un buen amo… ¡la construyó para que fuera eterna! Y en un día se la han desmontado. ¿Y quién? Pues el pueblo… y los pescadores y… todo el que quiso. Se llevan todo a rastras. Y la milicia y el asistente del comisario… Se juntó toda la chiquillería… ¡espabilados! Le grité a uno, ¿qué haces, diablillo sucio, llevándote las cosas de otro? Y me dice que ahora se puede, ¡que es del pueblo! Mi papá se lo ganó y yo me lo llevo. ¡Es así! ¡Tú, tía, llévate lo que quieras! ¡Todos podemos!… ¡Cógelo! No te lo pienses… quédate tranquila… ¡para el fuego! O vas a ir con hambre hasta las quebradas a buscar leña…

Están preparando la comida de exequias… Miro mi casita. ¡El último rincón! La última caricia de su mirada fue aquí… A través de la ventanita estrecha el sol colaba sus alegres rayos, jugaba en sus entrañables ojos. Ahora también se cuela, sigue dejando en los mismos lugares sus franjas y manchas, en las paredes agrietadas, en las tablas rayadas por los pasos, en la mesita blanca, en las manchas de tinta y en las rúbricas… El minúsculo mirador, entrampado de glicinias, que se ha desnudado para el invierno… Una vez sus ligeros racimos azuleaban alegres en sus ojos vivos. Los cristales llorosos, largo tiempo sin ser lavados… Nos iremos… y mañana mismo romperán los cristales, echarán abajo las paredes, levantarán el tejado, se pondrán a arrastrar, a empujar… con la carcajada satisfecha de los cadáveres. Caerán cedros, cipreses y almendros, y montones de basura se deslizarán en hilillos turbios durante los aguaceros…

La casita me mira: ¿te vas?… Mira con aspecto de huérfano, triste: te vas.

Miro a mi alrededor, busco un apoyo. ¿Apretar los dientes y morir?… Entregarse sumiso a la muerte… Los silenciosos están muriendo. ¿Qué camino, a dónde?…

El salvaje sostiene con un pañuelo el cráneo quemado, mete los dedos en las cuencas de los ojos… Da un chasquido… ¡menuda pieza era! En el puerto hay nieve, los caminos vacíos hacia el mar… vacíos tras las colinas. Y más allá nieve, nieve… Bueno, ¿Qué camino, a dónde?…

EL FIN DE TAMARKA

Llegaron las tempestades y los aguaceros. En las colinas tronaba la borrasca invernal. Los torrentes alborotan en las quebradas, rugen contra las rocas. Los vientos corren por los jardines, dispersan los setos, zarandean las panículas de los cipreses. También el mar ha empezado a retumbar con las tormentas.

Las paredes de las chozas de adobe tiemblan con la tempestad. Por la noche hay retumbos sordos sobre el tejado, como si estuvieran andando con botas de hierro, golpeando con los puños los postigos. La estufita cascada está completamente asfixiada por el humo. Las ramas humedecidas arden débilmente, no resplandecen en el fuego de las visiones.

Nuestras pacíficas gallinas dormitan un sueño hambriento, retozan en su percha. Están débiles. Una se caerá y largo rato se la oirá agitarse a oscuras al otro lado de la pared, busca su sitio, para entrar en calor. Se acomodará y así se quedará sentada hasta la mañana. Quedan tres. Ellas, una tras otra, se van llevando consigo el pasado. Ahora se acurrucan contra la casa. Se quedan quietas y te miran a los ojos.

Las largas noches traen días lastimeros. ¿De verdad hay días ahora? El sol aún sigue en el cielo y los días llegan. Se eleva desde el mar, entre nubarrones. Se asoma, es como hojalata, lanza una franja sobre el mar. Alarmados, los debilitados pescadores miran al mar, por si el viento hace que se agolpen las caballas o quizá los boquerones… ¡Cómo va a haber boquerones! Tampoco chapotean los delfines, no giran formando ruedas dentadas negras. ¿Y qué más dan los delfines? ¡Se necesitan escopetas para cazarlos! ¿y dónde hay una escopeta?… Sólo pueden tenerlas los marineros. Y a ellos no les hacen falta: ellos tienen corderos.

Los pescadores tienen los ojos hundidos, los rostros negros como

la tierra.

El gremio de pescadores arma escándalo en el consejo municipal, en «Yany-Bajcha», exige al camarada, a su poder.

—¡Dad de comer a los niños…! ¡Dadnos pan!…

Con el revólver en el bolsillo abultado, el camarada grita con voz de mando:

—¡Camaradas pescadores!… ¡que no cunda el pánico!…

Le responden entre rumores sordos:

—¡Ya basta!… ¡Páganos el pescado!…

¡Él también sabe gritar!

—¡Todo a su debido tiempo! ¡Pescadores gloriosos! Con honor habéis mantenido la disciplina del proletariado… ¡manteneos firmes!… Os llevaré a un mitin… ¡es una tarea importante!… ¡para ayudar a nuestros héroes de Donbass!…

Le responden entre aullidos:

—¡Mándales tu gorra!… ¡Y danos nuestra parte del pescado!

¡Grita con toda la fuerza de tu garganta! Llévate a lo chicos al campo, al matadero: allí un jetudo marinero-matarife arrojará una bota usada verde o dejará que se embriaguen con sangre, aunque si se ablanda, puede os llena una jarra.

La mañana se está volviendo gris, derrama lluvia menuda. La cancela se ha hinchado, ya no suenan los golpes del viento.

¡La cancela está sonando! ¿Alguien necesita algo?…

—¡Eh! ¿qué ocurre?

—¿No estará aquí… nuestra Tamarka?… La estamos buscando desde anoche, ¡se han llevado a Tamarka!…

La bella Simmenthal, blanca, con manchas color alazán… ardía débilmente… se ha extinguido.

—Mi difunta mamá criaba a Tamarka… Daba leche… una botella entera…

¿Todavía daba leche? ¡Su zumo!… Lamía las piedras.

Durante toda la noche la familia al completo estuvo buscándola por las quebradas, por la espesura del bosque.

—También han robado a Tsyganochka, la de Lisaveta… Por fin nos enteraremos, ¡el marinero se encargará de ello!…

—¡Han robado una vaca en las narices de los marineros! —llegan los gritos desde la colina.

Lizaveta, con el pelo negro despeinado, pasa corriendo, agitando

los brazos:

—Me quitaron la vaca esta noche… ¡daba para diez jarras! Nos daba de comer…

—¡Muy mal se está donde los marineros!… ¡Comíais de lo robado! —grita Koriak—. Habría que rebuscar en su sopa y tú vienes acá…

—¡Pero si es la de mi yerno!… ¡La robaron en las mismísimas narices del centinela!

La gente empieza a reunirse en la colina. Se encoge de frío la maestra Pribytko, la niñera balancea la cabeza; la anciana aristócrata con la alfombrilla sobre los hombros; Koriak, que llegó desde la quebrada inferior a causa del jaleo; el hijo mayor de la niñera que cambia vino por trigo y que había llegado esa noche del contrabando, y el alto y delgado Verba, el viticultor de bigotes caídos. Todos tienen rostro de muertos andantes.

Lisaveta grita como una posesa:

—¡Él, el malvado Andriushka! Ahora nos enteraremos… ¡Él, él!…

—Llevamos tres días sin verle… se fue a la estepa, como acostumbra… —informa la maestra.

—¡Igualito que un asesino! —grita Verba—. A esos directamente… ¡hay que matarlos, como a un perro! Devoró su chivo, se zampó mis gansos, sus patos se zampó… ¡se ha comido a mi Tamarka!… Directamente… ¡matarlos y al diablo con ellos!…

—Un momento… ¡matar! Ha tenido vacas durante treinta años, ya habían robado antes otras vacas, ¿no? ¿Y por qué ahora?… ¡Matar! ¡No tiene problemas en matar a personas!

—¡No hable tan alto!…

—¡Él, el malvado! ¡él! ¡su banda!… Nuestro Sania llegará hasta el final… ya ha arrestado al tuerto Andréi, el de la viña de abajo… Hace varios días le vieron tramando algo con Grishka Odariuk…

—Directamente a todos… ¡habría que matarlos!

—¡Ahí viene Sania!

Con el fusil al hombro, empuñando el revólver, se acerca Sanka, un marinero fortachón de pómulos salientes. Tras él la niña Gashka con zapatos abiertos blancos cubiertos de barro, falda verde de seda y chaqueta azul de felpa, un abrigo amplio. La niñera lo sabe: Dajnova tenía una chaqueta así. Dajnova, propietaria de una dacha,

huyó a Constantinopla, el marinero rebuscó en los «excedentes» y ahora la joven marinerita anda presumiendo.

—¡He arrestado a dos gusanos! —grita el marinero desde lejos sacudiendo el revólver—. Voy a agujerear todo, hasta los intestinos… ¡y encontraré su vaca, mamucha! ¡Se la llevaron delante de mis narices!… ¡los tuyos!

Es ancho como un saco de avena, su cuello rojo no teme al frío, desnudo hasta los hombros, con venas de toro, echa fuego. Su rostro despide calor. Sus ojos grises traspasan.

—Le romperé la cabeza… ¡con esto! ¡y le sacaré la lengua! ¡Mamucha, y no grite usted tanto, parece una viejas! ¡Tendrá su vaca! ¡le conseguiremos una vaca! Bueno, ¿quién puede demostrarlo? ¿Dónde vive el gusano?…

—¡Llévalos a todos a juicio sumarísimo, Sanichka! —grita Gashka—. Los burgueses los han corrompido… ¡hay que acabar con todos, sin piedad!…

—Lo tenemos escrito, ¡y habrá más! Pasaré por la baqueta a todos los sospechosos… ¡voy a hacerles un baño! Porque si eres proletario… ¿cómo puedes robar las vacas de otro? El proletario es… ¡como un santo! ¿o es que las vacas no son cosa del trabajo? Llevaos a los que sepan algo…

—Venga, Sanek, un telegrama para Mishka, que nos envíe un autonóvil, —grita Gashka colgada del brazo del marinero—. Buscaremos la vaca en autonóvil… llama, tienes derecho…

—Primero deja que… que me entere de lo que ha pasado… ¡Los demás, fuera!

Avanzan en multitud hacia Puerto Tranquilo, rompen el cerrojo del pabellón. Encuentran alas de ganso, huesos con lana azulada…

—¡Bubik!… ¡Bubik!… —grita Marina Semenovna—. ¡Lo sabía!…

La colina está alborotada, el alboroto dura tres días. Los descuartizadores de vacas están retenidos en el sótano: el viejo Andréi el Tuerto y Odariuk, encorvado por el hambre. Cuchichean en la colina: les han recetado un baño a los descuartizadores de vacas, ¡no confiesan! Les han tratado con baquetas y no les dan de comer. No confiesan.

La colina está alborotada: bajo el suelo de Grigori Odariuk han encontrado menudillo y tocino. Los cogieron. Se murió el niño de Odariuk, entre sufrimientos, como si se hubiera dado un atracón de

menudillo. El marinero encontró una piel de vaca: estaba enterrada. Verba reconoció la piel: era de Tamarka.

PAN CON SANGRE

El ovillo se deslía más rápidamente, de día en día se va deshilachando cada vez más negro. Es obvio, el final se acerca. No hay ni miedo, ni horror: sólo un punto de vista pétreo. El corazón está cansado, el miedo se derramó con las lágrimas y el horror está superado.

Pero quedan instantes en los que el corazón siente frío…

Lluvia, viento, camino y camino por el jardín, camino y camino para no pensar. Aparto las piedras del sendero y las amontono, estoy poniendo orden. Arrimo el palo a la cancela, ¡mi defensa! La costumbre permanece…

Alguien se agarra a la cancela, roe como un ratón.

—¿Quién va?…

—Yo… —una voz infantil asustada—. Aniuta… la hija…

Otra vez ella, la pequeña Aniuta, ¡la cazadora! No tiene otro camino. ¡A mi casa!

—Bueno, ve… Ya me lo sé.

Ella camina por el jardín sin hacer ruido, a oscuras, se tapa la cara con las palmas. ¿Por la pena que ha experimentado?

—Se han llevado… a papá… Nuestro Grishunia se ha muerto hoy… y se llevaron todo nuestro tocino… también se llevaron el menudillo… lo guardábamos para el invierno…

Tiembla y llora sobre sus manos, chiquitita. ¿Pero qué puedo hacer yo? Yo sólo puedo apretar las manos, ahogar mi corazón para no empezar a gritar.

¡No lo conocéis, no habéis visto esto, vosotros, los que disfrutáis de los «impulsos» de los hombres, los conocedores entusiastas de la «osadía»! ¡Todo esto no es más que el «engrase» de la maravillosa máquina del Futuro, desechos y escoria de la sublime fundición donde se le está dando forma a ese Futuro! Ya se le ven los ojos…

Está descalza, iluminada por la media luna que ha aparecido entre los nubarrones. Lleva puesto un vestido gastado de mamá Nastia y una blusa tirando a rosa sin botones. Tiembla por culpa del horror que presiente. Ella ya ha sentido, criatura, lo que no han podido sentir millones de personas, ¡los que se fueron! Y está por todas partes… Esta minúscula ciudad junto al mar… no es más que una manchita dentro de nuestros ilimitados confines, una semillita de amapola, un granito de arena…

¿Qué puedo hacer yo? Ni siquiera puedo hablar… Le pongo una mano en el hombro.

Ella se marcha con una torta seca, con un puñadito de almendras y de peras. En el pañuelo lleva pellejillos podridos de uva…

Y aún queda más horror. Aún no se ha muerto mi corazón, todavía se encoge. Unos gemidos se propagan desde las quebradas… No, eso ya no es una foca, sino la misma existencia, la tierra que gime. A la luz de la luna veo la cresta negra, el tejado sepulcral de la casa de Odariuk donde un niño… La muerte está junto a la puerta y seguirá ahí obstinada mientras no nos lleve a todos. ¡Erguida como una sombra pálida y a la espera!

Me estremezco: veo una sombra pálida. Se mueve sin hacer ruido tras el seto, bajo la luna, tras los cipreses negros… ¿Quién eres? —quiero gritarle y reconozco el abrigo de mayo de Andréi. Va camino de Puerto Tranquilo, de su morada. Lleva un saco a la espalda, su constante saco. Viene de la estepa, de expedición. Quiere entrar furtivamente en su casa. ¡Habría sido mejor morir en la estepa, chiflado!

Por la mañana la colina se alborota: han atrapado al tío Andréi, lo detuvieron el marinero y un miliciano. Se lo llevaron a «darle un baño».

¿Un baño? ¿Qué será eso?…

Ellos lo saben, los dueños. El miliciano nos informa, «en secreto»:

—¡En el puesto de instrucción entienden de estas cosas! Para no dejar señales… Así que… un saquito con arena… ¡y le arreas en el hígado!… el mismo daño ¡pero sin dejar señal! Por dentro se le puede pulir para que tenga conciencia. Y cerca del corazón también… ¡Antes!… Pero es que antes no había casos tan graves…

Degollar diecisiete vacas… ¡de trabajadores! Los proletarios deben defenderse, ¿no creen? Porque en caso contrario… ¡Yo, dice, me fui a la estepa! ¡Una! ¿Estuviste en la estepa?… ¡Sí! Pero ya no tiene la misma voz… ¡Dos!, y a la ducha. ¿Estuviste en la estepa? ¿y bien? Sí… ¡Y otra vez le falló la voz! ¿Comprenden lo que es? Y si no en la cabeza, justo aquí, bajo la nuca… Entonces ya está casi sin memoria, conmocionado… ¡Y entonces es cuando le toca el baño! Hay que reanimarlo obligatoriamente con agua. Porque así se ablanda seguro. ¿Estuviste en la estepa… bonito? Se calla… Pero esos tres tienen mucha fortaleza… ¿será por el hambre? ¡No ceden! Sólo aprietan los dientes y… Al Tuerto también le cogieron con baquetas… Pero el viejo se ha mantenido entero. Se quedó ronco pero no se ha rendido. A esos dos los hemos dejado salir de momento… hasta el juicio, no van a fugarse. También dejaremos libre a Andréi… No nos llegan las raciones, ya saben… ¡el hambre!

¿Huir? Hay nieve en el puerto. Tania, descalza, sigue yendo allí, hace brincar al vino en el tonel. No puede pararse: los niños. Los alimenta con su cuerpo, con su sangre…

Yo ya no puedo quedarme en el jardín, tras la cerca. Con los zapatos destrozados camino por el lodo del camino, me voy parando sobre los húmedos cerros. ¿Qué es lo que quiero ver? ¿Qué anhelo?… Nadie vendrá desde la lejanía. Tampoco hay lejanía. Pesados nubarrones se arrastran desde Babugán. Chatyrdag está cubierto, ¿empezará a respirar de nuevo? La nieve echará a volar. Miro el mar. Plomizo. Los cormoranes estiran sus filas, van y vienen sobre la niebla… caminan y caminan las oleadas silbantes de guijarros. Y justo se asoma por un instante el sol y se derrama como pálida hojalata. Se está escapando una franja, se escapa… y se apaga. ¡En verdad es el sol de los muertos! Hasta la misma lejanía llora.

La colina se ha apaciguado. Aúlla la anciana niñera de la vecina, durante casi una semana anduvo huraña, enferma, esperaba algo. Y ahora aúlla. Su lloro fino, como subterráneo, llega hasta el jardín a través del seto vivo. Le han matado un hijo. Lo mataron lejos, tras el puerto, en la estepa…

Koriak trajo la nueva, el mismo Koriak, el carretero, que había golpeado y sacado la verdad al viejo Glazkov. Consiguió Koriak su verdad: habían matado en la estepa a su yerno y con él mataron al

hijo de la niñera, a Alexei.

Y hace tan poco que la niñera estaba junto a mi tapia, contenta:

—Podremos darnos un respiro muy pronto… Aliosha se ha ido con el yerno de Koriak, han llevado vino a la estepa, le han pedido prestado a los tártaros… ¡un tonel! Ahora podrán cambiarlo… y tocino, y trigo… a lo mejor para Navidad…

Koriak trajo la nueva por la noche. Dijo:

—He recibido una noticia muy grave. Han encontrado en un camino, en la estepa… a más de cien verstas de aquí, el caballo de mi yerno… y dos muertos… el mío y el tuyo… eran compañeros así que están juntos y… están en la cuneta. Bueno, no pudieron mover el caballo, no se separaba de su dueño… Es un buen caballo, noble. Tampoco pudieron quitarles la mercancía, les molestó lidiar tanto con el caballo. Quizá cargaron algo… Bueno… y allí mismo, tras la oreja… dos agujeros de lado a lado… los arrastraron a la cuneta. Bueno… eran dos de esos… con uniforme, con fusiles… según dice la gente que pasó. Vamos, como si estuvieran montando guardia… les traicionaron. Bueno… me parece que sólo el hijo de Glazkov, Kolka… el que huyó… Amenazaron con matarme por lo de su padre. Bueno, mató al mío. Y lo del tuyo… pues… cosas del destino… Hay un saco de trigo y de cebada… con sangre seca… los mataron encima de ellos. Ahora hay que recoger todo.

Se pusieron en movimiento de madrugada, sin pan, sin abrigo, hacia el puerto, a la nieve: Yashka, el hijo de la niñera, la viuda (la hija de Koriak) y el propio Koriak, agarró el látigo sólo por costumbre, había sido carretero. Partieron a hacerse con todo: el trigo, los cuerpos y el caballo.

Por segundo día aúlla la niñera. La anciana aristócrata está sentada, le atormentan el insomnio y el corazón. La pequeña estufa arde, chisporrotean los tocones húmedos.

¡Ahí estáis, sueños engañosos! ¡cada uno tiene el suyo! La niñera tuvo un sueño, espléndido, abundante. Fue así (hace poco que me lo contó):

… Iba andando por un campo. Y por ese campo, no se veía la tierra, sólo había glebas de tocino y de manteca. Y mi hijo Aliosha, como con una camisa blanca… una camisa hasta los pies… con una horquilla daba vueltas a las glebas, como cuando repartes el estiércol. «¡Mire, madre, —dice—, cuánto tocino y manteca!» La

niñera cogía un trocito con grasa, empezó a comer. Comía y comía, pero no le pasaba por la garganta, la grasa le hacía daño…

Se despertó y tenía hasta náuseas. Le habló a todo el mundo de su sueño, rondaba la colina, no para bien, ¡lo sentía! Toda la semana anduvo como fuera de sí. Marina Semenovna, no a ella, a ella no se lo decía:

—¡Ay!, mal lo va a pasar la nana con Alexei… ¡muy mal!…

Llegó el mal: envió Aliosha trigo con sangre. Pero hay que comer: lavan, limpian los residuos. Aunque no podrás extraerla toda…

HACE MIL AÑOS

Cae la nieve y se derrite. Cae cada vez más densa… y se derrite, gira, golpea. Las cercanas montañas son pías. Se han vuelto píos los cipreses, las viñas y los setos. Pero la nieve sigue esparciéndose y a ráfagas cubre, blanquea y envuelve. Y gira y barre y golpea… El invierno se ha desatado desde Babugán, desde Chatyrdag, desde todos lados. Se arremolina en ventiscas día y noche. No es negro Kastel-gorro, sino un montón gigantesco de azúcar, una cabeza en un plato, sobre un mantel blanco. Las montañas se han vuelto canosas, humeantes, apenas se ven entre el cielo blanquecino. También en el cielo hay puntos negros, son águilas volando.

Las nieves arrean a las aves del bosque hacia su morada. Los mirlos, con el pico naranja, trajinan por los jardines vacíos, rebuscan en los patios. Los sensatos pastores guardan en los apriscos los que queda de sus rebaños de ovejas: es peligroso dejarles ir al valle. Contemplan la nieve alarmados: nieva copiosamente y no hay heno, las ovejas empezarán a caer. Y en la parte alta de las colinas vuelan las águilas. Las águilas no temen a la nieve: las águilas tienen alimento suficiente.

Corre por la nieve un tártaro pequeño con cazadora de piel de cordero, va tirando de un caballo. Grita, aúlla al vacío blanco de la colina: —¡Eh!… pilla caballo… ¡compra… eh!…

Va dando traspiés en las matas ocultas bajo la nieve, arrastra al caballo de la riendas, golpea mi cancela:

—Jefe… ¡Eh! pilla caballo… dame pan, ¡rápido!… todos mueren… ay, pilla… ¡eh!

Todavía desde el umbral veo como se golpea el pecho y patalea, salta el escaramujo. Es un tártaro diminuto, de bigotes negros y mirada de loco. Me agarra de la manga y me arrastra:

—Por favor… ¡pilla caballo! ¡Anda!

De su garganta se desprende un graznido gutural. Se le contrae la cara, los ojos, como si estuviera a punto de echarse a llorar. En su nariz cuelga una gota turbia: lágrima o sudor, no se distingue. Un tártaro completamente chiflado. Tiembla-grita torciendo el gesto, arruga el rostro ennegrecido y continuamente da palmaditas al caballo en el cuello. Mientras el caballo, un esqueleto bajo un pellejo negro y fosas nasales hundidas, arranca escaramujo dejando ver sus dientes. El tártaro ha hecho sudar al caballo, él mismo está reventado.

—¡Eh! —me grita con dolor a la cara, me tira de la manga—. ¡Vamos! ¡lo necesita! por favor… ¡pilla caballo! venga… da pan… ¡muy poquito! Nieve, invierno ha venido… ¡eh!…

Con miedo, con dolor miro sus ojos enloquecidos que se mueven rápidos y espantados. ¡Tártaro chiflado! Los puestos del mercado están cerrados, irá a incordiar a los cafés.

Pero el crepúsculo va cubriendo todo. Kastel se vuelve azul. ¡Vaya, menudo desierto! Un desierto de nieve bajo la noche cayendo. Me quedo de pie en la loma y examino el desierto, intento comprenderlo. El mar está negro como la tinta, las orillas blancas. Retumba sordamente, la nieve lo hace ensordecer. Y allí está el desierto. Se miran el uno al otro: negro, blanco.

Hace mil años… muchos miles de años… aquí mismo hubo un desierto, y la noche, la nieve, el mar, el vacío negro, tronaba igual de ensordecedor. También había hombres en ese desierto, no conocían el fuego. Estrangulaba animales con sus manos, los tumbaba con piedras, los aturdía con leños, se escondía en cavernas… en Chatyrdag, a los pies de Kastel, han sobrevivido hasta hoy. El muro eterno de Kush-Kaia los ha visto, se empapó de ellos, también ahora se empapa: una mano desconocida escribe en ella. Yo contemplo y me empapo. La nieve se vuelve azul, el horizonte se vuelve negro. No se ve fuego en ningún sitio. Entonces tampoco había. El desierto. Ha vuelto desde lo más remoto. Ha venido y con su silencio habla: yo, el desierto, he venido.

Lo sé: ha venido. La gente ronda con piedras. Ayer estuvieron hablando de Sudak:

—En el camino de la montaña se esconden, tras las rocas… espían a los chicos… ¡y a pedradas! ¡Y los arrastran!…

Todo alrededor son piedras. En cierto tiempo en la gloriosa

Bajchisarái, también en la Antigua Crimea y… por todas partes. ¿Por obra de qué milagro se han menospreciado los milenios? ¿Dónde se ha quedado el gran viaje de la humanidad, en el cielo? ¿la gran ascensión y el orgullo de ser dioses?

Miro la roca que se alza bajo la nieve: ¡qué fuerza! Ha salido desde lejos… ¡ahí está!

… ¡Es mío!…

Es suyo.

—¡Amigo… —le digo—, no tengo nada!…

Pero no puede comprenderlo.

—Por favor… pilla caballo… Mi Arabchuk… séptima invierno… es bueno, ¡un tesoro! Comida… no tengo nada… nieve ha venido, invierno… penita… ¡anda!…

Agita la mano hacia la ciudad, yo también. Y contemplamos los ojos del otro confusos, desesperados. Él expulsa las palabras con sus ojos agudos, negros, con su boca torcida por la impaciencia y el miedo a que sea tarde:

—¡Eh, anda!…

Su aullido se queda en mis oídos. Caballo y tártaro desaparecen en la nieve, en la quebrada. Se les oye, allí también aúlla.

Camino por la nieve profunda, en la plazoleta. El vástago de la encina está sepultado bajo nieve granulosa. Abajo, a lo lejos, se confunden y se vuelven negros el tártaro y su caballo, resbala por la nieve, tras él polvo de nieve… el tártaro se ha lanzado a la ciudad.

¿Será de Biyuk-Lambat? El país del maravilloso tabaco dorado… ¿Dónde estará eso… Biyuk-Lambat? Sí, aquí al lado, a doce verstas. ¿Alguien estuvo hablando de él hace poco?… ¡Alguien murió! Sí… donde los tártaros murió de hambre la viuda de un pintor ruso… Fue a ver a los tártaros y se murió… Y los cuadros de él… tras esas colinas… Uf, qué nieve… ha asustado al tártaro chiflado. Ha cubierto la hierba seca para muchos días…

El crepúsculo avanza. ¡A dónde habrá ido el tártaro en esta noche ciega!

Deambulo por la nieve, por las quebradas, sin finalidad. Porque soy de tiempos remotos. Yo mismo soy un salvaje de las cavernas. Pero no tengo pieles. Sólo tengo un abrigo gastado, dientecillos de serpiente se escapan de mis zapatos y en su interior mis dedos frioleros envueltos en trapos… Yo también estoy flojo. La

comprendo tan bien, siento tan cercana esa vida, la vida de mis remotos antepasados. Nieve y noche, pero ellos… ¡no tenían fuego!… Ahora iré, encenderé la estufa pequeña… pero ellos… ¡no tenían! Y… ¿aún así vencieron? ¿Qué fuerza, Señor, hizo posible el milagro? ¡La tuya, Señor! ¡Tú, el Único, les diste el Fuego Celestial! Ellos lo dominaron. Lo sé. ¡Lo creo! Pero ellos lo están pisoteando. Lo sé. La piedra ha ahogado al Fuego. ¡Millones de años hollados! ¡millardos de obras devoradas en un solo día! ¿qué fuerza hizo posible ese milagro? La fuerza de la roca-tiniebla. Lo veo, lo sé.

El azul Kastel no está: la noche negra es un desierto. Ronca desde la quebrada, entre la oscuridad, ¿es el caballo agotado que respira? Haciendo volar nieve, junto a mis pies, desde la quebrada, sale rodando algo negro: el tártaro, su caballo negro tras él. El tártaro está hablando con voz ronca, también el caballo está ronco. Yo salgo corriendo hacia la cancela. El tártaro corre tras de mí…

—Tú… pilla… no hay gente… noche negro… Byuk-Lambat… eh… pilla… por Alá…

No puedo ver su cara. Veo que el caballo menea la cabeza, ¿querrá arrancarse las riendas?… Se balanceaba y se ha hundido en la nieve. Veo vaho sobre él. Le doy la espalda a los espectros… intento abrir la portezuela… El tártaro me retiene, implora… Y de repente…

—¡Eh!… —el tártaro lanza un grito y escudriña atento algo en la quebrada.

Yo no veo nada. Él da un tirón a las riendas, pero el caballo ha caído. Le golpea con el puño en el cuello y salta hacia un lado. Corre y grita a alguien, al que está viendo:

—¡Eh! ¡hanim! jefe… ¡pilla… caballo!… ¡Eh!…

Aguzo la vista, no veo. ¿A quién le estará gritando el tártaro? ¿Aparecerá una persona que le quite el horror que se ha apoderado de él? No se ve a nadie. Persigue a alguien, le grita…

Cierro de un golpe la portezuela y coloco la estaca.

La persona ha aparecido. La mañana trajo la nueva: aceptaron el caballo del tártaro. El tártaro chiflado llevó seis libras de pan a Biyuk-Lambat. Quizá salven al caballo. ¿Y que será ahora del tártaro?…

En la ciudad el diácono decía:

—¡Tártaro bobo! Que se cae el caballo, ¡pues cómete el caballo!

Su familia hubiera tenido para un mes, para mantenerse… Pones la carne en salazón…

—¡Pero si no hay sal, padre diácono!

—Entonces ahúma la carne, ¡y te la zampas sin sal!

—A lo mejor le daba pena porque era su caballo…

—¿Pena del caballo? ¿Cómo le va a dar pena el caballo si lo ha dado a cambio de seis libras de pan? El ojos de sapo… ¿Pena?… Es sólo que… ¡perdió la cabeza por culpa del miedo!…

En verdad había perdido la cabeza el tártaro chiflado.

TRES FINALES

La nieve permaneció tres días, se quebró y empezó a correr. El lodo flota hacia la quebrada. Resaltan sobre el lodo los cuernos mojados de las viñas, sus bigotes-lazos resecos. La nieve asustó al tártaro y luego salió flotando. La tierra volverá a eructar hierba, el sol calentará bien.

Andréi el Tuerto, el del viñedo de abajo, ha muerto. Estuvo caminando cerca de una semana después del «baño», rezongaba. Se quedaba callado y rezongaba. Luego se acostó. Se quejaba, «me duele por dentro». Pero murió en calma.

También ha muerto Odariuk. Durante dos semanas no fue capaz de encontrar su sitio: andando, sentado o echado, siempre le dolía. Se quejaba de que «me clavaron cuñas en los riñones» y sentía opresión en el pecho. A las dos semanas se había convertido en un viejecito enjuto, no podía tragar. Pidió un poco de agua: traga, pero no la acepta. Gritaba con fuerza mientras se iba:

—¡Fuego… me quema!…

Miró a los niños y de sus ojos rodaron dos lágrimas. Y murió en calma.

También al tío Andréi le soltaron después del «baño». Confesó todo. Llegó a la colina, a Puerto Tranquilo, despacio, igual que tras un trabajo importante. Vagaba por la colina con su traje de mayo, ennegrecido, destrozado, buscaba algo de comer. Se enteró de que Antonina Vasilievna, de la hondonada del trigo, iba a sacrificar una vaca, por miedo; llegó al atardecer y se detuvo en el umbral. Se quedó de pie en silencio, como una sombra. Antonina Vasilievna no le vio: estaba picando gelatina en un barreño. El tío Andréi se quedó junto al dintel, miraba como chisporroteaba en la cocina dentro de la olla, como estaban distribuidos sobre la mesa de pino blanca el hígado de color pardo, los sesos, y en una vasija pequeña

se humedecía la panza de la vaca, parecía un trapo arrugado.

Antonina Vasilievna se dio la vuelta y gritó: una sombra la había asustado.

—¿Qué… usted es?… ¿Es usted… tío Andréi? ¿Qué le ocurre?…

—Por el amor de dios… déme… los intestinos…

Antonina Vasilievna le dio un puñado de «picadura» de fiambre, le cortó panza, del tamaño de su mano, y una costilla. El tío Andréi la miró lloroso, dijo con voz ronca:

—Tengo las entrañas del revés… la tripa completamente enredada, hecha un nudo… ¿algún… remedio?… Miro y me tiemblan los ojos… me da miedo caerme…

Antonina Vasilievna le dio a beber vodka de pimiento. Se fue el tío Andréi por las dachas buscando otra matanza. En ningún sitio estaban de matanza. ¿Y para qué necesita un hambriento la matanza?

—No tengo con que masticar… he perdido todos los dientes…

Decía «maticar» y «dietes».

—¿Y dónde los ha perdido así, tan de repente?

—Pues… contra una piedra…

Pasó casi una semana, empezó a encorvarse. Supo que Andréi Krovói y Grigori Odariuk se habían ido al otro barrio; al anochecer se fue a ver a Marina Semenovna, al mirador.

Marina Semenovna le preguntó secamente:

—¿Es que se le ha olvidado algo aquí?

—Aquí no se me ha olvidado nada… —dijo el tío Andréi lastimosamente, igual que un lobo acorralado.

Marina Semenovna me habló de este encuentro, no sabía si sentir o no pena:

—… Hacía viento, de Chatyrdag, empezó a hacer frío. Y él seguía allí de pie, tiritaba.

—¿Qué hace ahí de pie?… siéntese en un taburete. Se sentó en el taburete, en el borde. Echó un vistazo al cuarto, estuvo sondeando con la mirada y dijo:

—Sus mantas son… admirables… si las encuentran, se las llevarán.

Y yo le digo:

—¿Y qué tiene usted ahí, en ese hatillo? ¿a dónde iba?

Dijo que iba a pasar a despedirse del difunto, de Grigori, es el

cuarto día que siguen sin enterrarlo. Pasaría la noche allí, en su casa hace frío y no tiene fuerzas para partir leña, por culpa del frío no puede dormir. Y que por la mañana pensaba ir al hospital.

—Me duele mucho, —dice—, por dentro y es como si un fuego me quemara. Quizá, —dice—, quizá me hayan dejado paralítico por dentro. Es como si tuviera dentro, —dice—, una rata royéndome.

—¿No será de la manteca de chivo, tío Andréi? —le digo. Me pudo el enfado, tenía que soltárselo todo.

—¡Yo no me comí su chivo! ¿Por qué se comporta así?

Pero no me mira. Y yo le respondo:

—Usted tampoco ha tocado a Tamarka, ni a los gansos, —le digo—, ni ha probado mis patos… ¿Pero se acuerda, —le digo—, tío Andréi, de lo que le anuncié en el jardín? En cuanto empiece a nevar…

¡Cómo temblaba! Estaba horrible, como la muerte.

—¡Se lo comerán los gusanos, tío Andréi! Igual que usted a mi chivo, así lo harán ellos… ¡Ya verá, ya verá!

Otra vez me vino todo, no me oía a mí misma.

—Yo, —le digo—, ayer eché las cartas y le vi, en el rey de picas… ¡era usted! ¡El final ha aparecido él solito! ¡Y ahí lo tiene, ahí está su final!

—Pero, —dice—, si yo no tengo nada de picas… Yo soy… ¡una carta sucia que no cuenta!

¡Ni siquiera así confiesa! ¡Ahí ya estaba fuera de mis casillas!

—¡Es una carta sucia, —le digo—, pero por la grasa de la manteca! Y está negro, pero negro negro, igual que… ¡la tierra! Por su cara… ¡ha empezado a correr la tierra!…

—Lo ve… —dice—, me estoy muriendo y usted… va y me remata.

—¡Pues usted, —le digo—, ha rematado a mis huerfanitos! ¡Se están apagando!

—Mire, siento que sea así… No he sido yo quien los ha rematado… nos han rematado a todos…

Y no hablaba, sino que… ¡sollozaba! Entonces me dio pena.

—Bueno, —le digo—, tío Andréi… yo le he perdonado, pero el destino no le ha perdonado. No es por mi culpa por lo que se está muriendo… no sobrevivirá al día, puedo verlo. El destino… Bueno, espere, le daré un poco de pan… por piedad le doy pan… coma una

última vez… lo he hecho hoy, tres libras.

—Le corté un trocito, todavía estaba caliente. Y como lo agarró… Y… ¡se santiguaba mientras cogía el pan! Eso me gustó… Es de alma ortodoxa…

Le di otro trozo, para el camino. Y el viento resonaba de tal forma, las tapas de la chimenea saltaban, la cólera de dios. Y ahí estaba él acabando de masticar el otro trocito, había entrado en calor. Y dice:

—Bueno, ya me quedado demasiado. Es usted buena, ahora estaré mejor…

E inclinó la cabeza. Hacía mucho que era hora de dormir, eran las doce.

—Me voy, —dijo—, a casa de Nastasia, la viuda… quizá deje que me ponga la cazadora del difunto, porque sino hará demasiado frío para ir al hospital. Yo, —dice—, vivía independiente, pero cuando llegaron con todo ese rollo, con su libertad… como nos han cambiado a todos…

Nos despedimos con un apretón de manos. Le hice la señal de la cruz mientras se iba. Cómo no…

Esa noche el tío Andréi se fue a la dacha de los Mazerovi. Nastasia le dejó entrar. No le permitió pasar a la habitación, sino que le dejó con el difunto. Le dio la cazadora gastada del marido, la de cuero, para que se tapara.

¿Otra vez andar bajo el viento? El tío Andréi se había congelado con su primaveral abrigo de lona de las sillas del jefe de policía. Se quedó. Odariuk yacía en el suelo, en una habitación vacía de la antigua pensión, él fue quien la desvalijó. Ni velas, ni candiles. El tío Andréi se acostó lejos, en un rincón, el hatillo en la cabeza, y se tapó con la cazadora de cuero. Y cuando empezó a clarear tras los cristales, se puso la cazadora y se marchó al hospital. Nastasia lo vio andando con la cazadora de su marido, lo alcanzó en el umbral:

—¡Quítatela, maldito! Grigori ha muerto… ¿quieres robarle la cazadora?

Le arrancó la cazadora y directamente a la cara. La gente vio como, bajo el viento, en un camino desierto junto a los jardines de almendros talados, una enloquecida Nastasia le golpeaba en la cabeza con la cazadora. Y él simplemente se protegía con las brazos…

El tío Andréi no llegó al hospital. Junto al mercado, en un callejón poco frecuentado, se apoyó en una tapia, con su abrigo de mayo sucio. Lo encontraron unos transeúntes, sólo movía los labios. Lo enviaron al hospital. No llegó al mediodía, murió. Así acabaron los tres, uno tras otro, se consumieron. Los que esperaban su muerte, los hambrientos, decían:

—Se dieron un atracón de carne de vaca ajena… Y estiraron la pata.

EL FINAL DE LOS FINALES

¿Pero en qué mes estamos, en diciembre? ¿A primeros o a finales? Se han embrollado todos los finales, todos los inicios. Todo se ha confundido, también mi manzana verde del mirador – ¡la fiesta de la Transfiguración! —ya no dirá nada. ¿Ha habido Navidad? No puede existir la Navidad. ¿Quién puede nacer ahora? Tampoco nadie necesita los días.

Pero los días pasan y pasan. El sol bajo a veces recuerda a la primavera, pero luce débil. No tiene con qué juguetear: gris y pardo, esto es todo. El sol demacrado luce, enfermo, muerto. Al anochecer hay luna nueva. ¿Y dónde está la llena? ¿Se habrá colado en alguna parte, tras las nubes?…

He visto un muerto viviente, uno procedente de otro mundo, del mundo de los Muertos.

Yo estaba sentado en el montículo, miraba más allá de la ciudad, al cementerio. Escudriñaba la vida de los Muertos. Cuando el sol se acerca a su ocaso, la capilla del cementerio se enciende suntuosa como el oro. El sol se ríe de los Muertos. Yo miraba e intentaba resolver un enigma, uno sobre la vida-muerte. ¿Quizá ocurra un milagro? ¿Que el cielo se abra? ¿Y dónde estará ese Cielo? También resolvía otra cosa, algo personal. Todavía tengo la cruz en el cuello y en la mano el anillo. Se la llevaré al griego, al tártaro, a quien necesite oro corriente, ¡coge el anillo y la cruz! Yo me quedaré de testigo de la vida de los Muertos. Me beberé un vaso entero. ¿O debo dejarte a ti, última amarra, nuestra dulce casita, con una última caricia en la mirada? ¿llegar a la primavera y… empezar la gran Ascensión, a las Montañas? ¿Asumir el sufrimiento y compartirlo con el mundo? ¿Pero es que el mundo está necesitado

de sufrimiento? El mundo tienen sus propias distracciones… La primavera… ¿Con llaves de oro, con lluvias cálidas o tormentas, no abrirá las entrañas de la tierra, no resucitará a los Muertos? ¡Aguardo la Resurrección de los Muertos! ¡Creo en el milagro! La gran Resurrección, claro que llegará.

¡Qué cementerio tan desagradable! Losas sucias. Tierra extraña, tártara.

Los perros corretean junto a la capilla, intentan ver a través de los cristales. También el vigilante borracho. Recuerdo su rostro, el rostro inexpresivo de un sepulturero idiota. Me pedirá su parte para el hoyo. No hay nada que pueda quitarme. Y le pedirá a Iván Mijailych…

¡Cuándo acabarán estas muertes! No habrá final, se han embrollado todos los finales, los finales-inicios. La vida no conoce finales, inicios…

El viejo murió anoche, ¡las cocineras le apalearon! Le dieron en la cabeza con los cucharones de la cocina soviética. Se habían hartado del viejo y su escudilla, de sus quejidos, sus temblores: olía a muerte. Ahora yace tranquilo, por los siglos de los siglos. Amén. Yace el profesor, severo de rostro, su perilla blanca, nariz aguileña, con la levita de su uniforme de seda amarillenta, reservada para la tumba, con hombreras de general y una estrellita afelpada de plata sobre una barra azul. ¡Una estrella plateada en el cielo! Un símbolo prodigioso. Mañana accederá al poder absoluto, Kuzma, Sidor o como se llame. Kuzma no conoce las estrellas, ni la «yat», ni a Lomonosov o la región de Vólogda; sólo sabe una cosa: hay que arrancarle la levita y luego ya se le puede lanzar al foso.

Tierra extraña, tártara…

Sí, un muerto viviente… Estaba sentado en el montículo y pensaba. Y, de repente, un susurro a mis espaldas, extraño, espiando. Detrás estaba mirándome… ¡un muerto viviente! Era un niño de unos ocho o diez años, con una cabeza enorme sobre un cuello como una varita, de mejillas hundidas, ojos asustados. En el rostro gris sus labios blanquecinos se habían adherido a las encías y sus dientes azulados salen hacia fuera, atacan. Parece reírse con ellos y con sus orejas hinchadas de murciélago.

Le miré horrorizado, a esa visión de un mundo enfermo. Y él se reía con los dientes y se balanceaba sobre sus piernas delgadas, en

ascuas. Me soltó rechinando palabras apenas inteligibles:

—D… me…

Tras él iba una mujer que se tambaleaba como si estuviera bebida. A la altura de su vientre, en sus brazos agotados, había algo envuelto en un trapo. Se dejó caer sobre el montecillo. Desde buena mañana venían andando, unas seis verstas, desde más allá de las rocas de Chernov hasta la ciudad, a ver a las autoridades. Ya se le han muerto dos, ahora se le está muriendo el pequeño, en el trapo.

—Y este otro… bonito… —la mujer habla del moribundo, habla a lo lejos, como en sueños—. El señor lo envió… ayer tumbó una chova.

—Yo… con una piedrita… cho… chova… —en sueños, como borracho me susurra el chico mientras sigue riendo con los dientes. Pero sus ojos tienen miedo.

—Les diré… a esos malditos… mejor mátenme… Mi marido era de los suyos… abandonó a la familia… se lió con una de las suyas, así son ellos… como sus… palabras en mi cabeza… con una intelectual… trabajaba en correos… comíamos bien… Ella es del partido… pero yo, dice… soy tonta…

Empieza a aullar, como si le doliera algo:

—Petichka… mi chiquitín… mi cariño… tres añitos… El hambre le duerme… yo le despierto: «Despierta, Petichka… iremos a por pan a la ciudad…» Pero mi Petichka me dice… «Ay, mamaíta… quiero cama… comí tocino… car… ne… comido». Miro y en la almohada hay una esquinita… mordida…

Salí huyendo de ellos hacia la quebrada. Observé desde allí: ¿se habrán ido? Estuvieron mucho tiempo sentados en el montículo.

¿Pero cuándo nos cubrirán las rocas? ¿Cuándo se deshilachará el ovillo?… Dirán a las montañas: ¡caed sobre nosotros! No caen… ¿No ha llegado el momento? ¡Han pasado todos los momentos y el vaso sigue sin ser bebido!…

Grito a unas criaturas extrañas… ¿son niñas?…

—¿Qué sois? ¿Para qué?

Se arrastran lejos de mí, de mi horror… Les impedía su trabajo… recoger «discos» secos, ¡huellas de vacas!…

¿Por qué está tan vacío el mar? ¡Tan tranquilo y… vacío! ¿Dónde están los barcos de los países maravillosos, adinerados?

Aún siguen pasando cerca, siguen arrastrándose por el

montículo. Ahí pasa otra vez alguien, de abajo, de Kastel… Anda con paso regular, como si fuera a trabajar. Golpea el seto con una vara… ¡Todavía alguien me necesita!…

—¿Qué más quieren?… ¡Ya no es hora de llamar!… Bueno, ¿qué quiere? —le grito a un hombre de ojos alegres, rostro robusto, como la pulpa de un caqui. «¿Qué necesitará el robusto?»

—¿Es que no me conoce… eh? ¡Si soy Maxim!… de abajo, ¡hola! Me compraba leche… sí. Bueno, qué tal está… ¿aún no se ha muerto, eh?… Acabarán con todos, como… nos colocarán en montones y bailarán sobre ellos… como moscas en la mierda… ¡sí! Un pueblo cristiano se muere…

Ahora le reconozco, al astuto aldeano ucranio, el de Kastel. En cierta época fue carretero, ahora resiste con una vaca. Un ucraniano espabilado, un sinvergüenza. Conseguía de Yurchija, o de quien fuera, cualquier bien a cambio de leche, antes lo trocaba en la estepa por trigo, lo escondía en un lugar secreto. Anda hecho un guiñapo y grita bien alto a los demás —¡Nos morimos igual que cucarachas con el frío!

—Míralos… como han enredado a un pueblo ortodoxo… ¡ay! Duermo en la barraca con mi vaca, el hacha bajo la cabeza y un buen palo… en vez de una mujer… ¡ay! Y lo que yo quería preguntarle… ¿se ha enterado? ¡Han arrestado a todos los Shishkiny! Claro… Jviodor se pasó por allí, su vecino… Tozudo. Está espantado. ¡Por fin encontraron a alguien! Les apuntaron con armas… ¡así matan a un pueblo cristiano! ¡Vaya lo que les hicieron! Está espantado Jviodor, mucho… y llora. Así que… Hace una semana, vinieron a caballo… ¡un registro! Igual que si vivieran como bandidos, llegaron con escopetas a la espalda, con máscaras. Allí, revolvieron todo… no encontraron nada. ¡Subieron directos a las rocas! Entre nosotros se llama Caos… allí donde, quizá hace miles de años, la montaña se ha desmoronado. ¡Y ahí estaban! ¡dos fusiles! limpios, engrasados con manteca… ¡Como si lo hubieran sabido! Los encontraron enseguida. Ni el mismísimo diablo los hubiera encontrado… ¡aunque hubiera estado horas en ese Caos! Y se los llevaron a todos.

Maxim parece estar contando un cuento, ¡le parece divertido! ¡Borís al fin se ha liberado de ellos! ¡Él, que ya sólo esperaba colarse en el Caos y escribir relatos! El hombre feliz, sereno, dulce, con el

que jugaba la muerte…

—Por Dios… ¡si los conozco a todos! Allí mismo… ¡como salido de un icono! Sereno… como un ternerito. Jviodor, sólo… está espantado, pálido como un muerto. Vino a verme muy de mañana, la tos le estaba martirizando, la tisis es mala. Dice que responde por ellos, que los soltarán. Bueno, han soltado al viejo, pero a los otros los han largado a Yalta, a los hijos. Alguien les puso en el punto de mira… «Y me amenazaron con envenenarme el ternero… —me dice Jviodor…— pero yo no les deseo mal». Los pescadores salieron en defensa de Borís… Pero los otros seguían en sus trece: ¡lo estudiaremos y le deportaremos al norte! ¡A Jarkov! ¡Vaya! Le deportarán… claro.

Está parado y examina mi «hacienda».

—¿Y cómo es que no veo a las gallinas?

—Se han ido.

—Podíamos hacer un cambio por leche…

—¡Se han ido! La última la dejé en buenas manos…

—Bueno, ¿y qué hay de la pequeña pava?…

—Se ha ido.

Examina con atención. Se da cuenta de que sólo hay árboles, piedras…

—Bueno, cuídese. Está bien que aún no haya muerto…

¡Le deportarán al Norte! Ha escapado de tantas muertes y ahora… No es posible.

Noche negra… ¿cuál?… Está en calma, el viento no retumba. Los vientos están cansados. ¿O es la primavera acercándose? ¿Pero en qué mes estamos? Todo está confuso, igual que en mis sueños…

¿El viento hace sonar la cancela?… No es el viento… son ellos, ¡los nocturnos! ¿Pero dónde está el hacha?… ¿Dónde la habré metido?… ¿La cambié? ¿Y ahora qué… me iré?… Siguen llamando. Pueden entrar solos…

No llaman con fuerza. No son ellos. Alguien tímido… ¿Aniuta? ¡La hija de su mamá! Aniuta ya no llama, Aniuta se ha ido. ¿Quién más puede llamar?…

Ha venido un anciano alto, delgado. Tiene ojos de águila, nariz arqueada. Mira por debajo de las cejas, acorralado. Harapiento, entre moreno y canoso, y sucio. Está de pie en el umbral y titubea con un saquito vacío, lo estruja entre sus dedos largos.

—Permítame pasar, me he acordado por el camino. Me he entretenido en la ciudad hasta entrada la noche y todavía me quedan doce verstas…

¿Quién es?… Todo se ha enredado en mi memoria.

—Soy… el padre de Borís, Shishkin. Borís solía venir a verle…

Está como si nada, tranquilo y activo, excepto que parece estar recordando algo mientras estruja el saquito. No tengo té, pero sí un trocito de pan de cebada.

—Pero si no tiene ni para usted… aunque yo, se lo confieso, desde esta mañana sólo he tomado un poco de agua… he ido a la ciudad por el tema de un vino… tengo tres cubos de vino…

Desmiga los trocitos y mastica meditabundo, sigue recordando algo. Yo no soy capaz de preguntar.

—Ahora voy a la ciudad… uno me dijo que… han fusilado al hijo de Kashin en Yalta… al del vinicultor. Y su padre murió porque se le rompió el corazón… Era un crío, estudiaba… un buen muchacho. Estuvo en la guerra contra los alemanes, pero aquí siempre vivió sin hacer ruido… los obreros le querían… Está bien. En la orden está escrito… al paredón. Me puse a leer… Los dos míos.

—¡¿Cómo?!

—Mis dos hijos… —hizo un gesto con la mano…— precisamente hoy… dos semanas. Por bandidos. A Borís… ¡por bandido!…

Dobló el saquito en cuatro y se puso a alisarlo sobre las rodillas, no se le veía la cara.

—La madre se quedó sola, en Kastel… llegaré por la noche. También pasé a verle a usted. ¿Cómo voy a decírselo? Es un asunto muy serio. Yo ya no puedo… Justo hoy dos semanas… ¡ya dos semanas!… A Borís… ¡por bandido!… No puedo decírselo.

La noche se ha ido lejos. Salí a la intemperie, estuve viendo las estrellas… Volverás y el anciano seguirá sentado con su saquito. Pero la noche avanza. Yo estoy sentado junto a la estufa. El anciano dormita sobre sus puños. No hay nada de qué hablar, ya sabemos todo. Ahí llega el amanecer, las rendijas de las contraventanas se han vuelto azules. Y se oye al muecín del amanecer. Sigue hablando de dios, sigue llamando a la oración… dando las gracias por un nuevo día.

—Bueno, me voy…

El almendro está en flor. Los árboles desnudos tienen vapor medio rosado, medio blanco. En la sombra, bajo la tuya, han brotado campanillas de las nieves, parecen hechas de porcelana blanca. En los prados se pueden ver crocos dorados, han irrumpido impetuosamente. Hace más calor allí, entre los arbustos; las violetas empiezan a desprender olor… ¿La primavera? Sí, llega la primavera.

El mirlo se ha puesto a cantar. Míralo, está en el campo abandonado, en el viejo peral, en la copa, ¡parece un pedacito de carbón! Con el cielo despejado se le distingue claramente. Incluso como su pico brilla bajo el sol poniente, como juega con su garganta. Le gusta cantar solo. Se girará hacia el mar, también canta para el mar y para las viñas y la lejanía… Son tranquilas, tristes, las tardes en primavera. Canta triste. Le escuchan los árboles con su vapor blanco, soñadores. Cantará a las montañas, al sol. También canta para el campo abandonado, y para nosotros, para mi casita, tan triste él, tan dulce… Aquí estamos en soledad, nadie le molesta.

El sol se ha puesto tras Babugán. Las montañas azulean. Las estrellas se han vuelto blancas. Al mirlo ya no se le ve, pero está cantando. Y allí donde talaron los almendros hay otro… Están recibiendo a su primavera. ¿Pero por qué con tanta tristeza?… Los escucho hasta que oscurece.

Ya está aquí la noche. El mirlo ha callado. Con el alba empezará de nuevo… Nosotros le escucharemos, por última vez.

Marzo-septiembre 1923, Grasse



Iván Serguéyevich Shmeliόv (Moscú, Imperio ruso; 21 de septiembre, o 3 de octubre del Calendario juliano, de 1873 – París, Francia; 24 de junio de 1950), a veces transliterado Iván S. Shmelev o Iván S. Smelev, fue un escritor ruso adscrito a la corriente realista de la literatura rusa.

Pertenece a la última generación de escritores rusos lanzados y protegidos por Máximo Gorki. Se complace principalmente en la pintura de la vida del pueblo bajo, campesino o urbano. Conoce a fondo el vivir triste, doloroso, de los que llama Fiódor Dostoyevski «los oprimidos y ofendidos». Los grandes maestros de la novela realista inspiran sus obras; se mantiene alejado del modernismo y del futurismo literario fomentado durante cierto tiempo por el gobierno soviético.